00100085

THE
ASIATIC SOCIETY OF BOMBAY.
Town Hall, Bombay.

Digitized with financial assistance from the
Government of Maharashtra
on 02 July, 2018

DON JOSEPH MIGUEL DE FLORES, Academico del Numero, y Secretario perpetuo de la Academia Real de la Historia.

CErtifico, que en la Junta que celebró la expresada Real Academia el dia once del presente mes, se concedió licencia al Señor Don Juan Joseph Lopez de Sedano, para que pueda usar el Titulo de Academico en la Obra intitulada PARNASO ESPAÑOL. Madrid y Octubre diez y seis de mil setecientos setenta y uno.

Don Joseph Miguel de Flores.

Castellanos, Juan De -
Parnaso espanol
Coleccion de Puesias Vol. VI
1772.

861.008
/pad
100085

00100085

PROLOGO.

LA Poesía *Dramática* no debe excluirse absolutamente de la Coleccion del PARNASO ESPAÑOL, en sus dos especies la *Trágica* y la *Cómica*, como se empezó a verificar desde el primer Tomo de esta Obra. Pero no siendo accesible al plan de ella la *Comedia Española*, ya porque su enorme multitud, y distinta naturaleza forman una Provincia totalmente separada, ya porque aun entresacados los innumerables primores que incluyen nuestras Comedias, no permite su misma abundancia incorporarse con las demas especies de Poesías: puesto caso que sea respectivamente mui corto el numero de las perfectas y arregladas sin embargo de que está dias há averiguado, y con el tiempo podrá estar manifiesto, que tenemos nosotros mayor numero de Comedias perfectas, y segun arte, que los Franceses, Italianos, y Ingleses: en esta virtud nos queda solo la clase de la Tragedia, que no habiendose tenido por conveniente interpolar con la Poesía Lírica, ha parecido mas oportuno publicarla separadamente.

A este efecto se ofrecen las *seis Tragedias* que incluye el presente Tomo, por las mas antiguas, las mas famosas, y las mas selectas que hasta ahora sabemos existan en Castellano. En medio de esta verdad quisieramos que fueran en sí tan perfectas, en particular las que son puramente originales, que se pudieran presentar por modelos, como lo egecutamos con las demas piezas de Poesía que comprehende la COLECCION, pero estas no las tenemos; y aunque no es dudable que las habremos tenido entre las que nos consta escrivieron los mas ilustres Poetas de la Nacion, no han llegado a nuestros dias. Asi que no obstante que las que publicamos contienen tales primores que pueden competir, y aun exceder a las mas aventajadas de los Griegos y Latinos, nos contentarémos con ofrecerlas solo para llenar dos de los mas principales obgetos de esta Obra, quales son el de presentar al Publico nuevos tesoros, y autorizados documentos de nuestra Lengua, y el de satisfacer el deseo de los curiosos, facilitandoles unas obras, que ya por lo raras, ya por lo desconocidas, les sería casi imposible adquirir por otro ningun arbitrio ni dispendio: que ambas razones deben

ben dejar mui ufano al Autor de esta Coleccion, pues entre todas las piezas que lo componen, no son las presentes las que menos contribuyen a desempeñar sus ideas: aunque por otra parte sirvan de recordar la dolorosa consecuencia, tantas veces deducida como repetida por necesidad en esta Obra, del estrago que han hecho el tiempo, y el proprio abandono en nuestras riquezas, y preciosidades literarias, como se experimenta, y se hace mas sensible que en otros en el asunto presente, pues acaso entre las que de esta naturaleza han consumido, existirian los documentos mas clásicos con que, no solo desvanecer la injuriosa nota de algunos Estrangeros, creída de buena fé por algunos Naturales, de ser mui poco, o nada conocido este Poema en Lengua Castellana, (que estos ya los tenemos) sino para demostrar la ventaja de los nuestros sobre los suyos, con los perfectos modelos que nos faltan, pues asi por la calidad de sus Autores, como por la regulacion de nuestras Comedias, ya insinuadas, podemos sin arrogancia inferir lo mismo de nuestras Tragedias.

Pero aun solo con los instrumentos con que al presente nos hallamos, tenemos los

suficientes para seguir y ganar instancia; porque si bien con toda imparcialidad y sencillez dejamos confesado que las presentes *Tragedias* no se ofrecen al Publico por modelos para la imitacion de estas obras, debemos igualmente asentar por honor de la verdad, que debe siempre reclamarse, que al tiempo que estas *Tragedias* se escrivieron y se publicaron, no tan solamente nosotros no las teniamos mejores, pero ninguna de las Naciones cultas de Europa las tenia tan buenas: proposicion que solo puede demostrarse con el cotejo de estas obras, y las semejantes de los Poetas Franceses, Italianos, e Ingleses del siglo XVI.

Lo dicho solo se entiende en quanto a la calidad de nuestras Tragedias, que en quanto a la antiguedad ya tenemos disputada y probada la primacía. Para confirmar este artículo, parece que no sería mui fuera de proposito insertar aqui una noticia histórica y puntual del principio y progreso de la Tragedia Española, pero no lo consideramos reducible a los límites de un Prologo, y ademas lo tenemos reservado para su proprio lugar, quando publiquemos el Discurso sobre el origen, aumentos, declinaciones, y estados de la Poesía Caste-

lla-

llana en general, y en cada uno de sus ramos y especies en particular. Entre tanto pueden consultarse en apoyo de esta verdad los dos *Discursos sobre las Tragedias Españolas* que compuso, y publicó con sus dos *Tragedias D. Agustin de Montiano y Luyando*, en donde se demuestra este punto con el mayor acierto y puntualidad. Basta por aora saber que aun con los que cuentan mas antiguedad de su Tragedia en la Europa, que son los Italianos, los tenemos justificada la preferencia. La Tragedia mas antigua que reconoce el teatro Italiano es la *Sofonisba* del *Trisino*, que se representó delante de *Leon X.* en el año de 1520. porque la otra *Sofonisba* mas antigua, que escrivió *Galeoto, Marques del Carreto* en 1502. ni ellos la cuentan, ni merece el nombre de Tragedia regulada, sino el mismo que sus Comedias, que son unos difusos y prolijos Dialogos alegoricos. En esta virtud, y constandonos que nuestro Español *Vasco Diaz Tanco de Fregenal* compuso en su mocedad las tres *Tragedias* de *Absalon*, *Amon*, y *Saul*, sabiendo que esta pudo ser por los años de 1502. podemos decantar la primacía de nuestro teatro sobre todos, por lo tocante a la Tragedia, como igualmente se demos-

tra-

trará en su lugar por lo que toca a la Comedia. Aun con algunas de las que incluimos en el presente volumen, que son las del *Maestro Oliva*, pudieramos tambien disputarla, pues constando que las compuso antes de los años de 1533. y hallandose fuera de España, por egercitarse en su Lengua, no hay razon que repugne a que pudo ser por los mismos años de 1520. en que se representó la del *Trisino* delante de Leon X. y mas hallandose entonces nuestro Autor sirviendo a aquel Pontifice. Aunque este punto se halla razonablemente justificado, esperamos darle mucho mayor fuerza, autoridad, y demostracion, quando (si nos salen seguras las presunciones con que nos hallamos solo al presente) descubramos nuevos testimonios con que probar el uso y gusto de la Tragedia en Lengua Castellana con cerca de un siglo mas de antiguedad.

Es verdad que aunque por las razones alegadas podamos desvanecer la supuesta *nota*, no destruye la razon que al parecer han tenido para fundarla, pues mal se les puede argüir con testimonios que no se han podido examinar, por no haber visto la luz publica; pero este es un recurso que no

vale,

vale, respecto a la generalidad de la nota; porque en los Autores clásicos de Tragedias, tanto originales como traducidas, publicados desde nuestro *Bermudez* y *Oliva* hasta fines del siglo pasado, que pasan de veinte, no cabe la disculpa de no ser conocidos dentro y fuera de España, pues de los que no existen publicadas las obras, existe a lo menos la noticia de que las compusieron. De unos y de otros ofrecemos la siguiente lista, por no creerla muí impropria de este lugar, interin que se presenta mas circunstanciada, mas metódica, y tal vez mas extensa, y son: *Vasco Diaz Tanco de Fregenal: el Maestro Fernan Perez de Oliva: Fr. Gerónimo Bermudez: Juan Boscan: Juan de Malara: Miguel de Cervantes Saabedra: Juan de la Cueba: Gabriel Laso: Andres Rey de Artieda: Pedro Simon Abril: Cristoval de Virues: Lupercio Leonardo de Argensola: Cristoval de Mesa: Don Guillen de Castro: Lope de Vega: el Licenciado Megia de la Cerda: Hurtado Velarde: Don Esteban Manuel de Villegas: Don Jusepe Antonio Gonzalez de Salas: Francisco Lopez de Zarate.*

Estos son los Poetas clásicos que hasta aora nos consta haber compuesto y tradu-

cido *Tragedias en Castellano* (sin ser de nuestro asunto tratar aora de las que se han escrito de ambas clases buenas y malas en el siglo presente, en que se ha búelto a resucitar este gusto) cuyo numero es casi imposible averiguar, sin contar las que se encuentran en algunos Escritores y Poetas sin nombre de Autor; para que se reconozca quan de antiguo es entre nosotros el conocimiento y uso de estos Poemas, y que han sido en todos tiempos tan comunes como las Comedias, y en cierto modo tan abundantes, respecto a que algunos de los Autores citados escribieron muchas mas Tragedias de las que se conocen. El mismo *Juan de la Cueba* en su *Arte Poetica* Española, obra magistral y perfecta, y generalmente desconocida, pero que verá el Publico con brevedad, asienta que el *Maestro Malara*, a quien solo se le conoce por Autor de la *Tragedia* de *Absalon*, que él mismo cita, habia *puesto en el teatro mil Tragedias, con que dió nueva luz a su antigua rudeza*, que, aun salva la exageracion, siempre prueba la abundancia de las que compuso: por cuya regla podemos graduar otros muchos Escritores, y cuya noticia tubieramos si existieran otros monu-

numentos tan antiguos y autorizados como este. De todo lo qual se debe deducir que el fundamento de la referida nota no estriva en la inexistencia de los documentos, pues constan a todos los que quieren hallarlos, consultando nuestros Autores y Bibliotecas, sino en que no se quieren buscar, o en que no permite descubrirlos la desconfianza de encontrarlos.

Los que ofrecemos al Publico en este Tomo, asi por su calidad, como por su antiguedad, nos han subministrado bastante materia para ostentar erudicion y magisterio de la Lengua, en no pocos lugares y frases, en que hubieran tenido lugar las notas y el comento; pero en ninguno de los tomos hasta aqui publicados se ha usado de mas moderacion en este particular, asi por las razones que ya antecedentemente tenemos expuestas, como por el honor y justicia que debemos hacer a los Lectores del PARNASO, pues aunque esta Obra anda en manos de todos, son los menos los que logran su perfecta inteligencia, y a estos no son tan necesarios dichos auxilios.

Por las mismas causas, y deviendo ser notorio que el Autor de la presente *COLECCION* no pretende en ella su propio aplau-

so,

so; ni interés; sino el aprovechamiento del Publico, no tiene el menor empacho en corregirse, y enmendarse en todos aquellos puntos, especies, o proposiciones en que haya padecido error, o equivocacion, por falso informe, cita, computo, u otro descuido en que todos pueden incurrir; y asi en este Tomo se empieza a verificar, corrigiendo algunos pasages de la *Noticia* del antecedente, que aunque no son sumamente sustanciales, no es razon tener al Publico equivocado ni un instante en la cosa mas leve; y de la misma forma, y con la propria llaneza que se ha egecutado hasta aqui, se egecutará en lo succesivo, siempre que ocurran iguales circunstancias de equivocacion, o inadvertencia, no obstante que se procura caminar sobre los cimientos mas sólidos, y menos expuestos a falibilidad, como se expresará en otro lugar; pero a estos peligros está sujeto el que intenta labrar un terreno nuevo, escondido, dilatado, inculto, arido, y sobre todo tan cubierto de precipicios y malezas como lo es el campo de las memorias de los ilustres Sabios y Poetas de nuestra Nacion.

NO-

NOTICIA
DE LOS POETAS CASTELLANOS
que componen el *Parnaso Español.*

TOMO VI.

FR. GERONIMO BERMUDEZ, *del Orden de Santo Domingo, y Catedratico de Teología en la Universidad de Salamanca*, consta que fue natural de *Galicia*; pero ignorase el nombre de su patria, con el de sus padres, y tiempo de su nacimiento, y de su muerte; aunque segun la congetura mas arreglada, pudo nacer despues de los años de 1530. Fue de distinguida familia, y segun se puede rastrear, descendiente de *Diego Bermudez*, Sobrino del *Cid Rui Diaz*. Sabese que fue *Catedratico de Visperas de Teología* en la Universidad de *Salamanca*: que residió algun tiempo en *Portugal*, y que vivia por fines del año de 1589, en que finalizó el Poema de la *Esperodia*, que es hasta cuya época existen las memorias que se han podido deducir de las obras, y a que solo se reducirá la noticia de este ilustre y antiguo Poeta Castellano. Por el contexto, y la calidad de todas ellas se manifiestan el carácter y la erudicion de nuestro Autor. Fue un Varon muy piadoso, severo y dado al estudio y al retiro: fue un excelente Teologo, un grande humanista, y un buen Poeta, a cuyo egercicio se dedicó absolutamente, y redujo todas sus producciones. En la Lengua Latina fue un razonable Profesor, y en la Griega hasta el grado de traducir con acierto algunas senten-

cias,

cias de sus Poetas mas famosos, y tambien da indicios de tener luces de la Hebréa, y Arábiga; y finalmente fue uno de los estudiosos de aquel tiempo, en que no solo la profesion de una Facultad, sino el adorno de otras muchas luces y conocimientos, adquiria justamente el titulo de hombres doctos. Las primeras obras que se conocen, y las unicas que publicó, fueron las dos *Tragedias de NISE LASTIMOSA*, *y NISE LAUREADA*, y se imprimieron en *Madrid* año de 1577, de las quales se hace el juicio en el *Indice* de este Tomo, aunque por modestia religiosa no quiso publicarlas a su nombre, suponiendo el de *Antonio de Silva*, que se cree fuese algun grande amigo suyo, y familiar de su Mecenas *Don Fernando Ruiz de Castro y Andrade*, Primogenito de los *Condes de Lemos*, *y Andrade*, a quien las dedicó, cuyo hecho creyó *Don Nicolás Antonio*, y lo anunció asi en su *Bibliotheca Hispana*, por no haber leído un *Soneto* de *Diego Gonzalez Durán* que las precede, donde claramente manifiesta ser el Autor *Geronimo Bermudez*. Pero no por ignorarle por Autor de las *Tragedias*, deja de conocerle por Autor del Poema de la *Esperodia*, y tanto, que le proclama con el elogio de *Sacra & humana doctrina spectatus vir*. No nos detenemos a hacer una rigurosa justificacion de su identidad, pues aunque al tiempo que *Don Agustin de Montiano y Luyando*, publicó su *primer Discurso sobre las Tragedias Españolas* no se atrebió a aseverarlo, sino a asentar que *podria ser el mismo*, las propias razones que huvo entonces, y otras muchas con que oy nos hallamos, que serán patentes al Publico, no permiten la menor dificultad en el asunto. Otra Obra a que nuestro Autor dedicó su talento, fue un Poema del viage de su Heroe el *Gran Duque de*

Al-

Alba, desde Italia a Flandes, en cinco *cantos de octava rima*, que compuso, como el mismo refiere, en pocos dias, a instancias de un Cavallero Soldado, amigo, y deudo suyo, que fue el que le dió la noticia y relacion de toda esta jornada; cuya obra debe creerse que tendria el mismo merito que todas las demas. La ultima de las producciones de nuestro Autor fue el *Canto*, o *Poema* de la *Espcrodia*, que se reduce a un *Panegirico* del *Gran Duque de Alba Don Fernando Albarez de Toledo*. Esta la compuso primero en versos Latinos, y trasladó despues en verso suelto Castellano, exornado con prolijas glosas, de que forma un tomo en quarto, de cuya Obra reservamos el juicio para el tomo siguiente, donde se insertará. Tambien constan de este mismo Codice otras poesías sueltas, que por su poca regularidad y tamaño no se podrán incluir, pero unas y otras acreditan su grande inclinacion, su génio natural, y talento para la Poesía, pues todas son de esta clase. Ademas del natural talento, poseyó el arte, cultivado con su mucha erudicion, y la inteligencia de las Lenguas sabias, a que coronó su gran destreza en la Castellana, como se evidencia del referido Codice de la *Hesperodia*, asi en los versos, como en la prosa; no obstante la humilde escusa que dá nuestro Autor en la Dedicatoria de sus *Tragedias*, *de no ser la suya propia natural*, pues era *Gallego*, que por todo resulta deber colocarsele en el predicamento de los ilustres Poetas Castellanos.

EL MAESTRO FERNAN PEREZ DE OLIVA, *Catedratico de Filosofia, y Teologia, y Rector de la Universidad de Salamanca*, nació en la Ciudad de *Cordoba*, y segun el computo mas regular, pudo ser por los años de 1497. Fue hijo de otro *Fernan-*

nan Perez de Oliva, Escritor docto y conocido por la Obra de la *Imagen del Mundo* que quedó inedita. Desde su niñez fue mui inclinado a las letras, y tubo, como el mismo dice, gran disposicion y aficion a seguirlas; y habiendo aprendido la Gramática con buenos Preceptores, pasó a la Universidad de *Salamanca*, donde cursó tres años los Artes liberales con mucho fruto y aplauso. Luego pasó a la Universidad de *Alcalá*, donde se perfeccionó en la Latinidad: pero aun no satisfecho su deseo para el adelantamiento de esta basa principal de las Letras, hizo viage a *Paris*, y cursó otro año con excelentes Maestros. De *Paris* pasó a *Roma* con un tio suyo, que servia al Papa *Leon X.* donde se mantubo tres años, siguiendo el curso de la Filosofia y Letras humanas, cuyo estudio estaba entonces mas floreciente en *Roma* que en ninguna otra parte de la Italia; y muerto su tio, le recibió el Papa en su mismo lugar, confiriendole despues algunos beneficios, y adquiriendose por su aplicacion y talento, toda la estimacion y favor del Pontifice. Pero pareciendole que aquel genero de vida le podria ser embarazo de seguir su anelada carrera de las letras, determinó volverse a *Paris*, donde estudió otros tres años diferentes Facultades, y particularmente las *Ethicas de Aristoteles*, logrando cada dia nuevos creditos, y aplausos de su talento, de suerte que llegando a noticia del Papa *Adriano VI.*, succesor de *Leon X.* le confirió cierta pension eclesiastica, con la promesa de conmutarla en otra merced de mas importancia. En *Paris* oyó las Artes de su Maestro en ellas el célebre *Don Juan Martinez Siliceo*, Maestro despues del Rey *Don Felipe II.*, y luego *Cardenal, y Arzobispo de Toledo*; y estando alli, compuso aquella famosa muestra de la conformidad, y similitud de las

dos

dos Lenguas Latina y Castellana en un *Dialogo Latino en loor de la Aritmetica*, con palabras correspondientes a ambos Idiomas, para colocarle en la Obra que de esta Facultad publicó el mismo *Siliceo*. Despues en el año de 1524. se restituyó a *España*, y de alli a poco tiempo a *Salamanca*, donde continuó el egercicio de las Letras con el mayor aplauso, por cuya causa obtubo las *Catedras* de *Filosofia y Theologia*, y le hicieron *Rector* de la Universidad. En vitud de su gran fama, autoridad y literatura, fue nombrado *Maestro del Principe Don Felipe II.*; pero le arrebató la muerte poco despues de haber sido señalado para este cargo, y fue, segun el computo mas regular, por los años de 1533. o 34. antes de cumplir los 40. de su edad. Con su muerte perdió la Universidad, y toda la Nacion las esperanzas de los grandes progresos de uno de los mayores sabios de la Europa; pero no por haverle faltado en la edad mas oportuna, y floreciente, quedó sin documentos para justificar esta verdad, en las diversas Obras que fueron parto de su ingenio y admirable erudicion, adquirida por sus diferentes, esquisitos y continuados estudios en las mayores Universidades del mundo. Este fue uno de aquellos hombres que nacieron para saber, y llenaron su destino. Bien claro se manifestó en que su natural propension al saber le trajo siempre en movimiento, conduciendole a los mayores teatros de las Letras, como fueron *Salamanca*, *Alcalá*, *Roma y Paris*: por este anhelo, no solo abandonó las comodidades de su tierra, y casa, sino los aumentos que le pudiera producir la asistencia en el Palacio del Papa: por este sufrió las incomodidades, y penurias de tantos viages, y peregrinaciones por toda *España*, *Francia e Italia*, por espacio de doce años; y fi-

ultimamente por este andubo, por cuenta ajustada, como él mismo asegura, tres mil leguas de camino fuera de *España*. Sobre todo, este mismo anhelo hizo que no se redugese su gran capacidad al estudio de una sola Facultad, sino a adquirir la práctica y conocimiento de otras muchas. Estudió la Filosofia, la Teologia, las Matematicas, pero su particular inclinacion y obgeto fue el estudio de la amenidad, y buenas Letras. Para esto se hizo un excelente Latino, y aprendió la Lengua Griega hasta el grado que manifiestan sus excelentes traducciones de los mas clasicos Poetas de este Idioma. Fue mui dedicado, y práctico en el conocimiento de la Historia, muí dado a la Geometría, y períto en la Poesía. Finalmente hasta de los grandes progresos del célebre Cronista *Ambrosio de Morales* se le debe una gran parte de la gloria a la aficion y al zelo de nuestro Autor, pues haviendole criado en Salamanca le educó en el gusto de las letras, e infundió el amor a su propia Lengua, como confiesa repetidas veces el mismo *Morales*. Al merito de sus Letras correspondió la severidad de su juicio, la circunspeccion de su porte, la afabilidad de su trato, que le adquirieron, en medio de su juventud, los respetos dignos de la mas venerable ancianidad. Por sus grandes creditos de gravedad y suficiencia, fue hecho *Rector* de su Universidad, cargo que entonces no se daba sino a hijos de grandes Señores; y lo que es mas, elegido para *Maestro de Felipe II.* quando era niño. Por ellos mismos le honraron tan distinguidamente los Pontifices *Leon X. Adriano VI. y Clemente VII.* a quien tambien conoció y trató, y compuso a su nombre una Poesia, que llamó *Lamentacion*, con motivo del saco de *Roma*. Pero con todas estas cir-

circunstancias de autoridad y creditos nó le faltaron enemigos que le suscitaron muchas calumnias en la Universidad sobre la oposicion a la *Catedra de Filosofia Moral*, lo que declara mui bien nuestro *Autor* en el *Discurso* que pronunció en la *leccion de oposicion* a dicha *Catedra*, donse queja elegantemente de la injuria que se le hacia en no darsela, procedida de los malignos influjos de sus émulos: viendose obligado, venciendo su natural modestia, a volver por su propia opinion y credito, refiriendo los trabajos, y fatigas que habia padecido en la taréa y prosecucion de sus estudios. Capitulabanle unos que era un Gramatico, otros que era Humanista y Poeta, otros que era Geometra: otros que era Astrologo , y todos que era mui mozo. La ceguedad, y torpeza con que se arrojan a disparar sus tiros la embidia , y la ignorancia, hace que no tan solo acierte a herir al obgeto de sus iras, sino que las mismas armas que vomita para su vituperio sirvan de instrumento para su aplauso. Así se verificó en nuestro Autor, pues estos mismos cargos le sirvieron para su mayor ensalzamiento, y le huvieran llevado al auge de que ya le tenia la fortuna preparados tan altos principios, si la muerte no la huviera atajado los pasos. Ultimamente, entre todas sus prendas literarias, resplandeció en él el grande amor a su propia Lengua, con tanto exceso como primor se admira en sus Obras, y este fue otro de los capitulos sobre que le calumniaron sus emulos, porque las escribia todas en Romance , siendo asi qne no merecia menor premio la pasion y destreza con que supo usarla, que el nombre de uno de los mayores Maestros de la Lengua, que ha transcendido a la posteridad. Las Obras que

fueron fruto de las tareas de este ilustre Escritor, no parecen a la primera vista mui grandes, asi en el numero, como en el cuerpo, pero realmente lo fueron, respecto a la cortedad de su vida, y continuada ocupacion de viages, y estudios, en lo que todas lo son, que es el alma. Este es el orden de las que hasta oy conocemos publicadas: *TITULI QUIBUS SALMANTICENSIS ACADEMIA GYMNASIA DISTINXIT ATQUE INSIGNIVIT. DIALOGUS IN LAUDEM ARITHMETICÆ HISPANA SEU CASTELLANA LINGUA, quæ parum aut nihil a sermone Latino dissentit. DIALOGO DE LA DIGNIDAD DEL HOMBRE. DISCURSO DE LAS POTENCIAS DEL ALMA, y del buen uso de ellas. MUESTRA DE LA LENGUA CASTELLANA en el nacimiento de Hercules, o COMEDIA DEL ANFITRION, tomado el argumento de la Latina de PLAUTO. LA VENGANZA DE AGAMENON, TRAGEDIA, tomado el argumento de SOFOCLES, Poeta Griego. HECUBA TRITE, TRAGEDIA, tomado el argumento del Griego de EURIPIDES. RAZONAMIENTO que hizo en el Ayuntamiento de la Ciudad de Cordova sobre la NAVEGACION del Rio GUADALQUIVIR. RAZONAMIENTO que hizo en la Universidad de SALAMANCA el dia de leccion de oposicion a la Catedra de Filosofia moral. Algunas POESIAS* que recogió y publicó con todos los demas tratados de nuestro Autor, su sobrino el erudito *Ambrosio de Morales*, el qual afirma que tambien compuso un tratado en Latin *sobre la piedra Iman*, pero no quiso incluirle en sus obras, por hallarse mui diminuto e imperfecto, pues solo constaba de apuntaciones, y contenia ciertos arcanos, en que nuestro *OLIVA*, como tan buen Geometra, y Naturalista, quiso engolfarse, acerca de su fuerza y virtud, que ni tubieron

mu-

mucha satisfacion del Autor, ni por conveniente al Editor el publicarlos. En todas las quales obras resplandece aquel gran fondo de doctrina, y talento con que fue enriquecido, y se acredita singularmente en el *Dialogo de la dignidad del hombre*, que en profundidad, erudicion, solidéz, metodo, hermosura, y gravedad es un tesoro de la mas noble y acendrada filosofia, con el que no tenemos que embidiar los Dialogos de Platon, ni de Tulio, aquienes pensó seguir nuestro *Autor*, que asi por esto, como por la elegancia, y pureza del lenguage, es una de las mayores preciosidades que conoce el Idioma Castellano, y era digno de andar en las manos, y estamparse en la memoria de todos los hombres, para su enseñanza, y gobierno. Igualmente en esta que en todas sus Obras se manifiesta su inclinacion y destreza en el Idioma, pues en medio de ser tan eminente profesor de la Griega y Latina, y practico en otras vulgares de la Europa, y al frente de su Universidad, las compuso en lengua vulgar; y confirma el citado *Discurso* bilingue *en loor de la Aritmetica*, en que hizo ver que la Lengua Castellana no es en nada inferior a la Latina; pues fue el primero que intentó este genero de pruebas en Discurso seguido, a quien imitó el *Doctor Luis Gonzalez*, y el proprio *Ambrosio de Morales*; como asimismo en la *Comedia del Anfitruon*, que con mucha razon llamó *Muestra de la Lengua Castellana*, y en las dos *Tragedias*, que en realidad son unos de los mas clasicos textos de la elegancia y pureza del idioma; y ultimamente en sus *Poesías* que por no perder su uso travajó en Francia y en Italia, junto con las traduciones; pues aunque son pocas, sueltas, y no contienen grandes pensamientos, ni aquel gusto y estilo que se havia ya empezado

a introducir en nuestra Poesía, y pudo nuestro Autor haver traido de Italia, y que en esto mismo se conoce que fue uno de los acerrimos opositores a la introducion de la rima Italiana, como si en rigor no huviera sido mas antigua en España; sin embargo de todo esto tienen el merito de la pureza del lenguage, y son una calificacion del gusto y la elocuencia de este ilustre Escritor.

LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA, *Secretario de la Emperatriz Doña Maria de Austria, Gentilhombre de Camara del Archiduque Alberto, Cronista mayor de S. M. en la Corona de Aragon, y del mismo Reyno*, nació en la Ciudad de *Barbastro* por los años de 1565. Fueron sus Padres *Juan Leonardo*, hombre docto, de gran prudencia, y de esclarecido linage, de los *Leonardos* de *Rabena*, Ciudad ilustre de Italia (por cuyas prendas mereció que el Emperador *Maximiliano* II. le eligiese por su Secretario y Gentilhombre) y *Doña Aldonza de Argensola*, tambien de distinguida nobleza en Cataluña. Estudió LUPERCIO Humanidades y Filosofia en la Universidad de *Huesca*, en compañia de su hermano menor *Bartholomé Leonardo*: y pasando a la Ciudad de *Zaragoza* se dedicó al estudio de la elocuencia y Lengua Griega, bajo el magisterio del erudito *Andres Escoto*. Ignoranse los demas hechos de sus estudios y vida, hasta los años de 1585. y veinte de su edad, en que consta residia en *Madrid* donde compuso las tres *Tragedias LA ISABELA, LA FILIS, Y LA ALEJANDRA*, y se cree verosimilmente que entonces se representaron en esta Corte. Despues fue nombrado por *Secretario* de la *Emperatriz Doña Maria de Austria*, que vivia retirada en el Convento de las *Descalzas Reales* de esta Corte, a la qual servia al mismo tiem-

tiempo de Capellan su hermano *Barthòlomé*. Sobre este cargo le honró el *Archiduque Alberto* con la plaza de su *Gentilhombre de Camara* quando al pasar (a lo que se debe creer) de Portugal a governar los Estados de Flandes, se detubo un tiempo en esta Corte para despedirse de la Emperatriz su madre. Por este tiempo, a lo que se puede presumir, contrajo estado de *matrimonio* con *Doña Mariana Barbara de Albion*, muger de no menos ilustres circunstancias, en quien tubo un hijo, que heredando con los apellidos el lustre y explendor de sus Padres, se llamó *Don Gabriel Leonardo de Albion*, y nò lo desempeñó menos en haver dado a luz sus obras, y las de su tio. Haviendo creado el Rey *Felipe III.* a los principios de su reynado el empleo de *Cronista mayor de la Corona de Aragon* fue elegido para ocuparle nuestro LUPERCIO, en competencia de otros muchos pretendientes que se crían acreedores a este oficio, y de alli a pocos años le confirieron los Diputados de *Zaragoza* el de *Cronista* del dicho *Reyno de Aragòn*, que antes obtenia *Geronimo Martel*, a quien se le revocaron por negarse a residir en el reyno, segun estaba obligado. Como a tal *Cronista* le encargaron los *Diputados* a nuestro *AUTOR* continuase los *Anales* de *Geronimo Zurita*, escriviendo la *Historia* del *Emperador Carlos V.* pero disponiendose a la egecucion de esta empresa se le ofreció precisa ocasion de salir de España, porque siendo nombrado por *Virrey de Napoles Don Pedro Fernandez de Castro, Conde de Lemos* por los años de 1610, que se hallaba Presidente del Consejo de Indias, este Cavallero, como tan erudíto y favorecedor de los dos LEONARDOS, deseando tenerlos en su compañia, ofreció a nuestro LUPERCIO la *Secreta-*

ria

ria de Estado y Guerra de aquel *Virreynato*; y aceptandola muy gustoso se trasladó a aquel Reyno con su hermano, su muger y su hijo. Con este empleo cargó sobre él todo el cumulo vastisimo de negocios de aquella Monarquia, pero su grande espiritu y singular talento, auxiliado tambien del influjo y compañia de un varon tan eminente como el *Doctor Bartholomé*, no tan solo supo dar lugar a la mas feliz expedicion de ellos, sino para la continuada aplicacion a los Libros, al comercio de las Musas, y a escrivir la *Historia* que le havian encargado, cumpliendo con el ministerio de *Cronista*. Ni se redujo precisamente la aplicacion y gusto de las letras a su propria persona, sino a promoverlas en aquel Reyno, como lo egecutó, quanto estubo de su parte, influyendo al *Virrey* en fundar en *Napoles* una Academia, donde se congregasen los sabios de aquella Ciudad y Reyno a conferenciar sus producciones literarias: lo que se verificó asi, estableciendo la celebre *Academia* llamada de los *Ociosos*, de la qual fue nuestro *Autor* recivido por miembro; pero en medio de todos estos proyectos, tareas, ocupaciones y cuidados politicos y literarios le arrebató inesperadamente la muerte año de 1613. a los quarenta y ocho de su edad, oscureciendose y arruinandose con su falta todas las grandes esperanzas que se havian prometido España y Sicilia de este ilustre varon, y ocasionando su perdida en ambas Naciones el sentimiento mas vivo, como lo explicó la *Academia de los Ociosos* en unas exequias solemnisimas, en honra de su ilustre individuo, y fomentador, erigiendo un lucido teatro funeral, de esquisita arquitectura, en una de las Salas mas espaciosas de la havitacion de la *Academia*, adornado de varias empresas, inscripciones y poe-

sias

esias latinas e italianas, compuestas por los mas famosos Poetas de aquella Ciudad y tiempo; finalizando la funcion con una elegante *oracion latina* que en elogio de nuestro *ilustre difunto* recitó *Juan Andres de Paulo*, Catedratico de Leyes y *Secretario de la Academia*. LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA, fue dotado de sigulares prendas, y virtudes morales, y señalado particularmente en el candor del animo, en la integridad de vida, y sobre todo en la grandeza de su juicio y talento, como acreditó en los graves asuntos, cargos y negocios que por ellos se le confiaron, y desde muy joven empezó a manifestar, pues a los 25. años de su edad le confirieron la Secretaria de la *Emperatriz*, poco despues las dos plazas de Cronista de la Corona, y Reyno de *Aragon*, y a los 35. la Secretaría del Virreynato de *Napoles*: cargos todos muy propios de edad mas madura y experimentada. Sobre todos los demas asuntos se descolló este gran talento de nuestro Autor para la Poesía, y este es el que ha eternizado su memoria en la posteridad, y del que mas temprano le amanecieron las luces, egemplificando la antigua verdad de que los verdaderos Poetas nacen, pues a la corta edad de 20. años fue capaz de producir tres piezas teatrales en sus tres *Tragedias*, que aunque con los vicios y defectos que se notarán en su lugar, acreditan lo comunes y familiares que le eran ya entonces los mejores Tragicos Griegos y Latinos, a quienes frecuentemente imita y sigue: en prueba de lo qual por este mismo tiempo fue admitido a una asamblea, o Academia de personas graves y erudítas, que se juntaba en esta Corte, en la que tomó el nombre de *barbaro*, y demandandole la causa de llamarse asi, respondió con aquella hermosa *Elegia* que se halla entre sus obras, y em-

empieza: *Obediente respondo a la pregunta.* Es verdad que en las producciones posteriores acredita tambien que el Poeta se labra y perfecciona con el arte, pues luce en ellas este con particulares ventajas, pero tambien es cierto que en el punto de la versificacion no aventajaron las posteriores a las primeras. Por todas está justamente admitido por uno de los primeros Poetas de la Nacion, y del numero de los que componen la primera clase del Parnaso Español. *Don Nicolas Antonio* dice que no se hallará otro Poeta con quien comparar a nuestro LUPERCIO, sino que sea con su hermano. Aora no tratamos de calificar quien haya sido el mayor Poeta de la Nacion, ni aun sería negocio facil determinar esta primacía entre los dos LEONARDOS. Lo cierto es que ambos a dos en el caracter, en la hermosura, gala, erudicion, espiritu y elegancia de sus obras, son tan identicos, tan uniformes, y tan inseparables como lo fueron en la sangre y en el amor quando vivios, y en la fama y en las obras despues de muertos: de suerte que no se pueden tocar en los aplausos del uno sin que resuenen en entrambos; y asi están reputados por los dos *Horacios Españoles*; ojala huvieran sido tan uniformes en dos circunstancias de que nos resultára un gran provecho, como son la duracion de la vida, y la existencia de sus dos retratos, con que disfrutariamos oy los grandes progresos literarios de *nuestro Autor*, que huvieran ilustrado la Nacion, y la efigie con que pudieramos satisfacer el deseo de los curiosos. Las obras de estos inmortales Ingenios las sacó a luz el referido *Don Gabriel Leonardo de Albion*, y se imprimieron en *Zaragoza* año de 1615. con este titulo: *Obras de Lupercio y del Doctor Bartholomé Leonardo de Argensola*, que es la edicion

cion que se conoce. Tambien consta que compuso nuestro Autor la *Relacion de los movimientos de Aragon por causa de Antonio Perez*, pero quedó inedito segun asegura *Don Nicolas Antonio*. El elogio que dá a nuestro *ilustre Poeta*, *Lope de Vega* en su *Laurel de Apolo*, unido como todos, con el de su hermano, es el siguiente:

Hebro famoso en la Ciudad *augusta*,
que los Cesareos muros encadenas,
¿quien con causa mas justa
Ingenios puede dar para Mecenas
de quantos oy escriven?
Dime pues si aperciben
las plumas al *Laurel* los dos LUPERCIOS,
Españoles *Horacios* y Propercios,
y aquel cuya memoria se descubre
tan heroyco diciendo:
Llevó tras si los pampanos otubre:
bien sabes que por el le está pidiendo
para corona de su eterno marmol,
ó que se parta entre los dos el arbol. &c.

Siguó el error de muchos, de apellidar á entrambos con el nombre del uno.

M. S. Maella. del.t — M. S. Carmona sculp.

PRIMERAS TRAGEDIAS *ESPAÑOLAS*

NISE LASTIMOSA, Y NISE LAUREADA,

Dª INES DE CASTRO Y VALLADARES, PRINCESA DE PORTUGAL.

COMPUESTAS

POR

F. GERONIMO BERMUDEZ,

Y PUBLICADAS A NOMBRE

DE ANTONIO DE SILVA

en 1577.

NISE LASTIMOSA

TRAGEDIA PRIMERA.

ARGUMENTO.

EL Príncipe Don Pedro de Portugal, que en esta Tragedia primera, por el decoro de ella, se llama Infante, siendo casado, y teniendo ya heredero, puso los ojos en una Dama, natural del Reyno de Galicia, llamada Doña Ines de Castro y Valladares, tan ilustre en hermosura, discrecion, virtud y linage, que muerta la Princesa se pudo casar con ella en Berganza, aunque tan secretamente que quando el Rey su padre lo vino à sospechar ya tenia tres hijos en ella; con todo eso le mandó apartar, y se dexó persuadir de algunos envidiosos, que el Reyno se perderia si el casamiento del Príncipe pasaba adelante con hija bastarda de D. Pedro Fernandez de Castro, un Caballero, aunque de los mas esclarecidos de España, y primo hermano del Príncipe; y asi vino à Coimbra con determinacion de matalla. La noche antes que llegáse, la pobre Señora habia soñado el trance, y amargo fin de sus amores, y asi salió con

aque-

aquellas ansias a pedir al Rey la causa de su muerte, que no la hallando, remitió el fin de la jornada a los que le habian puesto en ella. Los quales, con esta licencia, y su maldad, se fueron a ella, que ya estaba segura con el perdon del Rey, y cruelísimamente mataron a su propria Princesa, y natural Señora, de la qual proceden ahora todos los Reyes Cristianos. Fue el que dió las puñaladas Alvaro Gonzalez, Merino Mayor de Portugal, en compañia de Diego Lopez Pacheco, y Pero Coello. El Principe que lo supo, quedó sin juicio por muchos dias, y al cabo de ellos vino en sí: trata de hacer guerra a su padre, que de verse en tales estrechos muere: y los matadores huyen a Castilla.

INTERLOCUTORES.

INFANTE D. PEDRO.
SECRETARIO.
REY DON ALONSO.
DIEGO LOPEZ PACHECO.
ALVARO GONZALEZ, *Merino Mayor.*
PERO COELLO.
D. INES DE CASTRO.
AMA.
MENSAGERO.
CORO PRIMERO DE COIMBRESAS.
CORO SEGUNDO.

Verso Falectio, Endecasílabo, Sáfico, y Adónico, Media rima, y Sestina.

ACTO PRIMERO

SCENA I.

INFANTE DON PEDRO *solo.*

OTro Cielo, otro Sol me parece este
del que gozaba yo sereno y claro
allá de donde vengo: ¡ay triste Cielo,
cómo en tí veo el trance de mis hados!
ay! que donde no veo aquellos ojos
que alumbran a los mios, quanto veo
me pone horrór y grima, y se me antoja
mas triste que la noche, y mas oscuro.
Allá (¡ay dolor!) los dejo, allá en Coimbra,
tierra donde paró la edad dorada:
ò! que no es tierra aquella, paraíso
la llámo de deleytes y frescuras.
Allí tan claro es todo que aun la noche
mas dia me parece que de dia:
allí el esmalte del florido suelo,
mas que estrellado Cielo representa:
allí el concento de las avecillas
es un reclamo dulce de las almas:
allí son tan vivíficos los ayres
que no dexan morir à los mortales.

El Cancro, y el Leon, que vivas llamas
de sus fogosas bocas echar suelen,
con que la tierra abrasan, y despojan
de su librea verde la campiña:
allí son tan clementes y templados
que dan su punto al amoroso fuego.
Allí, mas que la plata reluciente,
de mas que humanas Ninfas festejado,
por el elisio valle, y su llanura,
al Mondego veréis, que de tal vista
tanto se ensoberbece que a Neptûno
diréis que vá a lanzar de sus mojones.
¡O Doña Inés mi bien, Señora mia!
gusto de esta mi vida, bien, y gloria
de esta alma tuya que te tengo dada,
aunque esta tierra gozas, si te gozas
sin mí, que yo sin tí viviendo muero.
¡O triste soledad! y qué haría
quando con no te ver por un momento,
pudiendo verte, y siempre estar contigo,
no vivo yo sin tí! ¡Qué triste vida
sería aquella! vida no sería,
que en solo imaginalla ya me muero:
mi alma allá la tienes, yo la tuya
acá la tengo: trueco precioso
de nobles corazones: nudo ciego
de amor, que asi dos vidas tiene atadas
tan fuertemente que la misma muerte

no puede deshacer, ni llevar una
sin que las lleve entrambas: ¡ò despecho
¡ò pensamientos mios tan amargos!
¡verdugos de esta fé tan merecida!
¡qué hayamos de morir! ¡qué venga tiempo
en que no nos veamos, y que quando
de acá cansado vaya, no te halle
allá (¡ò espejo claro de mi vida!)
ni esos tus ojos vea soberanos,
que al mismo Sol deslumbran en su esfera
¿Mas qué espíritu es este que me lleva
a imaginar el màl de que estoy libre,
y aquestos ojos mios hechos fuentes,
den muestras del quebranto que me causan
tan tristes pensamientos? Viviremos,
mi amor, en este amor tan casto, y puro;
el Cielo lo querrá; y quando la muerte
(¡ò muerte triste, que asi me entristeces!)
llamáre al uno, llevenos à entrambos:
no quedes tú, Señora, sin mí sola,
no quede yo sin tí, Señora mia;
mas no te hizo Dios tan santa y bella
para llevarte luego de la tierra,
que hollada con tus pies, gloriosa queda,
que eso sería no te haber criado
con mas ventajas que las otras hembras;
mas pues tan extremada entre ellas eres,
extremos grandes son los de tu muerte;

aun-

aunque ella suele, como envidiosa,
buscar lo mas precioso de la vida.
¡Ay qué temor es este, que saltéa
mi corazon! tú eres luz del mundo,
antes de todo el Cielo rica muestra:
deja à los tristes, deja a los que no hacen
sombra en el mundo, y nuestra luz nos lleva;
mostrarse quiere grande, y poderosa
en deshacer las cosas excelentes,
espanto, y maravilla de los ojos:
mas ésta (¡ò muerte!) está de tí guardada,
en ésta te han mandado que no toques,
sino quando quisieres juntamente
dejar a Portugal sin honra alguna,
todo el mundo sin bien, y a mí sin vida.
Por tí, Señora, vivo, por tí muero;
mas es que vida verte, mas que muerte
de tí verme apartado, mi Señora.
Mi padre si porfia en lo mandado,
la vida ya me quita, ya no es padre.
¡O triste Reyno, ciego, cruel, ingrato,
ingrato à mi alma, ingrato al Cielo, ingrato
y cruel contra mí mismo! ciertamente,
Dios te ha cegado, pues quitarme piensas
la lumbre de mis ojos. Rey injusto,
¿aquella corderita qué te ha hecho?
¿aquella santa hembra, en qué merece
ser despojada asi del alto estado

para que fue nascida, y de los cielos
al mundo ingrato dada en don glorioso
¿ Quién vió jamás envidia tan sin tasa?
¿ Quién vió tan cruel odio, y tan injusto
Engáñaste, mi padre, si imaginas
que puedo obedecerte en tal mandado;
la voluntad me arranca de este pecho,
arrancame del pecho esta alma triste,
con eso acabarás lo que pretendes.
No pienses que asi puedo desviarme
de donde entero estoy (mas inmovible
que otro Asfalcíte contra los tormentos)
de donde está mi alma; que primero
la tierra subirá à besar los cielos,
el mar abrasará cielos y tierra,
el fuego será frio, el Sol escuro,
la Luna estará queda, y todo el mundo
saldrá del orden en que Dios le puso,
que yo, mi bien, te deje, o lo imagine.
Yo te veré Señora de mi Reyno,
y en esa tu cabeza tan dorada
pondré yo con mi mano la mas rica
corona que jamás nacidos vieron.
Entonces se hartará de eternos gozos
esta alma, que de largas esperanzas
agora se mantiene, y de congojas.
¡ O Señor de los Cielos! tú no tardes,
no tardes en mostrarme un bien tamaño;

des-

despues matarme puedes libremente,
si vieres que la vida no merezco,
al tiempo que mas dulce me sería
el fruto de ella, y de estas ansias mias.

SCENA II.

INFANTE. SECRETARIO.

Secretario.

QUal suelen agua y fuego, y noche y dia
en un mismo sugeto estar de acuerdo,
tal pueden concertarse amor y engaño,
lisonja y lealtad, virtud y vicio,
engaños y lisonjas. Vengo armado
para emprender agora tal demanda,
aunque no sin rezelo: mas el pecho
usado a la virtud, a las empresas
de mas peligro aspira. ¡O si del Cielo
algun sagrado espíritu quisiese
en ésta socorrerme, aunque la vida
acabáse! ¿Qué fin mas gloríoso
que por los cielos dar la baja tierra;
y antes que por temor, por virtud y honra?
Aquel es que allí veo pensativo

qual

qual salamandra, elado en vivo fuego.
¡O Dios! por tu clemencia sola mira
al bien universal que aqui pretendo.
Esfuerzo ha menester, y vivo zelo
quien la mano metiere en irle à ell
al Principe, al Señor, que desvaría,
y no lo hacer es prueba de flaqueza.

Infante.

¿Qué dices Secretario a tanta fuerza
quanta quieren hacer a esta alma mia

Secretario.

Muchos toques, Señor, en esta vida
nos lastiman, aun mas por la flaqueza
con que los resistimos y esperamos,
que por la fuerza con que nos encuentran.

Infante.

Encuentranme de suerte que me rompen
el corazon y el alma: ¿Qué me quieren?

Secretario.

Quierente solo, y solo por tu honra
quieren a la fortuna rigurosa
quebrar las alas, para que no tenga
de hoy mas contra tí fuerza, ni osadía.

Infante.

Antes darselas quieren, pues procuran
de mi bien apartarme, y de mi vida.

Secretario.

Señor, verteías muerto si te vieses,

estás del todo ciego, ¿ vida llamas
vivir sin alma propria con la agena ?

Infante.

Tambien tú me persigues, tambien vienes
afilado a cortarme las raíces
en este fuerte corazon plantadas.

Secretario.

Obra hace de piedad al que está preso
quien la prision la corta, y la cadena.
¡ O Príncipe Don Pedro, Señor mio !
despues que me conoces, tus secretos
de mí fiáste siempre sin rezelo;
jamàs te descubrí veras, ni burlas,
ni Dios tal deslealtad en mí consienta.
Tu Secretario he sido muchos dias;
pero hoy querria ser de tu consejo,
bueno te le dar, pues te le debo:
despues tu saña venga; que no quiero
muerte mejor que aquella con que líbre
tu vida de deshonra, y de peligro.
Mi alma es a tu servicio consagrada:
oyeme pues, Señor, lo que te digo.
Bien sabes que si el Sol se escureciese,
quanto cubre, y descubre quedaria
tan tríste y negro quanto agora claro,
que está su color dando a cada cosa:
pues tal es el buen Príncipe, sol nuestro,
con cuya luz seguimos las virtudes,

que

que al Cielo nos remontan gloríosos.
Si éstas en tí no vemos, ¿ qué haremos?
¿ qué será de nosotros? quedaremos
sin luz, sin guia, qual sin Sol el suelo.
De Príncipe tan alto asi abatirte
a pensamientos bajos, y tan bajos
que del mas bajo pecho son extremos:
¿ cómo es posible que esto te parezca
grandeza de tí digna, y del estado
de este tan alto Reyno, que te espera?

Infante.

Perdonote el despejo tan osado
con que me hablas. Dí, pasa adelante,
que por mi Realeza te aseguro,
que aunque no quiera oírte, oygo de grado
la pura fé y amor con que me acusas.

Secretario.

Merced es esa, Señor mio, al peso
del que Dios puso en tí; pues ya vas viendo
que èsta mi libertad tan confiada,
la virtud me la dá que Dios me ha dado
para guardarte con el fruto de ella.
¡ O Príncipe mas caro que la vida!
desengañarte deja de quien te ama,
y entiende que el rigor del buen amigo
se debe en mas tener que la blandura
del enemigo falso y lisongero.
¿ Alabas tú, Señor, al que pudiendo

de

de sus pasados ensalzar la fama,
no lo hace; antes deslustra, y oscurece
aquellos claros rayos de su gloria?

Infante.

Antes el tàl vivir no merecia,
antes no ser nacido, pues sabemos
que el Aguila real à sus hijuelos,
en solo que al Sol miren, los conoce.

Secretario.

¿Y qué dirás de aquel loco y perdido,
que habiendose de armar contra los golpes
de la cruel fortuna, anda buscando
modos para tenella de contino
a su estado contraria, y à su vida?

Infante.

Quien popa à la fortuna, y no procura
contra ella pertrecharse, nunca adversa
la dexará de hallar à sus placeres.
A los que se la rinden mas persigue.

Secretario.

Juzgastete a tí mismo.

Infante.

Yo a mí, ¿cómo?

Secretario.

Aquel Real linage, aquella sangre
tan clara y milagrosa de altos Reyes,
de cuyo tronco vienes, quan escura,
quan baja queda, quan de poca estima,

si con otra, que menos valga que ella,
se mezcla! como esta de quien digo
de Doña Inés de Castro, cuyos padres
jamás imaginaron que la suerte
en lo tan bien parado les cayera.
Echa, Señor, de ver por el escarnio
que harán de tí los tuyos, el peligro
de este tu Reyno. Mira la pribanza
de esos parientes suyos tan osados
con tu favor, que ya se descomiden
con quien sin él, no dieran, ni tomáran.
¿Qué cosa mas destruye un grande Reyno,
que ver que el Rey se avilta a cosas bajas,
y a todos acocéa con sus vicios?
¿Con qué cara, Señor, darás el pago
a quien un tal delito cometiere?
¿Cómo podrás hacer que la obediencia
a los padres debida se les guarde,
si en esto que te piden justamente
los tuyos, siendo tales, se la niegas?
Memoria dejarás de mal egemplo
a tus hijos: darás licencia larga
a Reyes que esto oyeren, y motivo
de profanar tu nombre a toda gente.
¿De un mal ves quantos se derivan? Todos
sobre tí caen luego, Señor mio.
Conocete mejor, entra en tu seno,
verás quan justamente te importunan

tus

tus caros padres, y este caro Reyno

Infante.

Hablaste confiado en la pribanza
en que te tengo puesto.

Secretario.

Confiado
antes en tí, que estás allá juzgando
este amor, este zelo à tu servicio.

Infante.

Yo nunca fui jamás, ni Dios permita
que sea qual tú dices, ò qual todos
bosotros me juzgais: cierto: otros ojos
mas claros que los buestros son los mios,
con que me miro, y miro lo que hago.
Tan grande no es el mal como le pintan.
No yerro, ni errar puedo, si me sigo
por lo que me revela, y aconseja
mi espíritu real: porque, sin duda,
otros secretos trata Dios conmigo,
(esto hace con los Príncipes y Reyes)
que no alcanzais bosotros; y asi ciegos
errais en el juïcio de mis obras.
Mirad bien à esta hembra, y contempladla:
ved lo que su real valor promete.
¿Su sangre no es real como la mia?
¿Los Castros quiénes son, ò quiénes fueron?
¿No son, y han sido siempre esclarecidos:
mis deudos y parientes muy cercanos;

y no mantienen bien su claro nombre,
pues ponen a su grado, y quitan Reyes?
¡Alma real, dignísima de Imperio,
mi bien, amores mios, alma mia,
del mundo yo quisiera ser Monarca
mil mundos yo quisiera, para todos
ponellos a tus pies, y a mí con ellos
Y quando tus parientes no lo fueran
tan mios como son, ¿tú no podias,
qual Gavilán, Alcones franqueallos?
Por mi sagrado nombre, Secretario
te juro que muy baja me parece
de todo este alto Reyno la corona
para aquella cabeza: Dios me inspira
acá en el pensamiento cosas grandes
que de ella han de salir: y asi te mando
que en cosa tal no pienses mas hablarme:
mi mansedumbre no te sea causa
de desmesura a mi Real persona.
No quieran ya mis padres mas cansarme,
porque no puedo en esto obedecellos,
ni los desobedezco, aunque no haga
lo que me mandan con crueza tanta.
Haré mientras vivieren una cosa:
el nombre de muger tendré secreto;
mi dama digan que es, ò que es mi amiga,
ò con mas justa causa, mi Señora:
y tú por tal la reconoce, y sirve,

sin

sin descubrir a nadie tal secreto.

Secretario.

O, Señor, que me matas! Dios quisiera
que nunca yo me viera en honra tanta,
pues me pone a peligro de deshonra.
Seguir tu voluntad es destruírte,
destruír este Reyno y à tu padre:
quererte apartar de ella es imposible:
no veo como he de huír: no sé qué siga;
Descubrete, Señor, ya que eso quieres;
por múger la publíca, que esto quieren
tus padres y este Reyno, y por ventura
el tiempo ablandará lo que está duro.

Infante.

No quieras de mí mas.

Secretario.

Señor, al cabo
aconsejarte puedo, y no forzarte:
Dios me será testigo de este zelo.
En tí Cupido reyna, y en tu pecho
ponzoña dulce siembra de honra y vida.
¿ Mas cómo no te mueven tantos llantos
de tu madre la Reyna: tantos ruegos
del Rey tu padre; y los consejos tantos
de quantos à tus pies arrodillados
te piden el remedio de este Reyno?
De la cruel fortuna amenazado,
¿ no te declararás por honra tuya,

por el baldon del mundo que te infama
con nombre de pecado deshonesto?
Lloro de ver que es una muger flaca,
mas fuerte para tí que quantas fuerzas
de todo el mundo estan por tí tirando.

Infante.

¡ O persecucion fuerte ! ¡ ò odio estraño
¡ ò duros hados , todos conjurados
con cielos y planetas a perderme !
Hombres de entrañas fieras y dañadas,
¿ qué me quereis ? ¿ qué sinrazon os hago
en amar de esta suerte a quien me paga
con otro tal amor ? a quien el mundo,
a quien todo este Reyno , a quien vosotros,
que asi me perseguis , debeis servicio,
y gracias a los cielos que quisieron
con cosa tan divina enriqueceros.
Hombres que procurais mi mal y muerte,
poné los ojos donde yo los mios
de mi alma y corazon , y vereis luego
la ceguera en que estais. ¿ Qué Monarquia
de aquel acatamiento gloriöso
colgada no estará ? ¿ y aquella cara
que tanto aborreceis, no es mas que humana ?
¿ En cuerpo tan hermoso , al alma hermosa,
discreta , noble , honesta , casta y pura,
qué tachas podreis dar ? ¿ o qué virtudes,
qué gracias , qué excelencias , qué riquezas
no

no estan atesoradas en su pecho,
para que de ellas vayan a la parte
sus deudos, y la tengan en mi casa?

Secretario.

¡O quan peligroso es qualquier principio
del mal, que en un descuido puede tanto
que trae un animo alto a tal bajeza!

Infante.

¿A dónde hüiré por que me dejen?

Secretario.

Hüír habrás de tí por tu remedio.

Infante.

Ya no me vale hacer lo que no puedo.

Secretario.

Tu mismo te pusiste en tal flaqueza.

Infante.

No puedo, ni querria arrepentirme.

Secretario.

Con esa voluntad el yerro crece.

Infante.

Si es yerro, como dices, otros hubo.

Secretario.

Hubo; mas todavia fueron yerros.

Infante.

Disculpenme otros Reyes y Monarcas.

Secretario.

No pueden a si mismos; a ti como?

Infante.

No me persigas mas.

Secretario.

El mal persigo.

Infante.

¿Un Príncipe de un Reyno, tan cuitado
ha de ser, y tan triste que no pueda
hacer lo que acostumbra otro qualquiera
de los bajos del pueblo?

Secretario.

Un Príncipe, antes
ha de tener tan levantado el pecho
del suelo, que levante los cuidados
de todo el Reyno que le está a la mira;
ha de ser un espíritu apurado,
sin heces y sin liga de la tierra;
dechado de justicia y de templanza.

Infante.

No páres mas aquí, que es desvarío. *Vase.*

Secretario.

¡Quién puede gobernar un tal sugeto
que otro señor no tiene que a sí mismo! *Vase.*

CORO PRIMERO
de Coimbresas.

ESte Cupido, de poetas Marte,
hijo del alma Venus, engendrada
en los amargos senos de Neptuno,
¡ò con quanta crueza y osadía
sus flechas contra todo el mundo arroja!
Asi aquella region donde el Sol nace,
como la occidental donde se esconde;
asi la mas caliente al medio dia,
como la mas elada en contrapuesta,
sus llagas sienten, y en sus fuegos arden.
En lo secreto mas de las entrañas,
en el medio del alma siempre acierta
este joven cruel, cruel y ciego,
de allí derrama por las altas venas
su tósigo mortal, su fuego vivo:
en la caliente sangre, vivas llamas
enciende, y en la fria el fuego muerto
aviva: y en el pecho no tocado
de la sencilla y retirada moza
entra su rayo furïosamente.
Quanto halla estraga: nunca tal tirano
al mundo vino: nunca todo el mundo
lanzarle pudo: todos a su yugo
están sujetos, sabios, altos, fuertes.
Del poderoso Rey el cetro rico,

la fuerte espada, el invencible brazo
del caballero, la sabiduría
de Salomon, ¿contra el amor qué vale?
¡O Troya, Troya, quién te puso fuego,
y no dejó de tí ni aun las cenizas!
¿Apolo rojo quién te dió cayado,
con pastoríl zurron por atavío,
y rústica majada por albergo?
¿Y a tí Jupiter almo quién te trajo
tan sin acuerdo de tu sacro nombre
en tan estrañas formas disfrazado?
¿Y tú de Alcmena hijo valeroso,
por qué la piel dejaste leonina?
¿por qué la fuerte maza y las saëtas?
¿por qué los duros dedos ablandaste
con los anillos de oro, y consentiste
untar de tus cabellos la melena?
¿por qué aviltaste con mugeríl trage
aquel robusto cuerpo, y ocupaste
con huso y rueca aquellas crudas manos
con que leones fieros y osos brabos,
brabas serpientes tan ligeramente
desquijarabas? ¿Mas para qué quiero
tan lejos irme? Tú pues nuestra España
fuerte, invencible, ¿cómo enflaqueciste?
¿quién contrastó tus fuerzas y poderes?
¿quién te puso en las manos de Mahoma,
de quien para librarte, tanta sangre

ilustre se vertió, y aun hoy se vierte?
Este amor, este mozo apetitoso
vence, destruye, mata, reyna, vive:
ninguno de él escapa.

CORO SEGUNDO.

Media rima.

TAmbien el mar sagrado
se abrasa en este fuego:
tambien allá Neptuno
por Menalipe andubo,
y por Medusa ardiendo.
Tambien las Ninfas suelen
en el humido abismo
de sus cristales frios
arder en estas llamas;
tambien las voladoras
y las músicas aves,
y aquella sobre todas
de Jupiter amiga,
no pueden con sus alas
huír de amor, que tiene
las suyas mas ligeras:
¡Qué guerras, qué batallas
por sus amores hacen

los

los toros! ¡Qué brabeza
los mansos ciervos muestran
Pues los leones brabos
y los crueles tigres,
heridos de esta yerba,
¡qué mansos que parecen!
¿Qué cosa hay en el mundo
que del amor se libre?
antes el mundo todo,
visible, y que no vemos,
no es otra cosa en suma,
si bien se considera,
que un espíritu inmenso,
una dulce harmonía,
un fuerte y ciego nudo,
una süave liga
de amor, con que las cosas
estan travadas todas.
Amor puro las cria,
amor puro las guarda,
en puro amor respiran,
en puro amor acaban,
el qual nunca se acaba.
Seríamos peores
los hombres que las fieras,
si amor no fuese cebo
de nuestros corazones.
Por tanto nadie debe

maravillarse ahora
que el desdichado Infante
esté qual otro Alcído
ardiendo en la alta fragua
que el ayre soberano
de aquellos ojos claros
atiza en sus entrañas.
¡ O ciego y mas que ciego!
mira el peligro grande
de tu preciosa vida
y mas preciosa fama:
a tí mismo te vence,
antes que el mal te venza;
no comprarás tan caro
triste arrepentimiento.

ACTO SEGUNDO.

SCENA I.

REY D. ALONSO. PERO COELLO.
DIEGO LÒPEZ PACHECO. CORO.

Rey.

O Cetro de valía inestimable
a quien no te conoce! porque cierto,
quien viese sin pasion, y sin antojos,

quan

quan otro de lo que pareces eres,
caído en este suelo que te halláse,
antes debria con los pies hollarte
que levantarte de él. Nunca yo alabo
a los mui elevados, de que a costa
de sange agena, Imperios destruyeron
por estender el proprio; antes alabo
aquellos que con animo cristiano,
teniendo muchos Reynos, los desprecian.
Mayor grandeza de animo es grandezas
despreciar, que aceptar, y mas segura.
El resplandor del mundo nos deslumbra,
y es tierra al cabo, y tierra muy pesada.
De un alto alcazar siempre atalayamos
la fortuna cruel que nos combate:
como escudos del pueblo aventurados
a rescibir los golpes, no hacello,
es no tener la vida mas segura
de lo que estos peligros nos prometen.

Coello.

Peligros gloriosos, y trabajos
dulces, y descansados, pues te suben
de la gloria del suelo à la del Cielo.

Pacheco.

Trabajo, mas que estado es el de Reyes;
mas tal Rey como tú, clemente y justo,
de sello no te pese. Vendrá tiempo
en que te ilustren mas esos trabajos,

con

con discrecion llevados, y en paciencia,
que las victorias grandes mal habidas
con estrago de Pueblos y de Reynos.
Este mal atajado, que te aflige,
libre te reirás de la fortuna.

Rey.

De quien se temen menos los agravios,
de aquel se sienten mas. ¡Ay, quién temiera
del Príncipe mi hijo tal aviso!
¡Qué estrella fue tan triste y tan escura
aquella! ¿Qué mal signo, o mal planeta
le pudo contra mí volver tan duro?

Pacheco.

Durando la ocasion dura el pecado;
quitandola se quita.

Rey.

¡Estraña cosa
endurecerse asi aquel tierno pecho!

Pacheco.

Endurezcase el tuyo con justicia.

Rey.

¡Duro remedio! ¿Quánto mejor fuera
amor y sugecion? ¡O mis pecados
quán gravemente sobre mí descargan!

Coello.

¿Señor qué hay que decir? Muera esta Dama.

Rey.

¿Que muera todavia?

Pa-

Pacheco.

Señor, muera,
porque vivamos todos.

Rey.

¿ No es crueza
matar al inocente?

Pacheco.

Muchos puedes
mandar matar sin culpa, habiendo causa.

Rey.

¿ Con qué causa o color matamos ésta?

Pacheco.

¿ No basta que su sola muerte ataja
los males que tememos de su vida?

Rey.

¿ Ella qué culpa tiene?

Pacheco.

Es ocasion.

Rey.

O! que ella no la dá: el Infánte quiere
tomalla, por traerme à tal estrecho.
¿ Qué ley, o qué derecho la condena?

Coello.

El bien comun, Señor, larguezas tiene
con las quales abona muchas obras.

Rey.

¿ Asi, qué estais en eso?

Coello.

En esto : muera.

Rey.

¿Que muera una inocente?

Coello.

Que nos mata.

Rey.

¿Otro medio no habra?

Pacheco.

Todo otro medio
es daño conocido, no remedio.

Rey.

Echémosla del Reyno.

Coello.

El amor vuela.

Rey.

En un santo y estrecho Monasterio
podrémos encerralla.

Coello.

Ele quemado :
este fuego, Señor, no muere luego :
quanto mas le resisten, mas se enciende;
¿contra el amor qué fuerte hay que lo sea?

Rey.

Matalla, cierto es medio riguroso.

Coello.

No ves, Señor, que muchas veces mueren
muchos sin merecello : Dios lo quiere

por

por el bien que se sigue.

Rey.

Dios lo haga.

Pacheco.

Tambien licencia tal los Reyes tienen,
que en su lugar están.

Rey.

Antes no tienen
licencia para mas de lo que manda
la justicia y razon: otra licencia
es bárbara crueza de Paganos.

Pacheco.

¿ Pues qué dirás de aquellos que a sus hijos
ásperas muertes dieron, solamente
por dar egemplo de justicia al pueblo?

Rey.

A los que bien hicieron tengo envidia,
à los que mal querría no seguillos.

Coello.

Aunque en algo excedieron, todavia
mas males atajaron que causaron.

Rey.

Ningun mal se ha de hacer por quantos bienes
se puedan de él seguir.

Pacheco.

Ni bien alguno
del qual se sigan males.

Rey.

Rey.

Mal parece
matar una inocente : antes Dios quiere
que un malo y pecador sea perdonado,
que un inocente y justo condenado.

Coello.

El bien comun Dios quiere que se estime
mas que el particular ; y hay muchas cosas
en cuyas circunstancias está el todo,
y en el todo la nada.

Rey.

Engáñase el juïcio humano a veces.

Coello.

El del buen Rey , de Dios es inspirado.

Rey.

Temo dejar de mí nombre de injusto.

Coello.

Antes le dejarás de justo y santo,
pues te aconsejas siempre con los tuyos,
y el parescer de los discretos sigues.

Pacheco.

¿Vés poderoso Rey , vés por tus ojos
quanto ya cunde la enconosa yerba
que este amor ciego engendra? Bien vès quanto
la soberbia y desprecio de esta gente
contra tí y contra todos va creciendo;
¿y si viviendo tú , tenemos tanto,
despues que tú nos dejes , qué harémos?

Por

Por dar salud al cuerpo, qualquier miembr
si se puede se corta, porque el sano
no venga à corromperse: aqueste cuerpo,
del qual tú eres cabeza, está en peligro
de corromperse todo y destruirse
por esta hembra sola. Si la vida
la atajas, la ponzoña es atajada:
tendrás el Reyno sano y sin zozobra.
Si en parte esto crueza te parece,
engáñaste; no lo es, sino justicia,
quando de crüel ánimo no nace:
es una saludable medicina,
aunque parece amarga, con que curas
las vidas, que forzado, el tiempo andando,
habias de quitar à tus amigos.
De suerte que la ley divina manda
que muera esta muger por el sosiego
del Reyno, y escarmiento de tu hijo.
La clemencia, sin duda, es una joya
de grande precio, y digna de altos pechos
de Reyes, sobre todas las virtudes,
por el peligro grande que hay en la ira,
siendo con libertad egecutada;
mas porque tal virtud no valga menos,
otra trae consigo que la adorna:
esta es severidad, virtud divina,
de Griegos acatada y de Romanos.
Estas virtudes son las dos columnas.

sobre que estrivan todos los estados:
si alguna de ellas falta de su punto,
es mengua, y quiebra tuya y de tu Reyno.
Claras muestras has dado de clemencia
despues que esa corona te dió el Cielo:
conviene que las dés tambien agora
de la severidad tan importante.

Rey.

La parte que me cabe de este hecho,
pongo en vosotros toda, mis amigos,
que sin pasion estais tan obligados
a persuadirme aquello que es mas justo,
mas servicio de Dios, y bien del pueblo.
Mis ojos sois vosotros: yo no veo
mas de lo que vosotros me mostrais.
Orejas mias sois: oír no puedo
mas de lo que vosotros me decís.
Es buena mi intencion, y Dios lo sabe.
Si es el engaño buestro, buestro sea
el castigo del Cielo riguroso.

Pacheco.

Descargue en nuestros hombros ese peso:
mi parte tomo yo, o lo tomo todo.

Coello.

Sobre quien te aconseja lo indebido
cayga del Cielo un furïoso rayo,
la tierra se abra, y vivo se le trague,
y en cuerpo y alma al mas profundo centro

le lleve, y ponga entre las tristes sombras,
sombras fieras dó pague sus maldades:
almas y honras tenemos, y éstas todas
a tí, Señor debidas te las damos:
éstas, pues, te aconsejan: y tú sabes
de nuestros grandes daños el extremo:
las honras peligramos y las vidas:
en odio eterno quedan de tu hijo,
só cuyos pies quedamos: mas nosotros
perdamonos, perdamos estas vidas,
pasémos crudas muertes: nuestros hijos
desheredados queden, y sin padres.
La furia de tu hijo nos persiga
antes que miedo tal en nuestros pechos
mas pueda de lo que la virtud manda.
¿Tu hijo, pues lo sabe, no ha tenido
tiempo para creer esto de que burla?
Señal de pertinacia intolerable.

Rey.

Idos a aparejar, que presto salgo.
En vosotros me salvo, Dios me salve.

SCENA II.

REY *solo.*

SEñor, que estás en esos altos cielos,
y desde allá bien vés lo que proponen,
lo que las almas piensan y pretenden,

ins-

inspira esta alma mia, no fallezca
en el aprieto grande en que se halla:
recelos y osadías me combaten,
extremos de piedad y de crueza:
matar injustamente es cruda cosa:
atajar grandes males obra pia.
¡O hijo que asi quieres destruirme!
esta vegez te duela tan cansada:
trueca esta pertinacia en buen consejo:
no quieras, hijo, que tu padre quede
juzgado mal del mundo, y condenado
delante de aquel juez que está en los cielos.
¡O vida gloriosa la que vive
el pobre labrador solo en su campo,
libre de la fortuna, y descansado,
libre de estos desastres que acá reynan!
O! que yo no soy Rey, soy un cautivo
desventurado, triste, y sin consuelo.
Nadie es Rey menos que el que tiene Reyno.
O! que no es esto estado, es cautiverio,
de los que no lo creen deseado:
es una servidumbre suntuosa:
es un trabajo inmenso: gran fatiga
con color de descanso disfrazada.
Aquel es solo Rey que asi acá vive
(aunque su nombre siempre esté callado)
que de angustias, deseos, y esperanzas,
libres pasan sus dias: ¡buenos dias!

con ellos estas canas yo trocára.
No soy Rey, soy cautivo; y tan cautivo
como el que voluntad no tiene libre.
Salvome en el consejo, de quien creo
que tiene fé conmigo: esto me salve,
Señor, contigo; o tú por tu clemencia
me inspira discrecion y aviso tanto
quanto por el estado en que me has puesto:
y librame algun tiempo, antes que muera,
de tanta obligacion, para que pueda
mejor me conocer, y a tí volar
con alas mas ligeras, descargado
del peso que fatiga mi alma triste.

CORO PRIMERO.
Sáficos, y Adónicos.

¡QUanto mas libre, quanto mas seguro
es el estado, que de sí contento,
no se levanta mas de lo que huye
grande miseria!
Tristes pobrezas nadie las desee:
ciegas riquezas nadie las procure;
la bienaventuranza de esta vida
es una medianía.
Príncipes, Reyes, y Monarcas sumos,

so-

sobre nosotros buestros pies teneis,
sobre vosotros la cruel fortuna
tiene los suyos.
Sopla en los altos montes mas el viento,
los mas crecidos arboles derriba.
rompe tambien las mas hinchadas velas
la tramontana.
Pompas , y vientos , titulos hinchados
no dan descanso mas , ni mas dulzura.
antes mas cansan , y mas sueño quitan
al que los ama.
Como sosiegan en el mar las hondas,
asi sosiegan estos pechos llenos,
nunca quïetos, nunca satisfechos,
nunca seguros.
Si la fortuna yo cortar pudiese
a la medida del deseo , nunca
querria mas que asegurar la vida
de menesteres.
Quien mas desea , las mas veces se halla
triste y burlado , pocas veces duerme :
el fuego teme , vientos , ayres , sombras :
teme los hombres.
¿Rey Don Alonso , por qué no te gozas
de ese tu cetro? ¿por qué esa corona
pesada llamas? ¿el peso del alma
tanto te aflige?

CORO SEGUNDO.

Media rima.

QUan raras veces vemos
tardar en su venida
la justicia del Cielo
sobre los malos hijos
que dan trabajo, y muerte,
negando la obediencia
a sus propríos padres:
pecado torpe y feo
a los divinos ojos:
pecado que parece
mas de hïrcanos tigres,
mas de leones bravos
que de hombre, a semejanza
de su hacedor criado.
¿Aquel amor tamaño
de padres que te engendran,
de padres que te crian
con sangre de su pecho,
cómo olvidarle puedes?
¡O gran brutalidad,
ò fiera rustiqueza,
hacer tan mal retorno
a tanta cortesía!
Rey Don Alonso, Rey,
conocete à tí mismo:

acuerdensete ahora
aquellos yerros fieros
de quando perseguiste
a tu proprïo padre,
que en tí son castigados
por otro hijo tuyo
que te desobedece.
Dan vueltas ya las quinas
reales y divinas,
por Dios eterno dadas
a aquel buen Rey primero,
de quien el cetro y nombre
que tienes, heredaste.
Por tí se levantaron,
contra él cinco Reyes,
con cuya sangre y vïda,
las hubo el Rey primero;
mas contra el Rey tu padre,
mas contra tus vasallos
dan vuelta ya las quinas
reales y divinas;
y en bravo fuego ardiendo
contra sí mismas duras
se muestran, y crueles.
¡O con quanta fiereza
la sangre se vertia,
la sangre de los tuyos,
que tú no merecias!

¿Quántas veces la santa,
santa Reyna tu madre,
se metió en aquel fuego
por la vida salvarte?
Por ella era apagado,
por tí volvia a arder:
agora ardes en este;
¡justicia de Dios vivo!

ACTO TERCERO.

SCENA I.

DOÑA INES. TRES INFANTES, *que no hablan.*

Doña Inés.

NUnca mas tarde para mí que agora
el sol hirió mis ojos con sus rayos.
¡O sol claro y hermoso cómo alegras
la vista que esta noche yo perdia!
¡O noche escura, quánto me duraste!
en miedos y en asombros me tragiste,
tan tristes y espantosos que creía
que allí se me acababan los amores,
allí de esta alma triste los afectos,
acá empleados. ¿Y vosotros hijos,

mis

mis hijos tan hermosos, en quien veo
aquel divino rostro, aquellos ojos
de buestro caro padre, aquella boca,
tesoro peregrino, mis amores,
quedabades sin mí?
O sueño triste, quánto me asombraste!
Tiemblo aun agora, tiemblo (Dios nos libre)
de tan mal sueño, y de tan triste agüero:
en mas dichosos hados Dios le mude.
Primero creceréis, amores mios,
que de me ver que os lloro, estais llorando
(mis hijos tan queridos, tan hermosos)
¿en vida quien os ama, y teme tanto,
muriendo qué hará? mas viviréis,
y creceréis primero, y estos ojos
que agora os son de lágrimas arroyos,
dos soles os serán quando con ellos
os vea rutilantes y gallardos
correr por esos campos dó nacistes,
delante buestro padre, en mui lozanos
caballos, a porfia, qual primero
el rio pasará a ver buestra madre:
dos soles os serán quando con ellos
os vea rutilantes y gallardos
cansar las fieras, y monstrar tal brio
que amigos os adoren, y enemigos
de buestro nombre tiemblen. Esto vean
mis ojos, vean esto, y luego vengan

por

por mí mis hados : aquel dia venga
que ya me está esperando : en buesttos ojos
hincaré yo mis ojos , hijos mios;
mis hijos tan queridos : buestra vida
por mia la tendré quando esto acabe.

SCENA II.

DOÑA INES. INFANTES. AMA.

Ama.

¿QUé llantos y qué gritos , mi Señora,
eran los de esta noche?

Doña Inés.

¡O, Ama mia!
la muerte vi esta noche , cruda y fiera.

Ama.

Entre sueños te oí llorar , y tanto
que de miedo y espanto quedé fria.

Doña Inés.

Aún agora se me pasma el alma,
de aquellos grandes miedos asombrada,
y sombras de la muerte a sus umbrales.
¡ Ay triste ! qué cansada y desmayada,
cansada de llorar la soledad
que allá consigo lleva , y acá deja
el Príncipe con su negra partida,
tan triste amanecí que la tristeza

me

me trajo en sueños uno tan pesado
que aun agora no puedo con su peso.
Porque soñé que estando en esta sala
con estos niños, como estoy agora,
entraban tres leones desatados,
que arremetiendo a mí, con duras garras
los pechos me rasgaban. Yo cuitada,
que en angustia tamaña me veía,
por mi Señor gritaba,
mis hijos escondia;
pero a mí no podia,
que no me daban tiempo;
entonces me parece que rendia
con tantas ansias el vital aliento
que aun agora no sé si ya le tengo;
allí dejaba, pues, esta alma triste
de mí arrancada con las esperanzas,
que esta era mayor muerte que la muerte,
de poder ver a mi señor Don Pedro.

Ama.

¡ Ay, qual que quedaria esa alma tuya
tan muerta ! Dios te guarde. Mas a veces
el pensamiento triste trae visiones
escuras y medrosas : el cuidado
con que, Señora mia, adormeciste,
te trajo esos espantos tan estraños.

Doña Inés.

Lloro el dolor sin par y sin mancilla

de

de mi Señòr y bien quando tal oya.

Ama.

¿ Qué hay que llorar en sueños ?

Doña Inés.

No sé qué es,
no sé qué peso es este que me aflige.
Solia ser que quando yo quedaba
sola sin mi Señor , en él soñaba,
y sueños tan suaves que las noches
me parecian cortas para en ellas
con él gozarme : (¡ ay sueños engañosos !)
Allí creía que conmigo hablaba,
y yo con él , y aquellas sus palabras
con èl solemnizaba : a su partida,
no enteras , sino medias,
lloroso y tierno me las repetia :
allí con fiel blandura detenido,
y asido con mis brazos hasta el punto
que recordando de tan dulces burlas,
hacía de ellas veras , y el sentido
embeleñaba de arte que las noches
con él se me pasaban y los dias;
mas esta triste noche con la vida
se me acababan todas estas burlas.

Ama.

Otro dia , Señora , mas alegre
verás , y la corona que te espera
tendrás sobre esos tus cabellos de oro.

Alegrate entretanto, Reyna mia;
deja esas bajas sombras, y esos miedos
con que el amor en tí sus suertes hace.

Doña Inés.

¡O mi Señor, quién ora aqui te viera,
y en tus hermosos ojos se mirára!
Ay! no entiendo estas lágrimas: parece
que el alma derretida se me cae:
pronóstico de eterno apartamiento.

Ama.

Señora, mal te agüeras: mejor hado
será, mi Reyna, el tuyo: ¿por qué lloras?

Doña Inés.

No sé que esta alma vé, que tanto teme.

Ama.

La imaginacion sola es peligrosa.

Daña Inés.

¿Que hará quien ya no puede estar sin ella?

Ama.

Pensar en bienes, despedir tristezas.

Doña Inés.

Quitame tú las causas de estar triste.

Ama.

¿Por qué lloras el mal antes que venga?

Doña Inés.

Porque temo perder el bien que espero.
Qualquier sombra me asombra, qualquier vien-
temblar me hace: quando considero (to

es-

este alto estado , quedo sin sentido,
el corazon me deja en tanta altura
en quanta está subida mi bajeza.

Ama.

Esfuerzate, Señora : ¿por qué tienes
el corazon tan à los pies caído ?
¿por qué temes los hombres? ¿qué fortuna,
qué hados, o qué estrellas, de la ciega
gentilidad creídas, mudar pueden
aquella providencia poderosa
de Dios, que te levanta al alto estado
para que te formó tan santa y bella?

Doña Inés.

Estoy segura que lo que el eterno
Gobernador del cielo y de la tierra
quiere ordenar y hacer, eso se hace :
de otras idolatrías vanas burlo.
Mas esto me congoja, que a mí misma
me miro y veo el yerro cometido :
porque aunque a los principios fui forzada,
debiera antes morir que tal escándalo
a todo el Reyno dar : en cuyas bocas
mi nombre es ultrajado, y de los cielos
(de donde se vé todo) estoy temblando
de aquella gran justicia que no deja
pasar pecado alguno sin castigo.

Ama.

Temer aquel supremo y riguroso

Jüez,

Jüez, antes del dia de su ira,
cosa es, Señora mia, justa y santa:
mas sabes bien, Señora, que los hombres,
a Dios, que es bien immenso, no mirando,
se engañan muchas veces y mal juzgan;
y en tales casos, sola la conciencia
es la que nos condena, o justifica.
Pues ésta tu la tienes ya segura
con el animo firme con que entrambos
estais sacramentados. Reyna mia,
engaño ageno no te aflija tanto.
A Dios te vuelve, y lláma allá en tu pecho;
que él abrirá por su bondad los ojos,
y hará que los que agora mal te juzgan
vean su ceguedad, y se arrepientan.

Doña Inés.

Si el animo bastáse, amiga mia,
a disculpar las obras, bastaría
aqueste mio a disculpar las mias;
mas temo que no baste: pero baste
con Dios a disculparse la flaqueza
que en mí conozco grande; aunque el deseo
fue siempre de enmendarme; o conformada
mi voluntad con la que asi cautiva
me tiene en verdadero matrimonio,
o con nos apartar arrepentidos
de nuestros grandes yerros para siempre.
Mis ojos vean esto, Señor: vean

es-

esta alma libre.

Ama.

Asi la verás presto
si esperas, si confias, si te quieres
guardar para aquella hora tan dichosa,
que Dios para tu gloria ha señalado.
Entretanto, Señora, vive, vive:
vive para que viva quien te ama:
tu vida es ya mas suya que la suya.

Doña Inés.

Jamás mis ojos tanto se quejaron
por mi Señor, ni el triste pensamiento
de mí le imaginó tan olvidado.
Mi bien, Dios te me guarde, que sospecho
que algun mal te detiene, algun mal grande.
El alma se me arranca de este cuerpo,
parece que volar para tí quiere:
parece que la huyes, que me dejas:
ay pensamientos, tristes pensamientos
escuros y pesados, idos, idos.

Ama.

Quien llama a la tristeza, mal la puede
lanzar de sí, que a veces en el gozo
tan furiosa se entra que le turba:
mira estos Angelicos, tan seguras,
y ciertas prendas del amor tamaño
con que engendrados fueron: en sus ojos
esos tuyos alegra, que deshechos

es-

están en crudas lágrimas. No llòres,
que pierdes esos ojos; ay! no vean
en ellos tantas muestras de tristeza
aquellos cuya gloria es verte alegre.
¿No ves como las aguas de este rio
corren a saludar a tus amores?
De allá te oye, Señora: ellas le traen
a la memoria en tí sola empleada,
este aposento tuyo, donde mora
contigo siempre su dulcísima almá.
¿Tan esmaltados y tan frescos campos
debajo de un tan despejado cielo,
quién los verá que luego no se alegre?
Oye los dulces cantos y alboradas
con que los pajaritos te festejan
por entre esa arboleda deleytosa.
Espera, espera de gozar todo esto
en algun tiempo con doblado gusto,
libre de la fortuna y de sus miedos,
señora de tu bien y de esta tierra.

Doña Inés.

¡Ay, Ama mia, quien no te tuviera,
qué mal llevára tales accidentes!
bien veo que son sombras, que son vientos
que amor me representa: mas agora
parece que me aflige la tristeza
mas de lo acostumbrado: agora temo
mas, y no sé qué temo.

SCENA III.

DOÑA INES. AMA. INFANTES. CORO.

Coro.

TRistes nuevas mortales.
Tristes nuevas te traigo, ¡ ò Doña Inés!
ò triste! ò cuitadilla!
que no mereces tú la cruda muerte
que presto te darán.

Doña Inés.

¿ Qué dices? Habla.

Coro.

No puedo: lloro.

Doña Inés.

¿ De qué lloras?

Coro.

Veo
ese rostro, esos ojos, esa....

Doña Inés.

¡ Ay triste!
triste de mí, ¿ qué mal, qué mal tamaño
es ese que me traes?

Coro.

Mal es de muerte.

Doña Inés.

¡ Mal grande!

Coro.

Todo tuyo.

Do-

Doña Inés.

¿Qué me dices?
¿Es muerto mi Señor? ¡Infante mio!

Coro.

A tí te matarán, él por tí vive,
[illegible] él morirá luego.

Ama.

Nó permita
Dios tanta desventura.

Coro.

Cerca viene
la muerte que te busca: ponte en salvo:
huye cuitada, huye, que ya suenan
las duras erraduras: gente armada
corriendo viene. Aquí viene à buscarte
el Rey determinado (¡ò desdichada!)
a descargar su saña en tí. Tu hijos
esconde, si hallas donde, no les quepa
de estos tus hados parte.

Doña Inés.

¡O sin ventura!
¡ò sola sin abrigo! ¿Señor mio,
dónde estás que no vienes? ¿quién me busca?

Coro.

El Rey.

Doña Inés.

¿Pues qué me quiere?

Coro.

¡Rey tirano!
y tales los que tal le aconsejaron.
Por tí pregunta, y a tus tiernos pechos
con duro hierro traspasar pretende.

Ama.

Cumplieronse tus sueños.

Doña Inés.

¡Sueños tristes,
quan ciertos me salís, y verdaderos!
¡o mi espíritu triste! ¡o alma mia!
¿por qué lo que creías, y veías,
quisiste no creer? Ay Ama, huye;
huye de esta ira grande que nos busca:
yo sola quedo, sola aunque inocente.
No quiero mas socorro: venga luego
por mí la muerte, pues sin culpa muero:
vosotros hijos mios, si ella fuere
tan cruda que de mí apartaros quiera,
por mí gozad acá de aqueste mundo.
Socorrame ora Dios, y socorredme,
mugeres de Coimbra, o caballeros,
ilustre succesion del claro Luso,
pues veis esta inocente en tal estrecho,
amigos socorredla.
Mis hijos no lloréis, que tiempo os queda:
gozaos de esta madre en quanto os vive.
Y vosotras amigas rodeadme,

cercadme en torno todas, y pudiendo,
libradme agora, porque Dios os libre.

CORO PRIMERO.
Sáficos, y Adónicos.

TEme tus yerros, juventud lozana:
abre los ojos: tus postrimerías
piensa: del tiempo siempre te aprovecha,
que va volando.
¡ O quán en vano del pasado tiempo
breve momento querrás algun hora!
el que presente tienes atesora,
no te se pierda.
Oro, ni plata, ni las margaritas
mas precïosas que los hombres aman,
y por habellas de las hondas venas,
muerte no temen,
Nunca pudieron, ni jamás podrian
comprar un punto de este tiempo libre:
Principes, Reyes, y Monarcas sumos
no se descuiden.
Corre mas que ellos el ligero tiempo,
ni valen fuerzas, ni belleza vale:
todo deshace, todo huella y pisa:
nadie le fuerza.

Como tirano fiero va cortando
vidas a mozos, lástimas a viejos:
sola la fuerza de virtudes clara
puede vencelle.
Esta la vence, su valor es mucho:
ésta al eterno espíritu siguiendo,
vive riendose de la fortuna,
y de la muerte.
Vive, pues, vive juventud lozana,
ama virtudes, con el tiempo vive,
porque te valgas de él en aquel dia
del gran aprieto.

CORO SEGUNDO.

Media rima.

DEspues de amores dulces
la muerte viene amarga,
o de vida, o de honra,
o de alma, o todo junto.
Pues queda el alma ciega
sin ver el claro dia
de la razon, que muestra
los males y peligros
en que este amor se acaba.
¡O Príncipe tan ciego,
o Príncipe tan duro,
que tus ojos cerraste

a los avisos claros !
cerraste las orejas
a los consejos ciertos
de tus amigos leales;
y agora que tú duermes,
o estás mas descuidado,
la muerte presurosa
corriendo viene en busca
de tu süave vida,
de tus amores dulces.
Muerte cruel, que buscas
muger tan inocente,
detengate siquiera,
y a pïedad te muevan
aquellos ojos bellos
de aquel divino rostro.
Un nudo no desates
con que el amor tan suave
ató dos corazones.
Harás crueza grande
si apartas unos ojos
de otros, y si desvias
un alma asi de otra alma,
y tan ilustre sangre
derramas a deshora.
Duelante ora sus pechos
tan tiernos y nevados;
duelante sus megillas

tan alvas y rosadas,
que ya su color pierden,
que al corazon acude
quajado, y hecho yelo,
con miedo de tu nombre.
¿Aquella su garganta
tan de cristal y plata,
apoyo de cabeza
tan bella y tan dorada,
cómo cortalla puedes
con golpe tan esquivo,
y arrancar de tal cuerpo
espíritu tan digno
de cuerpo tan hermoso?
A pïedad te mueva
la rara gentileza
de aquel infante triste,
y de estas prendas suyas.
Detente en quanto tarda,
detente en quanto llega:
corre, o Infante, corre,
socorre a tus amores:
ay, que sabrás, si tardas,
en qué el amor acaba.

ACTO QUARTO.

SCENA I.

Rey. Pero Coello. Alvaro Gonzalez, *Merino Mayor.* Diego Pacheco.

Pacheco.

LA presteza, Señor, en casos tales
es la que mas importa; y gran clemencia
es no tenella contra la justicia.
Los ojos cierra a todas las mancillas
que te puedan mover de esa constancia.

Rey.

Esta es que aquí se viene. ¡O rostro digno
de mas dichosos hados!

SCENA II.

Rey. Coello. Gonzalez. Pacheco. Doña Ines. Coro. Infantes.

Coro.

¿VES la muerte?
Vete a entregar en ella; date pricsa,
tendrás que llorar menos.

Do-

Doña Inés.

Voy, amiga;
venid tambien vosotras: a tal punto
no me dejéis: pedid misericordia,
pedid misericordia para aquesta,
tan inocente quanto desdichada:
llorád el desamparo de estos niños
tan tiernos, y sin madre. Mis amores,
el padre veis aqui de buestro padre,
aquel es buestro abuelo, y Señor nuestro:
la mano le besad: a su clemencia
os entregad, pedidle que la emplee
en esta buestra madre, cuya vida
os vienen a robar.

Coro.

¿Quién puede verte
que no se ablande y llore?

Doña Inés.

Señor mio,
esta es la triste madre de tus nietos:
estos son hijos de aquel hijo tuyo,
legítimo heredero de tu Reyno:
esta es aquella triste muger flaca
contra quien vienes de crueza armado:
aquí, Señor, me tienes: tu mandado
bastaba solo para que aquí donde
agora estoy, sin falta te esperára,
en tí, y en mi inocencia confiada.

todo ese estruendo de armas y caballos
pudieras escusar; porque no huye,
ni teme la inocencia de frontarse
con la justicia. Y ciertamente quando
mis pecados y culpas me acusáran,
a ti fuera a buscar, a tí tomára
por valedor y amparo. Agora veo
que tú me buscas: beso tus reales
y pïadosas manos, pues quisiste
por tí mismo informarte de mis culpas:
como buen Rey, Señor, las mira, y juzga
como clemente y justo, como padre
de tus buenos vasallos, a los quales
jamás piedad negaste con justicia.
¿Qué vés en mí, Señor? ¿qué vés en ésta
que a tus manos se viene tan segura?
¿qué furia, qué ira es esta con que vienes
como contra enemigos capitales
que tu Reyno anduvieran abrasando?
Yo temo, Señor mio, temo y tiemblo
de verme aqui delante tu grandeza
muger moza, inocente, sierva tuya,
sola sin compañia y sin abrigo
que de tu saña grande me defienda.
Señor, tu acatamiento me embaraza
la lengua y los sentidos: pero puedan
estos niños tus nietos defenderme:
por mí, si tú los oyes, hablan ellos;

aun-

aunque con lengua no, porque no pueden,
hablante con sus almas precïosas:
con sus edades tiernas te dan voces,
con su sangre, que es tuya; y su cuïta
te está piedad pidiendo: no les niegues
lo que tan justamente, Señor, piden.
Tus nietos son, que nunca visto habias:
¿y agora que los vés, quitarles quieres
la gloria y el placer que allá en sus almas,
de verte, les está Dios revelando?

Rey.

Tus hados, Doña Inés, han sido tristes,
tu suerte desdichada.

Doña Inés.

Antes dichosa,
pues merecí que en este estrecho grande
tus ojos me mirasen, ponlos ora
en esta sin ventura, como en otros,
de pïedad y de justicia llenos.
No te pido injusticia, ni me quiero
favorecer de miedos pïadosos:
puro rigor te pido: en éste fundo
mi demanda, no puedes escusarte
de concederme lo que asi te pido:
¿Señor, matarme quieres? dame causa.

Rey.

Tus culpas te la dan, si bien las piensas.

Doña Inés.

¿Mis culpas? ¿culpas mias? a lo meno.
alguna contra tí, mi Rey me acusa;
aunque contra Dios muchas; pero él oye
del corazon contrito los gemidos:
Dios tan bueno, tan benigno y santo,
que aunque podria luego dar la muerte
al pecador y malo, no lo hace;
antes la vida larga le concede
porque se enmiende, como tú lo haces,
y asi lo hiciste siempre; pues no mudes
agora contra mí tu real costumbre.

Pacheco.

Señor, pásase el tiempo.

Rey.

Tú bien sabes
la causa de tu muerte. ¿Tu dureza
qué podia esperar sino dureza?

Doña Inés.

¿Yo dura, Señor mio? ¿qué mandado
tuyo dejé de hacer? ¿qué hice, o dije?
¿qué pensé contra tí, o contra tu Reyno?

Rey.

En peligro le tienes tal, que temo
de velle destruído por tu causa.

Doña Inés.

¿Qué fuerzas, qué poderes, qué tesoros,
de esta muger tan pobre a tí robados

te

te causan ese miedo, Rey prudente?
Entiende los engaños y falsias
de los que a tu desgrado acá te traen,
contra quien claro vés que nó merece
tan mancillada ser: basta esta pena
injusta que me has dado para aviso
de lo que errar pudiera andando el tiempo
porque hasta agora, en que contra tí erráse,
o en algo te ofendiese, no lo veo.

Rey.

A grandes voces muchas caras vidas
me estan pidiendo, Doña Inés, tu vida.
La hora se te llega.

Doña Inés.

¡O mal hadada,
en fuerte hora nacida! pára aquesta:
¿No me oyes, Señor mio? ¿asi te dejas
llevar de la pasion y del engaño?
¡O mis amigos! llámome a vosotros:
hablad al Rey por mí, favorecedme:
pedidle pïedad, si en algun tiempo
entro en buestras entrañas; ó si dulce
amor de hijos puede enterneceros:
que si no me valeis pudiendo agora,
vosotros me matais. Mas no permita
Dios en vosotros crüeldad tamaña,
pues profesais desagraviar los tristes
con sangre, y con peligro de la vida:

libradme agora con palabras solas,
pues veis mi muerte injusta : defendedme.

Pacheco.

Por esas vivas lágrimas que corren
por ese triste rostro, te pedimos
que en este poco tiempo que te damos,
remedies, no se pierda esa alma tuya:
lo que el Rey quiere hacer es cosa justa,
y el cielo se lo estaba revelando.
Nosotros le traemos con designio
no de crueles ser, sino piadosos
a todo el Reyno, que tu muerte pide;
y nunca Dios quisiera que tal medio
nos fuera necesario. El Rey seguro
está del bien que hace: tú no tienes
por qué quejarte de él. Y si nosotros
en algo te ofendemos, presto puedes
pedir a Dios venganza, hasta que veas
quan acertado fue nuestro consejo.

Doña Inés.

¡Ay triste! nunca buen consejo, nunca
dió tiempo para bien el mal pecado!

Rey.

A Dios te sacrifica, pues no puede
ser menos ya, sino que de este mundo
te has luego de partir: será cordura
hacer virtud de la necesidad.

Do-

Doña Inés.

¿Y quién me pone en ella?

Rey.

Tus pecados.

Doña Inés.

¿Pecados contra tí? ¿tan gran pecado
es bien querer a quien a mí me quiere?
¿Si amor con muerte pagas, con qué piensas,
Señor, pagar el odio? Amé a tu hijo,
no le maté, que amor, amor merece:
¿Y estos son mis pecados? ¿estos quieres
con muerte castigar? ¡cruel castigo!

Rey.

Si en tu conciencia no te persüades
la muerte merecer, será martirio
el que se te dará, con la corona
de gloria entre los angeles del cielo.

Doña Inés.

Tirano eres tú luego, y no cristiano;
crueldad es esa clara, y no justicia:
¿por qué conmigo quieres ser tirano,
y cruel contra tu sangre? ¿este martirio
cómo darmele puedes? Pon los ojos,
Señor, en ese cetro, y alto nombre
que Dios te dió: ¿Si tus reales manos
cometen tal crueza, cómo pueden
en otros castigalla sin empacho?

Merino.

Ya Doña Inés, la puerta está cerrada,
y dada la sentencia inapelable.
Por tanto cuida en ál, que bien te torne:
en despedir del cuerpo esa alma tuya
en buen estado; porque en la otra vida
no tengas que llorar mas que en la muerte.
Tu muerte importa mucho a todo el Reyno:
en ella se grangean muchas vidas,
que por la tuya estaban en peligro;
allende del pecado en que el Infante
forzada (asi lo creemos) te tenia.
Y siendo asi que de los dos el uno
habia de morir, la razon pide
que seas tú: pues llevalo en paciencia,
que eso te quedará por mayor gloria
que la que acá esperabas de este mundo.
Los que crueles somos, como dices,
no vivirémos siempre: allá nos tienes
en aquel Tribunal, donde darémos
de nuestras almas cuenta: ¿no has oído
de Griegas, y Romanas, quan de grado
la muerte recibieron por la honra?
Muere tú, Doña Inés: de grado muere,
pues no puede escusarse ya tu muerte.
Esto es lo que te cumple: tú nos cree;
del tiempo que te damos te aprovecha.

Doña Inés.

¡Triste platica! ¡triste cruel consejo
me das! ¿quién le oyrá? Mas pues ya mu[illegible]
oyeme ora, Señor, oye primero
la voz postrera de esta mi alma triste.
Con estos pies me abrazo, que no huyo:
aquí, Señor, me tienes.

Rey.

¿Qué me quieres?

Doña Inés.

¿Qué te puedo decir que tú no veas?
preguntate a tí mismo lo que haces:
la causa que a rigor te mueve tanto:
a tu conciencia sola me remito.
¿Si se engañó el Infante desdichado
con lo que en mí sus ciegos ojos vieron,
qué culpa tengo yo, qué culpa tengo?
Paguéle aquel amor con otro amor:
flaqueza acostumbrada en tal estado;
si contra Dios pequé, contra tí no.
No supe defenderme, dime toda,
no a estrangeros, ni enemigos tuyos,
a quien secretos grandes descubriese,
de mí fiados, no, sino a tu hijo,
Principe de este Reyno: ¿pues qué fuerzas
contra las de él tenia mi flaqueza?
Igual amor entre los dos habia;
muy por igual trocamos nuestras almas:

ésta que ora te habla y la de tu hijo.
En mí matas a él : él, pues, te pide
vida para estas prendas concebidas
en tanto amor. ¿No vés como parecen
a aquel tu hijo, Señor mio, todos ?
¿Matasme a mí ? pues todos ellos mueren :
No lloro yá mi muerte, ni la siento,
aunque con tanta crueldad me busca,
aunque la flór me corta de estos dias
indignos de tan lástimoso golpe;
mas lloro aquella muerte triste y dura
para tí, y para el Reyno, que muy cierta
la veo en el amor que ésta me causa.
No vivirá tu hijo, ni es posible
vivir, pues por él muero : dale vida
con me la dar a mí; que yo iré luego
donde jamás parezca; y estas prendas
conmigo llevaré, pues no conocen
otros pechos sinó estos que tú quieres
quitalles. ¿No llorais, mis angelicos ?
Llorad, llorad, pedid justicia al cielo,
pedid misericordia a buestro abuelo,
cruel contra vosotros. ¿Mis amores,
quedais acá sin mí, sin buestro padre,
que no me viendo á mí, nó podrá veros ?
Mis angelicos abrazadme : voyme.
¡Ay, que ya buestra madre os desampara!
Amores despedíos de estos pechos

que habeis mamado con dulzura tanta.
¡Ay quando venga buestro padre triste,
qué hará de sí! ¿qué será de vosotros?
hallaros há horfanitos y señeros:
no verá a quien buscaba: verá llenas
las casas y paredes de mi sangre:
¡tapicería triste!
Iráse donde yo me paseaba;
no me hallará, no me verá en el campo,
no en el jardin, y camara: hele muerto.
Ay! veote venir mi bien por mí:
mi bien, ya que yo muero, vive tú:
ampara estos tus hijos tan queridos,
y esta mi muerte pague los desastres
que a ellos esperaban. Rey, Señor,
pues puedes socorrer a males tantos,
socorreme, perdoname. No puedo,
no puedo mas decirte :: : :
¿Señor, por qué me matas?
¿en qué te lo merezco?
Ay! no me mates, ay! Jesus, Maria. *Vase.*

Rey.

¡O muger fuerte! atasteme las manos;
vencisteme, ablandasteme; no mueras:
vive mientras Dios quiere.

Coro.

¡O Rey piadoso
vivas muy largos años, pues perdonas:

Dios

Dios te prospere con favores grandes
del cielo, y muera aquel tan alevoso,
que su dura intencion lleva adelante.

SCENA III.

REY, COELLO. GONZALEZ. PACHECO.

Pacheco.

¡O Señor, que nos matas! ¡Gran flaqueza
has cometido, indigna de tu nombre!
¿De una muger asi vencerte dejas,
y tanto te espantabas que tu hijo
se le rindiese? ¡o caso de deshonra!
¿Tu hijo qué dirá? ¿no tiene agora
disculpa honesta con tu culpa? ¿Cómo
pudiste asi olvidarte de tí mismo,
y del real designio que traías?

Rey.

No puedo persuadirme a tal crueza.

Pacheco.

¿Crueza piensas que es? mayor crueza
es perdonalla contra todo el Reyno.
Señor, si la perdonas esto haces
lo que hace el agua poca en grande fuego,
que mas le enciende: haces que mas arda
el de tu hijo. Al cabo no has venido

sino a ponernos en mortal peligro
las vidas, y las almas y las honras.

Rey.

El corazon se me quebranta viendo
a mis pies derribada una inocente.

Coello.

El animo real tan firme y fuerte
ha de mostrarse en todo lo que emprende,
que cosa de la vida a pervertille
no baste: esto es ser Rey, esto es ser justo.
La justicia, Señor, píntase armada
de aguda espada, contra cuyos filos
no puede la blandura, ni dureza.
Qualquier estremo de estos es vicioso,
y agora peligroso mas que nunca.
Despues de, como dicen, cuentas hechas;
despues de las consultas en que vistes
tan necesaria ser la muerte de ésta,
se muda asi, Señor, tan de ligero
por lágrimas tu fiel constante pecho?
antes nunca intentáras tal demanda,
antes nunca vinieras, ni pensáras
venir acá, pues tu venida ha sido
no mas de acrescentar el mal que vemos
quedar del todo agora sin remedio.

Rey.

No veo culpa que merezca pena.

Coello.

Aun hoy la viste, y no la ves agora?

Rey.

Mas quiero perdonar que ser injusto.

Coello.

Injusto es quien perdona justa pena.

Rey.

Antes en ese estremo pecar quiero
que en la crueldad, pecado abominable.

Pacheco.

No se consiente al Rey pecar en nada.

Rey.

Soy hombre.

Coello.

Pero Rey.

Rey.

El Rey perdona.

Coello.

Perdona con razon.

Rey.

¿ Qué mas razones
que ver una inocente moza, y madre
de hijos de mi hijo; y tan querida,
que a todos mato si la mato a ella?

Merino.

Antes a todos ellos les das vida,
y del infierno sacas a tu hijo:
a tí mismo aseguras, y apaciguas

el Reyno ; y a nosotros el sosiego,
la paz nos restituyes y la honra :
destruyes a traidores , y los pasos
atajas de dañadas intenciones.
Señor, tan grande escándalo no pide
perdon, sino rigor : de aquí depende
el estado, o caída de este Reyno.
Los ojos pon, Señor, en tu corona,
y en las necesidades tan extremas
que hoy te mostramos, y tú viste : y piensa
bien lo que haces; porque si la dejas
con vida, ten por cierto que tu hijo
no menos te aborrecerá, no menos
su furia nos perseguirá a nosotros,
que si se efectuára nuestro intento.
Tus nietos ahí te quedan : con honrallos
amansarás la saña de su padre.
Señor, por este Reyno te pedimos,
por el amor con que este Reyno te ama,
por el con que sabemos que nos amas,
por vida, estado, y honra de tu nieto
Infante Don Fernando, cuya vida
te pide a gritos que esta hembra muera :
por tu preciosa vida, por tu honra,
por la real constancia con que siempre
a casos acudiste de justicia,
que en esto nos la muestres, y te muevan
estas razones mas que las mancillas

cuitas, que despues te serán tales,
perdiendo la ocasion que agora tienes.

Rey.

Mis manos lavo yo de aquesta sangre:
vosotros la teneis a buestro grado,
vertedla si os parece cosa justa
quitar la vida a quien la dan los cielos.

Coello.

Esa licencia y nuestro zelo basta;
Vamos, Pacheco, vamos.

Merino, y Pacheco,

Vamos, muera.

CORO PRIMERO.

Sestina.

YA murió Doña Inés: matóla amor.
Amor cruel, si tú tuvieras ojos,
tambien murieras; ¿Hubo muerte cruda
que pudiese cortar aquella vida?
Mas aunque la cortó, mas alto nombre
la dió del que le daba acá en la tierra.

CORO SEGUNDO.

Solo su cuerpo gastará la tierra:
por ella llorará siempre el amor,
honrandose de su glorïoso nombre:

y quien la quiera ver, con claros ojos
verá que goza ya de eterna vida,
y que acabó sus cuitas con la muerte.

Coro primero.

Aquellos mata la alevosa muerte,
cuyo nombre se olvida acá en la tierra:
justo castigo de su baja vida.
Mas ésta vivirá mientras amor
viviere entre los hombres, y los ojos
se humillarán de todos a su nombre.

Coro segundo.

Glorioso amor le da glorioso nombre;
real corona le entregó la muerte
luego que la cerró los bellos ojos,
aunque (¡ ay dolor !) dejó sin luz la tierra;
aunque dejó sin armas al amor,
aunque privó al Infante de su vida.

Coro primero.

¡ Infante desdichado, aquella vida
era tuya ! perdistela. Aquel nombre
que tan dulce te hizo el mismo amor,
amargo te le da la cruda muerte.
Llorando la andarás siempre en la tierra
hasta que Dios te lleve esos tus ojos.

Coro segundo.

Ni en este mundo habrá tan duros ojos,
que de ver una vida, no se ablanden,
asi cortada en flor: y que la tierra

besare donde está esculpido el nombre
de ella : dirá llorando hasta la muerte :
aqui de lo que hizo aquel amor.

Coro primero.

Amor, quanto perdiste en unos ojos,
que la muerte cubriò de triste tierra,
tanto ellos vida mas tendrán, y nombre.

Coro segundo.

Llorémos todos la tragedia triste
que muerte tan cruel al mundo deja.
Agora aquel espíritu sagrado
que tan hermoso cuerpo gobernaba,
regocijado va volando al cielo:
agora aquella sangre esclarecida,
desampara los miembros tan graciosos,
que nunca pudo la naturaleza
formar cosa mejor, ni semejante.
Yace en su sangre embuelta la cuitada
a los pies tiernos de sus tristes hijos,
que a ellos acudió la sin ventura:
mas ellos no pudieron guarecella,
porque los tiernecicos no tenian
fuerzas para quitar los duros hierros
a manos tan crueles, que a sus ojos
tan delicadas carnes traspasaban:
¡ò manos crudas! corazones duros!
¿cómo hacer pudisteis tal crueza?
otras manos habrá que os los arranquen

tan crudamente.

Coro primero.

¿Qué duros Trogloditas, qué Caribes
aquel divino rostro no ablandára?
¿qué brava saña no tornára mansa
un no sé que de aquella dulce boca?
¿aquellos ojos en qué peña dura
blandura no imprimieran? ¡O qué cuita,
ò qué crueldad tan fiera y tan estraña!
La tierra llore lo que el cielo goza:
moza inocente por solo amor muerta:
con gente de armas la inocente sola.
¿Qué mas hacer podian bravos Turcos?
¿ò qué hicieran mas a Turcos bravos?
Tú, Dios, que bien lo vés, oye los gritos
de aquella sangre que te está pidiendo
justa venganza.

ACTO QUINTO

SCENA I.

INFANTE *solo.*

¿QUién fuerza tanto un alma
que no tiene mas vida
de la que se la pega

de unos hermosos ojos?
El punto de mi muerte
es el en que me veo
sin tí, Señora mia:
de allá me estás llamando,
y acá tu voz süave
a mis oídos llega;
y a tus suspiros tiernos,
y a tus deseos puros
mi corazon responde.
Ni el estrellado cielo,
ni el esmaltado campo,
ni la gustosa caza,
ni la conversa humana,
ni el humano consorcio
aliviarme pueden
el peso de tristeza
estraña, y no creíble,
que de mí se apodera,
las horas y momentos
que sin tí se me pasan.
A tí me llamo luego,
a tí me voy, Señora,
para jamás partirme
del alto acatamiento
de tus hermosos ojos:
que este es el bien entero,
esta es la lumbre clara

de estos que acá te lloran:
fuera de tí son ciegos,
fuera de tí, no vén
sino crueles sombras:.
pareceme este mundo
un aspero desierto:
los arboles me muestran
la sombra de mi muerte:
las flores mas alegres
muy tristes me parecen:
las fuentes se me antoja
que están vertiendo en llanto
su líquido tesoro.:
las aves me quebrantan
el alma con sus cantos.
Pareceme que todo
lo que Dios hizo y hace,
ha sido con tal orden,
que yo no la tubiese
en ser atormentado
en el momento y punto,
mi bien, que no te viese.
Dulzura tan celeste,
tan increíble gozo,
tan peregrina gloria:
está alma triste espera
mi bien, de solo verte,
mi bien, de solo hablarte.

SCE-

SCENA II.

INFANTE. MENSAGERO.

Mensagero.

O Triste Mensagero! tristes nuevas
las que, Señor, te traygo.

Infante.

¿Pues qué nuevas?

Mensagero.

¡Crueles nuevas! y pues a traellas
me atrevo, contra tí cruel me muestro.
Pero, Señor, primero que las oygas,
tu espíritu se corte, y en él finge
la mayor desventura que podia
agora acontecer; que gran remedio
es el estar armado contra todo.

Infante.

No te entiendo: declarate.

Mensagero.

¿Qué piensas
que puede agora ser lo que te traygo?
Haz cuenta que perdiste tus estados,
y que es muerto tu hijo nuestro Infante,
y que abrasó tu Reyno un bravo fuego
venido de los cielos, y tú quedas
solo para llorar un mal tamaño.

In-

Infante.

Suspenso estoy : prosigue , que acrescientas
el mal con la tardanza.

Mensagero.

Señor , sufre
con animo real tan gran desastre.
Tu corazon , que siempre a la fortuna
se mostró fuerte , agora , agora es tiempo
que tome nuevas fuerzas : la fortuna
todas las suyas contra tí ha mostrado.
A la mayor mancilla que pudiera
te trajo ya , Señor , no hay que temella.
Es muerta Doña Inés , que tanto amabas.

Infante.

¡ O Dios ! ò cielos ! ¿ qué es lo que me dices ?

Mensagero.

De muerte tan cruel , que es dolor nuevo ;
decirtelo no oso.

Infante.

¿ Es muerta ?

Mensagero.

Muerta.

Infante.

¿ Es muerta Doña Inés ?

Mensagero.

Es.

Infante.

¿ Cómo?

Mensagero.

A hierro.

Infante.

¿Quién la mató?

Mensagero.

Tu padre. La inocente
hoy fue con gente de armas asaltada,
que por estar segura no huyó;
ni la valió el amor con que te amaba,
ni de sus tiernos hijos el amparo,
ni aquella su inocencia tan probada
con que pidió perdon al Rey tu padre,
que de piedad, llorando, se le dió:
mas aquellos malditos alevosos,
contra aquel su perdon tan merecido,
desnudas las espadas, vanse a ella,
los pechos la traspasan crudamente.

Infante.

Ay! ¿qué haré cuitado?
ay! ¿qué haré mezquino?
¡O fortuna cruel! o desventura!
¡O Doña Inés mi bien! ¡o alma mia!
¿Moriste tú? ¿muerte huvo tan osada
que contra tí pudiese? ¿óyolo, y vivo?
¡yo vivo, y tú eres muerta? ¡O muerte cruda
Matasteme, matasteme mi vida.

Veome muerto : ya la tierra se abra,
y sorbame : en un punto de este cuerpo
pesado se despida esta alma triste.
¡ Ay Doña Inés mi bien ! ¡ ay alma mia,
y amor de mis entrañas !
¿ Mataronte, matáronte ? ¿Tu alma
tan inocente, tan hermosa y bella,
dejó tu bello cuerpo ? ¿ De tu sangre
espadas se tiñeron ?
¿ Espadas crudas, y mas crudas manos,
cómo pudieron contra tí moverse ?
¿ cómo tubieron fuerzas, cómo filos
aquellos duros hierros contra carnes
tan bellas y tan blandas ?
! O Rey injusto ! ¿ Tú me llamas hijo ?
¿ Mi padre tú te llamas ? ¿ Enemigo
mortal, no padre, por qué me mataste ?
¡ O tigres ! o serpientes ! o leones !
¿ si de mi sangre estábades sedientos,
por qué no me matábades ? Viviera,
viviera yo, viviendo aquella vida.
¡ Por qué no me matábades traydores ?
Si mal os merecia, en mí venganza
tomáredes. ¿Aquella oveja mansa
qué mal os pudo hacer ? ¿ por qué quisistes
como crüeles enemigos mios
la muerte darme ; mas no de la vida,
sino del alma ? ¿ O cielos, que habeis visto

ta-

tamaña crüeldad. y cómo luego
no os trastornasteis? ¿ Montes de Coimbra,
cómo ministros tales no hundisteis?
¿cómo no se abre ya la tierra toda?
¿cómo sustenta en sí tan crudas fieras?

Mensagero.

Señor, para llorar tiempo te queda:
demas, que endechas tan desordenadas
a tu real persona no convienen.
Da, pues, vagar al llanto y los suspiros,
y aquel cuerpo visita, y las debidas
honras trata de hacelle.

Infante.

¡Tristes honras!
Otras honras, Señora, te esperaban,
otras te se debian. ¡O cuitado,
nacido en mala estrella y mal planeta!
¿Quién me enseñó que credito no diese
a aquellas amenazas? ¿quién creyera
que tal podia ser? ¡O triste! o triste!
¿Y cómo podré ver aquellos ojos
cerrados para siempre? ¿cómo aquellos
cabellos de oro, ya de sangre llenos:
aquellas manos frias, y tan negras,
que antes eran tan blancas y tan lindas:
aquellos tiernos pechos traspasados
de golpes tan crueles: aquel cuerpo
que tantas veces tube entre mis brazos

vivo y lozano, cómo muerto agora
y feo podré velle: y cómo aquellas
prendas suyas tan solas? (¡ó mal padre!)
No me verás en ellos, amor mio:
¿ya no me oyes, no me oyes?
¿ya no te he de ver más en este mundo?
Lloren mi mal conmigo los nacidos
y por nacer: las fieras, las arpías
conmigo lloren, y jamas desistan:
lloren las duras piedras; pues en hombres
se halló crueza tanta. Y tú, Coimbra,
de hoy mas un Gelboé de desventuras,
cubrete de tristezas para siempre;
en tí nunca se vea, nunca se oyga
sino dolor y llanto. En pura sangre
las aguas del Mondego se conviertan;
los arboles se sequen, y las flores,
a falta de influencias y rocío
del cielo. Nunca mas la primavera
se muestre al mundo. Todo lo criado
conmigo llore, y pida a Dios venganza
de mal tan sin medida.
Yo te maté, Señora:
yo te maté, mi vida.
¿Tu amor tamaño de pagarse habia
con muerte tan cruel, tan lastimosa?
Mas yo me mataré mas crudamente
que a tí te mataron, si no vengo

tu muerte con estrañas crueldades.
Dios me dará para esto solo fuerzas:
Dios me dará para esto solo vida.
Yo con mis manos ábra aquellos pechos,
de ellos arranque aquellos corazones
que usaron tal crueza; y luego muera.
Yo te perseguiré, Rey mi enemigo:
presto verás del cielo bravo fuego
que cayga sobre tí furiosamente,
que todo el Reyno abrase. Destruídos
verás a tus amigos: desterrados
los unos, y los otros en prisiones:
los otros verás muertos: de su sangre
se regarán los campos, y de madre
saldrán los rios, en venganza justa
de aquella sangre real. O tú me mata,
o huye de mi saña, que ya agora
por padre no te tengo:
tu mortal enemigo
me llamaré, y no hijo.
Señora, allá estás tú en los altos cielos;
yo quedo solo acá para vengarte:
allá me lleva luego: aquesto acabe:
allá serás tú Reyna, como fueras
si el cielo tu valor no envidiára:
tus hijos solamente, por ser tuyos,
serán reconocidos por Infantes:
y tu inocente cuerpo será puesto

en talamo real : tu amor constante
jamas me dejará hasta que yo deje
mi cuerpo con el tuyo, y vaya esta alma
a descansar contigo para siempre.

NISE LAUREADA.

TRAGEDIA SEGUNDA.

ARGUMENTO.

MUerto el Rey Don Alonso, hereda el Principe su hijo, llamado como su cuñado el de Castilla, y como el otro de Aragon. Viene a coronarse a Coimbra, donde lo suelen hacer los Reyes. Primero que reciba la corona entrega tres Castellanos al Rey Don Pedro de Castilla en trueco de los tres alevosos: y desentierra a Doña Inés de Castro, y se casa publicamente con ella, y la corona por Reyna. Traenle de Castilla a Alvaro Gonzalez, Merino Mayor, que fue el que le dió las puñaladas, y a Pero Coello, porque Diego Lopez Pacheco acogióse a Aragon, donde murió miserablemente: de los dos hace justicia, mandandoles en su presencia arrancar los corazones, al uno por las espaldas, y al otro por los pechos.

INTERLOCUTORES.

Rey Don Pedro.
Obispo de Coimbra.
Alcayde de Coimbra.
Aya de los Infantes.
Camarero del Rey.
Coro primero de Coimbresas.
Coro segundo.
Condestable de Portugal.
Embajador de Castilla.
Guardia.
Alvaro Gonzalez, *Merino Mayor.*
Pero Coello.
Alcalde de Corte.
Verdugo.

Verso Falectio, Endecasílabo, Media rima, Sonetos, Canciones, Octavas rimas, versos Adónicos, Encadenados, Tercetos, Odas, Sáficos Adónicos.

ACTO PRIMERO.

SCENA I.

REY DON PEDRO. OBISPO. ALCAYDE.

Rey.

¿O Tierra de Coimbra que solias
el firme centro ser de mi descanso,
cómo sabré pisarte con los pies
que ya no corren a tocar la mano
que el peso de mi vida sostenia?
¿cómo sabré mirarte con los ojos
que ya no se remiran en aquellos
que mas que los del cielo te alegraban?
¿O Ciudad en cuyo ledo asiento
plantado habia Dios mi paraíso,
qué entrada haré en tí mas yerma y seca,
mas violada con ilustre sangre
que el Gelboé de maldiciones lleno?
¿Y tú famoso Alcazar que amenazas
qual Babilonia el cielo, y te sublimas
con las coronas, cetros, y trofeos
de aquellos altos Reyes, mas cumplidos
de bendiciones de aquel Rey eterno

que

que de estrellas el cielo, el mar de arenas:
qué glorias, qué memorias, qué reliquias,
qué estrenas colgará de tus paredes
la mano de Absalón el desdichado?
Estos amargos sauces a la orilla
plantados de este rio me las muestran
las que el triste Israél, que desterrado
de su dulce Sión, y esclavo hecho
del crudo Rey Nabuco, en otras tales
los instrumentos músicos colgaba:
memorias tristes de pasadas glorias:
egemplo sacro de almas lastimadas,
que en sordo mar de lágrimas y cuitas
las barcas rigen de sus tristes vidas:
y estos serán los juegos y las fiestas
con que a vistas saldré de la doncella
(blason de fuerte que lo ha sido tanto)
de viboras y sierpes combatida:
idea viva de mis pensamientos:
y este será el contento y el descanso
que puedo prometerme de esta tierra,
si alguna puede haber, de las que el cielo
en torno cubre con lustroso manto,
donde parezca sombra de descanso
que con tormentos vivos no me asombre.

Obispo.

Señor, aunque el descanso, y paradero
del sér y peso humano es el eterno

y poderoso Dios en sus alturas,
de suerte que nuestra alma no reposa,
ni puede hartar su natural deseo
hasta llegar a Dios, que es fuente viva,
principio, medio, y fin de lo criado:
todavia a los que peregrinamos,
y aqui por peregrinos nos tenemos,
nos entretiene la bondad divina
con infinitos gustos y regalos,
(y este es aquel maná de suavidades
que el blando cielo nos está lloviendo)
hasta llegar al fin de la jornada:
y sobre todos a los altos Reyes
que acá sus veces tienen en la tierra.

Rey.

Antes el pasto de los desterrados
la queja suele ser y la amargura,
que el fruto que les da la tierra agena,
las lágrimas sabroso se le hacen:
asi que los regalos de los Reyes,
que lo pretenden ser como debrian,
son lágrimas, sollozos y suspiros,
nativo fruto de la amarga tierra:
ni quiso el claro Luso que la suya,
a su posteridad, al cielo grata,
de Semeles el hijo se atreviese
a dar áquel licor, aquel veneno,
aquel dulce tirano de la mente

que

que el humor melancólico destierra,
y alegra los humanos corazones:
antes en estó debe aventajarse
el noble Rey del vando Lusitano,
que mas que todos en sí mismo vea
como esta tierra mas encantadora
que Circes, y mas sabia que Minerva,
es un escuro abismo de altos pechos,
y un hermoso sepulcro de vivientes:
de suerte que la del vivir humano,
es un dolerse siempre y lamentarse,
que bien como este rio del Mondego,
asi llamado porque de la cumbre
de una aspera montaña se deriva:
de allí procede como de lo escuro
y angosto seno de la amarga madre,
vertiendo a borbollones de sus ojos
licor que se parece al de estos mios:
y asi con duros hados lamentando,
de roca dando en roca, viene haciendo
con sus altos quebrados tal ruïdo
que a todos nos ensorda, hasta meterse
en el amargo mar, donde se acaba:
tales son los ensayos y reseñas
de los tristes mortales, que llorando
de las entrañas salen maternales,
qual Jonás de la edónica Ballena:
y à este tono horrible remoliendo,

el trance acaban de su mortal vida,
en el mar zabullidos de la muerte.

Obispo.

Señor, bien claro veo que la vida
del que vive en espíritu cristiano
es un acuerdo vivo de la muerte;
y es justo que con alto sentimiento
mortales cosas piensen los mortales,
y los mas altos vivan mas humildes,
mirando bien en sus postrimerías.
Mas tambien veo que el real estado
no fue del alto Dios establecido
para pesares, cuitas y miserias,
sino para contentos y alegrias
del Rey que poseyere dignamente
el Reyno que a sus pies está rendido.
Criado habia el Rey del universo
todo lo que en él vemos y no vemos,
y de arte que mostraba bien la suya.
Enriquescido habia ya los cielos
de aquellas inmortales deïdades,
que tienen por oficio hacelle estado,
los rayos de su vista despuntando
sobre la hermosa máquina criada,
quales privados de los altos Reyes,
que deben ser espejos relucientes
en dar el resplandor que asi reciben
del sol humano que al eterno imita:

(del

(del Rey digo; sol nuestro, que lo fuere.)
Tambien habia en ellos esmaltado
aquellas sus lumbreras, cuya vista
gobierna, alegra y regocija el orbe:
qual la declaró Rey su caro Reyno:
mandado les habia que alentasen
con su valor vivífico la tierra:
y los mas elementos que llevasen
tan varias, tan hermosas, tan alegres,
tan excelentes cosas como vemos,
que asi zelaban con deleyte sumo
aquellos ojos de la luz eterna:
mas esto quiero, o gran Señor, agora
que consideres, porque claro veas
en qué consiste tu real estado:
y como nó pesares, ni tristezas,
no quebrantos, ni culpas, no lamentos,
sino contentos, gustos y deleytes
son los arreos proprios de los Reyes:
que porque hubiese quien gozar pudiese
de mundo tan hermoso, tan alegre,
y al sér que se le da le redujese,
en la labor la mano conociendo
del soberano Artífice, convino
al parecer de aquel Senado eterno,
cuyas obras no pueden mejorarse,
que un Rey le fuese dado conocido,
vivo destello de su sér y sangre,

al qual obedeciese y acatáse
con natural amor y reverencia
el resto inmenso de las criaturas,
que so el impireo cielo se guarece:
y tal fue hecho el hombre a semejanza
del mismo que le hacía, larga suma
de todo lo que el ancho mundo encierra,
milagro de las obras soberanas,
sello del universo, pues lo estampa
en aquella hermosura incomutable,
que es el Alfa, y O. de todo lo criado.
De suerte que el estado de los Reyes
establescido fue para contento,
para süavidad, para deleyte,
para descanso, para paraíso:
que allí cierto no habia pesadumbre,
sozobra allí no habia, ni amargura,
allí no habia cuita, ni quebranto,
no lágrima, ni endecha, no gemido,
ni rastro de dolor, ni de miseria:
todo era resplandor, todo alegria,
todo era fiesta, todo regocijo,
todo contentamiento, todo gloria,
todo un tenor de angélicas costumbres,
relieves de la hartura y abundancia
de aquel real banquete allá en el cielo.
Mas porque Rey de mundo tan hermoso,
pagado de la alteza de su trono,

be-

besar no supo, ni acatar la mano
de aquel Rey de los Reyes que le habia
en tan sublime rueda colocado,
deshizosela él mismo: ¡ estraña cosa
que fuese tan hermosa aquella fruta
del arbol a su dueño reservado,
y tan tirana aquella su consorte,
idea viva de mortales Deas:
que asi dejáse un Rey tan sin acuerdo
de lo que tan presente ver podia,
y que de Rey sublime y poderoso,
a cuyo parangon los demas Reyes
plebeyos fueran, fuese hecho esclavo,
y miserablemente atormentado
de aquellas cosas que antes le aplacian,
sujetas y rendidas a su mando!
¡O suerte digna de alto sentimiento,
que dando rienda a los sentidos ciegos,
en ellos viese su afrentoso estado,
y viese escurecida y eclipsada
aquella luz de gracias inefables
del alma noble, que a su Dios mirando,
cegára toda vista porfiada!
Aquí fue bien que el triste se aquejáse,
aquí fue bien que el triste se plañese,
y regase con lágrimas la tierra,
que espinas ya y abrojos le criaba:
y que las criaturas que él pudiera

guiar

guiar y gobernar con gran deleyte,
le acrescentasen el lamento eterno,
confusas, afrentadas y corridas
de ver su Rey, su gloria, su triunfo;
que a su descanso y fin las reducia,
cautivo, esclavo, y miserable hecho,
al banco de la muerte aherrojado.
Mas el eterno Rey en cuyo pecho
hacen mella las cuitas del humano,
viendo el teatro de las criaturas
con todas ellas ir tan de caída,
y que una tan hermosa Monarquia
como era la del mundo que acá vemos,
no conseguia sus debidos fines,
a falta de Caudillo y Presidente,
que como el alma al cuerpo le rigiese,
luego le proveyó de aquel reparo
que mas lo fuese do tan graves daños,
y asi mandó que hubiese entre los hombres
uno que los mandáse y gobernáse,
con titulo de Rey, porque al eterno
vea que ha de imitar en los arreos,
en la sabiduría, en la constancia,
en la misericordia, en la justicia,
en el amor con que las cosas mira,
6 y de ellas es mirado y acatado.
¡O suma dignidad del Rey eterno,
dado al mundo por dios que acá lo mande,

para del mundo à Dios dar mas que el mundo!
que quales en el cielo aquellas mentes,
por sus oficios angeles llamados,
que allá se estan mirando cara a cara
la del sumo Señor, y acá nos rigen,
nos güian, nos alumbran, nos consuelan,
tal debe ser el Rey, si sello quiere,
de aquel eterno espiritu colgado,
para bien gobernar el caro Reyno
que de su mano cuelga; y providencia
süave, y mas que humana consonancia,
que el Rey del suelo con el Rey del cielo,
y cielo y suelo con sus Reyes anden
tan acordados, y tan avenidos
que lo que el Rey del suelo acá recibe
del Rey del cielo, al suelo lo reparta,
y el suelo a su Rey haga tal retorno
que ya no suelo sino cielo sea,
y todo vuelva a su primer principio,
a su medio, a su fin, a su descanso:
y esta es la suerte que la eterna mano
hizo en nosotros, dandote este Reyno,
y abriendonos por esta escura selva
la via láctea del descanso eterno.
Y pues esto es asi, bien claro queda
quanta constancia, quanta mansedumbre,
quanta serenidad, quanta blandura,
quanta alegria, quanto regocijo,

quan-

quanto reposo, quanta providencia
en tí se debe hallar, en cuya gloria
la de este caro Reyno está librada:
y por el consiguiente, quanto debes
huír de cuitas, llantos y pesares,
de angustias, de congojas, de tristezas,
y mucho mas de culpas que las causan,
indignas de los pechos mas que humanos
de Reyes, claros dioses en la tierra.
Y asi, Señor, por el divino arreo
de tu sagrado nombre, te suplíco
te acuerdes que eres el pastor, el padre,
(de Agamenon lo dijo el cano Homero)
el valedor, el adalid, la guia,
el sér, la fuerza, el brazo, la esperanza,
el corazon, el alma, el movimiento,
el resplandor, la luz, el alegria,
la gloria, la pujanza, y el triunfo
de este tu caro Reyno que te adora:
y asi te muestres hoy mas agradable,
mas glorïoso, y mas resplandeciente
que aquel almo pastór del grey sagrado,
quando del alto Oreb, y de la mesa
del sumo Mayoral que la regía,
bajaba a dar el pasto a su rebaño,
con un Iris clarisimo en la frente,
(veneras de tan santas romerías)
de tanto resplandor que deslumbraba
 quan-

quanta luz y belleza descubria.

Rey.

Bien veo, Padre en Cristo, que has querido,
qual David con la música alegrarme
el afligido espíritu, sangrando
con la harmonía de esas tus razones,
que tales me serán, y recibidas
en cuenta de la mucha que tú debes
tener conmigo, que te estimo y quiero
al peso del que Dios partió contigo.
Mas no sé si el dulzor de tus palabras
dará su punto al caliz de amargura
que ya voy a probar en esta entrada:
que qual rabioso perro, que su rabia,
de sed causada, remediar pretende
con agua fresca de la clara fuente,
y junto a ella puesto, ya que quiere
en ella se entregar, en ella viendo
la triste sombra de su horrenda cara,
con grima huye de ella, y de sí mismo:
tal yo me siento agora, y no sé como
los campos vea donde Troya ha sido.

SCE-

SCENA II.

REY. ALCAYDE.

Alcayde.

¡O Gloria de los Reyes gloriosos
que fueron, y serán en Lusitanía,
columna principal del Cristianismo!
El Rey de poderíos celestiales,
que lo mortal y lo inmortal gobierna,
el cetro te prospere y la corona:
tan gloriosa sea tu venida,
quanto de tus vasallos deseada,
que al cielo dan las gracias que te vén.
Ilustre Rey en cuyo ledo asiento
parece que se pueden los mortales
de la ley de la muerte ir libertando,
estas llaves son de ese Alcazar tuyo,
antiguo trono de sagrados Reyes:
recibelas, Señor, y el omenage
que a tus mayores dí, que me las dieron,
aquí te las entrego con protesta
que de te ver en esta tierra tuya,
a Dios está mi espíritu entonando
del viejo Simeón el dulce canto.

Rey.

De Dios el bien, de nós el mal procede:
¿mas dónde estan mis hijos sin ventura?

SCENA III.

REY. AYA. INFANTES. CAMARERO.
CORO.

Rey.

O Hijos mios, y de aquella madre,
que el mundo malo merecer no pudo!
la bendicion de aquel eterno Padre
del cielo y de la tierra, os comprehenda:
tan favorable el cielo siempre os sea,
que la tierra os adore largos años.

Aya.

Señor, ha sido tanto el alborozo
de sus sagradas almas estos dias
que tu venida buena adivinaban,
que a veces el placer que en ellos siento
es tan sobrado en mí que lo derramo
por estos ojos mios como agora.

Rey.

¿Hijos de mis entrañas conoceisme?
¿Amores, dónde es ida buestra madre?
¿Por qué se fue? ¿por qué os dexó tan solos?

Aya.

Su madre desde el cielo los bendice.

Rey.

Bien fuera que en la tierra los criára.

Aya.

En está vida no hay eterna cosa.

Rey.

La triste remembranza de su muerte. . . . . .

Aya.

Y el gozo alegre de su eterna vida.

Rey.

En fuerte punto la perdí de vista.

Aya.

No aquel amor mas fuerte que la muerte.

Rey.

Ni aquel zelo mas duro que el infierno.

Aya.

Los angeles querian coronalla.

Rey.

Las furias del infierno destruilla.

Aya.

La grande ira de Dios sobre ellos cayga.

Rey.

O sobre mí, si no los destruyere.

Aya.

Aun agora se me rasga el alma
de versela rendir al duro hierro.

Rey.

¡O cielos que lo vistes!
¡O muerte cruda! ¿por qué me has dejado
para darme una vida
de muertes tan cargada.

que puje sobre todo sentimiento,
que no me das tu vida, o muerte cruda,
sino (ay dolor!) porque mi alma muera
que no acostumbra el cielo
por poco comenzar quando pretende
echar en el abismo
un Rey mas abatido que la tierra.

Aya.

Señor, en cuya vida está librada
la de estos angelicos que te lloran
de verte a tí llorar tan tiernamente,
no los aflijas tanto.

Rey.

Llorad, llorad amores,
llorad conmigo buestra desventura,
hasta que la piedad del Padre eterno
a todos nos esfuerce,
o (quales nubes) nos vuelva
en piedras, que con lágrimas se ablanden:
que nuestros duros hados
de sola cuita y llanto se sustentan.
Llorad tambien vosotras
matronas y doncellas Lusitanas,
que habeis tambien quedado
sin buestra gran Señora,
sin buestra noble Reyna,
sin buestra valedora,
sin buestra compañera y dulce hermana.

Aya.

Las leyes, Señor mio,
de los celestes hados no se rompen
con lágrimas de blandos corazones:
ni ciegos de llorar los ojos pueden
dar vida a quien ya de esta se ha librado.

Rey.

Tanto mas me es forzoso
dolerme y lamentarme,
quanto mas sin remedio
mis desventuras veo.

SCENA IV.

REY. CAMARERO.

Camarero.

SEñor, cosa es indigna de los Reyes
dejarse asi llevar de la tristeza.

Rey.

La discrecion humana es mas indigna
si manda que se goce el bien amado,
y que no dé dolor el bien perdido.

Camarero.

La discrecion humana si se mide
por la divina, su medida y regla
de todos males saca grandes bienes.

Rey.

¿Qué bien puedo sacar de mal tamaño?

Camarero.

El bien del sufrimiento, que es divino.

Rey.

¡Duro consuelo el duro sufrimiento!
antes si por tal caso yo pasáse
al cielo ofenderia y a la tierra.

Camarero.

No te quiero, Señor, tan insensible
que dejes de sentir tan duro encuentro,
ni de animo tan flojo y desmayado
que dejes de vengar crüeza tanta:
mas qüierote con Dios mas ajustado
que no pases los lindes de sus leyes,
y que de suerte sientas este golpe
que no se trueque en furia el sentimiento,
pues vés que la fortuna no süele
con la furia menguar del que la corre,
ni con lágrimas nuevas llagas viejas
curar se suelen, antes recentarse.
Que los que dicen que el llorar es gusto,
o del todo le tienen ya perdido,
o poco debe ser lo que han llorado;
pues lágrimas maduran las tristezas
con tan amargo fruto que hemos visto
a muchos que de lágrimas se ceban,
en furia y en insania convertidos,

ser despeñados de las altas rocas
en el abismo del eterno llanto.

Rey.

Pesado aviso de filosofia,
sin las causas quitar de las tristezas,
querellas hacer dulces y süaves.

SCENA V.

REY, CORO PRIMERO.

Coro.

SONETO.

LAS aguas de Mará que no podian
por su amargor nativo ser bebidas,
despues que del madero son movidas,
con gusto y con dulzura se bebian;
Las penas y sozobras que solian
amargas parecer, y desabridas;
en el arbol dulcisimo engeridas,
otro sabor tendran del que tenian.
¿Porque qué pena habrá que pena sea,
si con aquella del Cordero manso
por nuestras culpas fuere comparada?
¿O qué amargura, que por tal se crea,
con la dulce esperanza del descanso
de aquella eterna patria deseada?

Rey.

Rey.

Esò podeis cantar a los que lloran
de verme a mí llorar mi grave daño,
pues pienso reparalle con egemplos
de mas cruel, de mas inexôrable,
de mas amarga y aspera justicia,
que jamás en el mundo se han oído.
Y aquellos tres huídos de Castilla,
que en Portugal pensaban guarecerse,
bien pueden hacer cuenta que acabaron
las de sus vidas tristes, y entregados
a su Rey han de ser, en trueco franco
de aquellos crudos enemigos mios:
y llámeme cruel el mundo malo,
que estos serán mis gustos y mis gozos,
gozos de Rey tan mal afortunado.

SCENA VI.

Coro segundo.

CANCION.

¿QUan mal afortunado
el Rey puede llamarse,
que de cruel tristeza está tocado:
y quánto lamentarse
el Reyno desdichado

que,

que mereció tal Rey por su pecado!
Patria Lusitana,
de piedad despojada
mas que la inhabitable sierra Hircana!
ya hace en tí mesnada,
la triste sombra insana
de la otra infernal furia Castellana.
¿No te asombra el bramido
del fiero leon hambriento,
que al pueblo baja ya desde el egido;
y con rabioso aliento
busca despavorido
la res que menos halla de su nido.
Asombrente las feas
y torpes culpas tuyas,
que bastan a que quando tal te veas,
con grima de tí huyas,
y en tu Dios te reveas,
fuente de la hermosura que deseas.
Con pecho quebrantado
te rinde a su clemencia,
y dile que se acuerde que ha fundado
en ella la potencia,
la fuerza, y el estado
del que te rige en trono sublimado.
Y que este fundamento
del público edificio,
en otro estriva de inmortal asiento:

que

que es su justo juïcio,
castigo y escarmiento
de todo desmandado pensamiento.
Que no te desampare,
¡ o Lusitano vando!
de arreos tales, antes te repare,
en el puño apretando,
quando mas se ensalzare,
el corazon del Rey que te juzgare.
¿ O Patria Lusitana,
que espejo de clemencia
solias ser, y de nobleza humana:
quién llevarà en paciencia
que vengas de cristiana
a ser en crueldad mas que pagana?
Y que aquel Rey del cielo
dispierto al alarido
de la vertida sangre en este suelo,
a Rey le haya rendido
que envie sin recelo
tras su nombre cruel su cetro a vuelo.

ACTO SEGUNDO.

SCENA I.

CONDESTABLE. CORO.

Condestable.

QUal ave que no sabe consolarse
sin la sangre verter del pecho tierno:
o qual madre que viendo apresurarse
del parto amargo, llama al Padre eterno:
o qual alma que yendo a despojarse,
las sombras teme del oscuro infierno,
tal me tiene el pensar; o Patria mia,
que tal es tu congoja, y agonia.
Veo que el cielo sobre tí derrama
la sangre con que el suelo vïolaste,
y que te cerca ya la cruda llama
que con tus propias manos atizaste:
pues el nuevo Pastór qual leon brama
por la preciosa res que le mataste.
¿Qué harás, o Lusitania, en tal estrecho,
sino volverte a Dios con sano pecho?

CORO.

Versos Adónicos.

¡O Corazones
mas que de tigres!
¡O manos crudas
mas que de fieras,
cómo pudistes
tan inocente,
tan apurada
sangre verter!
¡Ay que su grito,
o Lusitania,
patria mia,
ay que su grito
desde la tierra
rompe los cielos,
rompe las nubes,
rompe los ayres,
trae las llamas
del zelo vivo,
trae los rayos
del vivo fuego
que purifica
toda la tierra
contaminada
de la crueza
que cometiste!

Trae la vara,
trae el azote,
trae la peste,
trae la furia
que te castiga
sin pïedad.
¡O Lusitania,
patria mia!
en la fortuna
de estos enojos,
en la tormenta
de estos pesares
que te combaten,
vete al abrigo
del que te abriga,
vete al amparo
del que te ampara.
Abre los senos
de esas entrañas,
ábre las arcas
de esos tesoros,
saca las prendas
inestimables,
y las reliquias
mas que sagradas,
en que confias.
Muestra las quinas,
ricos trofeos

de tus hazañas:
muestra las quinas
ciertas veneras
de romerías
tan preciosas:
muestra las quinas,
claras insignias
de la clemencia,
del amor puro,
del que por prendas,
del que por armas
dartelas quiso.
Valgate el precio
y valor de ellas
para librarte
de la congoja,
de la fatiga
en que te tienen
puesta tus culpas.

SCENA II.

REY. CONDESTABLE. EMBAJADOR.

Rey.

Versos Encadenados.

¿QUé dices, Condestable, a la embajada
que trae bien pensada el Castellano?

Con-

Condestable.

Pesada al Lusitano.

Rey.

Ya lo oíste.

Condestable.

Estoy, Señor, tan triste de sabella,
con la respuesta de ella, que maldigo
la muerte que es conmigo tan esquiva
que no quiere que viva en este suelo
sino para del cielo ver las leyes
rompidas por los Reyes, que debieran
ser los que defendieran su partido.

Rey.

No seas atrevido, si no quieres
pagar lo que digeres con la vida.

Condestable.

A tí, Señor, rendida, no la honra
de haberte la deshonra declarado
que à este Reyno has dado en dar entrada
a la desaforada tiranía
de aquel lobo que envia a ofrecerte
los perros por cogerte los corderos,
por estos tus oteros guarecidos
de sus fieros aullidos, que me erizan
el corazon, y atizan este zelo
a que tan sin rezelo contradiga
de tan infame liga las estrenas.

 Rey.

Rey.

De Tántalo las penas merecia
quien tanto desconfia, y se me atreve;
mas tú verás en breve que este cetro
no consiente otro cetro en làs consejas,
ni son estos ovejas, ni corderos,
sino lobos arteros, y peores,
con agenas colores almagrados.

Embajador.

Señor, en la república bien puesta,
donde la paz con la justicia mora,
aquel se muestra vivo miembro de ella
que la vida aventura por quitalla
a quien la quita a otros, y quebranta
las firmes treguas del comun descanso,
dulce fin del gobierno de los Reyes.

Rey.

Los Reyes, en las obras de justicia
nos hemos de esmerar, que èste es el basis
sobre que estriva nuestro real estado:
esta es la que nos hace ser temidos
de amigos y enemigos en el trance
de esta vida mortal, y al cabo de ella
ella es la que nos lleva y nos trasforma
en aquel Sol eterno de justicia,
si acá bien la entablamos en la tierra;
y asi procuraré mientras al cuerpo
este real espíritu rigiere,

de

de dalle alojamiento por las casas
de los mas estirados de mi Reyno.
Que aun el blason de aqueste Alcazar mio,
con la doncella en torno rodeada
de fieras, que es al vivo la justicia,
me trae a la memoria estos peligros.

Condestable.

Jamás yo deseé sino justicia,
ni quiera Dios que falte de mi casa,
pues veo que sin ella el edificio
de toda la nobleza es humo y viento:
ella es el fundamento, es el apoyo
del sér, valor, y resplandor humano:
ella es la que corona y galardona
las obras, los cuidados, los deseos
de todo noble y bien andante pecho:
ella es la que edifica las moradas,
y planta los alegres paraísos
que el cielo y suelo prometernos puede;
ella es la que fabrica las ciudades,
sustenta los estados y los Reynos,
levanta y tiene en pie los Señoríos,
dilata, ensancha, encumbra los Imperios;
sin ella el alto es bajo, el claro oscuro,
el sabio necio, el rico sin haberes,
el libre esclavo, el fuerte sin aliento,
el noble infame, el Rey sin poderio:
sin ella este tu Reyno, ò Rey Don Pedro,

(que siempre ha sido estrado glorioso
de Reyes y Señores, cuyo cetro
sobre la cumbre de Ida se encarama)
sería un vano encanto, un triste sueño,
una mortal estátua, ò estantigua,
qual el Rey Babilónico soñaba,
deshecha en polvoreda, que cegase
la vista de tus ojos, que debrian
ser mas que los del aguila fulgentes.
¿Mas qué digo? Sería este tu Reyno,
si tú no le cumplieses de justicia,
qual vid sin cepa, qual sin tronco rama,
qual res sin dueño, qual sin cuerpo sombra,
ò qual cuerpo sin alma quedaria.

Rey.

La mia se me arranque de este cuerpo
primero que yo deje por flaqueza
de mantener justicia rigurosa:
de mí se olvide mi derecha mano,
al paladar mi lengua se me pegue
primero que yo deje de emplearme
de suerte que los vivos y los muertos
los duros golpes sientan de mi cetro.

Condestable.

La fuerza de tu cetro es la justicia:
justicia es el blason, el apellido,
el sello, la sortija de las armas,
la laurea, el diadema y la corona

que

que mas asienta a los sagrados Reyes:
de ella te quiero ver tan guarnecido
quanto de tus vasallos acatado.
Ella es la fuente mas que Pegaséa,
de todos los arreos y grandezas
que en los humanos pechos se atesoran:
ella es el cuento, el peso, y la medida
en que consiste el sér de los vivientes:
ella es la madre pia del sentido,
el nervio del discurso y del juïcio,
de la tranquilidad y del descanso,
de todos los ilustres pensamientos:
ella es aquel ambrósia regalado,
y aquel süave nectar de los dioses,
aquel sagrado cuerno de Amaltéa
que está vertiendo siempre los tesoros,
y enriqueciendo los dorados siglos
de gracias y virtudes inefables;
mas porque ese deseo y zelo tuyo
no salga de los lindes que le ha puesto
aquella eterna celestial justicia,
suplícote, Señor, que la contemples,
y de ella, como de sagrada idea,
la tuya acá retires en tu pecho,
para entablalla en este Reyno tuyo
de suerte que el eterno se te entregue:
que bien como el espejo cristalino
a los rayos solares contrapuesto,

al mismo sol se pára semejante,
y asi los rayos que del sol recibe
los comunica luego y los reparte
por todo aquello que se le descubre;
asi sin duda tú si te aseguras
a contemplar la claridad inmensa
de aquel eterno punto de justicia
al peso tuyo, quedarás en ella
con mas que humano aliento transformado;
y asi serás qual sol resplandeciente,
y tu presencia y vista soberana
qual el frescor de la rosada aurora
que alegra y regocija el emisferio,
escuro y triste por la ausencia de ella.
De esta verdad fue mistica reseña
aquel paladio escuro que hacía
clara la gente que antes era escura;
y aquel retrato sacro de Minerva
que consigo traía el sabio Griego
que de este Reyno tuyo el cetro tubo.
Mas no te enfade aqueste peregrino
engaste de virtud que tanto precias,
pues suele cada qual de lo que estima
oír alegremente el toque y loa.

Rey.

Bien sabes tú que suelo yo de grado
oírte, porque sé que tus conceptos
son partos de un espíritu discreto,

del

del bien de mi república zeloso;
y asi te ruego agora que te estiendas,
y alargues por el cielo y por el suelo,
donde vieres que llega la justicia
de que me quieres ver tan adornado.

Condestable.

Merced, Señor, es esa merescida
de esta pureza y fe con que te sirvo;
y Dios lo sabe bien que de este pecho,
a tu perpetua gloria consagrado,
jamás salió lisonja por mi boca,
sino verdad, lisura y desengaño,
arreo natural de caballeros.
Contempla pues, Señor, que aquella eterna
justicia de aquel Sol llamado de ella,
es la estrella, la guia, el norte, el polo
por donde el cielo y suelo se gobiernan:
es la columna de la fuerza eterna,
sobre que estriva todo lo criado
que quiere conservar su sér y punto:
ella es la que reparte por sus coros
aquellas inmortales gerarquías
que allá le estan en el impireo trono
eternas alboradas entonando,
y acá sin intervalo componiendo
de todo el universo la harmonía:
ella es la que compone las esferas
de aquellos cuerpos que los nuestros rigen

ella

ella las mueve en torno y las gobierna
con paso apresurado , o vagoroso :
ella es la que de Lidia el carro trae
en que el dorado Apolo va su via :
ella es la que da luz a las estrellas,
y hace de Diana el cerco claro
contra el escuro velo de la noche :
ella es la que la paz y la concordia
entre los elementos establece,
que a su termino y linde estan atados :
ella es la que deslinda y parte el año
entre verano , estío , otoño , invierno,
con una variedad tan acordada
que es un süave parto de la mente :
ella es la que da sér , da vida y gloria
a todo lo visible y que no vemos :
ella es la que lo humano a lo divino,
y lo mortal a lo inmortal allega :
ella es , en fin , aquella (aqui el sentido
y la razon humana desfallesce :)
ella es aquella que su falta viendo,
acá bajó a la tierra desde el cielo
qual sol de nube escura rodeado,
con que hizo sombra a los humanos ojos
que no sufrieran la soberanía
de aquella claridad inaccesible :
ella es la que vistió aquel Verbo eterno
de aquella sacra púrpura teñida

con la rosada y siempre virgen sangre
en que mojó el pincél con que la imagen
de su divino sér, ya deslustrada,
volvió a pintar en nuestras nobles almas.
De suerte, o gran Señor, que aquella eterna
justicia que te debe ser dechado
y espejo en que te veas y reveas
para imitar sus lejos y sus cercas,
sus lineas, y sus sombras, y sus vivos,
su perspectiva, su primor y arreo,
sus obras, sus hazañas, sus proezas,
sus glorias, sus trïunfos, sus trófeos,
toda es alegre, clara y refulgente,
discreta, proveída, glorïosa,
süave, dulce, blanda, reposada,
espléndida, magnánima, jocunda,
igual, clemente, sana, primorosa,
facil y liberal, humilde y mansa,
del gusto, del descanso, del reposo,
del sér y bien del mundo cuidadosa.
Mas (¡ay dolor!) que este es el que me aflige,
y el triste corazon me tiene elado,
que veo que esta idea de justicia,
que aqui debiera ser del Rey terreno,
es aquella doncella colocada,
medalla hieroglífica de Reyes,
entre las doce estrellas desdeñosa
del mal parado albergo de este suelo.

Rey.

Rey.

Tambien esa justicia allá se pinta
en medio de un leon y una valanza;
y asi presto verás por mal de muchos,
como la fortaleza de mi pecho
el adalid será de mi justicia,
al peso egecutada de las obras
que cada qual hiciere en mi desgracia;
y bien pudieras tú con esas flores
mezclar estas espinas, y traerme
a la memoria, en que los tengo, aquellos
egemplos memorables de justicia
con que se venga Dios de sus contrarios:
aquel diluvio de crüel matanza
que la tierra sirvió descaminada:
aquellos fuegos de su saña viva
sobre las cïudades de escarmiento:
aquellas siete, o siete mil millones
de plagas, hambres, guerras, pestilencias:
aquel azote crudo que descarga
sobre sus enemigos cada dia:
aquel infierno eterno fabricado
para todos aquellos que le ofenden.

Condestable.

Señor, aquel eterno Rey del cielo
es tan zeloso de sus criaturas,
y de comunicarnos su bondad,
que siempre por amor, o por temor,

que allá del cielo nos está llamando:
primero nos convida con clemencia,
toque primero de la bondad suma,
y piedra imán de nuestros corazones:
y si con esto vé que no nos mueve,
como forzado acude a compelernos
con el castigo, nó sin pïedad,
que esta es el alma y vida de sus obras:
es de ella tan amigo el dulce padre,
que en todo lo que hace, aunque parezca
ser el castigo sumo, nos la muestra:
y asi quisiera yo, Rey pïadoso,
que tus estrenas fueran de clemencia,
de amor y de justicia pïadosa,
no de rigor, ni de dureza tanta,
que digan por el mundo que te quieres
en todo parecer al de Castilla.

Rey.

¿Qué pïedad quisieras tú que usára
con estos tres honrados Castellanos
que acá pensaban guarecer las vidas?

Condestable.

Que no los entregáras a la muerte.

Rey.

A su Rey los entrego, deles vida.

Condestable.

Quitóla a quien la suya le habia dado.

Rey.

Rey.

Júzguelo Dios.

Condestable.

Sí juzgará, que es justo.

Rey.

Los hombres no, porque los juzguen Reyes.

Condestable.

Juzganlos mal los que no les mantienen
las leyes y costumbres que los salvan.

Rey.

¿Qué ley salva a estos?

Condestable.

La que salva
a quien de tí se ampara, y puede poco.

Rey.

El Rey que no se venga puede menos.

Condestable.

El Rey que ampara a muchos puede mucho.

Rey.

¿De mí se han de amparar contra mi hermano?

Condestable.

¿Hermano es hoy el que enemigo ayer?

Rey.

¿No me entrega los otros alevosos?

Condestable.

Entrega, y trueco digno de memoria
trocar los justos por los pecadores,
los inocentes por los desalmados.

Rey.

Rey.

¿Tan inocentes te parecen estos?

Condestable.

Si no lo han sido aqui, pudieran sello,
o por tales juzgados a lo menos,
al sagrado acogidos de tu Reyno.

Rey.

¿Valierales sagrado allá en Castilla?

Condestable.

Ni acá tampoco pues asi lo quieres.

Rey.

Es cosa justa que los otros vengan.

Condestable.

Es cosa injusta que estos allá vayan.

Rey.

Allá se lo haya el Rey que los juzgáre.

Condestable.

Y allá te lo hayas tú que los entregas.

Embajador.

El edificio grande, gran cimiento
ha de llevar: Señor, tu real estado
agora que comienza, es bien que vaya
fundado sobre egemplos de justicia.
y no la hicieras tú, si no entregáras
a mi Señor y Rey los que te pido:
Hernando Gudiel el de Toledo:
Ortun Sainz Calderon: y Menrodriguez
Tenorio, todos tres en cambio justo

de

de aquellos enemigos que allá tienes,
cuyo castigo y muerte el cielo pide.
Demás que la amistad entre los Reyes,
hermanos mayormente, y tan vecinos,
al cielo y suelo siempre ha sido grata:
con esto la confirmas, y te vengas
de quien tu celsitud ha violado:
y entablas sobre todo entre los hombres
aquel temor, aquel espanto y grima
que Dios pone de sí a los pecadores.

Rey.

Ya yo te los he dado: vayan luego,
porque los otros vengan a mis manos.

Condestable.

Los otros sí: ¿mas estos?

Rey.

Estos mueran.

Condestable.

Sí morirán, y de ello a mí me pesa.

Embajador.

¿Qué te pesa que mueran malhechores?

Condestable.

El mal hecho aborrezco, pero quiero
salvar al malhechor quando le salva
la ley y la razon, que es alma de ella.

Embajador.

Quien salva al malhechor condena al justo.

Condestable.

El cielo ampara y salva a muchos malos.

Embajador.

¿El cielo quiere que los malos vivan?

Condestable.

No quiere el cielo que los malos mueran,
sino que se arrepientan de sus culpas.

Embajador.

Solo Dios sabe bien quien se arrepiente.

Condestable.

Todo buen pecho espera el bien ageno,
y teme el proprio mal.

Embajador.

Asi le teme
mi Rey, de los que juzga y señoréa.

Condestable.

Si los amase no los temeria.

Embajador.

Si los amáse no le temerian.

Condestable.

Del buen amor el buen temor procede.

Rey.

Esta vida es un golfo de temores.

Condestable.

Tambien un mar bermejo de cruezas.

Rey.

Y en él los malhechores se anegaron.

Condestable.

Y Faraon que a buenos perseguia.

Rey.

A los malos persigo con justicia.

Condestable.

Querria que los Reyes entendiesen
que es crueldad y furia la justicia
que de equidad humana se desvia.

Rey.

¿Qué llamas equidad?

Condestable.

Aquel sereno
y claro resplandor del Rey humano
que su decoro guarda, y da su punto,
su gusto y su favor a todo estado,
guardando aquellas leyes y costumbres,
aquellos fueros santos y derechos
que en peso tienen el descanso justo
de toda suerte y calidad de gente.

Embajador.

Tanto se deben hnmanar los Reyes
que lo que allá su espíritu les dice
se haya de anivelar con lo que aplace
al rico, al pobre, al bajo y al plebeyo.

Condestable.

Los Reyes deben ser tan soberanos
en todas sus empresas y designios,
quanto al perdon de las ofensas prontos.

De-

Deben ser tan zelosos de las vidas
de todos los rendidos a su mando,
quanto de su justicia cuidadosos.

Rey.

No mas, Embajador, no mas razones
con quien no las admite. Llevense estos
porque los otros vengan con presteza,
que aunque estos fueran justos, muchas veces
los justos pagan por los pecadores.

Condestable.

Sentencia de tirano mas que tuya.

Rey.

¡O duro atrevimiento, que me quieras
el alma destruír con tus blanduras!
No páres mas aquí, que ya no puedo
sufrir tal desmesura en mi presencia.
Yo desenterraré aquel cuerpo frio
de aquella que me abrasa esta alma triste,
y le daré mi cetro y mi corona,
y sobre la venganza de su muerte
trastornaré la tierra y los infiernos.

SCENA III.

CONDESTABLE. CORO SEGUNDO.

Coro segundo.

SONETO.

BUen Conde, bien será que te consueles
de haberte asi rompido el noble pecho.

Condestable.

¡Ay que en España veo a mi despecho
tres Pedros Reyes, todos tres crueles!

Coro.

Ese misterio no se le reveles,
que donde hay fuerza pierdese el derecho.

Condestable.

¡Ay que me tiene un trueco tan mal hecho
amargo el corazon mas que las hieles!

Coro.

Mira que cuelga el público sosiego
del tuyo, y que con este duro ensayo
atizas contra tí la cruda llama.

Condestable.

Soy lauro verde contra el seco rayo,
y planta larisea, que en el fuego
consérvo en su verdor mi tronco y rama.

SCENA IV.

Coro primero.

O Como quando Apolo
su resplandor esconde,
el Rey, que es nuestra luz y nuestra guia,
a los que le seguimos
se nos ha ido el dia,
y en noche escura y triste nos hallamos.

¿Y

¿Y quando el sol humano
con las amargas alas
de la encendida cólera se abrasa,
nosotros que no vemos
sino lo que él nós muestra,
qué vemos sino cuitas y pesares ?

SCENA V.

Coro segundo.

¡O Quan amarga llama
es la del dulce fuego
en los reales pechos encendido :
que qual fortuna grave
tras calma bonanzosa,
flores, yerbas y plantas llevar suele!
tal es la cruda usanza
del nieto del mar bravo
que de muertes se ceba y de cruezas;
mas presto la clemencia
del cielo dará vuelta,
y nos consolará con la bonanza.

ACTO TERCERO.

SCENA I.

CAMARERO. COROS.

Camarero.

¡O Como el sol hoy sale del oriente
mas claro que solia y más hermoso,
para dar resplandor al occidente!
¡Y cómo en este valle deleytoso,
estampa mas al vivo las colores
que han de alegrar el tálamo gozoso!
¡Cómo esta noche aquellos ruiseñores
hacian mas süaves sus mancillas,
y menos aquejados sus clamores!
¡Y cómo agora aquestas avecillas
redoblan su cantar mas acordado
con el tenor de alegres maravillas!
¡Cómo mas cristalino y mas vidriado
se muestra de estas aguas el remanso,
y el golpe de su rauda mas callado!
Clarisima reseña del descanso
que hoy Febo ofrece al pecho lastimado
de aquel leon mas que un cordero manso.

Y asi con canto dulce y regalado
sería bien recordalle y dalle nueva
del dia de su gloria que es llegado,
qual el que al fin del mundo le renueva.

Coro.

SONETO.

RECuerda, o claro Delio, que te llama
aquella ilustre Nise que en el suelo
fue rica muestra del impíreo cielo,
a donde se ha tornado en viva llama.
Y asi de allá tu corazon inflama
de un íntimo calor y ardiente fuego
de que la tierra adore su almo velo
en el coloso sacro de la fama.
Recuerda pues, y aclara ya tus ojos,
verás de tu Medusa los arreos
de mas que humano espíritu tocados.
Recuerda a celebrar los himeneos
de aquella alma feliz, cuyos despojos
en prendas de su amor te estan guardados.

SCENA II.

REY. CAMARERO.

Rey.

LA música sin duda al alma triste
es un pesado alivio del sentido.

Camarero.

Antes es una natural sangria
de la vena del alma que está en pena.

Rey.

El alma no acostumbra aliviarse
con la memoria grave de sus daños.

Camarero.

La musica no aviva esa memoria
sin regalar el sentimiento de ella.

Rey.

Regala y enternece los sentidos,
mas no da gusto al alma desabrida.

Camarero.

Si a los sentidos sabe dar su punto,
el alma sábia su sabor se toma.

Rey.

Saber el hombre mucho y poder poco
es un desabrimiento intolerable.

Camarero.

Y aun el poco saber y el poder mucho
es un desorden grande de la vida.

Rey.

Mucho sentir se debe la amargura
de un alto pecho en la fortuna baja.

Camarero.

Y no menos la lástima y la cuita
del pecho triste en la fortuna alegre.

Rey.

Nunca puede alegrarse el desdichado
en quien sus suertes hace la fortuna.

Camarero.

Nunca sus suertes pueden ser tan tristes
que no dejen lugar a la alegria
que el cielo envia en pós de la tristeza.

Rey.

No suele el cielo defender la causa
de los tristes de suerte que les quite
las causas de lo ser en esta vida.

Camarero.

Antes el cielo envia la bonanza
tras la tormenta, como tras la noche
escura y triste, el dia alegre y claro.

Rey.

Bien triste y bien escura me fue aquesta
con la memoria de aquel triste sueño
tan de veras cumplido en la inocente.

Camarero.

Tan claro debe ser y tan alegre
el dia que amanece, y tan hermoso

para la gloria de ella señalado.

Rey.

Ella tendrá allá gloria, yo acá pena,
aunque su muerte con la mia vengue:
ella con Dios descanso, yo tormento
conmigo triste de me ver sin ella.

Camarero.

Aqui vienen sus hijos que te llaman,
con sus alegres almas te dan voces
que no te aquejes hoy, que el cielo y suelo
la quiere coronar de gloria tanta.

SCENA III.

REY. INFANTES. OBISPO. CORO.

Rey.

HIjos de aquella madre tan dichosa
quanto de padre triste y desdichado:
¿Amores, quereis ver mi diadema?
¿quereis ver mi corona en su cabeza?
¡Ay como veo en estos buestros ojos,
en estos ojos buestros los de aquella
lumbre de aquestos mios que la lloran!
No lloréis hijos mios: consolaos;
yo lloreré por todos,
y verteré a lo menos
por estas mis megillas

tan-

tanto licor amargo
quanta ella vertió sangre por sus pechos.
¿Mas quién dará a mis ojos
canales tan ardientes que por ellos
se me derrame el alma
en lluvia, que llevada
del ayre de mis íntimos suspiros
ablande la crueza
de la invidiosa muerte,
que allá me lleva donde mi tesoro?
¿Quién me dará palabras
para debidamente lamentarme?
Pues ya no me oye aquella,
aquella que solia
con sola una palabra
el alma me esfogar de mil dolores.
¿Quereis venir conmigo,
amores de mi vida,
a ver si os oye aquella
de cuyo vientre fuistes dulces pesos:
de cuyos pechos blandos
probastes los primeros
y dulces alimentos,
a ver si os oye aquella cara madre,
y si la recordais del dulce sueño?
¡Ay sueño amargo aquel de aquella noche,
vigilia de aquel dia tan escuro!
¡O Doña Inés mi bien! ¿no recordaste?

¿no recordastes de él, por mí gritando?
Agora grito yo: ¿dónde te has ido?
Al cielo por no verme,
al cielo por no oírme.
Bien óyo yo, bien óyo los gemidos,
bien óyo los quebrantos de tu pecho.
Gritabas tú por mí, Señora mia;
de aquellas crudas fieras salteada,
querias darme aquel postrer aliento
para conforto de esta triste vida.

Eco.

Ida.

Rey.

Donde la tuya es, Doña Inés.

Eco.

Es.

Rey.

Voz humana la que asi me asombra.

Eco.

Sombra.

Rey.

De Doña Inés.

Eco.

Es.

Rey.

Que me llama.

Coro. Oda.

El eco que resuena

del

del grito de tu pecho lastimado,
te trae como en pena
con la sombra abrazado
de aquella que tan triste te ha dejado.
Y desde las troneras
de este olímpico templo redoblando
sus voces lastimeras,
sube el mundo atronando
hasta donde Saturno tiene el mando.
Y asi con grito insano
la tierra , el agua , el ayre , el fuego llora,
y a todo lo mundano
el sol se descolora
de empacho de la cuita que en tí mora.
Ay ! no te aflijas tanto,
o claro sol del orbe Lusitano,
mira que tu quebranto,
no cabe en seso humano,
y ofende gravemente al Soberano.
Mira el sepulcro abierto,
la tierra te la ha ya restituído,
y el tesoro encubierto
el cielo le ha querido
hoy descubrir con gozo tan crecido.

Rey.

¡O tierra tan escura y tan pesada
como la que este espíritu me encubre,
que me hayas tú encubierto aquel tesoro

que

que mi real estado enriquescia !
¡O tierra, temerosa sepultura
de claros pensamientos, grave yugo
de los hijos de Adan que acá quedamos!
¿Madrastra de congojas y pesares,
maestra de dolores y miserias,
cómo es posible que hayas tú podido
aquel sol eclipsar de este emisferio,
y sepultar en tus entrañas frias
aquel fuego de amor que te abrasaba?
Ay! ¿por qué me sustentas?
Ay! ¿por qué no me tragas crüel ballena
en mar de tantas cuitas anegado?
¡O Dios cuyo saber y providencia
deslumbra aquel seráfico Senado!
¿Declarame, Señor, por qué has querido
al alma noble, que es imagen tuya,
dalle un tan bajo y tan caduco velo
como es el de este cuerpo, que de tierra
formado y producido, vuelve a ella
a ser manjar y cebo de gusanos?
¿Por qué, Señor, sublimas tanto al hombre,
y al Rey que en tu lugar acá pusiste?
Pues por la parte que de tierra tiene,
es un egemplo vivo de flaqueza,
una valanza de calamidades,
una imagen y sombra de inconstancia,
es un espejo trágico del tiempo,

un

un Juguete cruel de la fortuna,
y es tierra al cabo, tierra escura y triste.

Obispo.

Señor, mucho debemos a la tierra,
que en su propia sustancia y sér convierte
nuestros terrestres cuerpos, pues sabemos
que es fin y perfeccion de toda cosa
volverse a su principio, y que la tierra
es el de esta mortaja que nos cubre;
y es punto digno de tu aviso raro
que aquel eterno Padre nos quisiese
de la tierra formar aqueste cuerpo
que habia de ser vaso corruptible
del alma, que no puede corromperse:
estraña y regalada maravilla,
a gusto de tu espíritu discreto,
y asi con ella quiero consolarte,
si tu benignidad me favorece.
La tierra (¡o Rey terreno!) madre nuestra,
es un terron de amor que se derrama
sin tasa y sin medida a toda cosa:
es un mar de milagros amorosos:
es fuente del amor y de las cosas
que de amor se sustentan, que son tantas
quantas no caben en sentido humano,
ni a recontallas todas por menudo,
el Angel bastaría, que mas cuenta.
Porque veas la gloria y bienandanza

que

que dá la tierra al cuerpo que recibe
como a perdido y deseado hijo,
dentro de sus entrañas amorosas.
Ella es aquella madre que produce
tan várias, tan hermosas, tan alegres,
tan excelentes cosas como vemos,
que nunca está sino brotando bienes,
y amores y dulzuras espirando
para sustento y bien del universo:
¿y al cabo, al cabo no nos restituye
a cada qual su cuerpo? Estraña cosa,
como de dulce sueño recordado
al primer toque y son de la trompeta
que alertará los vivos y los muertos,
al despuntar de aquel Sol de justicia
que aclarará lo escuro, y en un punto,
en un momento, en una vuelta de ojo,
o pena, o gloria nos dará perpétua.
De suerte que convino que este cuerpo
del hombre, que es hechura y semejanza
del mismo Crïador, que es amor puro,
de tierra se formáse, y que volviese
a convertirse en ella, hasta que el cielo
las vueltas acabáse señaladas,
el dia en que su forma y sér renueva,
los cielos y la tierra, y todo aquello
que con su sér y calidades frisa,
porque entretanto no quedáse esteril,

sino

sino fecundo, rico y dadivoso,
en pro del univeso derramado.
Y este es el alto espíritu y sentido
de aquella letra misteriosa y viva,
en que mandaba Dios que de la tierra
se le hiciese altar como de cosa
cuyo alto sacrificio mas le agrada,
y que mas representa aquella suma
fecundidad de amor y de largueza,
aquel derramamiento sin medida
con que el eterno y amoroso Padre
se comunica a todo lo criado.
Süave y regalada maravilla,
que el alma, que es su templo, la vistiese
de tierra, y que mandáse que en su templo
a su divina gloria consagrado,
se fabricáse altar de sola tierra.
No andaba lejos de este sentimento
aquel gentil de ingenio peregrino,
que al famoso Eliseo visitando
no supo con qué don, con qué presente
poder mostrar la fe que por sus obras
de su valor habia concebido,
sino con cargas que le dió de tierra.
Y este es aquel misterio que en Egipto
por tal se celebraba entre los sabios
de aquel dorado siglo, que decian
que la tierra era madre de la fama.

Rey.

Llamadme al Condestable.

SCENA V.

REY. CONDESTABLE.

Condestable.

Aquí me estaba.

Rey.

Grandes son los misterios de la tierra.

Condestable.

El cielo los declara a quien le mira.

Rey.

La tierra nos deshace acá la rueda.

Condestable.

El cielo nos compone allá la vida.

Rey.

Bien es el remirarnos en la tierra.

Condestable.

Y bien el espejarnos en el cielo.

Rey.

Tenemosla acá mas entre manos.

Condestable.

Tenémosle allá mas a nuestros ojos.

Rey.

La tierra va a la tierra: somos tierra.

Con-

Condestable.

El cielo vuelve al cielo: somos cielo.

Rey.

La tierra es la que agora poseemos.

Condestable.

El cielo es el que en ella grangeamos.

Rey.

La tierra es un refugio de miserias.

Condestable.

Y el cielo un cumplimiento de deseos.

Rey.

Si alguna vez el cielo nos apaga
la sed de algun deseo, no parece
sino que de proposito lo hace
para avivar con agua poca el fuego,
para mas encendernos las entrañas,
y el triste corazon dejar qual horno,
que de deseos altos no cumplidos,
y de tormentos grandes no acabados,
en vivas llamas arde noche y dia.

Condestable.

¿No ves, Señor, no vés que esa tristeza,
esos pesares tan desaforados,
ese tropél de tristes pensamientos
nacidos y criados de la tierra,
no quadran con la fiesta y regocijo
de tan alegre y tan gozoso dia,
por gran merced del cielo señalado,

que con amor tamaño aquí te espera
para ver tu corona en la cabeza
de aquella cara esposa que allí tienes
en tálamo real, qual le conviene?

Rey.

¡O Doña Inés, tesoro de mi vida,
antes despojo ya de vida y alma,
dolor, empacho, asombro, espanto, y grima
del cielo y de la tierra, que estás hecha
tragedia de lamentos y agonías,
egemplo de desdichas y miserias,
no tuyas, sino mias y del mundo
que no te mereció por su Señora!
¿Este es el dia de mis esperanzas?
¿Este es el dia fin de mis deseos?
El dia en que naci para asi verte,
los cielos y la tierra le abominen,
la noche en que engendrado fui perezca.
¡O noche escura, y mas escuro dia
el de mi nacimiento, pues me trajo
al mundo para ser tan raro egemplo
de los mas malandantes y mas tristes
que jamás los presentes, o pasados,
o por venir, veran en este mundo!
¡O cielos, o planetas, o deydades,
que a buestro Crïador haceis estado,
y gobernais la humana monarquía!
¿cómo pasais por caso tan horrendo,

y quereis que haya Rey tan desdichado;
tan triste, malandante y miserable,
que vea con sus ojos tal ultrage,
y no se muere luego?
¡O muerte cruda por qué me perdonas!
Porque la tuya vengue, mi Señora.
¿Mas qué venganza habrá que al justo venga
de crüeldad y estrago tan infando?
De mí me vengaré, que soy la causa,
yo soy el malhechor, el alevoso:
yo te maté, Señora;
con este amor con que te dí la muerte
te rindo aquí la vida.
¡O tierra cómo vivo no me tragas!
¡O cielo cómo sobre mí no caes!
¿Cómo no llueven sobre mí los rios
del Jovïal furor con que me abrases?
¡O angeles del cielo, a cuya guarda
este Rey sin ventura está entregado!
¿Quereis que vea yo con estos ojos
aquellos tan cerrados para siempre,
y con mis manos toque las heridas
de aquellos nobles pechos tan abiertos
a duros hierros y crueles manos,
y que yo no me mate con las mias?
que un Rey a quien el cielo no da vida,
sino con tanta afrenta y desventura,
bien la puede acabar con muerte honrosa.

 ¡Ay

¡Ay tristes pensamientos,
que quales del Pelícano los hijos,
dentro de mis entrañas engendrados,
de mis proprias entrañas se alimentan!
¡O Dios que estás allá en tu trono eterno,
donde no llega sombra de miseria,
y encierras en el puño lo criado!
¿Por qué siendo tú bueno sumamente,
y a males tantos socorrer pudiendo,
lo dejas de hacer, y sufres tanto?
Mas ya que eso te agrada, y asi quieres
tratarnos en la tierra que nos diste,
suplícote, Señor, por tu clemencia,
la luz y el sano acuerdo nos mejores,
de suerte que las cuitas de esta vida
los gozos no nos quiten de la tuya.
Y tú, Señora mia, que lo has sido,
y lo serás en muerte como en vida,
recibe esta corona y este cetro
en fe de aquella con que me dejastes
estas prendas de amor, que son tus hijos,
legítimos Infantes de este Reyno,
y el mundo te conozca y reconozca
por Reyna de este Reyno, y tan Senora
de mí y de mis deseos y cuidados
que jamás cuidaré sino en servirte,
y aquella fe guardarte y entereza
que debo a tu valor y al amor mio:

y asi por él te pido, o sacra Reyna,
que luego que acá tomes la venganza
de tu muerte cruel, allá me lleves
contigo donde estás de Dios gozando.

Condestable.

Los cielos y la tierra en este dia
se gozan, y la fiesta solemnizan
de esta coronacion tan deseada:
y asi quisiera yo tener mil vidas,
mil almas yo quisiera para todas,
a Dios las consagrar, que nos ha dado
por Reyna una Señora tan ilustre
de tantas excelencias y rarezas,
de tantas gracias, dones y virtudes,
que aunque muerta, hecha polvos y ceniza,
mereció celebrar alegres bodas
con Rey tan glorïoso y soberano.
Y asi, Señor, de parte de este Reyno
te doy la enhorabuena y agradezco
la gloria y el placer que al cielo y suelo
has dado con ensayo tan alegre.
Y a tí, Señora, adoro por mi Reyna,
y de este Reyno, que por tal te jura,
como a tus caros hijos por Infantes.
Y pues tambien el cetro y la corona
allá tienes del cielo sin zozobra
de las que el mundo malo acá te ha dado,
suplícote, Señora, no te olvides

de estos vasallos tuyos que te adoran,
y de tu providencia estan colgados.

SCENA VI.

CORO PRIMERO.

Sáficos, y Adónicos.

TOdos agora nos regocijemos,
todos cantémos el trïunfo y gozo
de estas solemnes y sagradas bodas
tan deseadas.
Todos al tono de los serafines
demos al cielo la debida gloria,
y la gozosa paz al amoroso
Orbe de Luso.
Los refulgentes cielos y planetas
vengan a punto con los elementos,
y todos juntos a porfia canten
glorïa tanta.
Los Coimbranos montes y collados
desde su çumbre leche y miel destilen,
como la antigua poesía canta
sabïamente.
Los regalados arboles y plantas,
por regocijo su frescura muestren,
vease en ellos qual alegre torna
la primavera.

Las

Las vïoletas y las matutinas,
rosas y flores, de rocio llenas,
todas se ofrezcan a la coronada
Nise famosa.
Las avecillas que sus quejas suelen
ir de una en otra rama recontando,
con melodía de süave canto
rompan el cielo.
Las plateadas agüas del Mondego
con su murmullo blando se compongan
para pujar sobre las de Hipocrene
en la blandura.
Los amorosos Faunos y Silvanos,
las Amadrias, Drias, y Napéas
sus liras toquen, y discanten estos
dulces amores.
Las sacras Musas su favor divino
todo le empleen, todo le derramen,
solemnizando con Apolo fiestas
tan glorïosas.
Venga pues, venga todo lo criado
al regocijo de la laureada
Nise, de Ninfas y amorosas almas
almo dechado.

SCENA VII.

Coro segundo.

Media rima.

¡O Cómo ya las quinas
se muestran precïosas
al vando Lusitano,
que de ellas se socorre !
¡O cómo la clemencia
de aquel eterno Padre
permite grandes males,
porque pretende de ellos
sacar mayores bienes !
¡O cómo la justicia
del cielo galardona
ilustres pensamientos,
sosiega y abonanza
tormentos y fortunas
de pechos levantados !
De aquel ultrage horrendo
que aquellas crudas fieras,
por permision divina,
hicieron en aquella
cordera y mansa oveja,
¡quanto trïunfo y gloria
Dios ha sacado agora !
La muerte poderosa

no tiene poderío
contra el valor y fuerza
de las virtudes claras.
¡Aquella viva rosa
de aquella fria nieve
caída y marchitada,
cómo ya reverdece
tan bella y tan hermosa!
¡Aquellas crudas llagas
por donde con la sangre
se le vertió la vida,
cómo le estan manando
tan líquida Amaltea
de gloriosa fama!
¡Cómo aquel leon fuerte
esfoga ya la furia
del encendido pecho,
viendo resucitada
con su fogoso aliento
aquella cuya muerte
la vida le quitaba,
si no hubiese con esto,
qual otro fiero Alcido,
tocado los despojos
de su consorte cara,
para mas abrasarse
de la encantada llama!
Mas sea, o Rey sagrado,

tu llama qual aquella,
tu fuego qual de fenix,
só cuyas nobles alas,
só cuyo ardiente zelo
reviven los mortales.
Y tu coraje y brio,
que tanta grima pone,
páre en vengar la muerte,
la muerte y vituperio
de tu celeste Nise;
que ya los alevósos
llegado han de Castilla
con mas horrendo aspecto
que furias del infierno.

ACTO QUARTO.

SCENA I.

GUARDIA. ALVARO GONZALEZ, *Merino Mayor.*
PERO COELLO.

Guardia.

YA no se nos irá por pies la caza:
caído han los venados en las redes:
dentro de éstas estan los alevosos

el

el Alvaro Gonzalez, que Merino
Mayor de aqueste Reyno ser solia,
que éste es el que le dió las puñaladas,
y le quitó la vida (¡o caso horrendo!)
a nuestra Reyna Doña Inés de Castro.
Tambien el otro Senador famoso
Pero Coello, camarada suyo,
está con él, que a buen seguro mio,
entrambos en conserva, como tales
querrian salir bien presto de esta escura
y lóbrega mazmorra en que les tengo,
al ciego reyno del eterno llanto.
Mas entre tanto, agora que me cabe,
con esta esquadra y compañia alegre,
la suerte de guardallos, podré hacella
en ellos de manera que mi pecho
se sangre del rancor, desdén y saña,
contra tan crudas bestias concebida.
Aunque mejor seria moderarme
si este corage refrenar pudiese
de ver aquellas caras sin vergüenza,
de los estigios vientos requemadas.
Que qual lebrél sagáz que acostumbrado
a perseguir las selvaginas fieras,
quando lejos se siente del cerdoso
y ardiente javalí, con poca fuerza
de la trailla usada, se detiene,
mas quando se le acerca todo rompe,

y se arroja sobre él furiosamente:
tal es mi brio agora, y no sé como
disimular el alborozo y zelo
de dalles el aviso y buena nueva
de como ya se apresta el buen Alcalde
para luego venir á visitallos
por la venida buena de Castilla.
Ya el público ministro se compone
para llevar el precio de las justas,
y bien regocijalles las personas.
Mas bien será tomar figura nueva
y hacer del pïadoso por proballos,
y por podelles dar mas sazonado
el trago venenoso de sus almas.
Amigos, Dios os salve y os consuele,
y a todos con su gracia nos ampare,
que cierto quando yo de veros gusto,
tanto el pecho se me abre de ternura,
y la debida pïedad humana
me fuerza a lamentarme en la alegria.

Merino.

Si te pesa de ver quales estamos,
apiadate del Rey que asi nos tiene,
que otra piedad en cuenta se rescibe
de la poca que siempre de tí hicimos.

Coello.

Gentil consolador de nuestras almas,
gentil lamentador de nuestros duelos

venido nos habia.

Guardia.

Escupa Dios en tan malditas fieras.

Coello.

¿Perro villano, asi te nos atreves?
¿asi nos has las caras escupido,
porque nos ves atados a este cepo?

Merino.

¿Sayón cruel, Plutónico ministro,
no ves que quien escupe contra el cielo
se le vuelve a la cara?

Guardia.

¡O descarados!
vosotros escupisteis contra el cielo,
rompiendo aquellos hilos delicados
que al soberano espíritu ceñian
de aquella vida, que era vida y gloria
del mundo, tan sin bien, quanto sin ella.
El cielo con relámpagos y truenos
escupa rayos que la tierra rompan
donde tan crudas fieras han nascido.
No cria tales monstruos Lusitania.
¿De qué Caúcaso monte acá salistes?
¿De qué nevada Scitia habeis venido?
¿Qué Hircanas tigres os han dado leche?
¿Con qué Caribes os habeis criado,
que de carnes humanas se alimentan?
¿Buestras bravezas, buestras crueldades

no

no habian de venir al pagadero?
Ya sale, ya, quien amansaros piensa:
bien creo conoceis a buestro Alcalde:
el Rey le ha encargado que provea,
como este honrado joven que aqui viene
os agasaje, que vendreis cansados
de los caminos largos de Castilla.

SCENA II.

GUARDIA. ALVARO GONZALEZ.
PERO COELLO. VERDUGO.

Verdugo.

AMigos, bien venidos a la tierra,
bien gordos a lo menos y bien frescos:
con vosotros me abrazo, sin acuerdo
de ofensas, ni de cosas ya pasadas.
De hoy mas entre los tres no se oya cosa
que no sea de amigos y de hermanos.
Aquí viene el Alcalde buestro amigo,
no sé qué juego os trae aparejado.

Guardia.

Crüeles alevosos, yo aseguro
que el ayre de algun lobo, como dicen,
os há en las lenguas dado perlesía.
Traydores, enemigos, convertíos
a Dios, que se apïade de esas almas.

SCE-

SCENA III.

ALCALDE. GUARDIA. VERDUGO. COELLO. MERINO. COROS.

Alcalde.

¿QUé hacen los gigantes?

Guardia.

Señor piensan
el cielo deshacer de tan gallardos.

Alcalde.

¿No estan arrepentidos de sus culpas?

Guardia.

De haberseles los pasos atajado
à muchas otras, rabia los aflige.

Alcalde.

¿Hasles hablado tú? ¿Cómo lo sabes?

Guardia.

Hablálles qnise a ver si estaban quales
me dice el que los trae de Castilla,
y hallélos quales tú verás agora,
que ya suenan las duras herraduras,
aunque vienen a pie los peregrinos,
y el público ministro te los trae
a vistas: no te espanten sus figuras,
que mas abominables son sus almas.

Coro.

¡Ay qué colores tan del otro mundo!
¡Qué cabelleras tan desordenadas!
¡Qué barbas tan horribles! qué semblantes
tan fieros! qué ojos tan encarnizados!
Conviertete a tu Dios, o mundo ciego.

Merino.

¿Qué nos quieres, Alcalde? Aquí nos tienes,
que hoy es el dia en que te ha dado el cielo
sobre estos nuestros cuerpos poderío.

Alcalde.

Sobre esas buestras almas le ha tenido,
y le tiene el demonio, ¡o miserables!
¿nó veis quan poco os queda ya de vida
para de la pasada arrepentiros?

Coello.

El arrepentimiento de los vicios,
que muchos son, acepto siempre ha sido
en el acatamiento soberano
de aquella Magestad que nos gobierna,
mas el de las virtudes no le agrada.

Alcalde.

¿Virtudes en vosotros? Si en vosotros
virtud alguna, o sombra de ella hubiese,
diria yo que el cielo está de vicios,
como el infierno de virtudes lleno.

Merino.

Si contra el Rey pecamos, y él es justo,

al-

alcanza de él perdon de nuestras culpas;
que si es la ofensa grande del que ofende,
la gloria no es menor del que perdona.

Alcalde.

La voluntad del Rey con la divina
se debe conformar, y asi os perdona
de corazon la ofensa que le hicistes;
mas no os perdonará jamás las penas
que a culpas tan enormes son debidas,
ni el Soberano tal perdon consiente.

Coello.

Donde no hay culpas no se deben penas.

Alcalde.

Negar las culpas es acrecentallas,
si menguar o crecer las buestras pueden.

Merino.

¿Qué culpas hallas tú, qué culpas hallas
en estos valerosos caballeros,
que tan a costa de su noble sangre
su ingrata patria libertar quisieron
de aquella servidumbre tan infame,
de aquel desdén, de aquel ultrage y mengua,
que aun agora aquí los corazones
con un horrór ardiente nos eriza.

Alcalde.

¿Malditos de la maldicion eterna,
al cielo y a la tierra abominables,
nó habriades mancilla de esas almas?

¿Nó veis el vituperio y el denuesto
que dejais de vosotros en el mundo?
¿Nó veis (¡ o ciega gente!) que el pecado
que cometisteis fue tan detestable,
que al cielo y a la tierra pone grima,
quanto mas el morir sin conoceros?
¿Nó veis que aquella corderilla mansa,
que tan rabiosamente apedazasteis,
esclarecida Doña Inés de Castro,
Reyna ya de este Reyno coronada,
mil Reynos merecia y Monarquías?
¿Decid malditos, ella en sangre no era
de todos los Cristianos Reyes deuda?
¿Qué mas podia ser que ser la hija
de Don Pedro Fernandez el de Castro,
ilustre succesion y descendencia,
sagrado tronco y soberana cepa
de aquella generosa y alta rama,
só cuya sombra el mundo se guarnece,
de aquellos dos Juëces de Castilla,
Nuño Rasuera digo, y Laín Calvo,
y de los Reyes de ella, y de esta tierra,
que aunque bastarda, por su madre nó era
de los de Valladares, en el mundo
linage tan ilustre quanto antiguo?
¿Y esta era la dolencia, ser bastarda
hija de madre que tan bien podia
legítima muger ser de su padre?

¡O

¡O ceguedad de bajos pensamientos,
de la cruel embidia carcomidos !
¿No echárades de ver en lo que pasa
por otros grandes Reyes y Monarcas ?
¿Quién en linage se le aventajaba
de quantas en el mundo han sido Reynas?
¿Pues en virtudes quién le precedia
de quantas la memoria humana adora ?
¿En discrecion, en hermosura, en gracia,
qué Dea de la tierra no quisiera
rendida estar à su celeste arréo ?
¿Y quando todas estas maravillas,
y mas que humanas dotes le faltáran,
nó le sobraba aquella fé tan viva,
aquel amor tan puro con que amaba
al Rey nuestro Señor que la servia?
¿Nó le sobraba aquel amor materno
con que se guarecia de sus hijos,
Infantes (que Dios guarde) de este Reyno,
que descolgados de sus dulces pechos,
se los vieron romper tan crudamente ?
¿Nó le sobraba aquel sagrado amparo
y fuerte valedor de su flaqueza,
a buestros pies rendida?
¡O corazones mas que marmol duros,
los que no se derraman por los ojos
heridos de tan trágico dechado !
¿Y esto decís vosotros haber sido

la libertad del Reyno Lusitano
haber con sangre tan esclarecida
los cielos y la tierra vïolado?
¿haber esta mancilla dado eterna
a Portugal, que de ella salgan monstruos
que tan infando crimen acometan?
¡O malditos de Dios! Quando ella fuera
indigna de la gloria que queria
el Rey su esposo dalle, ¿con qué cara
delante pareciérades de aquella
en quien buestro Señor se remiraba,
para alevosamente acometella,
quales hambrientos lobos, mansa oveja,
sino para pedilla de rodillas,
y con plegarias dulces suplicalla
que en una Religion de estrecha vida
(que este era su deseo) se metiese?
Y quando no pudierades con ella
esto acabar, dejarades al cielo
de tan ciertos peligros el reparo,
y no nos mancilláradcs las almas
de vernos tan infames en el mundo,
que contra la virtud tan conocida,
que contra la inocencia,
que contra la flaqueza
tubiesemos esfuerzo,
¡O destino cruel de nuestros dias!
¡O duros trances de maligna estrella!

Llorad, llorad malditos el ultrage
que hicistes en aquella gran Señora.
Llorad el llanto y cuita de este Reyno,
que del Rey sin consuelo se apïada.
Llorad la afrenta y mengua que habeis dado
a buestra parentela, a buestra patria,
al sér y punto del estado humano.
De esos tan desalmados pensamientos
os despojad, y de esos tristes cuerpos
a Dios los ofreced en sacrificio
que aplaque su furór contra nosotros:
a Dios os convertid perdidas almas.

Merino.

Con lágrimas bañáramos la tierra,
con ellas deshicieramos los cantos,
si quales dices tú hubieramos sido;
mas otro es el juïcio que en el cielo
se hace de nosotros, y en la tierra
donde hay de lealtad centella alguna.
Y en esto estamos tan persuadidos,
y tan sin pena alguna de las muchas
que piensas darnos, que aun de tí creemos
que allá en tu pensamiento (si le tienes
de la enconosa yerba no tocado)
nos juzgas al rebés de lo que dices;
mas bien sentimos que no es en tu mano
dejar de ser Pilatos con Herodes.

Alcalde.

¡O quan en vano el hombre enmendar piensa
a quien Dios ha dejado de su mano!

Coello.

Alcalde, no te duelan nuestras almas
mientras de nuestros cuerpos no te dueles,
que presto veràs tú en el Consistorio
del Rey del cielo, justo y poderoso,
para cuyos estados te emplazamos
a tí y al Rey, y a todos los que fueren
de su consulta, parecer y acuerdo,
tu ceguedad, tu iniquidad, tu furia,
tu pena sempiterna, y nuestra gloria.
Y el mundo sin razon ingrato y ciego
verá por los castigos que del cielo
sobre él vendrán, que aquella justa muerte
de aquella que la gloria nos quitaba,
hazaña fue, proeza y valentia,
que a pesar y despecho de quien digo,
estátua pide de gloriosa fama.

Alcalde.

¿Asi, qué estais en eso?

Coello.

En esto estamos.

Merino.

Estamos, y estaremos de manera
que hará la muerte treguas con la vida,
la noche escura dia será al mundo:

quie-

quïetas estarán Scila y Caribdis,
reposarán con Eolo Neptuno,
del mar se cogerán maduras mieses,
el cielo caerá sobre la tierra
primero que las muertes, o las vidas,
las esperanzas grandes, o los miedos,
los ruegos blandos, o las amenazas
del Rey cruel, o tuyas, o del mundo,
nos haga desmentir un solo punto
del que guardamos siempre de constancia,
de lealtad, de fé, de fortaleza
con que la muerte dimos a la amiga
del Rey tan enemigo de su patria.

Alcalde.

¡O confesion que en confusion se torna
de todo lo que el cielo en torno cubre!
Andad malditos al eterno fuego:
quitadmelos allá, descoyuntadlos.
Las penas de Ixion, las de Sisífo,
los tormentos de Tántalo crueles
les dad toda esta noche, hasta que el dia
nos dé cumplida de ellos la venganza.

Guardia.

A nosotros el cargo: meneaos,
andad allá gigantes: tú mancebo
agora mostrarás tus gallardías.

Verdugo.

Un rato al potro, y otro rato al brete,

veremos como braman los leones.

Coello.

La muerte dará fin a las miserias.

Merino.

Dichosa muerte que da vida a tantos.

SCENA IV.

Coro primero.

¡O Cómo en el instante
que en este escuro valle
de lágrimas el hombre
del corruptible velo el alma viste.
Allá donde las leyes
son todas inmutables,
estan con letras vivas
sus medios estampados y sus fines.
Por tanto el que dichoso,
o desdichado fuere,
esté persüadido
que lo mortal se rige por lo eterno.
Y asi con fuertes alas
de corazon humilde
al cielo levantado,
conviertete a tu Dios, o mundo ciego.

SCENA V.

Coro segundo.

Mira que sus consejos
son incomprehensibles:
mira que sus caminos
no son al sexo humano investigables.
Que aunque claro y divino
es nuestro entendimiento,
de suerte que acostumbra
a Dios mirar acá dentro en su seno,
no tiene poderío
contra el destino eterno
que nuestro saber vence,
y a nuestras fuerzas pone rienda y freno.
Tal qual mortal consejo
se halla sin aliento,
a su fuerte deseo,
y a su firme querer enfermo y flaco.
Humillate por tanto,
o corazon humano,
en el acatamiento
de aquella Magestad que es sobre todo.
Y en los que ves caídos,
justicia considera,
como en los levantados
puedes considerar misericordia.

Y asi süavemente,
temiendo su justicia,
y amando su clemencia,
conviertete a tu Dios, o mundo ciego.

ACTO QUINTO

SCENA I.

ALCALDE *solo.*

¡O Magestad de Dios que por el norte
de su saber eterno gobernada,
escándalos permite en este mundo
para estrenar a quien los cometiere
la fuerza y el rigor de su justicia!
Y lo que mas temor y espanto pone
en la profundidad de sus secretos,
y el corazon humano mas alerta
en no perder la sombra de las alas
de aquella Magestad que nos abriga,
es que quando mas sufre mas se aíra,
y quando mas se espera mas se apresta
en el vagar de su consejo eterno
para vengarse de los que le ofenden;
¿y qué mayor venganza que dejallos

Ir de un pecado en otro al albedrio
de sus desenfrenados apetitos,
para que el peso y cuento de las culpas
vaya creciendo al colmo de las penas?
Solemos los Juëces, imitando
aquel Juëz supremo, apïadarnos
de quien comete algun delito o crimen
por ignorancia o por flaqueza humana;
mas quando es por malicia no podemos
los filos embotar de nuestra espada;
que cosa es un pecado de malicia,
que como es contra la bondad divina,
no da lugar que ella le perdone.
Y asi de lance en lance (¡o caso triste!)
el corazon humano endurescido
se va tras su estragado sentimiento
a dar en el abismo del desprecio,
atolladero de los reprobados,
desesperados yá de arrepentirse.
¡O llagas de esta nuestra edad de hierro,
en que los que vivimos claro vemos
que Lusitania nuestra dulce madre,
que ser solía el pueblo regalado
con quien Dios mas clemente se mostraba,
haya por alta permision del cielo
venido a ser el vando aborrecido,
y la venera que produce el hierro
de que se fraguan las batidas yunques

don-

donde descarga Dios su saña eterna;
y engendra Portugal mas prodigiosas,
mas encrüelecidas alimañas,
y mas endurecidos corazones
que en otro tiempo Egipto y Babilonia.
¿Qué es esto Dios, sino que la malicia,
la envidia, la crueldad, la cobardia,
hazañas y proëzas nunca oídas,
contra aquella mansísima cordera,
tan rabïosamente apedazada,
mudaron de esta suerte nuesttos hados?
y las canales del amor eterno
con que Dios nos miraba y regalaba,
parece que cerraron de manera
que somos ya nosotros los esclavos
a quien castiga Dios para escarmiento
de otros cuerdos hijos, pues tenemos
de su final justicia en esta vida
tan manifiesta prueba a nuestros ojos.
¿Qué espíritu sublíme no se abate?
¿Qué ingenio reposado no se turba?
¿Qué pecho sosegado no se altera?
¿Qué blando corazon no se enduresce?
¿Qué entrañas pïadosas no se cierran
contra tan inhumanas, tan feroces,
tan crudas, tan tartáreas Harpías,
como son estos crudos alevosos,
que habiendo cometido el mas horrendo

y detestable crimen de la vida,
rompiendo crudamente aquellos pechos
de aquella ilustre Doña Inés de Castro,
espejo en quien el cielo se remira,
habiendonosla dado (¡o mundo ingrato!)
en vida como en muerte por Señora
allí donde se estan aherrojados
quales Hircanas fieras en leonera,
a los umbrales de la eterna muerte,
y de sus cruezas y desalmamientos
sus rabïosos pensamientos ceban
quales hambrientos buitres de Teséo?
¿Qué dirá el Rey, si a sus oídos llega
el infernal corage y tesonía
de tan crueles y cobardes tigres,
oprobio y maldicion de los nacidos
y por nacer en todos las edades?
Mas este es que aqui viene demudado.

SCENA II.

REY. ALCALDE.

Rey.

¿NO es hora ya?

Alcalde.

La de estos alevosos

lle-

llegada es ya.

Rey.

¿Pues cómo no los sacas?

Alcalde.

El Reyno que aquí todo se ha juntado,
quisiera que en secreto se les diera
el ultimo tormento con la muerte,
porque no se dijera por el mundo
que Lusitanos de tan triste vida,
sin de ella arrepentirse la acababan.

Rey.

¿Quiéren que los demonios se arrepientan?

Alcalde.

Antes, Señor, es permision divina
que vayan del infierno de esta vida
al de la eterna tan à vista de ojos,
porque se vea quánto à los divinos
es la crueza abominable y fea;
y porque el grito del linage humano,
de culpas tan enormes ofendido,
sin que haya quien dolerse pueda de ellos,
los lleve con eterno vituperio
desde el ardiente hasta el elado Polo.

Rey.

Embia ya por ellos: salgan luego.

Alcalde.

Presto, Señor, saldran, y de traílla
los traerá quien los habia mostrado

qual

qual piedra allá engendrada por el Nilo,
que quita los ladridos à los perros.

Rey.

Ladridos dan, ó aullidos los mastines.

Alcalde.

Ladridos con las bascas de la muerte,
y aullidos con la rabia de la vida.

Rey.

¿Qué dicen los malditos? ¿Nó maldicen
el dia en que nacieron para verse
desdén, ultrage y mengua de los hombres?

Alcalde.

No es justo que bien hablen en la muerte
los que en la vida tanto mal hicieron.

Rey.

¡Qué bien viniera agora el toro ardiente
de Falaris que los regocijára.

SCENA III.

REY. ALVARO GONZALEZ, *Merino Mayor.* PERO COELLO. ALCALDE. VERDUGO. COROS.

Rey.

¿SON estos los valientes?

Merino.

Oy lo somos,

como siempre lo fuimos.

Coro.

¡O qué golpe,
el Rey, de ver su aspecto denodado
al Coello le ha dado por la cara
con el azote que tenia en la mano!
¡Ay qué crudo espectáculo, qué egemplo,
qué representacion tan espantosa
del dia del juïcio lamentable,
desnudos maniatados a la mira
del cielo y de la tierra estan los tristes,
y aun no se rinden al poder divino!
Conviertete a tu Dios, o mundo ciego.

Coello.

Trïunfa, o crudo Rey, de aquestos cuerpos,
mas nó de estos espíritus sublimes,
que no tienes tú fuerzas ni poderes
contra el esfuerzo de estos corazones
a la honra de la patria consagrados.
Hermano y compañero, este es el dia
en que el cielo eterniza nuestra fama,
gocemonos en él, y hagamos burla
de este rapáz, y de sus braverias.

Merino.

Antes agora nuestros pensamientos,
sobre la humana suerte nos ilustran;
pues de aquel hecho nuestro glorïoso,
tanto el cruel Tieste se lamenta.

Rey.

Rey.

¿Qué dicen esas fieras?

Alcalde.

Lo que dicen
los mártires Satánicos que quieren
gigantes parecer en el esfuerzo.

Rey.

¿Tan esforzados son sus corazones?
arranquenselos luego de los pechos.

Alcalde.

Si fueran esforzados no pudieran
crueza cometer; pues la crueza
de vil temor y cobardia nace,
como la piedad y la blandura
de generosidad y valentia;
y es alto toque del esfuerzo humano,
el apiadarse el hombre de sí mismo,
y a la divina Magestad rendirse.

Rey.

El corazon de aquel que fue el primero
que derramó tan inocente sangre,
por las espaldas se le arranquen luego.

Alcalde.

Sus carnes bien será que no las toque
la tierra, porque no la contaminen,
sino que convertidas en ceniza,
se viertan en sus casas, que sembradas
serán de sal, con maldicion eterna.

Rey.

Todo eso está muy bien, y asi se haga.

Merino.

¡O Patria Lusitana, cómo puedes
sufrir contra tí misma tal tirano,
y asi desamparar tus caros hijos!
Mas tú que allá lo ves y allá lo juzgas,
eterno Rey del cielo y de la tierra,
sobre esta, y sobre el Rey que la gobierna,
no tardes de venir con el castigo.
A Dios, rayos del Sol, beldad del cielo,
¿por qué no os eclipsais, como lo hicisteis
a la otra fiesta del cruel Atío?
Ponme esa benda ya sobre estos ojos:
a Dios Coello amigo.

Coello.

A Dios hermano,
que de las suertes que los dos hicimos,
la tuya fue mejor, pues vas primero.

Rey.

¿Qué voceria es esta?

Alcalde.

Señor, gritan
las gentes de placer y regocijo,
de ver al uno de ellos ya qual cumple.

Coro.

¡Ay como le apedaza ya el Verdugo,
qué sangre tan podrida corre de él!

Verdugo.

No le hallo el corazon.

Merino.

Pues ahí le tengo:
buscale bien, que ahí le hallarás mas fuerte
que el de un leon, y mas leal y entero
que el de un Moro de Fez, y mas hidalgo
que el de ese Rey tirano.
Dirásle que se cebe,
dirásle que se harte
de esta mi sangre, de esta: : :

Verdugo.

Ya no ravearás. Este era el bravo
y fuerte corazon del gran Merino.
Tal quiero yo el carnero, aunque no como
el corazon del ave que asi aturdo.
Si alguno está tocado de la rabia,
podrá quemalle y deshacelle en polvos,
que asi bebidos son de grande efecto.

Coro.

¡Ay come le quartea y le apedaza
el corazon! a ver qué tiene en él!

Rey.

¿Hallas algun portento, algun prodigio
en ese corazon?

Verdugo.

No hallo nada.

Rey.

De ese otro, que de tímido conejo
leon se quiso hacer sangriento y crudo,
harás lo mismo, no por las espaldas,
sino por esos pechos desalmados
le arranca el corazon y las entrañas.

Coro.

¡Ay qué terrible está, qué encarnizado
el Rey! ¿quién le verá que no se asombre?
quien vió tal vez en la Africana selva
carnicero leon, que harto y relleno
de mucha carne y sangre, en medio estando
de la espantada y tímida pïara,
aunque haya satisfecho al vientre crudo,
cumplido no ha con el furor nativo,
y asi con el cansado y fiero diente,
ora al toro amenaza, ora al novillo,
tal pienso que está el Rey, o mas furioso;
mas presto se verá por sus megillas
en líquido tesoro derramarse
el corazon que agora está tan duro,
si el cielo de nosotros se apïada.
Conviertete á tu Dios, o mundo ciego.

Verdugo.

Mi fe este ya acabó sus buenos dias
de ver el cabo de su compañero,
no fueras tú Coello, ¿duermes, ola?
despierta que ya es hora: ya resuella:

¿no

¿no dices algo con que te bendiga
tu compañero, que te está esperando?

Coello.

¿Qué quieres que te diga? haz tu oficio:
dormia yo, y mi corazon velaba:
Coello soy, que fuerte y poderoso
leon he sido, y esta es fortaleza
morir alegremente por la Patria,
y por la eterna fama dar la vida:
acabamela pues:
daselo al Rey, dirásle:::

Verdugo.

Dirásle tú a Caron que allá te escuche.

Coro.

¡Ay como le trasanda las entrañas
para arrancalle el corazon hinchado!
¡Ay como se le parte y desmigaja,
a ver si halla en él algun milagro!

Verdugo.

Allá Pluton hará con tal conejo
esta noche la fiesta a sus amigos.

Alcalde.

Señor, aqui no hay mas que hacer agora
sino mandar llevar aquellos cuerpos
al quemadero donde se hagan polvos.

Rey.

En eso ordena lo que te pluguiere,
que a Moro muerto ya no doy lanzada.

Alcalde.

Con esto queda entera la venganza,
el Reyno satisfecho, y tu justicia
egecutada como se esperaba.
A Dios se dé la gloria, que ha querido
dar este alivio a tu afligido pecho,
y la muerte vengar de nuestra Reyna
esclarecida Doña Inés de Castro,
tan en su flor llevada de este mundo
al trono de la eterna Monarquía.

Rey.

¡O como los deseos de esta vida
son mas crecidos que los gozos de ella!
mis deseados gozos eran estos,
vengar la muerte de tan gran Señora,
si de mí no tomáse la venganza.
Mis íntimos deseos y quejidos,
que despues de cumplidos me comienzan
a dar el desengaño, que no pueden
el hueco hinchir del alma siempre triste,
mientras el infinito bien no alcanza.
Y asi querria yo que el cielo agora
me fuera tan propicio y favorable,
que luego de esta vida me llevára.
¡Ay, que el deseo del vivir humano
no es sino por gozar de buenos dias!
¡O dias aciagos los que vive
un Rey como yo soy, tan sin ventura,

que

que todo aquello que pudiera a muchos
contento dar, a mí me dá tormento;
y el gozo del deseo mas cumplido
el inflamado corazon me deja
qual lago Trogloditico espantable,
donde nunca hay descanso ni reposo!
¡O quan amargo es del amor el fruto,
del vano amor que en Dios no va fundado!
Mas contigo lo quiero haber agora,
eterno Rey del Cielo, si este polvo,
si esta mortal ceniza a tí llegáse.
Mandadolo has Señor, y asi se cumple,
que el Alma que de tí se desviáre,
cruel verdugo sea de sí misma.
¡O justo Juez, en cuyo acatamiento
temblando están del cielo las colunas,
vengadome has Señor; mas no te vengues
de mí, si esta venganza que he tomado
de los lindes salió que tú me has puesto,
y bastete Señor que me conozco,
y me conozco digno de las penas
que tu me dás en este escuro abismo
de lágrimas, endechas, y lamentos,
donde no veo el resplandor celeste
de aquella que era el alma de esta mia;
y que viveré ya con desengaño,
que aquel es solo sabio el que te sabe,
aquel es solo fuerte que te adora,

aquel

aquel solo es feliz que te conoce,
aquel es solo Rey que te obedece.
¡O Señor, si quisieses de paloma
las plumas darme con que me acogiese
a un solitario y reposado asiento,
donde qual viuda tórtola emplease
la triste vida en intimos gemidos
de esta alma compungida y desdeñosa
de las grandezas bajas de este mundo!
Mas ¡ay dolor! que de este bien tamaño,
de este descanso, de esta bienandanza
me veo yo sin esperanza alguna,
mientras sobre mis hombros tengo el peso
de este Atlántico monte, que es el Reyno.
Mas tú, descanso mio, esfuerzo mio,
consorte mia, y esperanza mia,
mi vida, y mi Señora, si te place
de sello allá en el cielo, donde tienes
con el eterno Rey cabida tanta:
pues sabes quan valdío y peregrino,
quan falto de contentos y placeres,
quan lleno de zozobras y pesares
vivo sin tí en la tierra, que por tuya
poseo mientras ella me posee:
suplicote mi bien, por esta viva
y ardiente fé que tengo allá contigo,
y por aquel arreo de grandezas,
angélicas costumbres, y primores,

con que viviendo acá agradaste al cielo,
que asi te me llevó de entre las manos,
no te olvides de mí, que por tí llamo,
por tí suspiro, por tí gimo y lloro,
mientras no me llevares de este triste
y miserable mundo, en que me tienes,
a los descansos de tu eterna vida.

SCENA IV.

Coro primero.

Solemnicemos todos la venganza
de aquella lastimera y cruda muerte
de nuestra sacra Nise Laureada;
y el mundo, que ya va tan de caida,
vea que en él nos falta quien conserve
aquel valor antiguo y gentileza,
aquella discrecion y valentia
de no pasar por caso mal contado,
y de guardar su punto y su decoro
al noble estado y mugeril flaqueza.
Y vea, si no está del todo ciego,
que las virtudes, aunque atribuladas,
son las que prevalecen y dan gloria,
y los vicios infamia y pena eterna.
Demás que de esta trágica jornada,
de mano en mano irá, y de siglo en siglo,

del Tajo al Ganges, y del Duero al Nilo,
que el mundo no es sino un inmundo cieno,
atolladero de almas desdichadas,
es un estrecho amargo, un fiero Euripo,
un pielago Tantáleo de miserias,
un mar Bermejo de calamidades,
y un triste cabo de buena-esperanza,
donde jamás se amansa la fortuna.
¡O bien andante aquel que en el remanso
de una quieta y solitaria vida,
a la serena luz de su reposo
espeja su delgado entendimiento,
y del amor secretos descubriendo,
(del amor digo que con Dios nos ata)
se esta sobre sí mismo levantado
y derramando el alma por los ojos,
de ver la ceguedad de los mortales
que de este mundo siguen la corriente!
¡O como le tenian asentado
en sus contemplativos pensamientos
este misterio aquellos manposteros
de la Romana fábrica quemada,
que quando su Ciudad edificaron,
oráculos hicieron dentro de ella
a todos los dïoses abogados
de las cosas que el mundo nos promete
mas al dios de los gozos y descansos,
allá le hicieron templo en el desierto,

en

en un yermo le hicieron una hermita,
llamado el templo de los descansados.
Por tanto, afuera pensamientos vanos
del mundo tan pagado de sí mismo,
afuera ya esperanzas y temores.
Conviertete a tu Dios, o mundo ciego.

SCENA V.

Coro segundo.

O Como ya la Magestad divina
Está aplacando su furor y saña
contra la tierra donde aquella sangre
tan inocente, tan purpúrea y noble
sin pïedad se habia derramado!
viendo la devocion y ceremonia
con que sacrificó la misma tierra
aquellas tristes almas, que cortadas
de aquellos troncos en la hoguera echados,
de sombra en sombra van al hondo abismo
de fuego, yelo, cuita, y llanto eterno.
¡O como ya el leon del fuerte aliento
nuestro sagrado Rey, que Dios prospere,
de haber tal cima dado a sus amores,
se nos dará mas manso que un cordero!
¿Mas quien se fïará de la mudable
naturaleza humana, y de la ciega

fortuna envidiosa, y vana dea,
que tiene a burla los humanos gozos,
de suerte que si alguno nos destila,
como por alambique, luego vuelve
con las amargas olas, con los mares
de los quebrantos sobre nuestras almas?
Asi que el bien de dura y el reposo
es no querelle acá en este destierro,
hasta llegar a la celeste Patria.
Por tanto, afuera ya reposos vanos,
afuera ya tormentas y bonanzas.
Conviertete a tu Dios, o mundo ciego.

LA VENGANZA DE AGAMENON.

TRAGEDIA DE SOFOCLES.

TRADUCIDA POR EL MAESTRO FERNAN PEREZ DE OLIVA.

LA MUERTE DE AGAMENON, parte principal del Argumento.

Quando los Griegos querian pasar en Asia a demandar a Elena muger de Menalao, que Paris tenia en Troya robada, congregaron el Egercito en Aulide, do habia una cierva de Diana, la qual mató en la caza el Rey Agamenon, hermano de Menalao, sin pensar que fuese suya. Mas de esto ofendida Diana, que tenia poder sobre los vientos, no les quiso dar buen tiempo hasta que trugesen alli a Ifigenia hija de Agamenon, y la matasen, sacrificandola en su honor. Los Griegos, por la gran gana que tenian de vengarse de la injuria que habian recibido de Paris, consintieron en la demanda de Diana, y enviaron por Ifigenia a Clitemnestra su madre, diciendo que la habian de casar con Aquiles. Mas Clitemnestra yendo con ella, despues que vió para que la habian llevado, comenzó a aborrecer a Agamenon su marido. Y por esto, y por la larga tardanza de la guerra de Troya, dió lugar a Egisto, que mucho la amaba, de cumplir su voluntad, y así vivió con él en adulterio, hasta que pasados diez años Troya fue des-

destruida. Volviendo pues Agamenon a Grecia vencedor, y llegando a Micenas, que era la Ciudad principal de su Reyno, Clitemnestra le dió una vestidura sin abertura, por do no pudiese sacar las manos, la qual vistiendose Agamenon, entre tanto que se hallaba impedido, Clitemnestra, y Egisto, que salió entonces de lugar escondido, lo mataron. Quedaron hijos de Agamenon, que hubo en Clitemnestra, Orestes niño, y dos hermanas Electra y Crisotemis. A Orestes querian matar Egisto y Clitemnestra, porque no quedase quien pudiese vengar la muerte de Agamenon; mas Electra lo quitó de este peligro, y lo dió a un hombre principal llamado Strofio, que lo criáse escondido. Este lo llevó a Crisa, y alli lo crió en tales cuidados, quales a hijo de Agamenon pertenecian.

ARGUMENTO DE LA TRAGEDIA.

Siendo ya Orestes de edad para poder vengar la muerte de Agamenon su padre, volvió a Micenas, do estaban Egisto y Clitemnestra, y trujo consigo el Ayo que lo habia criado, y a Pilades, un mancebo su grande amigo. El Ayo se hizo como mensagero enviado a Clitemnestra con nuevas de la muerte de Orestes, las quales ella creyó. Y poco despues llegaron Orestes y Pilades con una caja, do decian que traian el cuerpo de Orestes difunto: y asi hubieron lugar de entrar en el Palacio Real, donde mataron a Clitemnestra; y despues a la salida encontraron a Egisto, al qual tambien mataron. Y asi Orestes vengó la muerte de su padre, y libró a Electra su hermana de muy mala vida que le daban Egisto y Clitemnestra, y de infinitas lágrimas y suspiros con que primero lo deseaba, y lo habia llorado despues por muerto.

LAS

LAS PERSONAS DE LA TRAGEDIA.

Ayo.
Orestes.
Pilades.
Electra.
Crisotemis.
Clitemnestra.
Egisto.
Coro. *Y son las mugeres que a Electra acompañan.*

ACTO UNICO.

SCENA I.

Ayo. Orestes.

Ayo.

EStos son, Orestes, los campos de Grecia, dó te han traído tus altos deseos: aquella que vés lejos, es Argos, la antigua Ciudad. Y mira a esta otra parte verás el bosque de Io, hija de Inaco, la que cobró su figura en las riveras del Nilo. Y a tu parte izquierda se parece el Templo de Juno, de altos edificios, cerca de dó estan los valles dó sacrifican lobos los Sacerdotes de Apolo. Reconoce pues agora a Micenas, esta Ciudad que delante tienes grande y torreada, dó tu alma mora: ésta es aquella dó tú siempre has tenido tus nobles pensamientos. Aqui tu her-

mana Electra te libró de los cuchillos de tu madre, y te me dió que te criáse en buenas costumbres, y te animáse siempre a ser vengador de la muerte de tu padre. Aquella casa principal que mas alta vés, es la morada de los Pelopidas, ensuciada con la sangre de Agamemnon tu padre: donde tú eres venido a ganar gloria en la venganza. Agora pues, ensalza tu ánimo, pensando a quánto te obliga la virtud de tu padre. Acuerdate de sus heridas, y contempla la gloria de los tiranos sus enemigos, que por ellas ganaron, y tendrás bastante atrevimiento para cumplir la empresa que tomaste. Ya la noche es pasada, y el Sol muestra las puntas de sus rayos: asi que nos queda poco tiempo de tomar consejo; pues es menester habernos antes determinado que las gentes salgan de sus egercicios. Mirad pues vosotros Orestes y Pilades, que para la brevedad del tiempo la diligencia es el remedio, y que la negligencia deja pasar las buenas ocasiones.

Orestes.

¡O mi Ayo, por cuya dotrina yo espero parecer a mis mayores! con razon te amo como a padre, pues tú me amas como a hijo, segun que muestras en la amonestacion que me haces, tan necesaria a mi honra y contentamiento: para lo qual yo te prometo que mas he

me-

menester consejo que osadía.

Ayo.

Pues consejo no te faltará, segun lo que he pensado. Iré yo, si te place, a estas casas, y diré a los tiranos moradores de ellas, que me embió Fanotéo su amigo con nuevas de tu muerte mui ciertas: las quales ellos creyendo, se descuidarán de manera que tu cuidado aproveche.

Orestes.

Bien me parece esta manera de darnos entrada. Y pluguiese a Dios, mi Ayo, que lo que vas a decir fuera verdad, si por algun estorvo de fortuna, que suele ser enemiga de los buenos, yo no he de cumplir mi deseo. Pero yo confio en Dios todo poderoso, a quien nunca plugó hecho tan malo, que él me dará fuerzas vengadoras con que derrame aquella sangre culpada de Clitemnestra y Egisto.

Ayo.

Pues entre tanto que yo fuere, vosotros cubrid una caja capáz de un cuerpo humano, y quando os pareciere que habré hecho este mensage, vendreis vosotros a la misma casa, y direis que traeis alli el cuerpo de Orestes, embiado de sus amigos, para que en su tierra fuese sepultado. De esta manera podeis entrar seguros a dó estan buestros enemigos.

Orestes.

Asi será, como bien nos aconsejais: pero vamos primero (si te place) protestaré en el Templo delante Dios las causas de mi movimiento; porque no parezca que yo mato a mi madre en ofensa suya; y despues tú tornarás a hacer el mensage que has tomado por acuerdo.

Ayo.

Vamos, y tambien verás el sepulcro de tu padre, a dó confirmarás la gana de vengarlo con que has venido.

SCENA II.

ELECTRA. CORO.

Electra.

¡O Tierra, o ayre, o lumbres que en el cielo resplandeceis, testigos sois de mis llantos, decidme si sabreis hasta quándo durará mi vida atormentada! Ya no hay gentes que no sientan mis gemidos, ni lugar de mi morada que no mane con mis lágrimas! Todos saben mis querellas, y nadie me dá consuelo: ¿mas qué consuelo puede haber para mí, que estoy puesta entre tales dolores, quales son la muerte de mi padre, y la vida de mi madre? Mi padre despues que venció a los Troyanos en guerra de perdurable memoria,

des-

despues que esclareció su nombre, y estableció las cosas de Grecia, al tiempo que venía a descansar en su casa, como al puerto de sus trabajos, donde por ellos fuese honrado, donde le sirviesen las gentes que fueron salvas por su esfuerzo y su consejo, la malvada de mi madre, con quien él queria comunicar su gloria, lo mató, mientras él buscaba manera de ponerse una vestidura, que por su amor vestia. Y tú Egisto, vencido de sucio amor en que conversas con mi madre, le ayudaste, hiriendo la cabeza de mi padre con hachas, a tal priesa, que el esfuerzo y fortaleza no hubiese lugar de hallar remedio. ¡O padre mio, en las crudas batallas de dó veniste vencedor no hallaste peligro dó murieses, y hállaslo en tu casa! No pudo enemigo tuyo quitarte la vida, y pudo tu muger! Ay que los males no ofenden sino dó hallan confianza! La malicia conocida pocas fuerzas tiene. ¡O madre traydora, a quien ninguna reverencia debo: pues solamente me pariste para llorar tus malos hechos! ¿Dime cómo pudiste matar a quien tanto de tí confiaba, que te dió lugar para hacerlo? No miraste el infierno lleno de penas, aparejado para castigar las maldades de las gentes? No miraste el merecimiento de Agamenon? No nuestra orfandad? No las leyes

que naturaleza acata? Todo el genero humano debria tomar venganza de la grande ofensa, que le has hecho en corromper tan fieramente las santas leyes del ayuntamiento en que él se conserva. Aunque por otra parte me parece que alguna razon tuviste de matar a mi padre: porque no era digna cosa que de tal marido fueses muger. ¡O mi padre! padre de esta hija desventurada, que de sus ojos ha vertido mas lagrimas que tú de tus heridas vertiste sangre: si me vieses agora en vil servidumbre, ligero te sería el dolor de tu muerte. Verías tu hija, a quien tanto amaste, aborrecida en su casa: veriasla maltratada por serte piadosa: veriasla hecha fuente de lagrimas por tí: pero no quiero por serte piadosa desearte mal: no quiero que veas lo que a mí dá gran dolor. Veo yo desventurada a Egisto en tu Reyno usar tus ornamentos reales; veo su cabeza compuesta con aquella corona que de la tuya quitó: veo tu cetro en sus manos, que derramaron tu sangre, las quales por ser mas crueles no han derramado la mia; pues me fueran piadosas si con la muerte me hubieran librado de tantos males, quantos muestro en mis gemidos. Salid furias infernales, pues no hay misericordia en las gentes: salid furias infernales, y emplead buestra crueldad en hom-

hombres tan dañados: porque sepan las gentes que han visto estas maldades, que sois vosotras constituidas para venganza.

Coro.

Electra, doncella de santo zelo y virtud admirable, mas perdió tu padre en tí que en perder la vida: y los crueles tiranos que matando a él hirieron tu pecho tan duramente, no fueron tan crueles en matar tu padre, quanto lo fueron en dar a tí tal vida. Plega a Dios que tal sea su fortuna, qual su merecimiento; porque hartes tu corazon algun dia de venganza: mas tú, Señora, entretanto, pues has ya satisfecho mas que debias al sepulcro de tu padre; y con lagrimas tú no puedes pervertir las leyes de naturaleza, por las quales ha yá de ser siempre muerto, limpia tus lagrimas, y renueva tu corazon en algun consuelo, porque nosotras en tu cara recibamos alegria.

Electra.

Dueñas mucho amadas, que asi me aconsejais, sabed que no hay mejor acuerdo que obedecer cada uno a su fortuna. La mia me demanda que siempre llore y gima; y resistirle es mayor pena. Dejadme pues que haga como aquellos enfermos, que aquejados con la sed, han por mejor el gusto del agua que la esperanza de la vida: que a mí como a ellos no puede

ser la muerte mala. Principalmente que yo os ruego me digais qué lluvia pensais que tengo yo en mi cuerpo, donde se consumiesen tantas lagrimas como vierten mis ojos? O qué capacidad es la de mi pecho para detener en él la muchedumbre de mis gemidos, que salidos fuera no caben en los ayres? Habed yo os ruego de mí compasion: no querais atapar con buestros consejos los respiraderos de las hornazas de fuego que dentro me atormentan.

Coro.

Ya pues que asi te place, dinos a lo menos si tienes alguna esperanza de remedio, porque tambien nosotras la tengamos de verte alegre algun dia.

Electra.

Esperanza he tenido en mi hermano Orestes; mas con la mucha dilacion es cuasi consumida.

Coro.

Pues no la dejes perecer.

Electra.

Dura cosa es ya confiarme de quien tantas veces me ha engañado. Esta esperanza me prometia consuelo para cada dia, y ninguno ha venido. Ya mi edad requiere compañia, ya debria tener hijos, y contentamiento con la presencia de mi hermano; el qual temo yo

que

que sea muerto ; ó que venga tan tarde que de mí no hálle sino los huesos.

Coro.

No creo yo sino que él presto verná ; pues tú eres tal hermana que todo bien mereces.

Electra.

De él al menos yo tengo mucho merecido : porque mi madre y Egisto, queriendo de él hacer como de mi padre, yo le libré ; y lo dí a un viejo honrado que lo criáse escondido en buenas costumbres. ¡ O hermano mio, a quien yo libré de tan gran peligro, cómo te olvidas de darme algun consuelo ! Sabete que yo soy tu madre, si madre es aquella que te dió la vida. Yo libré tu sangre de los cuchillos que vertieron la de tu padre : por mí tienes libertad, por mí tienes placer de todo lo que amas: ¡ tú pues agora, por qué tienes tantos dias mi alma desterrada allá donde estás ! Ven, hermano mio a satisfacer lo que me debes, aunque yo me tengo por pagada con la gloria de haberlo hecho.

Coro.

No te aflijas, Señora, ni ocupes tanto tu pensamiento en esas cosas de dolor : habla si te place en otra cosa que menos te fatigue.

Electra.

Cómo podré yo hablar en otra cosa sino de mis

mis males; viendo que es mi señor quien mató a mi padre? viendo que se asienta en la silla real donde él se asentaba? viendo que mi madre me aborrece por ser yo piadosa? viendo que me dice injurias intolerables, amenguandome con ser hija de mi padre, maldiciendo mi nacimiento, aborreciendo mis lagrimas, deseando mi muerte? ¡O cruel naturaleza, que me diste corazon para sentir tantos dolores, y no me diste fuerzas para poderlos vengar!

Coro.

Corazon te dió naturaleza, y ojos y hermosura, y todos los otros dones, quales pertenecian para ser quien eres, si tú con llantos no lo corrompieses.

Electra.

Los dones naturales, que a las otras gentes son buenos, a mí son dañosos. ¿Para qué quiero los ojos, si con ellos yo no puedo vér sino las alegrias que contino estos tiranos hacen por la muerte de mi padre? sino dormir mi madre con Egisto su adúltero en su cama? ¿Para qué quiero el despierto corazon, si no puedo sentir en él sino la muerte de mi padre, la culpa de mi madre, y el poder de sus enemigos, y el ausencia de mi hermano? Para qué quiero mi hermosura si ha de ser siempre desierta?

Me-

Mejor estais vosotros, a quien los ojos fallecen, y oido no teneis; mejor los que en ninguna cosa sentís: a los quales si yo me pareciera, los males me serían como si no fuesen males, pues no los sintiera.

Coro.

¿Dí, Señora, sabes cierto que éstas tus palabras no las puede oir Egisto? Mira por ventura, segun te quejas alto, no te haya oido.

Electra.

Dueñas amigas, ya no temo a Egisto: porque mayor muerte no me puede dar, que no darme ninguna: quanto mas, que él mis palabras no las oye, porque está fuera de la Ciudad.

Coro.

Pues nosotras segun eso tambien tenemos seguras las palabras.

Electra.

Sí teneis.

Coro.

¿Orestes tu hermano sabes donde está?

Electra.

Sé que está en Crisa; y muchas veces me ha escrito que verná a cumplir mi deseo: pero yo nunca veo que hace esta jornada.

Coro.

Tén, Señora, confianza que verná, y no te pese porque ha tardado, que quanto mayor fue-

fuere en edad, mejor será para lo que tú deseas.

Electra.

En qualquier edad lo deseo ver.

SCENA III.

Crisotemis. Electra.

Crisotemis.

MUchas veces te he amonestado, hermana mia, que dejes esos tus llantos, y agora que te veo en mas peligro por ellos, deseo mas que te consueles. Egisto y Clitemnestra nuestra madre, viendo que tú diste la vida a Orestes, que temen no sea el cuchillo de la venganza, y que agora lo provocas con quejas tan ahincadas, han determinado ponerte en prision, dó ninguna lumbre veas, ni yo tu hermana pueda llorar contigo para darte algun consuelo, ni nadie te vea, a quien puedas tú contar tus deshonras. Por tanto yo te ruego mires quán poco bien hacen tus lágrimas, y el remedio que en dejarlas hallarás.

Electra.

Crisotemis, bien parece quán poco has sentido la muerte de tu padre, pues por amenazas te parece se deba dejar el dolor de ella.

Cri-

Crisotemis.

No el dolor, mas las muestras dé él.

Electra.

Ligero es el dolor, cuyas muestras se pueden encubrir.

Crisotemis.

Pues yo te digo que debes guardarlas para otro tiempo; y hacer como los que navegan en tempestad, que no ponen al viento todas las velas, sino quitando todas las mas ocasiones que pueden de trastornarse el navio, pasan su peligro. Asi tú recoge tus querellas con cordura en tu corazon, porque agora no te aneguen, que despues en bonanza, si la hobiere, las podrás tender.

Electra.

Hermana mia, esos consejos de buscar placer, que tú me dás, para tí los guarda, que tienes el placer en mas que yo. Tú, haciendo asi como me aconsejas, vivirás en estos palacios reales, acatada y servida en las mesas do sirven con oro; dormirás en ricas camas; vestirás ropas preciosas; gozarás de los frescores de los huertos, y de las músicas, y otros placeres soberanos, que los Principes acostumbran; y serás bien amada de tu madre Clitemnestra. Entretanto yo sola, sentada en aquella triste prision que dices, me mantendré de mis

lá-

lagrimas, y el reposo del sueno tomaré acostada en la tierra dura. Quejarme hé alli, dó nadie de mí se duela, y al fin vencida naturaleza con tantos trabajos, perderé la vida. Entonces mi ánima terná compañia a la de mi padre, y yo mostrando mi amor, y él su reconocimiento, me habrá sido muerte bienaventurada la que tal vida me encamináre. Vete pues, mi hermana, deja estos consejos que a mí me dás, y aconseja a tu madre y a Egisto, de quien eres grande amiga, que abrevien el tiempo de esta mi prision, y que alli me atormenten hasta que todos harteis buestra crueldad en mí.

Crisotemis.

Tales embajadas yo no las deseo hacer: mas haria de buena gana qualquiera cosa que para tu remedio fuese menester.

Electra.

Mi remedio no está en tu poder.

Crisotemis.

Agora pues, en vano es mi tardanza en darte consejo, quiero ir dó voy embiada de mi madre con esta ofrenda de honor, que me mandó llevar.

Electra.

¿Qué es tu ofrenda?

Crisotemis.

Es encienso, y otros perfumes.

Electra.

¿En cuyo honor se ha de quemar?

Crisotemis.

En el de Agamenon nuestro padre, sobre su sepulcro.

Electra.

Debe de ser manera de celebrar su muerte.

Crisotemis.

No es sino deseo de aplacar su ánima, que a nuestra madre muchas veces aparece en el sueño con horribles figuras, dó ella espantada con tales visiones, ninguna hora reposa, mas antes le parece que tiene siempre arrebatado su espiritu con espantos del infierno, que ningun placer de los de esta vida le dejan sentir.

Electra.

Las grandes maldades, Crisotemis, ellas son vengadoras de sí mismas, que continuamente representandose delante el pensamiento de quien las cometió, lo atormentan sin poderse defender. Velando tienen tristeza, durmiendo, los sueños se les tornan en semejanza de las penas que merecen: porque es propriedad de la culpa traer consigo siempre el temor por compañero. Este nunca deja los culpados descuidarse en los placeres, nunca olvidarse en

las

las tristezas; antes metido dentro del alma, es alli su perpetuo atormentador. Asi agora nuestra madre, habiendo sido causadora de tan grave mal, las sombras temerá, los rayos que del cielo caen, creerá que son todos a ella embiados. ¿Cómo crees que podrá ella mirar la tierra donde sabe que metió con sus maldades el cuerpo de su marido? Cómo será osada de alzar los ojos al cielo, donde sabe que está Dios que juzga los hechos de los hombres? ¿Pues si la desventurada mereció no tener que mirar, qué quieres que mire sino la culpa de su maldad? Pero yo te ruego que me digas la manera de sus sueños.

Crisotemis.

Esta noche postrera soñaba que veía a Agamenon nuestro padre beber en una fuente de sangre, asi herido como lo enterraron. Esto fue la causa principal por que agora voy a su sepulcro con estos loores, para que sean testimonio que lo tenemos en memoria, si por aventura él, por no dejarse olvidar, mueve tales sueños.

Electra.

No es tan ligera cosa la muerte, que por humo de encienso se deba perdonar. Pero vé, perfuma el sepulcro de nuestro padre, que si por la madre no fuere agradable la ofrenda,

ser-

serlo ha por la hija. Yo entre tanto iré á mi retraimiento, donde sola renueve mis gemidos.

SCENA IV.

AYO. CORO. CLITEMNESTRA.

Ayo.

¿DEcid, Señoras, es este el Palacio Real de Egisto buestro Principe?

Coro.

Esta es su morada.

Ayo.

¿Quién es esta muger poderosa, que de allá sale tan acompañada?

Coro.

Es Clitemnestra su muger.

Ayo.

Ella es luego por quien soy venido. Decirle quiero mi mensage, que las alegres nuevas no quieren dilacion. Señora excelente, Fanotéo tu amigo, por cuyo mandado yo he venido aqui, te embia por presente la embajada que te traygo, porque sabe él cierto que la has de recibir con mucha alegria.

Clitemnestra.

Dime, pues, esa nueva de placer, que yo lo

recibiré doblado por embiarla él, a quien Egisto y yo tanto bien queremos.

Ayo.

Orestes tu hijo, cuyas fuerzas y osadía crecian con peligro de tu vida y la de Egisto, agora que ya era de edad de ser temido, murió en unas fiestas. Estas son las nuevas mas agradables a tí que él pensó poderte embiar.

Clitemnestra.

No me son tan agradables como piensas: porque no es ligera cosa alegrarse la madre de la muerte de su hijo. Agora se despierta en mí un amor que primero estaba escondido. Como quando suele el viento, llevando la ceniza consigo, dejar las brasas manifiestas que pri-
mero no se veían: asi agora, quitado el te[illegible]
que a mi hijo tenía con el nombre de su mu[illegible]
te, resplandece manifiesto amor, que ante[illegible]
habia sentido. En este punto combaten e[illegible]
corazon la seguridad de mi vida, y la mu[illegible]
de mi hijo: mi seguridad demanda alegria[illegible]
su muerte no me la consiente. Pero justo es que yo me consuele; pues perdió la vida que no podia durarle sin que diese a mí la muerte. Mejor es que muera temprano que despues mas tarde culpado con mi sangre. Pero dime yo te ruego si sabes la manera de su [illegible]

Ayo.

Ayo.

Sé que los mancebos ilustres como él ordenaron unas fiestas, dó en presencia de muchas gentes aprobasen sus personas. En ellas ordenaron egercicios en que claro pudiesen mostrar todas sus destrezas. Hombres hubo de ellos que en fuerzas y en armas y en ligereza hicieron grandes cosas: mas Orestes de todos hubo vitoria. Y puesto en medio del espacio, en la lindeza de su cuerpo y hermosura de su cara, parecia que la naturaleza le hizo Principe de todos. En él solo estaban puestos los ojos de quantos habia en aquellas fiestas. Los mancebos alababan su esfuerzo: los viejos su tiento; y las mugeres su mesura y gentileza, [illegible]zgandolo todos digno de gran señorío, y [illegible]andole lo mismo. Luego Orestes y aque[illegible]s nobles subieron a caballo; y partidos en [illegible]s partes, representaban batalla. Aqui el ca[illegible]lo de Orestes muy aquejado, segun la fuer[illegible] y presteza del que lo regía, cayó en tierra sobre Orestes; y el caballo se levantó luego, mas Orestes quedó muerto tendido. Parece que quiso aquel dia la fortuna en presencia de tantas gentes mostrar su poderío: que a quien poco antes lo habia puesto en la cumbre del placer de esta vida, en un momento le abajó [illegible] muerte. Luego por todo aquel espacio

habia una lluvia de lagrimas, con que la fiesta tornó tal quales suelen ser los dias que claros amanecen, y anochecen con tempestad. Los de la ciudad encerraron el cuerpo de Orestes en una caja preciosa, en la qual lo embian para que en esta tierra sea sepultado.

Clitemnestra.

Tales son los hechos de fortuna, que los que con una mano riega, con la otra siega. Orestes mi hijo habia crecido en virtud y fama, para que en él se mostrase quán poca firmeza hay en las cosas humanas. Ya es muerto, y salió de la vida, segun me cuentas, por la puerta menos triste que de ella se puede salir. Agora mejor es aparejarle la sepultura que en vano llorarle la muerte. Tú pues, men[illegible]gero que has sido de estas nuevas tan tri[illegible] como seguras, dirás a Fanotéo, que no [illegible] diste tanta alegria como él pensaba. Mas p[illegible]mero quiero que lo mismo digas a Electra [illegible] hija, a quien mucho pertenece saber e[illegible] nuevas. ¿Decid, sabe alguna de vosotras dónde la hallarémos?

Coro.

En su retraimiento queda agora.

SCE-

SCENA V.

ORESTES. PILADES.

Orestes.

AGora pues habemos cumplido: lo que antes de este negocio conviene hácer es que esperemos aqui a mi Ayo, porque segun nos avisáre de lo que le ha pasado, asi nosotros hagamos.

Pilades.

Yo confio, segun su saber, que habrá puesto a todos en descuido de tu persona: por tanto, tú tén el ánimo bien aparejado, no perdieses alguna flaqueza la ocasion de lo que has tiempo deseado.

Orestes.

ómo crees tú Pilades, que en mí habrá flaza alguna para este caso, viendo el señorío ésta tierra a mí debido por leyes, y quitado por maldad? Ciertamente quando yo miro estos pueblos, que a mí esperaban tener por Señor, agora puestos en mando ageno, me parece que sería mayor hecho sufrir la ira que buscar la venganza. Y quando miro estos alcázares altos, adonde yo siendo morador, las gentes me habian de servir, no me parece que es cosa tolerable tenerlos perdidos,

sin perder la vida. Pues si de aqui buelvo el pensamiento al sepulcro de mi padre, que agora venimos de vér, entonces del todo se me hinche el corazon de ira, y todas las otras partes de mi cuerpo parece que consienten en mi pasion. Entonces me parece que hay dentro de mí fuego bastante para quemar esta ciudad. Entonces me parece que el ímpetu me llevaria arrebatado y sin orden a la venganza, si a tal tiempo tú y mi Ayo con mejor consejo no me detubiesedes. Asi que no temas que flaqueza de ánimo me haya de impedir: mas debes antes creer que honra, amor y señorío y deseo de venganza me llevan a este hecho tan determinado, que nò es el deseo de la v cosa bastante para detenerme un paso. Pri palmente que mirando yo los grandes hec que otros hicieron solos, tengo gran confi za viendo que para este caso llevo mano fuerzas dobladas, pues sé cierto que nin momento me has de faltar.

Pilades.

Tú sabes que nuestra amistad nos tiene tan ayuntados que ningun peligro es poderoso de apartarnos. Tu voluntad es la mia, y tú sientes lo mismo que yo siento, de tal manera que parece que no hay en nosotros sino alma que mora en dos cuerpos. Por tanto,

Ores-

Orestes, tén de ambos tal confianza qual tienes de tí solo: y no dudes de meterme en qualquier peligro donde podamos hallar tu honra y tu contentamiento, que yo en él haré que se parezca quanto puede la verdadera amistad, de tal manera que las gentes que serán despues de nosotros nos tomen por egemplo.

Orestes.

¡O Pilades! no me debe nada la fortuna, pues en recompensa de mi padre me dió tal amigo. Y agora me parece que no hay tan grave hazaña que yo no acabáse estando tu conmigo; porque quando estuviesemos en algun peligro, con el deseo de ver tu persona salva, sería yo os tantos osado: tú, segun tu esfuerzo y tu irtud, harias de manera que nos sobrasen ierzas.

Pilades.

erta cosa es que el amor fortalece los corazones, y en un peligro a dó se hallan dos verdaderos amigos, cada uno tiene dos vidas a cargo: por tanto cada uno hace mucho mas que si solo peligrase.

Orestes.

Ya pues no falta sino buena ocasion para nuestro hecho, del cielo la espero, en cuyo desacato se cometió tan gran maldad. Ayudadme los que

allá estais á limpiar de tan sucia fama la tierra por donde se ha divulgado la grave querella de la muerte de mi padre Agamenon. Y tú, piedad, que sueles atar las manos en venganza, suelta agora las mias: que si te parecieren crueles quando las vieres bañadas en la sangre de mi madre, mirando quánto mas debo a mi padre, te parecerán piadosas: principalmente que mi madre, en el arrepentimiento de me haber engendrado, pierde el derecho de ser de mí acatada; y en ser tan mal egemplo en la vida, merece la muerte de mano de quien sea mas cruel: porque teman los que lo supieren que todas las maldades tienen iguales castigos.

SCENA VI.

ORESTES. PILADES. AYO.

Ayo.

¿QUé haceis aqui vosotros? quereis por ventura anticipar la ocasion que os aparejo?

Orestes.

No, mi Ayo, sino esperamoste aqui, porque no errases buscandonos.

Ayo.

¿Habeis aderezado la caja dó has tú Orestes de fingir que viene tu cuerpo?

Ores-

Orestes.

Aderezada está: ¿pero dinos, han creído las nuevas de mi muerte?

Ayo.

Creídas están, segun que tu madre muestra en su contentamiento, y Electra tu hermana en sus lagrimas y en sus llantos, tales que de compasion me he salido fuera.

Orestes.

Tú pues, mi Ayo, torna a consolarla, y nosotros iremos por la caja de mi cuerpo fingido.

SCENA VII.

ELECTRA. CORO.

Electra.

[illegible]Ué, haré desventurada? dónde iré que pueda esconderme de los males que me [illegible]n? Decidme gentes en quien mora piedad, [illegible]dme vosotras si hay lugar alguno? Ayudadme si podeis contra mi fortuna adversa, que en mí vá mostrando todo su poder: ¿Mas para qué desventurada demando socorro contra la fortuna, pues en mí no tiene ya lugar sano donde darme nuevas heridas? Ya tiene en mí consumido todo su poderío; ya me ha hecho tanto mal que no me ha dejado bien

dó

dó pueda ofenderme. Yo soy libre de sus manos, pero con gran daño mio, pues me ha traído nuevo principio a mis lagrimas, mas cruel y mas bastante que ninguno ha sido. Agora ninguna esperanza queda enhiesta con la triste nueva de la muerte de mi hermano, de la qual el desconsuelo que puedo tener es ver sus enemigos hacer alegrias por ella. Agora veré yo a Egisto y Clitemnestra mas alegres y sobervios: agora los oiré contar entre sus placeres las muertes que a mí son causa de gravisimo dolor: agora confirmarán su mui sucio amor: agora hartarán su rabia de tomar venganza en los amigos de Agamenon. ¡O soberano Dios que en lo alto moras, dinos, Se-
ñor, dónde están tus orejas piadosas co
sueles escuchar las justas querellas que t
vian las gentes! ¿Tus rayos vengadores d
grandes maldades que en la tierra se co
dónde agora los tienes escondidos, qu
los echas para tomar venganza de los ma
dos Egisto y Clitemnestra, que sin temor de ellos ni de tu poderío han quebrantado todas las santas leyes, segun las quales las gentes viven en tu voluntad? ¿Cómo, Señor, no vés que no siendo castigados de tantas maldades, dán a entender a las otras gentes que no debes ser temido? Embia, Señor, tu ira sobre ellos,

y parezca sobre la tierra tu gran poderío; porque los hombres no se olviden que solo tú eres el que la gobierna. Y pues tú, Señor, has querido que para los buenos hubiese tanta crueldad, no seas a los malos piadoso.

Coro.

Sosiega, Señora, un poco tus pasiones, no consientas que hagan en tí tal estrago.

Electra.

¿Cómo sosegaré yo, que con mi amor encamíno la muerte a quien bien quiero? Mi padre, a quien yo mucho amaba, murió primero; y agora mi hermano, que heredó este amor. Pluguiese a Dios, pues tan desdichada soy en [illegible]ar, yo pudiese convencer mi corazon que [illegible]se a Egisto y Clitemnestra; porque siendo [illegible]amados fuesen destruidos.

Coro.

[illegible]ué es esto, Señora, tu mesura dónde está?

Electra.

Donde no está mi pasion.

Coro.

Vuelve acá los ojos: vés aqui donde viene Crisotemis tu hermana, con quien podrás amansar tu congoja.

SCE-

SCENA VIII.

ELECTRA. CORO. CRISOTEMIS.

Crisotemis.

NUevas te traygo, hermana, las mas alegres que pudiste desear.

Electra.

¿Qué nuevas puede haber con que yo descanse, si no son por ventura de mi muerte? O qué alegria puede entrar en mi pecho, donde es señora la tristeza?

Crisotemis.

Las nuevas son, hermana, que es venido Orestes.

Electra.

Venido no será, si no lo han traido.

Crisotemis.

Venido es: que agora yendo al sepulcro de nuestro padre, hallé todo el lucillo cubierto de flores, y la imagen de encima con una guirnalda. Y no puedo yo pensar quién sería osado de hacer tal fiesta al sepulcro de nuestro padre, si no fuese Orestes.

Electra.

Al sepulcro de nuestro padre ya Orestes no irá, hermana mia, sino para quedar en él.

Crisotemis.

¿Qué es esto que dices? por que viertes tantas lagrimas?

Electra.

Porque en la muerte de tal hermano ningunas son demasiadas.

Crisotemis.

¿Muerto dices que es Orestes?

Electra.

Muerto dice que es un mensagero que embió Fanotéo.

Crisotemis.

¡O desdichado mancebo! de quien dependia la restauracion de nuestra casa: ya contigo murió la esperanza que tuvimos de ver la muerte de Agamenon nuestro padre vengada, y restaurado su nombre.

Electra.

¡O Crisotemis hermana mia! que sola has quedado a quien convierta yo los ojos: si tú quisieses agora escuchar mis palabras, con aquel amor que a tu padre debes, aun podrias librarme de tristeza.

Crisotemis.

Yo oiré de buena gana lo que fuere para darte algun consuelo.

Electra.

Escucha pues atentamente lo que aqui dijere,

que estas dueñas nuestras amigas serán fieles secretarias de lo que oyeren. Tú bien sabes, hermana mia, que el padre que a tí y a mí nos engendró tenia en voluntad de darnos maridos, quales perteneciesen a hijas de Rey, y ponernos en tal estado que fueramos habidas por las mas dichosas de nuestro siglo, servidas y acatadas, teniendo hijos que se pudieran llamar nietos de Agamenon, de donde fuera nuestro linage estendido. Agora al revés estamos abatidas, menospreciadas, amenazadas con muerte, desesperadas de haber maridos iguales a nuestra dignidad. No sé yo pues para qué tal vida la debamos tener en mucho. Por tanto yo te ruego que nos hagamos herederas de la empresa de nuestro hermano y matemos a estos tiranos, los quales al fin matarán a nosotras si no los anticipamos; y dejarémos con esto a las gentes despues de nuestros dias memoria grande de nuestro esfuerzo femenil: y de esta manera esclareceremos nuestros nombres, y seremos habidas por excelentes: y de otra suerte seremos siempre viles mugeres, tratadas como siervas, y al fin muertas en olvido. Y no te espantes de tal requesta: porque si tu madre pudo, siendo muger, matar el hombre a quien debiera dar si pudiera los años de su vida, ¿por qué no ternemos no-

nosotras esfuerzo de matar a quien nos tiene la muerte tan merecida? Creeme que la mayor parte de los grandes hechos es la determinacion que para ellos se toma. Y si te place tenerme compañia, yo te mostraré quán cerca estamos de ser consoladas, si es el consuelo la venganza.

Crisotemis.

Dueñas honradas, primero quiero rogaros que calleis lo que habeis oído, pues la confianza que de vosotras se ha tenido os obliga a encubrirlo.

Coro.

Nosotras nos ofrecemos a hacer en esa buestra empresa todo lo que pudieremos: y asi, Señoras, sereis seguras, pues nos hacemos parte de este hecho, que ternemos semejante cargo de encubrirlo.

Crisotemis.

No lo digo por intencion que tenga de hacer acometimiento tan ageno de mis fuerzas, que no me he olvidado de que soy muger; sino digolo por mi hermana, cuyo es este peligro. Agora pues, Electra, respondiendo a lo que me has amonestado, digo que bien tengo considerada toda nuestra mala dicha: mas en la paciencia hay mejor remedio que en procurar la venganza. Si nosotras tuvieramos tales fuerzas

zas quales eran menester, bien me pareciera, como dices, que tan mala vida la trocáramos por fama: pero bien sabes que nuestras manos no son acostumbradas a tratar puñales, ni nuestros corazones bastantes a vér sangre vertida; y asi nos hallariamos en el acometimiento desamparadas de ánimo y de fuerzas, sin haber hecho otra cosa sino por que nos diesen cruel castigo; y lo que dices de nuestra madre, no es a proposito, pues tú condenas con eso tu atrevimiento. Yo, hermana mia, muchas veces he pensado que asi es la fortuna como un rio impetuoso, donde los que nadan segun la corriente, van seguros, y los que se esfuerzan a ir contrarios del agua, cansan en la porfia, y perecen ahogados. Pues tú agora no quieras ser porfiada contra la fortuna: porque si la obedeces, al fin saldrás a reposar a la orilla.

Electra.

En nadie hállo fe: nadie tiene ley: no tengo desventurada socorro alguno entre las gentes.

Crisotemis.

No es faltar en fe no querer ayudarte a perderte.

Coro.

Callad ya, Señoras, que viene Clitemnestra.

SCE-

SCENA IX.

ELECTRA. CORO. CRISOTEMIS. CLITEMNESTRA.

Clitemnestra.

PLuguiese a Dios, Electra, que estos tus llantos se tornasen ya en rabia que te quitáse la vida, porque acabases de llorarme mi descanso. Tú no dejas pasar hora sin decirme maldiciones, y no dejas lugar que no hinches de gemidos. A todo el mundo dices que fueras dichosa, si la suerte de tu padre cayera sobre mí. Estas cosas no osáras tú decir, si aqui estuviese Egisto: mas presto verná a quitarme delante tan mala lengua como es la tuya.

Electra.

Haz pues que venga presto aquel verdugo de tu crueldad, que dichosa seré yo si fuere por el camino do fue mi padre.

Clitemnestra.

Tu padre fue por camino que él mereció: pues fue tan cruel, que a Ifigenia mi hija, que él engendró, y yo tanto amaba, la sacó de mis brazos para llevarla a matar en servicio de Diana. Escribióme el malvado que fuese a Aulide, y llevase aquella miserable doncella para casarla con Aquiles: y quando la hubo lle-

llevado, manifestaronme el consejo de su muerte que habia tomado Agamenon y Menelao, fingiendo que Diana tenia en su poder los vientos, y que queria en precio de ellos la sangre de mi hija. Entonces yo les rogaba que matasen a mí por ella, y no quisieron serme tan piadosos. Esto viendo, quisiera yo otra vez esconderla en mi vientre; porque ningun mal llegára a ella que no pasára primero por mí: mas no pudiendo, la abrazaba, y besaba sus ojos, y mezclaba mis lagrimas con las suyas, pensando en su mala ventura, y contemplando su simpleza virginal, segun la qual ella no sabia sino llorar con esta triste de su madre: y asi estando me la quitaron de mis pechos, con no menos dolor que si el corazon me arrancáran, y la llevaron donde aquel su cuello semejante al marfil adornado con oro pasasen con cuchillo: lo qual yo mirando, temia que Agamenon buestro padre no hiciese en los otros mis hijos lo que en buestra hermana Ifigenia; y por tanto quise mas que muriese él culpado, que vosotros inocentes. Mas pluguiera a Dios, pues me habiades de ser tales y tan desagradecidos, que yo conservára a él, porque hubierades vosotros perecido.

Electra.

No es cosa dificil saberte responder, si tú para ello me dieses licencia.

Clitemnestra.

Dí lo que quisieres, que bien sé que si aqui no hartas tu gana de maldecir, buscarás otro lugar adonde lo digas con mayor ofensa mia.

Electra.

Tú bien sabes que estando el egercito de los Griegos en Aulide para ir a la guerra de Troya, Diana les detenia los vientos, y que demandó despues por precio de ellos la sangre de mi hermana. Yo no se por qué dices que lo fingieron. Pues si ellos no podian ir, no es grave cosa que alguno matase su hija por empresa dó habia de poner su sangre. Y no era digna cosa que nadie tubiese en mas el bien de alguna persona, que la honra de toda Grecia: la qual ha sido tan grande por aquella guerra, que no digo aun solamente que la muerte de tu hija Ifigenia fuera bien empleada, mas la de tantos nobles varones como quedaron muertos en los campos de Troya. Lo qual bien considerando, Ifigenia mi hermana quando iba a morir, decia (segun he oído) que bienaventurada era su sangre, pues por ella Grecia habia de ser honrada; y que no tenia ella en tanto la vida como la gloria de perderla. No se

yo como tú dices que iba triste y mudada a la muerte : quanto mas, que aunque fuera como dices, si te parece que porque Agamenon la mató, mereció muerte, haces ley muy mala para tí, y no respondes a toda la culpa que te ponen: porque despues de la muerte de Agamenon, es otra culpa principal haber casado con Egisto : donde bien muestras que te movió mas el encendimiento de tu sucio amor que la piedad que hubiste de tu hija : la qual se parece bien que tanto amabas, o que tanto te pesó de su muerte, pues los hijos que te quedan querrias matar. A mí amenazas siempre, y a Orestes le diste penada juventud, y no vemos en tí sino señales de enemiga. Asi que mis quejas son justas, y mis manos no crueles. Yo no dejo el quejarme, porque bien se que este es el camino de ir a donde está mi padre.

Clitemnestra.

Con él estarias mejor que no acá, para sernos enojo de la vida.

Electra.

Todos aquellos te son a tí enojos que aborrecen las maldades.

Clitemnestra.

Qué mayores maldades que las tuyas, que á mí tu madre en mi presencia dices estas injurias?

rias? ¿Ni agradeces mis trabajos de parirte y criarte, ni acatas las leyes de naturaleza, ni temes mi poder? Pero yo soy la causa, que con demasiada blandura cebó este tu atrevimiento. Si algun sentimiento tubiese, ya tu estarias donde de estas querellas te hubieses arrepentido.

Electra.

No pienso yo jamás arrepentirme, antes quexarme siempre; porque no tengo tales fuerzas quales mi pasion habia menester: que si estas yo tubiera:::

Clitemnestra.

¿Qué hicieras?

Electra.

Lo que decir no puedo: porque ello fuera mas que nadie puede pensar.

Clitemnestra.

Mas dí algo de lo que hicieras.

Electra.

Fuera luego rabiosa a buscar a tí y a Egisto, acompañada de muerte y venganza, y donde os hallára, a crueles puñaladas que yo en vosotros diera, desenconára mi corazon, y limpiara el mundo de tan gran fealdad como vosotros sois en él.

Clitemnestra.

¡O bestia furiosa tanto es tu atrevimiento,

 que

que osas de tu pecho descubrir tales palabras! Esas son bastantes para ser yo escusada en qualquier deliberacion que sobre tí tomáre. Tu pues Crisotemis ven agora conmigo, y esos enciensos que no has llevado al sepulcro de tu padre, quemarémos en nuestro altar, donde yo a Dios rogaré que estos mis sueños los aparte de mí, y los convierta en daño de mis enemigos.

Crisotemis.

Hermana mia, bien te veo en estado que habias menester mi compañia: mas bien sabes que acatar cada qual a su madre es debido y natural.

Electra.

¡O sola desamparada de los vivos y de los muertos! ¿qué haré en la vida donde el mayor abrigo que otros suelen tener, es a mí el mayor tormento? Todos tienen en sus madres un comun reposo de amor: todos en sus hermanas un placiente acogimiento, sino yo triste desventurada, que viniendo a ellas echada con ondas de tempestad, las hallo mas duras que los riscos, a dó las manos no pueden hacer presa. Pues decidme, ¿qué haré triste desamparada, sino demandar a la muerte socorro cada dia?

Coro.

Ya, Señora, no sabemos qué decirte, porque tus desventuras son mayores que nuestros consejos. Ya no pensamos retraerte de tus lagrimas, sino acompañarte en ellas, como los marineros que en gran tempestad pierden el gobierno.

Electra.

Algo me habeis consolado en tener mi mal por tan grande. Pero decidme yo os ruego si sabeis algun otro semejante.

Coro.

Semejante fue lo de Amfiaráo, que Erifile su muger lo descubrió por un collar de oro que le dió Hermione; y asi lo sacaron a morir a donde él tenia adevinado.

Electra.

¿Y hubo Erifile algun castigo?

Coro.

Su hijo menor la mató.

Electra.

Pues hubo venganza no le faltó consuelo: mas yo que padezco el mal sin esperanza de consuelo, ¿quánto mas creeis que soy desventurada que los hijos de esa?

Coro.

Dios lo sabe, en quien estan los secretos del tiempo venidero. Mas agora sepamos qué

hombres son aquestos que traen este peso.

SCENA X.

ELECTRA. CORO. ORESTES. PILADES.

Orestes.

¿DEcidnos, Señoras, qual es la casa real de Egisto?

Coro.

Esta que teneis delante. ¿Mas decidnos qué buscais en ella?

Orestes.

A la Reyna su muger traemos aquí un presente muy deseado.

Coro.

¿Decid qué presente es?

Orestes.

El cuerpo de Orestes su hijo, que le traemos aqui en esta caja.

Electra.

¡O estrangeros, quien quiera que seais! yo os ruego me pongais aqui ese cuerpo, lloraré sobre él la pérdida de mi esperanza: lloraré sobre él la caida de la casa de mi padre: lloraré sobre él la muerte de todo mi linage.

Orestes.

Por tu ruego y por nuestro descanso lo haremos.

mos. Ves aqui la caja, dentro está el embalsamado.

Electra.

¡O hermano mio de ésta manera quiso Dios que se cumpliese la esperanza que de tu venida tuve! ¿Eres tú aquel que habias de venir a tomar venganza? ¿Eres aquel por ventura que habia de ser reparo de la casa de nuestro padre? ¿Aquel tan alabado que yo deseaba ver? ¿Dónde está tu esfuerzo? ¿Dónde está tu hermosura? ¿Asi vienes frio y sin hervor al lugar de tus enemigos? ¿Asi vienes a ser puesto en poder de quien tanto aborreciste? ¿Asi te hizo mi mala ventura mudo, que no me respondes? ¡O furias, que mi pecho estremeceis, rasgadlo por medio, saldrá mi alma de este cuerpo, donde es siempre atormentada! Dejadla ir en los ayres, porque se pueda apartar de mis ojos, que siempre le muestran tales causas de dolor.

Coro.

Palabras bastantes para mover a compasion la misma crueldad.

Electra.

Mas si bien considero, tú hermano mio estás en el puerto, y yo en la tempestad. La vida es el mar de tempestades que mueve la fortuna, y la sepultura es el puerto dó reposan los que

han

han navegado. ¡O sepultura, casa perdurable de los que quiso bien la fortuna! en tí yacen los dichosos apartados de los males, y privados del sentido, que es la puerta del dolor; en tí no moran cuidados: en tí no vanas esperanzas: tú sola eres casa qual el hombre ha menester, aunque mal agradecida: a tu puerta debrian siempre llamar los que tubiesen seso, y tú abrir a solos aquellos a quien deseases bien.

Coro.

Deja, Señora, llevar este cuerpo, que con su presencia recibes mas dolor.

Electra.

¿Qué aprovecha llevarlo de aquí, pues donde quiera que fuere ha de ir mi corazon? Antes dueñas yo os ruego me dejeis reposar sobre este ataud, que en tener mi cuerpo cercano al de mi hermano recibiré algun consuelo.

Coro.

Manera es de consuelo dejar al dolor hacer sus primeros movimientos, porque despues de ellos se suele reposar. Por eso vosotros mancebos consentid que esta doncella amánse su corazon asi acostada como la veis en el sepulcro de su hermano, y será tambien para vosotros descanso esta tardanza.

Ores-

Orestes.

¿Decid, Señoras, es Electra esta doncella?

Coro.

Ella es.

Orestes.

Sus palabras y su cara me tenian en duda. Sus palabras bien parecian de ella: mas su cara no es aquella que solia en otro tiempo. Parece que el dolor tanto poder tiene de destruir el gesto como el corazon. Esta vide yo otra vez tan hermosa que el nombre de su hermosura ponia deseo de ser vista en todo el mundo. Entonces parecia que salia de ella siempre un resplandor de alegria, y agora la veo tal que no sé quien desee verla, sino la sepultura, o quien amor le tubiere por respeto a su virtud.

Coro.

No te debes, estrangero, maravillar, que segun los males que ha pasado, todos habemos pensado que ya no tubiera otra figura sino la de sus huesos.

Orestes.

¿Qué es la causa de tantos males?

Coro.

La memoria de su padre, y el deseo de su hermano, que aqui le traeis muerto.

Orestes.

¿Esta doncella no tiene madre que la consuele?

Co-

Coro.

Esa es su mayor desconsuelo.

Orestes.

¿Por qué le es causa de desconsuelo?

Coro.

Porque esta doncella llorando la muerte de Agamenon su padre, que debes tener sabida, y rogando a su hermano que la vengase, ha indignado tanto a Clitemnestra su madre, y a Egisto que siempre le han procurado penada vida, y agora la tienen amenazada con prision perpetua, donde no sea visitada sino de sus enemigos.

Orestes.

¡O doncella afligida, merecedora de mejor fortuna! pluguiese a Dios que pudiese hallarte descanso siquiera con dar mi vida, que no penarias mas en tu congoja.

Electra.

¿Qué es esto que oygo, es venida aqui por ventura la piedad, o alguno tan justo que mirando mis injurias dice aquesto? Como los animalejos que só el cielo duermen agraviados con la humidad de la noche y su escuridad, despiertan despues con el rayo del Sol, asi yo adormida en las tinieblas de mi tristeza despierto agora a la lumbre de alguna justa compasion, cuyas palabras oí.

Ores-

Orestes.

Justa es por cierto la compasion que se há de tí; pues siendo digna del mas alto grado de fortuna estás caida debajo sus pies.

Electra.

¡O solo uno en quien mora verdad y justicia! dime yo te ruego quien tú eres, porque tenga yo tu nombre en mi pensamiento para serte agradecida, pues mi suerte me ha traido a tal estado que no te puedo dar de otra manera el galardon.

Orestes.

Soy un hombre que navega en su sepulcro por las ondas de fortuna.

Electra.

Cosas me dices escuras. ¿Dime yo te ruego, la vida y la fortuna qué tienen que hacer con la sepultura? Cata que me quitas una grande esperanza que yo tengo de verme libre de sus enojos, quando huyendo de ellos me encerraren en el sepulcro.

Orestes.

Mi vida y mi fortuna estan en mi sepultura no como muertas, sino como encubiertas, para que puedan pasar los peligros que de otra manera no podrian: mas despues que se hallen en lugar seguro, ellas parecerán, con espanto de quien las viere; y si tú no estubieses escure-

recida con tus pesares ya podrias ver bien claro quien yo soy.

Electra.

¡Ay estrangero! dimelo tú yo te ruego, que mi alma ya cansada con diversos pensamientos no tiene tanta lumbre de entendimiento como tú confias.

Orestes.

Si yo te dijese quien soy no llorarias mas ese cuerpo muerto.

Electra.

Pues si tu nombre es tal que con él yo dejaria mis lagrimas, agora te ruego me digas alguno su contrario con que se me doblen. No me quites el consuelo que yo tengo en sentir mi piedad.

Orestes.

Mayor consuelo te seria mi nombre que tus lagrimas.

Electra.

¡Ay mancebo! grande esperanza me ofreces con tus palabras, sino que yo por no perderla despues con mayor dolor no oso a *recibirla.* Mira yo te ruego no quieras *renovar mi alma* para mayores penas: mas antes, pues me vès en tal ansia, me declara ya quien eres, porque sosiegue mi pecho turbado con mil ondas de pensamientos.

Orestes.

Yo te diria mi nombre, mas no querria que éstas dueñas que te acompañan lo supiesen.

Electra.

No debes temerlas, que estas son mugeres fieles, a quien yo tengo encomendados mis secretos.

Orestes.

Pues toma mira ese anillo, que por él sabrás esto que deseas.

Electra.

Este es el anillo de mi padre Agamenon, que yo dí a mi hermano Orestes, para que siempre le renovase la memoria de mi padre y mia, y fuese la señal por dó yo lo conociese, si tornase mudado con la edad.

Orestes.

Agora pues mira hermana, reconoce mi cara, verás que yo soy Orestes, disimulado con el nombre de mi muerte.

Electra.

¡O hermano! o lumbre, o clara libertad! no ha sido menos decirme tu nombre, que librarme de mi temprana muerte, cerca de la qual me tenia puesta el dolor de la tuya. Ya veo tu cara, y la conozco ya. Yo soy la mas dichosa de quantas nacieron, pues agora en este punto me he mudado de increible tristeza

a igual grado de alegria. ¡O Dios poderoso, qué a cargo tienes las justas peticiones! ya Señor conozco quán culpados son los que de tí desconfian. ¡O dia alegre, qué poco antes me parecia escura noche, y agora en mis ojos resplandeces! tú siempre quedarás en mi memoria, para hacerte siempre fiesta quando tú tornares en los años de mi vida. En tí me vide sin esperanza, en tí sin consuelo, en tí sin deseo de vivir, y despues en tí mismo con entera bienaventuranza. Parece que este placer habia de ser tan grande, que mi corazon fue menester que echase todos los otros para recibirlo. ¿Agora vosotras dueñas mis amigas, qué decís de mi fortuna?

Coro.

Que ella es qual tú la mereces, y no qual confiabamos, sino qual tuvimos deseada. Pero tú Señora, con tantas señales de alegria no descubras lo que tan secretamente viene encubierto: y no hagas de manera que por gozar el placer, lo pierdas.

Electra.

¿Cómo es posible que fuera no parezca lo que dentro no cabe?

Orestes.

Encubre, Electra, yo te ruego tu alegria, si no quieres llorarme la verdadera muerte: porque

que si vieren tu placer, qual saben que tú no puedes tener con mi muerte, ternán claras señales de mi vida, y antes de cumplir mi empresa seré sobresaltado y muerto.

Electra.

¡Ay! Temor grande me habeis puesto, y bien bastante para poder hacer lo que me amonestais. Pero en manera que no seamos sentidos te ruego Orestes que me digas algo de tu vida, que la mia en mi cara puedes ver qual ha sido.

Orestes.

Esas hablas, Electra, son mas largas que agora me convienen. Despues yo te daré tiempo largo y seguro en que hablemos.

Electra.

Pues dime a lo menos, ¿el mensagero de tu muerte y este que te acompaña quién son?

Orestes.

El mensagero es el Ayo a quien me diste que me criase: este es Pilades, un tal amigo qual puedes ver, pues por medio de tantos peligros me acompaña, el qual has de tener por otro hijo de Agamenon, como hermano tuyo y mio.

Electra.

Bien muestra en su virtud, pues así guarda el amistad que él lo merece todo.

Pilades.

No es dificil cosa seguir el amistad por qualesquier peligros, quando para guardarla hay mayores causas que para guardar la vida.

Ayo.

Vosotros que traeis ese cuerpo muerto parece que andais a hacer llorar con él, que asi lo presentais, a donde sabeis que ha de ser causa de dolor. Traedio ya, que la Reyna con buestra tardanza tiene por dudosa mi embajada.

Orestes.

Tú pues, Electra, finge que me lloras como antes, porque se confirme la fama de mi muerte.

SCENA X.

ELECTRA. CORO.

Electra.

ANdad ya mensageros, y llevad ese cuerpo donde no lloren sobre él. Id y vereis la cosa mas nueva que vieron buestros ojos, estar la madre alegre por la muerte de su hijo: andad, y tornad yo os ruego por mí, si vosotros sois los acarreadores de la muerte: dejad allá ese cuerpo, y volved por el mio, que los hijos de Clitemnestra no podemos ir a ella de mejor manera que vosotros le llevais.

Co-

Coro.

Ya deben ser llegados dó está Clitemnestra.

Electra.

Temor tengo no sean detenidos por algun inconveniente.

Coro.

Ninguno hay, pero tu deseo de verte vengada te debe representar muchos.

Electra.

Asi es.

Coro.

No dejes, Señora, de fingir tu llanto.

Electra.

¡O hermano mio! allá estás agora, donde si yo estubiera asi muerta como tú, teniendo tal ócasion, presto resucitaria, y daria mi lugar de la sepultura a la Reyna Clitemnestra: porque justa cosa seria que estuviese la madre dó se huelga ver los hijos.

Clitemnestra dentro.

¡O mis gentes, ayudadme! Venid que me tiene cercada mi muerte.

Coro.

¿Oyes, Señora, las voces de Clitemnestra?

Electra.

Si oyo, y tales quales oir mas deseaba.

Clitemnestra dentro.

¡O tú Orestes, cómo puedes quitar á mí la vi-

vida de quien tu la recibiste!

Electra.

Como recibiera de tí la muerte [redacted] en tu poder lo tubieras.

Clitemnestra dentro.

¡O traidor, cómo pudiste sacar la sangre del pecho de donde tú mismo sacaste leche con que te criaste!

Coro.

En el pecho la ha herido: cruel cosa es oirlo.

Electra.

¿Qué maravilla es que Orestes hiera el pecho, debajo del qual estaban los deseos de su muerte?

Clitemnestra dentro.

Agora, pues en el cielo no ha habido quien esta maldad estorvase, a vosotras furias infernales dejo por vengadoras, para que con buestros espantos no dejeis a Orestes gozar de la lumbre de esta vida, la qual yo de sus manos muerta ya pierdo de mis ojos.

Coro.

¡O casa desventurada, llena de sangre y muertes! en tí no oimos sino voces de los que heridos a cuchillo pierden la vida.

Electra.

Orestes viene la mano sangrienta y el puñal.

SCE-

SCENA XI.

ELECTRA. CORO. ORESTES. PILADES.

Orestes.

YA no temerás, Electra, mas a tu madre: ya no oirás las injurias que te decia: ves aqui en este puñal la sangre de su corazon.

Coro.

Cosa temerosa de ver, y triste de pensar!

Orestes.

¿Por qué lloras Electra? ¿Pesate por ventura de lo que yo he hecho?

Electra.

No lloro yo porque hubo Clitemnestra tál muerte, sino porque la mereció. Quisiera yo que ella hubiera sido tal que sus hijos deseáramos su vida con aquel ansia que procurabamos su muerte: pero pues ella tuvo la causa, nosotros no ternemos la culpa.

Coro.

Mira, Señora, que viene Egisto.

Electra.

Escondete, hermano, detrás de esas puertas, que yo lo aseguraré, para que entrando lo matés en descuido.

Orestes.

Ven presto Pilades conmigo.

SCENA XII.

Electra, Coro. Egisto.

Egisto.

¿Decid vosotras, sabe alguna donde estan unos hombres estrangeros, que dicen ser muerto Orestes?

Electra.

A mí lo debes preguntar, a quien suelen venir primero las malas nuevas.

Egisto.

Pues dilo tú si lo sabes.

Electra.

Aqui vino un mensagero que contó la muerte de Orestes, y despues llegaron dos hombres con su cuerpo. Estos estan agora con Clitemnestra, la qual con la muerte de su hijo debe estar mudada en nueva figura. Ve tú pues a tenerle compañia, que yo sola quedaré aqui llorando la muerte de mi hermano, que es para otros grande alegria.

Egisto.

Grande es tu confianza, pues aun no te quieres dar por vencida de la fortuna que tanta guerra te hace.

Electra.

Ya veo que por fuerza es darme por vencida.

Egis-

Egisto.

Pues agora lo que por fuerza hicieres no te recibiremos en cuenta, sino los malos deseos que siempre has tenido, en pena de los quales yo haré que pases tal vida que todos entiendan quánto deben ser temidos los poderosos. Vosotras, mugeres, haced que esta puerta no se guarde a nadie, porque todos vengan a ver este difunto, y asi perezcan los pensamientos y malos deseos que algunos tuvieron contra mí, confiando en la venida de su Orestes; y sea yo seguro y acatado, como a Principe se debe.

Coro.

Nosotras seremos pregoneras de tu prospera fortuna.

Egisto.

¡O casas reales dó los dias pasaba con temor, y las noches en sobresalto! Agora que ha salido de vosotras la sospecha me sereis mui alegre morada, donde yo vengado de mis enemigos, con mis amigos gozaré los placeres reales. Ya no es tiempo de armas, ni de pensar en muerte, sino de emplear la vida en fiestas de alegria. Quiero ir a Clitemnestra, porque su placer y el mio crecerán quando fueren juntos. ¿Pero qué hombres son estos que vienen a mí demudados? ¿Sus puñales sacan

 de

de lugares escondidos? ¡O desventurado de mí, que aquellas manchas de sangre señales me son de lo que quieren hacer.

SCENA XIII.

ELECTRA. CORO. ORESTES. PILADES. EGISTO.

Orestes.

ASI merecen tales Reyes en sus casas ser recibidos.

Egisto.

¿De qué manera?

Orestes.

De la que ves que ternemos, si sabes para que se suelen sacar los puñales.

Egisto.

¿Qué os he hecho yo, mancebos?

Orestes.

Mayores males que con tu vida puedes pagar.

Egisto.

¿Vosotros no temeis el castigo que habreis de los mios?

Orestes.

No es tuyo lo que hurtaste.

Egisto.

Agora conozco que tú eres Orestes, el qual

si

Si tubieses memoria de la virtud de tu padre, me habrias compasion.

Orestes.

Quanto él fue mejor, tanto mas tú mereces la muerte.

Electra.

Hermano, no dilates la muerte de este: y si por ventura cansaste tu brazo en la muerte de tu madre, dame ese puñal, que yo con él en un momento le daré mil heridas.

Orestes.

No es este el lugar donde ha de morir: quiero que lo matemos dó él mató a nuestro padre, porque viendo que de él se toma alli venganza, le sea la muerte doblada.

Egisto.

Llevadme pues presto, que no hay mayor tormento que la vida con hora determinada de morir.

Orestes.

Esa es otra causa por que no mueres tan presto: queremos primero atormentarte con dejarte pensar el estado en que te hallas.

Egisto.

Dadme presto la muerte, pues la vida no me quereis dar: mirad que el don que os pido, a los enemigos no se suele negar.

Elec-

Electra.

Nunca Egisto demandó cosa con tanta razon como la muerte, segun la tiene merecida. Tú, hermano, no se la niegues; mas ántes cumple esta su voluntad quan presto pudieses; pues que presto la fortuna suele quitar sus buenas ocasiones. Ve pues á cumplir esta tan justa venganza, que yo y está mi compañía te seguiremos.

Orestes.

Ten, Pilades, de esotro brazo, llevaremos á este dó reciba el galardon de su merecimiento.

Egisto.

Corona, estado, y señoríos, lazos que sois de la muerte, quedaos agora a escarnecer los otros hombres, que conmigo hecho habeis ya buestro oficio.

HECUBA TRISTE.

TRAGEDIA DE EURIPIDES.

TRADUCIDA POR EL MISMO AUTOR.

ARGUMENTO DE LA TRAGEDIA.

QUando los Griegos, dejando ya a Troya destruida, navegaban para su tierra, llegaron a Tráçia junto a aquella parte donde estaba el sepulcro de Aquiles. Deteniendose pues alli para concertar su navegacion y esperar los vientos, fingieron los Poetas que el alma de Aquiles se les mostró sobre su sepultura, pidiendoles le matasen sobre ella como en sacrificio a Policena hija del Rey Priamo, pues él se la habia prometido por muger, y queriendosela dar, Deifobo, amando mucho a Policena, por zelos que de esto tenia, con ayuda de Paris le mató. Los Griegos acordandose de los grandes hechos de Aquiles, deseando honrar su memoria, determinaron sacrificar a Policena como él lo pedia. Dióse a Ulixes el cargo que se la tomase a Hecuba su madre, y la trujese para el sacrificio. Ella vino de buena gana a padecer la muerte, dejando la vida que en vil servidumbre habia de pasar. Queda Hecuba a la ribera del mar llorando con el nuevo pesar de la muerte de su hija, y renovando con él sus pasadas desventuras. En esta ocasion se le ofrece otra mas fresca y no menor que todas ellas: porque estando asi en su llanto, vido venir por las aguas de la

mar

mar un cuerpo pequeño muerto a cuchillo, y llegado con las ondas a la orilla, conoció ser el de Polidoro su hijo. Habialo embiado el Rey Priamo con mucho tesoro a Polimnestor Rey de Trácia, quando las cosas de Troya comenzaron a tener peligro, para que lo criase, y lo animase a la restauracion de Troya, y de su linage y Reyno, si como ya temia, ella fuese destruida: mas Polimnestor olvidado con la vil cudicia del tesoro el amor y la fe que a Priamo debía, lo mató secretamente, y echó su cuerpo en el mar, y asi llegó, como deciamos, donde Hecuba lo halló. Ella movida con el dolor y con la saña para la venganza, embió a llamar disimuladamente a Polimnestor, que habia venido a visitar al Rey Agamenon, diciendo le queria mostrar donde quedaba enterrado en Troya mas tesoro, para que sacandolo de alli, se lo guardase tambien a Polidoro. El vino con dos hijos suyos, y a estos mató Hecuba con ayuda de sus mugeres, y a Polimnestor quebró los ojos, despues de haberle hecho ver con ellos la muerte de sus hijos. Polimnestor se queja a Agamenon, y le pide venganza de Hecuba: ella se defiende, y él entendiendo el justo dolor con que se movió, y la fealdad del hecho con que Polimnestor le dió la ocasion, libra a Hecuba de la pena para que él la pedia.

PERSONAS DE LA TRAGEDIA.

El alma de Polidoro.
Hecuba.
Coro. *Y son las mugeres Troyanas que a Hecuba acompañan.*
Ulixes.
Policena.
Polimnestor.
Agamenon.

ACTO UNICO.

SCENA I.

El alma de Polidoro.

SI vosotros que tan espantados mirais deseais conocerme, sabed que yo soy el alma de Polidoro, hijo del Rey Priamo, que agora vengo de las hondas cavernas del infierno, llenas de espanto y tinieblas a ver otra vez esta lumbre del cielo, la qual perdí de mis ojos antes de tiempo con muerte cruel que me dió Polimnestor, Rey de Trácia, al qual mi padre me habia embiado con mucho tesoro quando Troya estaba en peligro, para que si ella pereciese, yo restaurase su nombre y su casta: mas el cruel tirano, amando mas el oro que la fe

que

que habia dado, despues que estos dias supo el perdimiento de Troya, me llevó consigo a un bosque, dó decia que ibamos a deleytarnos, y quando estuvimos a dó mis voces no podian ser oidas, ni podian a nadie manifestar hecho tan abominable, sacó un puñal de su cinta, y en el gesto mostrandome la voluntad que tenia, se fue para mí. Yo entonces inclinado delante de él le rogaba se acordase del amistad de mis padres y de la confianza que de él tubieron, y mirase mi edad y mis lagrimas, y el acatamiento que siempre le tube, por el qual merecia ser tratado como hijo. Mas el ciego amor del tesoro, no le dejando sentir mis lastimas, tomó mi cabello con su mano izquierda, y con el puñal que en la derecha tenia rompió mi garganta: y asi nos partimos yo y el miserable cuerpo antes que de la vida gozasemos. El cuerpo él lo echó en las aguas de la mar, en cuyas ondas agora anda; y yo, aborreciendo esta lumbre que dá lugar a tales maldades, descendí al infierno. Y andando por sus sombras tristes errado con la luz temerosa dó penan los malos, ví grandes compañas de almas recientes que entonces habian ido, y llegandome a ellas conocí ser de Troyanos, y preguntandoles qué tan gran desventura hubiese acontecido a Troya, por que tan-

tos

tos moradores suyos hubiesen muerto; y ellos me contaron la grave fortuna en que habia perecido Troya, y mis padres y hermanos, y toda la otra gente. Entonces yo con tristes gemidos me aparté de ellos, y fuime a otras compañias de Griegos que habia a otra parte, y entre ellos vi el alma sobervia de Aquiles, gravemente suspirando por mi hermana Policena, de quien él habia sido en la vida enamorado: y no pudiendo sufrir el deseo, se apartó de los otros, diciendo que a este mundo venia a decir al egercito de los Griegos que sobre su sepultura matasen a Policena, porque su alma le fuese a tener compañia: y yo espantado de tan crueles amores, los quales me parecian verdaderamente infernales, me partí de aquella horrible region, y me vine a este ayre, dó pienso andar escondido entre las sombras y nieblas, dó no sea visto con espanto de nadie, y pueda yo ver la fortuna de los hombres, y sus vanos cuidados. Estos pues que veo delante me parecen los Griegos que vienen de Troya con el despojo que en ella han habido. He aqui sus naves con sus antenas alzadas, esperando los vientos. Y ellos pasean por aquesta ribera partidos en chicas compañias, contando sus hechos de la manera que en Grecia desean decirlos. Al Rey Agamenon veo estar lejos, dó

cor-

corren aquellos caballos, parado a mirarlos. Y todos estotros Griegos parece que descansan, como salidos de tan largo trabajo, gozando de su cruel prosperidad. Mas no descansan estos miserables Troyanos, que a las naves veo venir con cadenas trabados, y cargados de sus proprias haciendas, para llevarlas dó las posean sus enemigos, cuyos esclavos los hizo su mala ſortuna. ¡O tristes gemidos que oygo sonar de aquella tienda que está en medio del campo sentada! Alli deben estar las mugeres cautivas y sus hijos pequeños, que a tal alarido las mueven. Mas aquella que veo salir, aquella es Hecuba Reyna de Troya que a mí parió. ¡O quan mudada la veo de lo que era aquel tiempo pasado, quando en los ricos estrados de sus aposentos reales sentada y cercada de nueras y nietos, veia delante sus ojos la felicidad de su vientre, y la prosperidad de su Reyno, siendo con gran reverencia acatada y servida de los Principes de Asia! Entonces, en su presencia mostraba gran magestad, y en la serenidad de su cara y alto denuedo mostraba quien era. ¿Mas agora qué parece asi acostada sobre aquel grosero cayado, con sus ropas sucias y mal compuestas, mirando la tierra con ojos llorosos, cautiva y menospreciada? ¿Qué parece, sino vejéz miserable,

guar-

guardada para llorar la muerte de todos? ¡O madre afligida, este era el fin de tu prosperidad? ¿este era el pago de tus merecimientos? ¿A esto vinieron a parar las honras, las pompas, los altos placeres que en Troya tenias? ¡O áspera muerte! en esto conozco tu gran crueldad, que nunca sigues a quien te ha menester. Mas no quiero detenerme a mirar olvidado en mi pena, por no ser visto de mi madre desventurada, no sea yo causa de acrecentarle sus graves gemidos: mas iré por mi cuerpo, y traerlo he a estas orillas, dó sea enterrado.

SCENA II.

HECUBA. CORO.

Hecuba.

LLegaos a mí mugeres Troyanas, ayudadme a sustentar este cuerpo enflaquecido con vejéz y pesares: sentarnos hemos en esta orilla del mar, veremos las aguas por donde nos han de llevar a ser vendidas en Grecia.

Coro.

Vamos, Señora, como nos mandas a contemplar nuestros males, porque nuestros corazones se acostumbren a ellos.

Hecuba.

Aqui me parece que debemos sentarnos en estos ásperos riscos, porque aquestos son convenientes estrados para nuestra fortuna.

Coro.

Tú pues, Señora, te pone en este asiento mas alto, y nosotras estarémos sentadas cabe tus pies.

Hecuba.

Los altos asientos solia yo buscar quando en ellos podia yo mostrar mi prosperidad: mas agora no querria ponerme sino donde me pudiese esconder de los ojos de las gentes. Que como los hombres afeados de algunas graves enfermedades aborrecen la luz y la vista de los que antes conocieron, asi yo cuyo estado ha tanto afeado la fortuna, no querria ser vista de quien antes me vido, o puede saber quien yo soy. Pero pues asi os parece, veisme aqui puesta donde quereis, porque tengais delante de los ojos con que consolaros de todos los males que pueden veniros. ¿Qué liviana será de sufrir buestra fortuna, si mirais qual está la Reyna de Troya, la muger de Priamo, la madre de Héctor, la Señora de Asia? ¡O tiempos pasados, idos ya sin esperanza de haber de tornar, porque me llevasteis todos los bienes, y me dejasteis sola la vida! ¿Para esto

de-

deseaba yo la vejéz y las canas quando veía que de mí salian tales y tantos hijos? ¿Para esto rogaba yo a Dios que me dejase aqui muchos años, quando creía que habia de ver mi sangre multiplicada por gran numero de nietos que honrasen mi sepultura? ¡O ciegos mortales engañados con los vanos prometimientos que os hace la vida! ¿no conoceis quán engañados os lleva a ver buestros males? Creedme que mas piadosa es la muerte, pues que os cierra los ojos para que no los veais: y mas piadosa me hubiera ella sido que no esta vida, si hubiera cerrado los mios antes que vieran tan graves daños como han visto: porque de esta manera mis ojos no vieran a mi hijo Hector, que era la lumbre de ellos, por los pies arrastrado al derredor de los muros de Troya, los quales con su brazo y gran corazon hasta entonces habia él defendido: ni vieran traerlo del carro de Aquiles dó él padeció esta deshonra, con sus ojos sangrientos, y su celebro vertido, polvorosa su barba, y su cuerpo desfigurado. No hubieran visto a Pirro, el cruel hijo de Aquiles, degollar a mi hijo Polites delante de mí, y despues matar en su sangre a Priamo mi marido y su padre. No vieran quemar mi ciudad, y prender mi persona sin acatamiento, y tenerla agora en esta prision, donde no me que-

da por consuelo de tantos males sino la servidumbre a dó mis enemigos me llevan. Agora desventurada conozco que no son vanos, como dicen, los sueños de los hombres: porque yo preñada de Paris mi hijo, el qual de Grecia trujo el fuego en que ardió la Ciudad de Troya, soñaba que paria una hacha encendida, y todos decian que habia de ser despues de nacido el perdimiento de nuestro Reyno, y que debiamos a él quitar la vida, porque todos no la perdiesemos: mas yo con la piedad de madre facilmente creía que todos los sueños eran engaños, hasta agora que por haber guardado a él he destruido mi Reyno. Por donde agora ésto mirando me crece un temor en mi corazon que me habia venido de un sueño que soñaba esta noche pasada, dó me parecia que en mis haldas tenia una cierva blanca, de dó la llevaba un lobo cruel a despedazarla con sus dientes agudos. ¡O Dios que has permitido con tal perdicion perecer mi casa real! aparta este ensueño de mi hija Policena, que es un solo consuelo que has a mis ojos dejado. Otro tengo apartado de mí en aquesta tierra de Tracia dó estamos, que es Polidoro mi hijo, que embiamos a Polimnestor quando las cosas de Troya tenian peligro. ¡Ay como temo no sea él aquel que yo vi durmiendo, la garganta sangrienta

huir

huir de mis ojos! ¿O si es por ventura mi mala fortuna, que aun en el sueño, que fue dado a todos para descanso comun, reposar no me deja? Llamadme, mugeres, a mi Policena, que esté aqui conmigo, que gran movimiento siento que hace mi corazon pensando en ella.

Coro.

Yo, Señora; voy a llamarla; y estotra compañia quedará aqui contigo.

SCENA III.

Hecuba. Coro.

Coro.

Mira, Señora, por la orilla del mar, y verás lejos venir gente armada de las tiendas de Agamenon. ¡Ay triste! miedo me ponen en verlos venir.

Hecuba.

Ya mis ojos corrompidos con lagrimas no pueden ver en lugares tan apartados. Vosotras mirad, y decidme qué es lo que veis.

Coro.

Vemos a Ulixes venir acompañado de gente apresurada, aunque algunas veces los hace parar, y habla con ellos, como mostrandoles lo que deben hacer. Agora les hace seña que ca-

len con el dedo puesto en la boca. ¿Si quieren por ventura deshacerse con aquellos cuchillos que traen, de carga tan desventurada como somos nosotras? ¡Ay qué desmayo me viene mirando el resplandor de sus armas, y sus gestos tan feroces!

Hecuba.

No creais que nos vengan a matar, que no serian ellos nuestros enemigos si eso hiciesen.

Coro.

En verdad, Señora, que vienen los gestos mudados, con semblante de hacer algun mal.

Hecuba.

¿Qué mal puede nadie hacer a quien carece de todo bien?

Coro.

¿Y tú, Señora, ningun bien dices que tienes?

Hecuba.

¡Ay triste yo! que acordado me habeis de mi hija Policena.

Coro.

Ya Ulixes llega: a tí, Señora, parece que viene mirando.

Hecuba.

Verá una triste vision, la qual si él quiere quitar de este mundo, a los vivos quitaria una compañera enojosa, y a los muertos dará un alma, muchos años antes a ellos debida.

SCE-

SCENA IV.

HÉCUBA. ULIXES. CORO.

Ulixes.

NO se si sabes, Hecuba, la gran maravilla que ha acontecido en el sepulcro de Aquiles, de la qual a mí me han hecho mensagero los Griegos, para que te la contase, y mostrase las causas del acuerdo que sobre ella han tomado.

Hecùba.

Mis cosas, Ulixes, tienen tanto en sí que pensar, que no tengo espácio para poner el pensamiento en las buestras. ¿Mas dime yo te ruego, qué han menester los Griegos dar parte a esta cautiva, de sus acuerdos o de sus consejos?

Ulixes.

Cosa es que a tí pertenece la que vengo a decirte: escucha, oirás un milagro muy grande. Estando Agamenon y sus Capitanes mirando el sepulcro de Aquiles, y razonando de sus grandes hechos, vimos salir debajo de la tierra un bulto a manera de sombra; y nosotros estando espantados de tan horrible vision, ella nos dijo que era el alma de Aquiles.

Hecuba.

¿A qué tornaba a esta mísera luz?

Ulixes.

A demandar a los Griegos un grave don. Dinos tú, Hecuba, si debemos negarselo.

Hecuba.

No se mas, Ulixes, sino que mucho debeis al alma de Aquiles, quanto yo debo aborrecerlo, pues mató con su mano la honra y el esfuerzo de Troya, Hector mi hijo, con cuya muerte acabó nuestra esperanza, y comenzó la buestra. ¿Pero dime qué demanda era la suya?

Ulixes.

Quando nos vido pasada la turbacion, que estabamos atentos a oirlo, nos dijo: ¡O Griegos deudos y amigos! sabed que un deseo muy grave llevé de la vida al infierno, que es el de Policena hija de Priamo, de cuyo amor la muerte no pudo apartarme: matadla yo os ruego, embiadme el alma, si no quereis que padezca muy dura pena. No os dolais de ella mas que de mí, por cuyo esfuerzo, de esta tierra llevais honra para todos los siglos: y con esta voz desapareció de nosotros. ¿Mas qué es esto que asi desfalleces, Hecuba? tenedla; rociadle su cara.

Coro.

¿Para qué la despertarémos del sueño de sus desventuras? ¿Para qué la tornarémos a dar sentido de sus males? dejadla. Por ventura

es

es esta la muerte que ya le quiere ser piadosa.

Ulixes.

Ya ella de suyo torna en su primera color: ya abre los ojos.

Coro.

¡O Reyna desventurada! o desventura envejecida! abre los ojos, mira estas armas que tanto temíamos a qué son venidas: mira que vienen a verter la sangre de Policena tu hija, y romper tu corazon con las mismas heridas.

Hecuba.

Grande temor tengo de lo que decís, como mis temblores os muestran: mas no puedo yo creer que los Griegos querrán ser tan crueles como son los del infierno. Aquiles tuvo por empresa en la vida perseguir mis hijos, y destruir mi sangre, y este es el deseo que él debió llevar de esta vida al infierno, que no el amor de Policena mi hija. ¿Dime pues, Ulixes, qué acuerdo han tomado los Griegos sobre tan abominable demanda?

Ulixes.

El que debian a la persona de Aquiles, por cuyo esfuerzo vengamos nuestras injurias, y honramos a Grecia.

Hecuba.

¡Ay triste de mí! ¿segun eso cumplir quereis su voluntad?

Uli-

Ulixes.

A llevar a Policena venimos para cumplirla, y Pirro nos queda esperando con los aderezos de la muerte, porque de su mano quiere que el alma de su padre reciba este presente.

Hecuba.

¡O Griegos; crueles vertedores de la sangre Troyana! ¿quándo, decidme, acabará la rabia que tubisteis de destruir la gente de Asia? Bastaros debiera la muerte de tantos excelentes varones como han perecido con buestras armas. Debieraos bastar las penas sin cuento de que habeis cargado mi corazon, sin que agora apagarades una sola centella que de mi alegria quedaba. ¿Qué ofensa os ha hecho una niña sin brio? ¿Qué males temeis que os ha de hacer una muger buestra cautiva? Mejor empleados serian buestros cuchillos en el cuello de Helena, que os hizo la injuria por dó habeis vosotros estado tantos años en destierro, y como viudas buestras mugeres, con sus hijos huerfanos. Esta debriades vosotros de sacrificar al sepulcro de Aquiles, pues por su causa murió. La sangre de esta honraria buestras memorias, y seria egemplo a las mugeres de altos linages de lo que con sus maridos debrian hacer. Mas si lo habeis por la sangre de Pria-

mo

mo, matadme a mí, que yo soy la fuente de dó toda ella manó: dejad a mi hija, nó hagaís tal injuria a naturaleza, que asi destrúyais la obra mas excelente que ella jamás se ha puesto a hacer.

Ulixes.

Bien conozco que Policena es la mas excelente obra y mas hermosa que en nuestros siglos hizo naturaleza, y asi Aquiles lo muestra bien; pues ni con la muerte, ni con las penas del infierno ha perdido jamás el amor de su figura; pero es mas la deuda que a Aquiles tenemos, que lo que debemos mirar el bien de Policena. Por tanto tú, Reyna afligida, olvida tus penas lo mas que pudieres, y dá lugar a la necesidad, que quanto mas ya perdieres, tanto menos terñás que temer, y no te dejes llevar dó tus pasiones te guian, que ningun remedio hay contra los males forzosos, sino animosamente sufrirlos.

Hecuba.

¡O Ulixes, Ulixes! ¿acuerdaste agora quando en Troya, habiendo entrado de noche a espiar las cosas que en ella pasaban, fuiste preso y traído delante de mí?

Ulixes.

Sí me acuerdo.

He-

Hecuba.

¿Acuerdaste quan merecida nos tenias la muerte?

Ulixes.

Sí acuerdo.

Hecuba.

¿Acuerdaste bien que delante de mí te pusiste las rodillas en el suelo, y juntas las manos con muchas lagrimas, demandandome que te soltase de aquel cautiverio, y prometiendome de serme a mí obediente, y en todas las cosas cumplir mi voluntad?

Ulixes.

Tambien de eso me acuerdo.

Hecuba.

¿Pues cómo, dime agora, para esto cumpli tu rúego? ¿Para esto te dí de mis joyas, y te puse en libertad, para que agora vinieses a ser el verdugo de una sola vida que tengo? ¿Por qué te enmudeces? responde. ¿Dime esa alma que tienes, despues que en Troya fuiste tomado, quién te la dió? ¿Quién es la causa que veas el mundo, que goces del ayre, que puedas ir vitorioso a ver tu muger y tu hijo, y a que ellos puedan cumplir el largo deseo que de tí han tenido? Vuelve, vuelve a los Griegos, que con tan injusto mensage te embian, cuentales la deuda que a mí me tenias primero,

y con tu habla suave muestrales la gran crueldad que en esto acometen, porque dejen tan crudo proposito, y con esta obra me pagues la vida que tienes, pues yo fui quien te la dió, y me satisfagas todo lo demas que confiesas deberme.

Ulixes.

Los bienes que de tí, Hecuba, he recibido, yo los tengo en memoria: mas no es bastante mi vida para por ella no cumplir la voluntad de los Griegos mis naturales, pues tantas veces la puse en el peligro de la guerra por ellos, y aun entonces quando tú dices que me la diste, por su mandado la puse en aventura. A mí me fue muy grave su mandado por lo que has dicho, pero no digno de ser desobedecido, habiendo en su obediencia trabajado tanto en la vida.

Hecuba.

Ya yo sabia, Ulixes, que los hombres no guardan fe con los que carecen de prosperidad: haz tu oficio cruel, pues mis gemidos no pueden moverte: ves ahí viene la que tú buscas.

SCENA V.

HECUBA. CORO. ULIXES. POLICENA.

Policena.

¿QUé es esto, madre, que lloras con tan tristes gemidos? ¿Qué quieren estos hombres armados?

Hecuba.

Vienen hija por tí. ¡O hija triste, a que tálamos te han de llevar!

Policena.

¿Cómo, dí madre, entre tantas desventuras nuestras me quieren casar?

Hecuba.

Sí hija Policena, adonde nunca me veas.

Policena.

¿El esposo quién es? a donde está?

Hecubă.

Está con los muertos.

Policena.

¡Ay madre mia! ¿con hombre muerto me quieren casar?

Hecuba.

Sí hija mia, con muerto, muerta te han de casar.

Policena.

¡O desventurada de mí, y qué temblores siento

en

en mi corazon! ¿Tan cerca tenia la muerte, y no lo sabia? ¿Quién es este que asi cruelmente me ama?

Hecuba.

Aquiles, que para te demandar apareció a los Griegos en su sepultura, dó tu has de morir.

Policena.

¡O madre, madre desventurada! ¿esto te quedaba por ver al fin de tus dias? De tí triste me duelo, por tí vierto estas lagrimas, que yo quando me acuerdo de mí, que era hija de Reyes, deseada para casamientos de hombres de altos estados, dó hubiese de ser acatada y servida segun el merecimiento de mi linage, por bienaventurada tengo la muerte que me ha de quitar de la cruel fortuna que agora pasamos, dó yo triste temia que mi cuerpo no fuese ensuciado, como no debia, por algunos de nuestros enemigos: o si esto no fuera, ¿qué podia yo esperar sino el casamiento de algun siervo vendido como yo habia de ser? ¡O madre, madre, no llores tanto, deja ir a tu hija dó va contenta a hallar una sola libertad que le dejó la fortuna!

Coro.

No hay quien sufra en la vista cosa tan cruda. La cara quiero en tierra poner, y mi cabeza cubierta, si ser pudiere, darme al olvido.

Uli-

Ulixes.

Espantado me tiene la hermosura y el ánimo grande de esta doncella. Compañeros quitadla ya de los brazos de su madre para llevarla, que con esta tardanza atormentamos estas mugeres echadas por tierra, y hechas en ella fuentes de lagrimas.

Policena.

Toma, madre, este beso de mi boca postrero, que ya como ves, por fuerza me quitan de tí.

Hecuba.

¡ Ay que me arrancais el alma! ¡ay que me despegais el corazon!

Policena.

Queda en paz, madre mia, si paz puede haber para tí: y vosotros guerreros no toqueis mi cuerpo, que yo de mi gana andaré este camino.

Coro.

Vamos algunas de nosotras con ella.

Hecuba.

¡ O hija mia! o luz de mis ojos! ¿a donde te llevan? ¿dó vas miserable, cercada de armas? ¿No miras tu madre desventurada como la dejas? ¿Cómo no miras à quien te parió? Mira hija estas canas que arranco por tí: vuelve los ojos a mis gemidos, moriremos ambas aqui

de

de dolor: no quedaré yo penando en la vida; y tú no serás herida a cuchillo. ¡O hija mia, qué priesa te das a irte de mí! ¿Por qué huyes de tan buena gana de quien con tanto dolor te deja de sí? Dejadme seguirla, iré a defenderla, moriré yo cubriendo su cuerpo, y poniendo mis carnes a las primeras heridas. Dejadme, mugeres, no me detengais, no querais apartarme la muerte que con mas voluntad yo no puedo jamás recibir.

Coro.

No pongas, Señora, tal fuerza en soltarte, que no dejaremos irte de aqui.

Hecuba.

O fuerza cruel que a mi vida haceis en querer ampararla! Tenedme mui firme en estos tormentos, que bien se que la fortuna mi perseguidora os mueve a hacerlo, aunque pensais que es piedad: mas no me hableis de dejarme aquí sola.

Coro.

Aqui tras ella nos pongamos sentadas.

SCENA V.

CORO. HECUBA.

Coro.

¡O Ayres de la mar, que moveis contino sus ondas! ¿à qué tierras nos habeis de llevar? ¿Iremos por acaso a servir a los Doricos? ¿o a las tierras dó corre el rio Apidano? ¿o si nos llevareis a la Isla dó la primera palma nació, dó está el laurel dedicado a Latona? ¿o a la ciudad que se dice de Palas, a pintar lienzos con seda y aguja? ¿o donde a otra parte nos llevareis a ser esclavas en tierras agenas, dó siempre lloraremos la memoria de Troya, que agora dejamos humeando en el suelo?

Hecuba.

Ya que la fuerza del dolor me parece que ha amortiguado mi corazon para poder no sentirlo tan recio, quiero con vosotras hablar de mis cosas: ¿Qué remedio ternia para librar mi alma de estos cuidados?

Coro.

Ninguno, Señora, sino olvidar el tiempo pasado, y pensar en el venidero.

Hecuba.

¿Qué puedo esperar del tiempo venidero con

que

que pueda mas consolarme que con lo pasado?

Coro.

Puedes, Señora, esperar que Polidoro, siendo de edad, pues tiene para ello bastantes riquezas, podrá librar tu persona de este cautiverio, y vengar las muertes, que te son causa de tanto dolor.

Hecuba.

¡Ay! aun podria bien ser que aquella flor que de mi salió, despues hiciese fruto de sí con que yo me consolase. ¿Pero qué es lo que digo? ¿Qué espero yo ver con tantos años y tal fortuna? ¿O por qué deseo ver a mi hijo en contienda de Griegos, dó han todos los otros perecido? Vive mi hijo dó quiera que estás, y goza en sosiego de tu vida suave: pierde el cuidado de vengar a tus padres, que sus casos no tienen remedio. ¡O hijo mio! quando de tí me acuerdo conozco quanta fue mi prosperidad, pues habiendome seguido tan ásperamente mi cruda fortuna, aun no ha podido tanto hacer que no me dejase consuelo de mis pensamientos.

Coro.

Consuelo en verdad te puede ser Polidoro, si tú haces cuenta que a él solo pariste, y que está vivo y hermoso, de donde se espera que adelante procederá tu linage.

Hecuba.

Sí espero yo que de allí procederá generacion adelante que resucite la memoria de Troya: ¡mas ay desventurada! estó yo hablando en esperanza y consuelo, y mi hija muriendo.

Coro.

¡O Señora, qué veo venir por la mar! ¿Es pece, o es tronco? mas no es sino cuerpo anegado en las aguas.

Hecuba.

No alcanzo yo a verlo.

Coro.

Niño parece en su pequeña estatura. ¡O que miembros tan blancos! ¡O qué rubios cabellos!

Hecuba.

¡O niño desventurado, quien quiera que eres, que asi pereciste en tan tierna edad! mas mucho mas desventurada tu madre si viva la tienes, principalmente si no tenia mas de a tí. Traeldo, mugeres, tomaldo del agua, que a tierra es llegado ya, enterrarlo hemos aqui: hacerle hemos con nuestras manos una sepultura, pues es compañero de nuestras desventuras.

Coro.

¡O cielo! ¡o tierra! ¡o gran poderío de Dios! no pereceriamos ya todos de una caida, sin

que

que para nuestra muerte se hiciesen por menudo tan crudos aparejos?

Hecuba.

¿Qué es lo que habeis visto, mugeres? Cata que me poneis grande espanto.

Coro.

Habemos visto tus espantables persecuciones, tus grandisimos males, tus gemidos eternos, tu muerte postrera.

Hecuba.

Mostradme qué es eso.

Coro.

Veslo aqui, miralo tú.

Hecuba.

¡O hijo Polidoro! ¿asi vienes a consolar a tu mísera madre de la muerte de tu hermana? ¿Asi vienes con tus heridas patentes a doblar mis dolores? ¡A fuego que siento! ¡o tinieblas! ¡o furias! ¡o infierno! ¿Dónde voy? ¿dónde iré? ¿a quien llamaré? Dadme armas: traeldas, mugeres, iré a Polimnestor, a Polimnestor quiero buscar.

Coro.

Grande es la fuerza de la ira: mirad un cuerpo tan flaco que apenas antes se podia sustentar sobre un cayado, qué enhiesto está, que fuerte se muestra, qué meneos hace de sí.

Hecuba.

Acabad ya desventuras de seguirme: hartaos ya: venid si algunas quedan: cubridme todas de pesares y duelo: quitad de mí qualesquier consuelos: apartad lejos la piedad: tenedme en buestras duras prisiones de tal manera cautiva que ninguna muger afligida en algun siglo sea a mi comparable: siquiera seré en esto excelente, pues no lo pude ser en lo que me prometia mi falsa fortuna.

Coro.

Acostumbrada Hecuba a recibir tantas heridas, ya no las teme.

Hecuba.

¡O sueño de la noche, que entre sombras figuraste mis desdichas venideras, quán verdadero has salido!

Coro.

Tristes y verdaderos.

Hecuba.

¡O mugeres! agora siento que los dolores de nuestros partos, son dolores que parimos, que nos quedan guardados para quando los graves casos de nuestros hijos sabemos.

Coro.

Asi lo sentimos nosotras.

Hecuba.

¿Agora pues, pareceos que debemos algo hacer

cer en caso tan desastrado?

Coro.

¿Qué pueden hacer gentes tan flacas como nosotras, y tan menguadas de poderio?

Hecuba.

Yo se qué haremos, que este caso me mueve mas a venganza que a dolor. Tú vieja criada, que en mi camara solias servirme, vé a Polimnestor con el mensage que te diré: hallarlo has ahí entre los Griegos, que yo lo vide ir allá con sus hijos. Dile pues, que yo mucho le ruego que me venga a hablar, porque quiêro decirle donde queda en Troya nuestro tesoro enterrado, para que lo guarde a mi hijo Polidoro: y mira en tu gesto no muestres mas dolor o tristeza que requiere tu cautiverio. Vosotras, mugeres, llevadme acá ese cuerpecito, embolverlo he en estos lienzos de mi cabeza, pues no me ha dejado fortuna otras riquezas con que enterrarlo. Haremos un hoyo en esta arena, y esconderlo hemos en él, no lo vean nuestros enemigos, y hiciesen por ventura de él como de Hector su hermano hicieron.

Coro.

Vedlo aqui, Señora, limpio y lavado con las aguas que lo traian. ¡O mezquino niño, qué herida trae en el cuello. Bien parece la rabia

con que le mataron, que segun es grande su herida, un Elefante pudieran matar. ¡Qué lindos pechos! ¡qué brazos tan lindos! ¡qué piernas! ¡qué pies! ¡o qué cabello de oro! ¡qué frente! ¡qué boca! ¡qué hermosura tan grande, que aun la muerte no pudo quitarla! Nó desprendas, Señora, tus tocas, no dejes tus canas asi descubiertas, ves aqui, nosotras tenemos lienzos, que guardamos del despojo de nuestras haciendas.

Hecuba.

Atadlo vosotras, que no puedo verlo, ni puedo hablar.

Coro.

¿Dónde va Hecuba asi desmayada? En aquella peña se sienta bueltos los ojos a la soledad. Dejemosla estar, mientras la cansa el dolor, que es un solo remedio que puede tener para menos sentirlo. Nosotras agora pongamos este cuerpecito en este lienzo mas limpio. Los pies asi juntos, las manos en el pecho, y bien compuesto su cabellico. Parece flor cortada a la mañana, que está desmayada con el Sol de medio dia. Cosedlo agora: mira no rompais con el aguja sus carnecitas. Asi está mui bien. Cojamos agora de aquestas yervas mas verdes de que le hagamos una camita, y la cabecera sembremos de flores. Mui bien está asi. Sentemo-

nos

nos agora al rededor de él: guardemoslo todas mientras Hecuba buelve, porque ella señale el lugar de su sepultura.

SCENA VI.

Coro. Hecuba.

Coro.

YA buelven las mugeres nuestras compañeras, que con Policena habian ido. Llamemos a Hecuba, sabremos con ella lo que ha pasado. Señora, despierta. Oye Señora. No responde: muerta parece que está. Levanta, Señora, verás las mugeres que fueron con Policena, que han ya buelto.

Hecuba.

¿A dó están?

Coro.

Aqui estamos, mira Señora, ya somos llegadas.

Hecuba.

¿Mi hija?

Coro.

Ya está en reposo fuera de estos nuestros trabajos.

Hecuba.

¿Muerta?

Co-

Coro.

Muerta queda sobre el sepulcro de Aquiles.

Hecuba.

Tomad algun arma, y embiadme con ella.

Coro.

¿Qué grave descaecimiento es este, Señora? ¿Ya no sabias su muerte, que asi echas de nuevo tanta muchedumbre de lagrimas? No pongas tu cabeza en esa piedra tan dura: ves aqui mis rodillas y mis faldas compuestas, á dó podrás acostarte. No son los blandos y ricos estrados dó tu solias tomar tu reposo, mas son los cogines que nos dejó la fortuna para poder ofrecerte. Alza, Señora, un poco mas la cabeza, asi estarás menos mal. Vosotras compañeras sentaos aqui cerca, oireis las nuevas de la muerte miserable de Policena, que el cuerpo de Polidoro desde aqui le verêmos. ¿Dí, Señora, quieres tú saber las nuevas de la muerte de Policena? ¿No respondes? ¿No quieres oirlas? En ninguna cosa parece viva, sino en estas lagrimas, que arroyo hacen por mis faldas abajo. Espantada estoy, dó hay tanta humidad en cuerpo tan seco. Dejemosla agora acabar este llanto hasta que oirnos quiera, y miremos estos mares por donde habemos de ir para nunca tornar. ¡O mar estendido de aguas profundas! aunque eres tenido por ta-

bra-

bravo y cruel; otro mayor hay, que es la fortuna de mayores tempestades que las tuyas, y mas contínuas. Tus ondas suben no mas de quanto puede subir el agua movida con viento, y bajan despues otra tanta caida: mas las de fortuna suben hasta el cielo algunas veces a los que andan en ellas, y en breve espacio los descienden hasta el infierno: como en Hecuba vemos, que habiendo subido a tal gloria de prosperidad, agora la vemos haber descendido al profundo de tantos dolores. Tus ondas, mar, sosiegan las mas veces del año, mas las de fortuna nunca reposan. De tus tempestades hay ciertas señales para guardarse de ellas, mas de las que ordena fortuna, ningun aviso podemos tener. Para los trabajos que en tí se pasan hay puertos donde ir a parar: mas en la fortuna los puertos que queremos tomar son de mayor tempestad: como agora en Hecuba vemos, que dos solos puertos que para su descanso tenia, se le han tornado en perfecta desesperacion de hallar puerto jamas. Pues si yo miro a nosotras, ¿qué mas bien podré decir de las ondas de fortuna? que han anegado nuestra tierra, y llevado con su perdimiento nuestras haciendas y nuestros solares. ¿Qué diré de ellas? que nos traen con nuestros hijos en brazos, para que los llevemos a ser esclavos de

de nuestros enemigos. Bienaventurados sois los que en Troya perecisteis, los que entre sus cenizas quedais hechos polvo ; a quien la vida no duró mas de quanto duró su buena fortuna. Agora conozco que mejor es la crueldad de los enemigos, que mata y acaba, que la piedad que de nosotras, por ser mugeres, tubieron, con que nuestra vida alongaron para solos tormentos.

Hecuba.

¡O quan verdaderemente habeis hablado de la fortuna!

Coro.

Ya me parece, Señora, que escuchas lo que decimos: ¿quieres que te contemos agora la muerte de Policena tu hija?

Hecuba.

Decidla yo os ruego, que saberla deseo.

Coro.

Despues que de tí nos apartamos, con pasos apresurados fuimos hasta el sepulcro de Aquiles, que está mui alto sobre tierra levantado en medio de un campo, y alli hallamos a Agamenon sentado en una silla real sobre unas gradas que hay para subir al sepulcro ; y Pirro estaba detrás de la silla, puesto el codo en un canto de ella con el Rey razonando ; y los otros nobles estaban por las gradas sentados

y

y quando nosotras llegamos, de todos los campos venia la otra gente corriendo, y subimos con Policena al sepulcro, que estaba enramado. En poco espacio vimos todo el egercito de los Griegos ayuntado en lo bajo mirando a Policena, como espantados de su hermosura. Luego Pirro se vino a nosotras, y poniendo su capa en el ombro de su page, puso la mano derecha en el sepulcro del padre, y la izquierda en el lado dó tenia la espada: y asi estando, mandó a un pregonero que en alta voz al pueblo dijese que tubiese silencio: entonces con la cudicia que todos tenian de saber lo que alli habia de pasar, callaron en un silencio tan grande que quien no viera juzgara que aquella era una gran soledad. Luego Pirro, oyendolo todos dijo asi: Padre excelente de perdurable memoria, cuyo grande esfuerzo fue menester para destruir tan gran ciudad, recibe el sacrificio que tu hijo te hace: ves aqui la que demandabas, traida para honrar tu sepultura, y cumplimiento de tu voluntad. Cosa áspera parece, en paz y en sosiego, un hombre mancebo matar la mas hermosa doncella del mundo; pero mas áspero me seria no obedecerte. Quiero que agora conozcas qué servicios te hiciera en vida, pues despues que eres muerto tanto te acato. Y vosotros, gente

de

de Grecía bien agradecida, que esto mirais, no os mueva la inocencia de aquesta doncella a creer que hacemos lo que no se debia; porque habiendo de quedar mi padre Aquiles en tan larga memoria de Griegos, conviene que todos sepan quan bien agradecidas fueron sus grandes hazañas; porque los hombres animosos que de nosotros nacieren, hagan en todo como valientes, sabiendo que vivos o muertos siempre ternán su galardon. Despues que esto dijo, hizo señal a unos mancebos que subiesen a tener a Policena: mas ella sintiendo para qué los llamaba, dijo: No toqueis a mí, hombres de guerra; dejadme morir sin tocamiento alguno de hombre, que yo terné mi cuerpo tan quedo, como tengo perdido el temor de la muerte. Oidas estas palabras, el pueblo hablando entre sí, levantaron un grande rumor, y ella entonces con ambas manos rompió sus vestiduras desde el pecho al vientre, y descubrió su cuerpo, que parecia imagen de alabastro; y asi descubierta, hincando las rodillas en el suelo, le dijo a Pirro: Ves aqui todas las partes por dó puedes ligeramente matarme: si quieres el cuello, veslo tendido: si quieres el pecho, veslo patente. Entonces Agamenon bolvió la cara, y limpiaba sus ojos; y Pirro como dudando tardó un poco, mas al

fin

fin sacó su espada resplandeciente, y con ella le cortó la garganta. Y aunque estaba en paso tan trabajoso, no se olvidando Policena de su honestidad, con las manos detuvo sus ropas entre las piernas, porque en la caida no hiciese fealdad alguna su cuerpo. Quando esto fue hecho, todos decian por aquel campo, que ninguna muger parió tales hijos como tú pariste: y movidos de grande compasion, todos le hacian la fiesta que un cuerpo muerto puede recibir. Cubrianla toda de flores y hojas, y quemaban encienso y otros olores, y hacian grandes prometimientos para adornarle la sepultura. Y el Rey Agamenon nos mandó que viniesemos a decirte, que luego fueses al entierro, porque allí estaria guardado el cuerpo de tu hija hasta que tu fueses.

Hecuba.

La fama, hijos, que quisiera yo que en vida tuvierades, ganais en la muerte. Quanto fuisteis vosotros mas excelentes; tanto yo quedo con mayores causas de haber de vosotros dolor. ¡O si alguno hubiese que mis fortunas contase a las gentes que han de nacer, como ellas han sido, porque todos los siglos me ayudasen a gemir mi gran desventura!

Coro.

Tiempo es, Señora, que a Polidoro enterremos,

mos, porque los Griegos, si hay viento, querrán luego partirse.

Hecuba.

Vamos, ponerlo hemos dó jamás a él tocaren los males de nuestra fortuna.

SCENA VII.

HECUBA. CORO. POLIMNESTOR.

Hecuba.

HArto ondo está este hoyo, no cabeis, mugeres, mas.

Coro.

Traygamos pues a Polidoro: ¿mas quién es este que viene a nosotras tan acompañado? Polimnestor parece: él es, Señora.

Hecuba.

Esconded presto ese cuerpo con alguna cubierta, y yo de aqui lo llevaré a nuestra tienda. Algunas de vosotras quedareis aqui, y las otras me acompañareis para un gran hecho que tengo pensado.

Coro.

Como nos dijeres, Señora, asi haremos nosotras.

Polimnestor.

¡O Hecuba, a quien yo siempre he tenido te-

seo de agradar y servir : muger que fuiste del hombre con quien mayor amistad en este mundo tuve ! en tí se ve como en las cosas humanas no hay firmeza ninguna. No hay cosa recia contra la fortuna, ni bastan riquezas, ni estado, ni merecimientos, pues tú todo esto tenias, y todo lo tienes perdido : de lo qual he recibido tanta pena, como a las buenas obras pasadas que de tí he recibido, yo debo. Esta tu hija que agora mataron, me ha puesto mucho dolor, asi porque murió tan sin culpa como porque se que tú de ella habrás habido gran pena, aunque poco aprovechan las lagrimas, pues la fortuna ni se mueve, ni se remedia por ellas. Verás pues, si en algo me has menester; porque esta tu criada por tu mandado me hizo venir con estos mis hijos del egercito de los Griegos, dó habia ido para saludarlos, para disimular la encomienda que de tí tengo. Y demandarte quisiera a Agamenon que te me diera por qualquier rescate, porque aqui quedáras en mi tierra conmigo y con tu hijo, si no hubiera miedo que por aqui no sospechasen los Griegos el mal que se les queda criando en mi casa. Pero hacerlo he si te parece.

Hecuba.

Perdoname Polimnestor si los ojos no puedo

alzar a mirarte, porque de los males que me han perseguido, me ha quedado verguenza de ser vista, qual ellos me han parado: pero tus ofrecimientos te agradezco mucho, mas por la voluntad que en ellos muestras, que por el provecho que algun consuelo pueda traer. Agora yo te pregunto, ¿mi hijo Polidoro está bueno? deseame ver?

Polimnestor.

Tal está, que si lo vieses, pienso que de todas tus adversidades te consolarias.

Hecuba.

¿Está sano? muestrase a buenas costumbres?

Polimnestor.

Sano está, y el mas hermoso de quantos pariste, y es de todos mas amado y querido en mi casa que estos mis hijos, y mui inclinado a las cosas de caballeria. Yo te digo que parece bien hijo de quien es, y que siendo de edad competente, que él hará conocer a los Griegos como no han acabado de destruir a Troya. Agora queria venirse conmigo a verte, quando supo que estabas aqui; y aunque yo le decia que no debia venir donde estaban los Griegos no lo llevasen cautivo, él no queria sino venirse delante, con tal atrevimiento que me puso temor, y le hice detener en casa por fuerza guardado.

He-

Hecuba.

Hablas, Polimnestor, como quien eres, y de tu persona no se espera otra cosa. Mas dime, ¿el tesoro vistelo todo? estase guardado?

Polimnestor.

Guardado está, sin que de él sepa nadie: y si aquello no le bastare a Polidoro, con el mio pienso ayudarle, para los hechos que en memoria de sus padres él quisiere emprender.

Hecuba.

Agora, pues tal amor nos tienes, y tan fiel has sido en guardar lo que te encomendamos, decirte quiero dónde en Troya queda enterrado el tesoro de Priamo, porque de alli lo hayas, y lo guardes con lo otro.

Polimnestor.

¿Es mucho?

Hecuba.

No es la decima parte lo que con Polidoro te embiamos.

Polimnestor.

¿Luego gran suma será?

Hecuba.

Asi es.

Polimnestor.

Pues dime donde está, que mucho será menester para lo que tengo pensado sobre la destrui-

truicion de Grecia, aunque agora lo disimulo.

Hecuba.

En la huerta de mi casa real, al pie de un laurél que muchas veces verias siendo nuestro huesped, cabe una alberca.

Polimnestor.

Bien me acuerdo de ese laurél, pero agora que estará todo talado no se podrá conocer, si otras señas no me dices.

Hecuba.

Encima de dó el tesoro está verás un monton de tierra con una piedra negra hincada en él. Mas verás yo te ruego Polimnestor, pues tantas cosas confio de quien eres, que en todo guardes la fe, como yo tengo esperanza.

Polimnestor.

Pena recibo, Hecuba, que pienses tú que es menester amonestarme con esas palabras: sabe que por harto amonestado me tengo del amistad que contigo y con Priamo siempre he tenido; y aunque esta no intreviniera, mi condicion natural es amar poco el dinero, que digote de verdad, que ninguna cosa en menos estimo, ni por cosa alguna ya menos se me da, sino es encomendado que lo guarde, que entonces la fe a que soy obligado me hace que tenga de ello mucho cuidado.

He-

Hecuba.

Pues que tal eres, tambien quiero darte otro tesoro que estas mugeres y yo trugimos con nosotras, el qual pensando que no te pudieramos hablar, queriamos enterrar en este hoyo que aqui haciamos, porque no viniese a poder de los Griegos.

Polimnestor.

¿Es aquel bulto que está encubierto debajo de aquel paño?

Hecuba.

No es cosa tan poca, que mucho mas es. Vamos a esta tienda mas cercana, adonde nosotras estamos, que alli está escondido.

Polimnestor.

Vamos adonde mandares.

Hecuba.

¿Son estos tus hijos?

Polimnestor.

Estos son.

Hecuba.

¡O qué lindos, y qué gentiles niños! Plega a Dios, Polimnestor, que nunca los veas en la fortuna que yo he visto los mios. Vayan ellos con nosotros; y esta tu compañia mandale que se aparte lejos de aqui, no entiendan los secretos en que andamos, no fuesen por ventura descubiertos a los Griegos para daño tuyo y mio.

Polimnestor.

Vosotros hombres de mi guarda tornaos al aposento de Agamenon, y esperadme alli, que yo y mis hijos nos iremos paseando por esta ribera del mar.

Hecuba.

Agora vamos, darte he el tesoro.

SCENA VIII.

Coro.

¡O Troya la gran ciudad, ya no te dirás la nunca vencida! Tus torres mui altas de que estabas cercada, los muros, los templos, la casa real, y los otros sus edificios mui grandes, en tierra estan todos humillados a la fortuna, y el suelo dó estabas, adonde tantos hombres grandes nacieron, agora será soledad para bestias fieras. Ya no iré yo a deleytar mis ojos por tus calles hermosas, no veré mas por tus plazas, sentado tu pueblo, no veré ya tus caballeros salir a las fiestas. ¡O noche triste, escurecida con tinieblas infernales, que a mí fuiste principio de mi perdicion, quando los Griegos en descuido tomaron nuestra ciudad, cómo nunca de mis ojos te partes! ¡cómo no puede el Sol echarte de mí! Siempre te veo, siempre te tengo delante, acordandome

con

con quanto descuido estando en mi casa haciendo fiesta por la partida de los Griegos, que ellos con sus engaños nos habian hecho creer, oimos decir que en los muros estaban. Mas aun no lo habiamos bien entendido quando en nuestras casas parecieron con sus armas resplandecientes, y en las manos derechas las espadas desnudas para herir, y en las izquierdas fuego para quemar las moradas. ¡O qué clamor por todo sonaba! ¡qué de humo y de polvo subian mezclados! ¡quántos golpes se oian, quántos gemidos, quan grandes tembloresres habia del hundimiento de las casas! Y salí yo mezquina en medio la calle, y viendo las llamas que a todas partes ardian, me parecia que todos estabamos metidos dentro en una hoguera, a cuya lumbre veia los Griegos flacos y negros de los grandes trabajos, con sus barbas crecidas. No creo yo que el infierno es de otra manera que entonces Troya me parecia: hasta que los enemigos, venciendo con los fuegos que les ayudaban, pudieron acabar de matar los que les daban estorvo, y atar los otros en duras prisiones, para llevarnos a ser esclavos en Grecia. ¡Quan caros nos cuestan, o Paris y Helena vuestros amores!

Polimnestor dentro.

Dejadme, mugeres, soltadme el cabello.

Coro.

Asido tienen nuestras compañeras por el cabello a Polimnestor.

Polimnestor dentro.

¡O que matan mis hijos! ¡O crueles malvadas!

Coro.

Tú diste el egemplo.

Polimnestor dentro.

¡O mi ojo derecho, quebrado lo han! agujas me meten por el izquierdo! Valedme, si oís, gente de Tracia.

Coro.

Los ojos le quiebran.

Polimnestor dentro.

Esperad, esperad, ¿dó huis?

Coro.

¡O qué tropel de mugeres sale huyendo! A Hecuba sacan afuera. ¡Ay qué cosa tan temerosa, los muchachos muertos sacan arrastrando. Polimnestor viene tras ellas los ojos sangrientos, y la espada en su mano derecha, y la izquierda tendida adelante. ¡O qué cosa tan espantable, aunque bien merecida! Vamos allá, ayudarlas hemos.

SCENA IX.

POLIMNESTOR. HECUBA. CORO.

Polimnestor.

¿DOnde está Hecuba? dónde va? dónde iré? por dónde la seguiré? comeré de sus carnes: moleré con mis dientes sus huesos.

Hecuba.

¿Qué dices, malvado? ¿qué buscas en esa noche perdurable dó te habemos metido?

Polimnestor.

¿A qué parte está? ácia aqui la oia hablar.

Hecuba.

Quiero apartarme.

Polimnestor.

¡O si hubiera algun hombre de tal poderio que agora me prestára sus ojos, para despues tornarselos yo con mi vida y mi Reyno! Mas quiero correr a todas partes, que con alguna encontraré dó emplee mi ira.

Hecuba.

Apartaos, mugeres, dejadlo cansar.

Coro.

Caidŏ ha, Señora, en aquella piedra.

Polimnestor.

¡O fortuna, que asi me destruyes, y asi me embarazas, toma esta espada, y acabame ya!

Co-

Coro.

La espada ha echado de sí.

Polimnestor.

¡O capitanes de Grecia! venid a vengar buestro amigo: venid gentes de Tracia a ver buestro Señor: Venid vereis muertos mis hijos, y mis ojos sacados. Venid vereis qual me han parado buestras enemigas las mugeres Troyanas. Venid, que tardais para mi ardor de vengarme.

Hecuba.

¿Qué venganza puedes desventurado tomar de quien su vida no la queria para mas de esto?

Polimnestor.

¡O muger infernal, que tal has osado! ¿no pudieras pasar sola tu gran desventura en tí bien empleada, sin que procuraras tener compañia? Mas agora vernán mis valedores, agora vernán a trocar la venganza. ¡O vasallos, o amigos! ¿no habeis entendido mis voces?

Hecuba.

Traed acá eso, mugeres que estais mirando, ponedlo aqui donde está Polimnestor sentado.

Polimnestor.

¿Qué es esto, malvada, que mandas traer?

Hecuba.

Es el tesoro que a mi hijo Polidoro yo embio.

Polimnestor.

¡O qué triste tesoro, verdadero tesoro para es-

esconder debajo la tierra! Mis hijos son estos, que me han bañado las manos de sangre. ¡O desventurados, cuya muerte entró en nuestra casa con Polidoro! ¿qué tenia que ver su mala ventura con buestra prosperidad? ¡O hijos mios, cuya muerte es la postrera cosa que hube de ver en la vida! ¿pensareis donde estais, que buestro padre quedó salvo en el mundo, y está entre buestros cuerpos llagados sin poder veros, ni echar lagrima alguna, cercado de quien tantos males nos hizo, vistos para que de cruel venganza se harten.

Coro.

Agamenon viene, Señora, con grandes compañas.

Hecuba.

Traed pues vosotras el cuerpo de Polidoro.

SCENA X.

POLIMNESTOR. HECUBA. AGAMENON. CORO.

Agamenon.

SI Troya no estuviera destruida, gran miedo me hubieran puesto las voces que he oído, segun me parecian espantables, y de grandisima ira. ¿Mas qué es esto que veo? ¿Es Polimnestor aquel que está en tierra sentado? El es, y sus

sus hijos aquellos que estan muertos cabe él. ¡O Dios perdurable, sangre parece que llora!

Coro.

¡Quan espantados están Agamenon, y los que vienen con él!

Agamenon.

¿Quál furia infernal, Polimnestor, ha puesto tan crudamente las manos en tí?

Polimnestor.

¡O Agamenon, a quien por solo el oido conozco, que ya de los ojos todas las cosas me han desparecido, pues vienes a tiempo que no puedes darme remedio, dame venganza!

Agamenon.

¿Qué venganza habria igual a tan gran desventura?

Polimnestor.

Tener yo a Hecuba entre mis manos.

Agamenon.

¿Hecuba es la que ha hecho esto?

Polimnestor.

Ella con su compañia. Damela luego Agamenon, si algun consuelo piensas de darme de tantos males como en mí ves.

Agamenon.

¿Tú Hecuba osaste hacer cosa tan espantable?

Hecuba.

No te parecerá espantable, Agamenon, si miras

ras que traen aqui estas mugeres.

Polimnestor.

A Hecuba oygo, ¿a dó esta? Tenedla, tenedla.

Agamenon.

¿Qué es esto, Polimnestor, que asi te levantas? dó vas tan furioso?

Polimnestor.

¡O manos inciertas, que no prendeis sino el ayre! ¿no me asiriades esta malvada?

Agamenon.

Polimnestor sosiega, que quiero entender este hecho. ¿Qué defunto es ese que aqui traeis, mugeres?

Coro.

Señor, es Polidoro, hijo de Hecuba.

Agamenon.

¿Es es este tu hijo?

Hecuba.

Mio era, y este malvado que lo tenia para criarlo, lo mató, y lo echó en las aguas del mar.

Agamenon.

Tú Polimnestor mataste este niño? dí la verdad, pues se ha de saber.

Polimnestor.

Yo lo maté, si es Polidoro, pero con grande razon: mas no tardes te ruego en mandarme en-

entregar la malvada de Hecuba.

Agamenon.

A ambos vosotros veo muertos los hijos, y ambos veo que teneis grandes causas de quejaros. Decidme este hecho cada uno por sí, y entendido, haré lo que fuere razon. Y tú, Polimnestor, primero.

Polimnestor.

Por tí Agamenon, y por la verdadera amistad que contigo he tenido, estoy de la manera que agora ves; y el deseo que de tu seguridad y los tuyos he tenido, me ha puesto a mí en tal desventura: porque sabrás que quando Priamo conoció el peligro de Troya, me embió con mucho tesoro ese muchacho, que ahí dicen que está muerto, para que yo lo criase, y pudiese despues él vengarle su sangre, de lo qual el muchacho en sus hablas mostraba siempre gran voluntad, diciendo que no deseaba tanto la vida por gozar de ella, quanto por tomar venganza en la tuya: y para esto apercebia siempre a todos los Troyanos que podian verle, con tanta osadia y tal denuedo que nunca vi cosa mas semejante que él era a Hector su hermano. Viendo pues yo quánta guerra y quánto afan para Grecia se criaba con ese muchacho, lo maté, porque he mas siempre estimado tu amistad que no la de Priamo; y por-

que

que no me parecia que debia yo complacer a quien tal peligro me embiaba a mi casa. Agora ésta su madre hallólo en las aguas de la mar, dó yo lo habia echado; y viendo que le habia quitado la esperanza que ella tenia de vengarse de tí, me embió a llamar, diciendo que queria mostrarme donde quedaban en Troya enterrados unos tesoros: y yo descuidado de sus engaños vine a ella, y solo con estos mis hijos entré en esa tienda dó estan las cautivas, y en medio de ella a mí me sentaron en una silla, y a mis hijos los tomaron en brazos, y como deseandolos todas ver y tocar de una en otra, los apartaron de mí a diversas partes, y entonces sacaron debajo sus ropas unos puñales que para esto tenian, y a gran priesa les daban muchas heridas; y yo queriendo ir a socorrerlos, halléme detenido por todos mis miembros de las que me tenian cercado. Unas habian asido mis pies, y otras mis brazos, y otras me tenian por los cabellos tirando atrás: y estando asi, Hecuba con las agujas de su tocado me quebró los ojos, y asi me quitaron dos vidas dulcisimas, y dejaronme una miserable. Agora pues, Agamenon, primeramente considera la gran sobervia de esta muger, y el desacatamiento que a tí ha tenido, pues siendo tu cautiva, ha hecho en tu egercito contra

tu

tu amigo, y en tu ofensa, lo que en Troya siendo Reyna aun no debiera osar hacer: y de mí mismo podrás considerar lo que a tí desea: porque si a mí por haberle muerto un solo hijo ella me mató dos, y me dió a mí peor muerte, ¿ qué piensas que haria de tí si en su poder te tuviese, por cuyo mandado y autoridad tantos hijos suyos han muerto, y ha perecido su Reyno y su estado? Manda, yo te ruego, que me la den en poder, no lleves contigo tan manifiesto peligro a tu tierra para tí, y para Orestes tu hijo, ni te confies de su flaqueza, que en mí has aprendido quánto es el daño que puede hacer. Ningun engaño, ni traycion, ni ponzoña dejará de probar para vengarse de tí. Dejala aqui en mi poder, que yo acabaré de librarte de tus peligros, cómo he comenzado. Tambien de mí te debes doler, que estoy qual ves sin hijos, sin luz, sin cosa alguna porque quiera vivir. No me dejes sin venganza del mal que por tí, y viniendote a ver, he recibido. Que aunque la sangre de Hecuba, ni los tormentos con que ella la verterá, si está en mi poder, será bastante consuelo de tantos males, cosa es que mucho desean los que son destruidos de sus enemigos quitarles el deleyte de la venganza.

Aga-

Agamenon.

Oido te he, Polimnestor: agora tú Hecuba, responde.

Hecuba.

Nunca, Agamenon, despues de mis desventuras pensé jamás ponerme a defender mi vida, hasta agora que veo que Polimnestor desea mi muerte. Y porque ningun deseo suyo se cumpla, quiero responder, y librarme de este tormento para que me demanda: y acordandome lo poco que yo, Agamenon, te he merecido, no osára tomar tal empresa, si no supiera que para demandarte justicia no hay necesidad de favor, pues sé cierto que para hacerla mas te obliga tu mucha virtud que nadie por obras de interese te puede obligar. Y aunque la fortuna tan duramente me haya seguido, y despojado tan crudamente de marido, hijo, y tierra, y me haya dejado la vida para solo gemir, bien se que no por eso querrás tú menospreciar mi derecho, pues los hombres excelentes nacieron para ayudar a los miserables, y librarlos de sus desventuras, y no para ayudarlos a caer. Agora pues, considera, yo te ruego, como éste habiendo recibido de Priamo y de mí tales buenas obras, que no hallamos hombre que mas obligado nos pareciese a guardar nuestro hijo, y nuestro tesoro, se

encargó de él, y nos dió fé de pagarnos en esto lo mucho que confesaba debernos: y despues al mísero huesped que con esta fé recibió, siendo de edad que ninguna culpa se puede sospechar, lo robó y degolló, y lo echó a dó lo comiesen los peces: conociendo él mismo el gran delito que hacia, pues le pareció que debia encubrirlo con tanta diligencia de los ojos de los hombres; y aun agora venia el malvado con aquella misma sed con que su fé quebrantó, a saber de mí dó quedaba el tesoro de Troya, con tal cara, y tal semblante como si con buenas obras me lo mereciera. De los leones y dragos y otras bestias fieras se cuenta que amparan aquellos que sienten de ellos quererse favorescer: y este hombre peor que drago y leon mató a mi hijo, de quien él por su voluntad se habia encargado. ¿Qué tigres rabiosos, si razon alcanzasen, matarian los hijos de quien bien los quisiese? ¿O qué malicia tan viva tuvo alguno jamás, que sobre tan gran maleficio mesurase la cara, y pudiese en sosiego hablar con quien él principalmente habia ofendido. No escuches este fiero animal, Agamenen, que espanto es oirlo. ¿Confiesa él maldad tan grave, y demanda venganza a hombre tan justo como tú eres? ¿Qué piensa este hombre abominable? ¿Qué eres tú por ven-

tu-

tura amparador de tales maldades? Piensa, yo creo, que el avaricia con que tal cometió es buena escusa para delante ti. Aparta tus ojos y tu pensamiento, Agamenon, de hombre tan malo, y ponte a pensar si hallases tu hijo Orestés degollado por mano de aquellos a quien encomendado lo dejastes, ¿qué les harias? ¿Qué penas, qué muertes, qué graves tormentos te bastarian para tomar de ellos venganza? Pues asi debes pensar que es este agravio que a mí se ha hecho: que aunque la fortuna quita los bienes, no quita el derecho ni la justicia a los miserables. Y por esto no me tengas a mí por sobervia, ni por menospreciadora de tu magestad, como este dice, por haberle tratado en tu Real como él merece, que en los tiempos oportunos, quales no se espera que tornarán otra vez, suelen los cuerdos y bien mirados usar de la licencia que saben ligeramente se les daria, si lugar hubiese para demandarla: y no creía yo que para tan justa venganza, hombre tan justo como tú eres, me la habia de negar. ¿Piensas tú, infernal, que en el Real de los Griegos no hay lugar para hacer buenos hechos? Si con mi mano no te hubiera destruido, mil manos de Griegos hubiera sobre tí que vertieran tu sangre, por quitar de sí tal pestilencia. Por eso no esperes que de tí

habrán misericordia alguna, ni a mi darán sino mucha honra por ello. Esotros espantos, Agamenon, que este te pone con la crueldad que he usado con él, la qual yo llamo verdadera piedad de las leyes con que los hombres han de vivir virtuosamente, bien ves como no son a proposito: porque este malvado no habiendo de nosotros recibido injuria ninguna, mas antes tales obras que qualquiera desagradecimiento suyo mereciera el mal que tiene, quiso engañarnos con la misma amistad, por la qual tanto era obligado a favorecernos. Mas tú no fuiste nuestro amigo, ni de nosotros recibiste obras porque lo debieses ser; y creeme que yo no deseo mal sino a aquel de quien lo recibo sin culpa. Y a los Griegos yo conozco que fuimos mui culpados todos los Troyanos en haberles hecho injuria tan grave, y haberla defendido diez años: y conocer hombre su culpa, es gran señal de no desear venganza de su pena: quanto mas, que yo soy tu cautiva, y puedesme embiar donde quisieres, y apartarme de tí. Y si tenerme quisieres contigo, con haberme librado de la rabia con que este me sigue, me habrás tanto obligado que de nadie debas mas confiar que de mí. Porque como las ofensas de los amigos son causa de grandisima enemistad, segun entre mí y este

se

se ha visto ; asi las buenas obras de los enemigos, de quien nada se esperaba, son causa de juntarse a ellos con grandisimo amor. Y si por ventura por compasion te quisieres mover, de mí la habrás mayor, si mirares quantos mas males sufro que este, y quan sin culpa mia él me puso en ellos. Y pues a tí, Agamenon, te ha parecido mui justa la destruccion de Troya, donde tantos excelentes hombres han muerto, porque mi hijo Paris, vencido de amor, trujo la muger de Menelao, en cuya casa habia sido bien recibido, sin fuerza y sin muerte de nadie, ¿qué castigo te parece que merecerá el huesped nuestro, que llevó consigo nuestro hijo, y vencido de cudicia lo mató? Bien he mirado como este con todas sus mañas ha procurado mostrarte que es tu amigo, y que por tí mató a Polidoro; pero tú con tu alto juicio conocerás qué amistad puede tenerte, no habiendo de tí recibido beneficio alguno, pues con nosotros de quien habia recibido tantos no pudo tenerla. Sabe, Agamenon, que aqueste no muestra amistad sino a quien espera robar, y al que quiere matarle los hijos, como a Priamo hizo. Por tanto no creas tanto de su amistad, si bien te quieres a tí y a tu hijo Orestes. Aun ya si hubiera contigo destruido a Troya, y socorridote en tus ne-

cesidades, debieras creerle: más el malvado otra cosa no hizo sino matar un niño inocente, y robarle el tesoro, pudiendolo todo a tí entregar. Por lo qual verdaderamente, Agamenon, mucho te ha obligado Polimnestor, pues degolló ese tu valiente enemigo que ahí ves muerto. Grande ánimo fue menester y grande osadía para hecho tan notable, y mucho le debes por tan grande trabajo como ha pasado por tí. Cierto, en grandes peligros te vieras si Polidoro viviera. No pudo Troya estando entera y potente resistirte en sus muros, y los desperdicios que de ella quedaban temia este que fuesen a destruirte en tu tierra. ¡O ciego, o vano, quan desayrado te traen tus pensamientos malvados! Encubrias la muerte de mi hijo de los ojos de Agamenon, ¿y dices agora que por su amor lo hiciste? ¿Llevaste por ella el tesoro que con él te embiamos, y demandas agora otro galardon? El galardon que merecias yo te lo he dado, y otro no esperes del justo Agamenon, que tales acontecimientos toma por ocasiones de manifestar a todos su virtud y severidad. Tú pues piensa, Agamenon, que lo que aqui hicieres ha de quedar en mui larga memoria de gentes, y que en esta sentencia has de mostrar a todos los que en los siglos venideros hablaren de tí, en qué estima tienes los hombres

que-

quebrantadores de su fé y amistad, robadores de sus amigos, y vertedores de la sangre de los que por huéspedes tienen. Si a tí te parece que debes favorecerlos, favorece a este; pero si ves quan abominable cosa es un Rey ensalzado para hacer justicia a todos, y dar al pueblo egemplo, consentir en un maleficio tan grande como este ha cometido, no quieras por contentar un hombre tan malo escurecer tu fama, que con tantos trabajos en esta vida has esclarecido.

Agamenon.

La sentencia está dada con haberse el hecho entendido, pues se debe haber por justa la venganza que se toma de quien no guarda la fé.

ISABELA,
TRAGEDIA
DE LUPERCIO
LEONARDO DE ARGENSOLA.

INEDITA.

PERSONAS QUE HABLAN.

La Fama, *que hace el Prologo.*
Alboacen, *Rey de Zaragoza.*
Audalla, *Consejero.*
Aja, *hermana.*
Muley Albenzayde *Privado.*
Zauzala.
Azan, *y criados del Rey de Zaragoza.*
Un Alcayde.
Un Portero.
Isabela, *Dama Cristiana.*
Lamberto, *padre de Isabela.*
Engracia, *madre de Isabela.*
Ana, *hermana de Isabela.*
Un Viejo *Ciudadano.*
Turba *de hombres, mugeres, y niños Cristianos.*
Nuncio.
Aludin, *criado de Muley Albenzayde.*
Adulce, *Rey de Valencia.*
Selin, *criado suyo.*
El espiritu de Isabela.

La Scena pasa en Zaragoza, Metropoli de Aragon.

PRO-

PROLOGO.

FAMA.

YO soy la que levanto los ingenios
en medio las miserias de este siglo,
porque la de virtud dificil cumbre
pueda ser de los hombres alcanzada,
de los quales vulgar y comunmente
ilustre Fama recibi por nombre.
No soy aquella Fama que Virgilio
dijo, que por ofensa de los dioses
produjo la primera madre buestra,
a la qual dignamente llamó monstruo.
Por mi sobre la tumba del gran Griego
lloró, como sabemos, Alejandro,
y de invidia de ver los hechos de este,
el Dictador que dió su nombre a Julio.
Yo con eternas letras registrados
tengo los famosisimos varones
que tras de la virtud se remontaron,
unos por armas, y otros por las letras,
y los que por entrambas estas cosas.
Ni vosotras, mugeres, perseguidas
de serpentinas lenguas os quedasteis
(en colosos eternos levantadas)
sin buestras merecidas alabanzas;
y, malgrado del gran Maron, tú, Dido,

en-

entre las viudas castas te colocas.
Tienen cuidado pues los blancos cisnes,
de quien el Arïosto dió noticia,
de celebrar con versos numerosos
los claros hechos de estos y de aquellos;
y los que no son dignos de este canto,
en bocas de los cuervos disonantes
andan con alabanzas limitadas,
a cuyas roncas voces no responde
el eco de las doctas opiniones,
por mas que los cuitados cuidadosos
procuran imitarme, poco digo,
procuran competir con esta trompa,
por mí tan solamente dedicada
para cantar los nombres de los heroes.
Siguiendo mi costumbre pues agora,
bien que contra la ley de las Tragedias,
en los teatros publicos parezco
a daros alabanzas infinitas,
como las mereceis todos vosotros.
Podeisme responder que lisongeo,
pues que sin distincion de buestros hechos,
y sin contar alguno, los alabo.
En mi satisfaccion respondo a esto,
que quando no tubiera yo noticia
de todo lo que digo, me bastaba
que de buestro valor hice experiencia;
pues publicando yo, que recitaba

Sal-

Salcedo, no Comedias amorosas,
nocturnas asechanzas de mancebos,
y libres liviandades de mozuelas,
cosas que son acetas en el vulgo;
sino que de cotufnos adornado,
en lugar de las burlas, os contaba
miserables Tragedias y sucesos,
desengaños de vicios, cosa fuerte,
y dura de tragar a quien los sigue:
vosotros, por no ser amigos de esto,
venís a ver los tragicos lamentos,
y la fragilidad de buestra vida:
evidente señal de que sois tales,
que dicernís lo malo de lo bueno,
para lo qual terneis materia luego,
si proseguis a oirme con sosiego.

JORNADA PRIMERA.

SCENA I.

ALBOACEN. AUDALLA.

Alboacen.

NI yo tengo temor a los Cristianos
por verlos tan vecinos a mi tierra
que casi nos podemos dar las manos.
Y puesto que la gente de la sierra
de pláticos soldados se refresca,
queriendo proseguir la dura guerra,
no temo de la furia soldadesca
ver talados mis campos y riveras,
qual vió (por nuestro mal) el Rey de Huesca;
ni temo de sus máquinas guerreras,
ni la gente que junta y acomula
debajo sus insignias y vanderas:
ni tanto me fatiga y atribula
Don Pedro, Rey sobervio de Sobrarve,
que ya de Zaragoza se intitula;
pues sabe que a la vista de un adarbe
a su padre Don Sancho le dió muerte
la cautelosa flecha de un Alarbe.
Y puesto (segun dicen) que es tan fuerte,

el

el egemplo que digo será parte
que con mas discrecion pruebe la suerte.
Bastale ver al Rey en su estandarte
quatro cabezas nuestras por trofeo,
que cada qual tubimos por un Marte;
y quando no bastáre, (que lo creo)
aun tengo yo dos manos, y hay alfanges
que puedan reprimirle su deseo.
Ordéne sus esquadras y falanges,
y prometase ya con vanagloria
la tierra que tenemos de aqui al Ganges,
que no será tan facil la vitoria,
aunque suelen decir que en el extremo
y en la dificultad está la gloria.
Otro mayor contrario que el Rey temo,
tan fuerte, que pensando lo que puede,
unas veces me hielo, y otras quemo.
Concedo que mi mal tambien procede
de quien yo sé; mas basta, no se diga:
mucho mejor será que aqui se quede:

Audalla.

Mas antes será bien que se prosiga,
que con solo nombrar lo que no temes,
no queda descubierta tu fatiga.
¿Será bueno, Señor, que tú te quemes?
y por no descubrir el fuego fiero
huyas el agua, y del dolor extremes?
Quien el peligro cierto ve primero,

y no busca remedio conveniente
al daño que sospecha venidero,
padecerá la pena justamente,
arrepentido en vano de su falta,
quedando para risa de la gente.
¿Faltate juventud? ¿poder te falta,
o belicosa gente, la qual pueda
romper al Montañés la cerviz alta?
Presto verás bolver la veloz rueda,
y derribar fortuna de la cumbre,
al que piensa tenella fija y queda;
y si es (como lo es) de su costumbre
favorecer a osados, yo le mando
al ciego Rey precisa servidumbre.
No vayas tú sospechas dilatando,
pues quien con prevencion sus cosas rige,
menos tiene despues que estar llorando.
¿Dime qué te da pena?

Alboacen.

Ya yo dije,
que no tengo temor al Rey Cristiano,
ni la propinqua pérdida me aflige;
mas miro mi contrario tan cercano
que en qualquiera remedio que provea,
el fin de mi trabajo será vano.
Un muro comunmente nos rodea
a mí y al enemigo poderoso,
que por ocultos terminos pelea:

no me separa de él muralla o foso;
porque los dos en medio Zaragoza
tenemos nuestras casas y reposo;
mas antes él es solo quien la goza,
que yo no la conozco ni pretendo.

Audalla.

No puede reposar la sangre moza;
pero de tus razones comprehendo
que temes de tus mismos ciudadanos,
sus ciertas asechanzas entendiendo,
digo de tus vasallos los Cristianos,
que en medio Zaragoza los permites
vivir, y celebrar sus ritos vanos.
No sé quien te detiene que no quites
un abuso tan grande de tu tierra,
y que preciso tiempo les limítes:
ni sé quien es tan barbaro que encierra
los lobos y ganado juntamente,
siendo tan diferentes paz y guerra,
y no por ser pacifica tu gente;
pero puesto, Señor, que se recela,
no se puede librar tan facilmente.
Esta canalla torpe siempre vela,
y con humildes avitos y gesto
a la secreta guerra dan espuela.
Con justa causa temes, Señor, esto,
pues entre tus ocultos enemigos
(ocultos, antes claros) estás puesto.

Aqui los tienes puestos por testigos
de las cosas de guerra que preparas,
que aun no deben sabellas los amigos:
¿y gente dobladiza de dos caras,
es bien que te descubra tus secretos,
y nuestras asechanzas haga claras?
En vano pensarás tener quïetos,
aunque gocen riquezas infinitas,
a los que llevan nombre de sugetos.
Es muy bueno, Señor, que les permitas
ese templo que llaman de Maria,
en medio de tus Baños y Mezquitas,
en donde se celebran cada dia
los sacrificios de estos, y sus cantos,
con música solemne y harmonía,
y digan que su templo sobre quantos
celebran los Christianos fue primero,
fundado por los Angeles y Santos;
y tienen por negocio verdadero
que vino aqui la Virgen siendo viva,
y pisó las riveras del Hibero.
A la sobervia de estos excesiva,
juntandose la fé que tienen de esto,
mira si la cerviz tendrán altiva.
El Simulacro pues que tienen puesto
encima la coluna venerada
nos muestra lo que digo manifiesto;
y tienen ya por cosa averiguada,

que

que si permaneciere su firmeza,
España podrá ser recuperada.
No creyeron jamás con tal simpleza
en el Paladio bulto los Troyanos,
mostrando contra Griegos fortaleza,
quanto tienen por cierto los Cristianos
poder con el amparo de su templo
quitarnos las vitorias de las manos;
y dicen (por probarlo con egemplo)
que no fue su Parroquia jamás nuestra.
(en cuya pretension su fé contemplo)
Alza pues poderoso Rey la diestra,
haciendo por castigo de su yerro,
de tu poder, y su locura muestra:
manda que cumplan luego su destierro:
(qué digo desterrallos) es mui leve,
no quede con la vida ningun perro.
¿Por ventura qualquiera no se atreve
a probar contra nos su fuerza flaca?
pues mira si la vida se la debe.
¿Sabes de su comercio qué se saca?
vivir en nuestras casas con tal miedo
como si las tubiesemos en Jaca.
Quisierate decir, pero no puedo,

(hace el Rey un estremo, dando un suspiro)

que pues inclinas tanto labio y ceja,
veo que de tu gusto, Rey, excedo.
Esa puerta, que llaman la Cineja,

(cenizas otro tiempo) te da gritos,
y en mi lugar lo justo te aconseja.
En ella fueron muertos infinitos,
los quales ofendieron a Daciano,
burlando de sus dioses y sus ritos.
Alza pues poderoso Rey la mano.

Alboacen.

Mas antes será bien atar la tuya,
y defender con estas al Cristiano.
Primero Dios, que puede, me destruya,
que yo deje de ser con ellos pio,
por ellos no, mas es por cosa suya;
que menos es perder mi señorío
que tu gracia, Cristiana, por quien vengo
a no poder gozar del alvedrio:
¿mas cómo perderé lo que no tengo,
si solo con soñadas esperanzas
la vida para males entretengo?
Isabela, cruel, cruel alcanzas
estado tan altivo, que si quieres
en mí puedes hacer cien mil mudanzas:
¡y tú la mas cruel de las mugeres
correspondes tan mal a mis servicios!
no se por qué por qué? por ser quien eres.
Probéte a conquistar con beneficios,
tambien con amenazas, pero fueron
fabricar en los ayres edificios.
Ni mis largas promesas te movieron,

(que suelen ablandar a la mas casta)
ni miedo mis castigos te pusieron;
y pues a persuadirte nadie basta,
aora con engaños me pertrecho.
(moneda que en el mundo mas se gasta)
Este fiero pregon habemos hecho,
por ver si con el daño de tu gente
en algo rendirás el duro pecho.

Aúdalla.

Bastaba mi sospecha solamente:
pero ya descubierta, Señor, veo
la causa de tus daños evidente.
No busques mas escusa ni rodeo,
pues es cosa de Reyes tan agena
aprobar por hermoso lo que es feo.
Y pues tú con vergüenza de tu pena
(por ser baja la causa) la callabas,
esa misma vergüenza te condena.
¿Son esas las bravezas que mostrabas
en tu niñez gallarda por ventura?
¿A cosas semejantes aspirabas?
Qual suele parecer en noche oscura
prodigioso cometa, prometiendo
de Reyes o Monarcas desventura,
que con admiracion su forma viendo
los ojos en las nubes enclavados,
estamos sus efectos inquiriendo,
por ver si los Planetas indignados

influyen sobre nos su triste suerte,
y nos dejan del daño preservados,
asi tambien a tí (que tras la muerte
de tu padre sucedes en su silla)
todos alzan los ojos para verte.
Miramoste, Señor, con maravilla,
milagros de tus obras esperando
los Moros de Aragon y de Castilla.
Pensabamos que estabas afilando
cuchillo riguroso de venganza,
a tus predecesores imitando,
y tú, tan al rebés de la esperanza,
ocupas tus altivos pensamientos
en lo que quien no quiere no lo alcanza.
Una muger revoca tus intentos,
teniendo mil egemplos en las manos,
de casos miserables y sangrientos:
Helena, pestilencia de Troyanos,
Cleopatra, verdugo fue de Roma,
la Cava, perdicion de los Hispanos.
En estos pues egemplo claro toma;
y si quieres domar a tus vasallos,
a tí mismo, Señor, primero doma.
Como que con un freno los caballos
mas furiosos se rigen; y no pueda
la razon a los hombres gobernallos!
¡Pretendemos al sol torcer su rueda,
y nuestra voluntad que es propria nuestra

no

¿no podremos tenella fija y queda!
que la necesidad comun maestra
un modo combeniente de la vida
á los animalejos simples muestra:
el uno pide al dueño la comida
con estrangera voz: el otro tiene
su casa de manjares proveida;
¡y nosotros con ver que nos combiene,
no solo combenir, mas es preciso
para que una república se ordene,
huimos ciegamante del aviso,
siguiendo el apetito que nos llama
tras glorias de un soñado paraíso!
Buelve, buelve los ojos a tu fama,
mira que soy tu siervo, que soy viejo,
y por el consiguiente quien te ama:
admite mis razones y consejo,
y ten a tus abuelos valerosos
para mirar sus obras por espejo:
si quieres pasatiempos amorosos,
(que no me admiro de esto, por ser cosa
comun a los mancebos orgullosos)
¿ha te de faltar Mora mas hermosa,
mas afable, discreta, ni hidalga
que esa perra Cristiana rigurosa?

Alboacen.

Tú quieres que tu Rey de seso salga:
¿Dí, blasfemo, tenemos en el suelo

ni en el cieló tampoco quien mas valga?

Audalla.

A no tener de tu pesar recelo,
dijera; pero temo:::

Alboacen.

¿Qué?

Audalla.

No sea
mi daño.

Alboacen.

No será: dilo:

Audalla.

Dirélo,
Dirélo, y ya que a mi no se me crea,
esta carta verás.

Alboacen.

¿Cuya es?

Audalla.

De un hombre
que no menos que yo tu bien desea.

Alboacen.

¿Quién es?

Audalla.

Es un Cristiano.

Alboacen.

¿Tiene nombre?

Audalla.

Sí tiene, mas por ser amigo tuyo

es

es bien que claramente no se nombre.

Alboacen.

Pues no me precio yo de serlo suyo,
que siempre de traydores a sus Reyes,
y mas de los que son secretos, huyo.

Audalla.

Guardarás esa ley?

Alboacen.

Pues no? Las leyes
igual hacen al rico y al que labra
la tierra con el yugo tras los bueyes.

Audalla.

Leela si te sirves.

Alboacen.

No se abra
la carta, que de tí solo confio:
mejor es que lo cuentes de palabra.

Audalla.

Oye pues brevememente, Señor mio,
de Muley Albenzayde la cautela,
o por decir mejor, el desvarío:
a tí rompió la fé por Isabela:
secretamente fue, pero ya clara,
que la verdad el tiempo la revela.
Ni pienses que la dama le fue cara,
pues en correspondencia del amante
la voluntad recíproca declara.
Pasáran sus amores adelante,

por ser las voluntades tan iguales,
que es la de él a la de ella semejante,
si no porque a los lazos conyugales
las leyes diferentes impedian,
y el ser los deudos de ella principales.
Pues viendo que casarse no podian,
por no perder los dos el tiempo en vano,
o porque asi los hados lo querian,
determinó Muley de ser Cristiano,
y pusolo por obra, segun cuenta
esa carta que tienes en la mano.

Alboacen.

¡Sufrir pueden los cielos tal afrenta!
yo juro pues por ellos que la mia
haré que con su daño Muley sienta.

Audalla.

Pues mira quien dejó tu Monarquía
por un Alcayde tuyo fementido
si renombre de perra merecia.

Alboacen.

Estoy de la maldad tan ofendido,
que me faltan palabras suficientes,
el aliento, la lengua, y el sentido;
y porque mas despacio me lo cuentes,
a mi jardin nos vamos, al qual demos
de nuestros tristes ojos turbias fuentes,
y la justa venganza concertemos.

SCE-

SCENA II.

ISABELA.

NOche triste deseada
para descansar los Moros;
a los Cristianos pesada,
pues con suspiros y lloros
has de ser solemnizada.
Con justa causa la Luna
esconde su blanca cara,
sin dar claridad alguna,
por no mirar la fortuna
que contra nos se prepara.
Tú Ebro, que te apresuras
con tus aguas enturbiadas,
en cuyas olas murmuras
nuestras glorias ya pasadas,
y presentes desventuras:
como quando de trofeos
sus aguas turbias y fieras
adornaron los Caldeos,
llorando por las riveras
los ya vencidos Hebreos;
cuyos mudos instrumentos
en sus arboles colgados,
algunos de sus acentos
eran solo frequentados

de

de los importunos vientos,
tales verás tus Cristianos
en los nudosos cordeles
puestas las cruzadas manos,
sugetos a los infieles
y barbaros Africanos;
y tambien verás tu arena
de colorados matices,
que con abundante vena
le darán nuestras cervices,
y de cuerpos muertos llena.
Buelve pues, Padre clemente,
los ojos a nos, y mira
del tirano Rey la ira,
y a tu perseguida gente
lo que debe hacer inspira:
y tambien a mi Muley,
que salió de su Ciudad
para confesar tu ley,
confirma su voluntad,
y muda la de su Rey.
¡Ay Muley, y quien creyera
que el dia de nuestras bodas
el de nuestra muerte fuera,
que con las reliquias Godas
juntamente nos espera!
Vientos, si de mi pasion
teneis dolor dadle parte

a Muley, que en tal sazon
está con el nuevo Marte,
Don Pedro, Rey de Aragon.

SCENA III.

Isabela. Ana.

Ana.

¿Hasta quando determinas
estar hermana llorando?
deja las quejas continas,
pues al gozo te avecinas,
que estabamos deseando.
Albenzayde nuestro amigo
llegó ya, como deseas.

Isabela.

¿Qué dices, hermana?

Ana.

Digo:
pero para que lo creas,
estará luego contigo;
porque como me desvela
el peligro de tu vida,
estube qual centinela
esperando su venida,
y el contento de Isabela.

Isabela.

¿Vendrá?

Ana.

Si le das licencia.

Isabela.

El la tiene ya por cierto.

SCENA IV.

ISABELA. ANA. MULEY.

Muley.

A lo menos no paciencia
de estar, Señora, cubierto
delante de tu presencia;
y pues que mi gloria eres,
suplicote que me dés:
tus blancas manos no quieres,
pues no me niegues los pies.

Isabela.

Ni pies ni manos esperes.

Ana.

¿A Muley piensas negarlas?

Isabela.

¿Y tú defiendes su parte?

Ana.

Al fin huyo de rogarte.

Isabela.

No las dí para besarlas,
sino para levantarte.
¿Pues Muley?

Muley.

Nadie me nombre,
porque ya no soy Muley.

Isabela.

¿Pues quién eres?

Muley.

Soy un hombre,
a quien da la nueva ley
nuevo ser, y nuevo nombre.
Muley fui, Lupercio vengo,
Cristiano tan verdadero
que solo de Muley tengo
serte fiel como primero,
y en lo demás desconvengo.
En Monte-aragon nací
con el agua del bautismo
que de Cristo recibí
por mano del Abad mismo
que tiene su silla alli.
Enseñóme buestra ley
de la suerte que la enseña
el de San Juan de la Peña:
fueron padrinos el Rey,
otro Monge, y una Dueña.

Isabela.

En extremo me consuela
ver que respondes por tí.

Muley.

Tambien me consuela á mí
hallarte tal, Isabela,
como quando me partí.

Isabela.

¡Ay dolor!

Muley.

¿De qué suspiras?
¿Por ventura ya te pesa
de la jurada promesa
aora que el plazo miras
que se cumple con tal priesa?
¿y viendo que soy Cristiano,
y que ya te falta escusa
con estar el hecho llano,
estás pensando confusa
cómo retirar la mano?
Y si como me tubiste
me tienes en tu memoria,
¿por qué con aguero triste
interrumpes esa gloria,
y tales suspiros diste?

Isabela.

No tengas miedo Muley,
(Lupercio quise decir)

que

que pues tiénes ya mi ley
te deje yo de seguir
contra la furia del Rey.
Mudanza de mí no creas,
(si ya no mueren las almas)
entre tanto que no veas
en las cumbres Pirineas
cedros, naranjos, y palmas.
Pero no quiero poner
tiempo para mi mudanza,
pues que ni la puede haber,
ni ocasion para perder
un punto de tu esperanza:
que puesto caso que fuese
posible lo que decia,
para mí no lo seria
mudarme, ni que torciese
un punto de la fé mia;
pero sabe que la causa
del dolor que manifiesto: : :

Muley.

No te turbes, dila presto.

Isabela.

Es el Rey el que la causa,
Rey tirano, Rey molesto.
No sé por qual novedad
mandó pregonar el Rey,
que con suma brevedad

des-

desampáre su Ciudad
la gente de nuestra ley.
Dicese que nos destierra;
porque es grande inconveniente
para la futura guerra
vivir dentro de su tierra
nuestra miserable gente;
y que usando de clemencia
las vidas quiere dejarnos:
yo temo que es apariencia
para mejor descuidarnos,
y darnos cruda sentencia.
Concurren muchas razones
que dan de esto certidumbre.

Muley.

Bastanme las que propones.

Isabela.

Y tras estas la costumbre
de tales persecuciones.

Muley.

¿Será posible?

Isabela.

Serálo.
Mira si debo sentir
mas dolor del que señalo.

Muley.

¡Que tal se pueda sufrir!

Ana.

¿Y no hay algun intervalo?

Isabela.

Sí lo hay, y aun en mi mano,
pero nunca Dios lo quiera,
porque es amar al tirano,
y vale mas que yo muera.

Muley.

O yo, que soy quien mas gano.

Isabela.

Que no temo yo la muerte
donde la gloria se gana,
ni tendré por menor suerte
que la virgen Lusitana
hallar al tirano fuerte.

Muley.

No temas pues, que yo creo
que tendrá remedio todo.

Isabela.

Remedio ninguno veo.

Muley.

Yo sí, que tu bien deseo:
oye:

Isabela.

¿Dime de qué modo?

Muley.

Ya sabes que el Rey me ama,
y lo que de mí confia.

Isabela.

Sé que confiar solia;
pero si llegó la fama
del bautismo:::

Muley.

No podia.
Yo le pintaré delante
una gran dificultad,
tán eficaz y bastante
que múde su voluntad,
si bien fuese de diamante.
Hay aparente razon,
que si aora nos destierra
declara la prevencion
los discursos de la guerra,
y en efecto su intencion.
Diréle que se suspenda
el riguroso castigo,
porque con él no se ofenda,
y haga que el enemigo
sus designios comprehenda;
y que al Rey Don Pedro pida
paz, y le prometa parias,
y debajo paz fingida,
de las cosas necesarias
haga prevencion cumplida.
El Rey Don Pedro ya queda
de estas cosas prevenido,

pá-

para que la paz conceda,
y debajo de partido
junte la gente que pueda;
y procuraré tambien
que todos los de esta tierra
(digo Cristianos) estén
prevenidos para guerra
quando la seña les dén,
y quando Alboacen tirano
niegue, como negar piensa,
las parias al Rey Cristiano:
mira si con tal ofensa
tenemos el hecho llano.

Isabela.

El Rey de Aragon parece
que no cumple con quien es,
aunque la guerra no empiece;
pues que las paces ofrece
para romperlas despues.

Muley.

El astuto cazador
guarda semejante traza:
vistese de la color
que menos teme la caza
para cazarla mejor.

Isabela.

Mil incombenientes veo,
que pueden atravesarse.

Muley.

Pues yo lo contrario creo.

Ana.

Tarde vemos un deseo
de su mal desengañarse.

Muley.

Y quando todo no baste,
amigos tengo yo tales,
y deudos tan principales,
que pueden hacer contraste
a los preceptos reales.

Ana.

La plática se concluya,
porque ya la luz del dia
sojuzga la noche fria.

Muley.

El manifiesta la suya
embidioso de la mia.
Yo me voy; pero primero:::

Isabela.

Para mañana te emplazo,
y en este lugar te espero.

Muley.

Querria:::

Isabela.

¿Qué quieres?

Muley.

Quiero

que me dicses un abrazo.

Isabela.

¿Abrazo?

Ana.

¿Qué duda pones?

Isabela.

Para mejor ocasion.

Muley.

¡Que no pueda la afliccion
quitarte con ocasiones
la rienda de la razon!

Isabela.

Quitanmela tus querellas.

Ana.

Al fin vence quien porfia.

Muley.

A Dios, hermosas doncellas;
pues es muy proprio del dia
escondernos las estrellas.

SCENA V.

AUDALLA.

¿HAy genero de gente mas odiosa,
o monstruo, por ventura, mas horrendo
que los que vituperan una cosa,
la qual a toda furia van siguiendo,

y llenos de apariencia mentirosa,
los defectos agenos reprehendiendo:
intentan de dar leyes a los hombres
solo por dilatar su fama y nombres?
Si yo con las heladas del imbierno,
ceñido de vejez, del todo cano,
sigo la vanidad con que discierno
ser extremo del mal un viejo vano,
¿por qué piénso templar de un mozo tierno,
en medio los ardores del verano,
los amorosos fuegos, y sus brios,
no sabiendo templar los proprios mios?
¿Por qué quiero templarlo? porque es justo
que por sus apetitos no se siga,
ni por decir soy mozo, Rey, robusto,
que la virtud a todos nos obliga:
¿pero si vitupéro de su gusto,
por qué tiendo las alas en su liga?
esto con gran razon decir podria,
mas antes con razon llorar debria.
¿Audalla desdichado, qué pretendes?
¿no ves que tras los vicios te despeñas?
¿Si los efectos del amor entiendes,
y remedios tan faciles enseñas,
por qué de su poder no te defiendes?
¿qué son de las palabras zahareñas
con que dabas al Rey consejos vanos,
y tantas medicinas en las manos?

Carecen ya mis yerros de disculpa:
qualquiera de estas cosas me la quita;
y a todos el egemplo de mi culpa,
el camino del vicio facilita:
que quando quien los hombres torpes culpa,
sabemos que ese mismo les imita,
entonces la maldad autorizada
con facil ocasion es tolerada.
Ya llegas, desengaño de amor, tarde,
y es fuerza que este fuego me deshaga,
que quando los maderos secos arden,
hasta ver las cenizas no se apaga:
no es justo pues que muera por cobarde:
apliquemos remedios a la llaga:
veamos, Isabela, de qué suerte
nos llevas en las manos de la muerte.
Mayor pasion de amor que el Rey os tengo;
porque si de Albenzayde zelos tiene,
los mismos zelos yo de los dos tengo,
y doblada defensa me combiene:
por el mismo camino que ellos vengo:
hay esta diferencia, que aquel viene
con favores; el Rey con esperanza,
si no de ser amado, de venganza.
Yo vengo solamente sin reparo:
para sufrir tus tiros, Isabela,
en mí tienes el blanco mui mas claro,
y contra mí tu flecha mejor vuela;

pero si yo mi pecho no declaro;
en tanto que de mí no se recela,
del Rey podré mirar la saña fiera
que contra su rival Muley se espera.
Qual toro que de lejos ve que asoma
el toro que a su baca tambien ama,
de cuya vista nueva furia toma,
y con celosa voz gimiendo brama,
y ya su pastor mismo que los doma,
elige de algun arbol gruesa rama
para ver la batalla temeroso
del animal feroz y mas zeloso:
No menos el colerico Rey Moro
contra su rival fiero se embravece;
que ya no le refrena su decoro,
ni mis sanos consejos obedece.
Con estas diferiencias yo mejoro,
si fortuna tras ellos favorece;
y pues determinado voy, arrojo
el pecho al agua, y el temor recojo.

SCENA VI.

ISABELA. ALADIN.

Isabela.

PAraron mis sospechas en lo cierto,
que el Rey mandó prendello con tal ira,

ya debe segun eso de ser muerto.
¿El Sol por qué se muestra si tal mira?

Aladin.

Apenas a decir, Señora, acierto,
segun la lengua al llanto se retira,
el lamentable caso, caso triste.
Injusto Rey, ¡ o Rey, que tal hiciste!
Por gran favor me llevan donde estaba,
(no te sabré decir con quanta pena)
en una carcel honda, que mostraba
estar de venenosas sierpes llena,
a cuya gran fiereza acompañaba
el ronco murmurar de la cadena,
injusto peso que Muley sostiene,
la garganta del qual ceñida tiene.
A la pequeña lumbre de una bela,
apenas pude velle bien la cara:
dijo: sepa mis males Isabela.

Isabela.

¡Pluguiera a Dios que sola los pasára!

Aladin.

Y tú como supieres la consuela.
Tambien dijera mas si no llegára
el crudo carcelero con voz fiera,
mandandome salir al punto fuera.

(*aqui cae Isabela desmayada.*)

¡A Señora, Señora, qué congoja
te priva de color y de sentido!

no te muestres por Dios áora floja:
¿qué debò hacer? ¡ay triste! soy perdido.
Este fiero desmayo no se afloja,
y si pido socorro soy sentido;
pero pues viene ya su hermana bella
a mi podrá librarme, y socorrella.

SCENA VII.

ISABELA. ALADIN. ANA.

Ana.

ALadin no te pares: vete presto,
que vienen nuestros padres.

Aladin.

¿Por qué parte
puedo salir?

Ana.

Por esta. Tú con esto
no quieras, Isabela declararte:
aserena por Dios el claro gesto,
que vienen nuestros padres a buscarte,
y los demás Cristianos desdichados,
al preciso destierro condenados.
Tenemos nuestra casa rodeada,
y dentro que no cabe toda llena
de la devota gente bautizada,
a quien el Rey sin ocasion condena.

Oye la ronca voz desentonada,
que formada de tantas asi suena:
escucha por ventura si conoces
de tus padres tambien las tristes voces.
Un lloroso tropél de viejos canos,
a quien muchas mugeres van siguiendo,
hiere con triste son los ayres vanos,
a Dios perdon, y a tí piedad pidiendo.
Estos llevan los niños de las manos,
aquellas a los pechos, reprimiendo
las inocentes voces, que con lloro
muestran tambien temor del fiero Moro.

Isabela.

¿Y sabes qué pretenden de mí?

Ana.

Creo
que saben los amores del tirano.
Pero ya nuestra gente venir veo,
y por su capitan mi padre cano.
Yo me junto con ellos, pues deseo
alcanzar el remedio de tu mano;
y puesto que mis ruegos valgan poco,
entre los suplicantes me coloco.

JORNADA SEGUNDA.

SCENA I.

LAMBERTO. ENGRACIA. ISABELA. ANA.
UN VIEJO. y TURBA *de hombres*, *mugeres*, *y niños Cristianos.*

Lamberto.

¡O virgen generosa, de quien pende
el bien comun, y público reposo!
(hija diré mejor) si qual entiende
el vulgo, soy tu padre venturoso;
si mi cansada vida no te ofende,
ni tienes este nombre por odioso,
oyeme, si qual padre no, qual hombre
que tiene de Cristiano ley y nombre.

Isabela.

¡O Padres, a quien debo reverencia!
¡O santa perseguida compañia!
postrada, sin razon, en mi presencia,
espectáculo triste de este dia:
de qué manera puedo dar audiencia,
ni quien seso tubiese la daria,
viendo buestros aspectos venerados
a mis indignos pies asi postrados?

Las

Las rodillas alzad del duro suelo,
o rebolved los ojos hechos rios
al sumo Plasmador de tierra y cielo,
y dirigid allá los votos pios;
y pues que mis entrañas no son hielo,
ni los Hircanos tigres padres mios,
probad a conquistar otra dureza
con estos aparatos de tristeza:
Que yo sin espectáculo presente,
quando fuese mi muerte necesaria
padeceré las penas obediente;
obediente ¿qué dije? voluntaria;
y por el bien comun de nuestra gente,
y daño de la perfida contraria,
una muerte, mil muertes, y si puedo
muchas mas pasaré sin algun miedo.

Lamberto.

Pues oye. Bien sabemos quan rendido
en amorosas llamas al Rey tienes,
y quan desesperado y ofendido
con tus castas repulsas y desdenes;
pero si tú con un amor fingido
sus locos pensamientos entretienes,
y cebas la esperanza lisongera,
al yugo bolverá la cerviz fiera.
Asi, que con hacer lo que te digo,
queda la voluntad del Rey por tuya,
harás que no prosiga su castigo,

ni de la dulce patria nos excluya.
Puedes asi vencer al enemigo,
o darnos ocasion que se atribuya
a sola tu dureza nuestra pena,
y digan: Isabela nos condena.
Y por el consiguiente, si procuras
el bien universal, (como lo creo)
y nuestras posesiones aseguras,
(qual la santa Judith al Pueblo Hebreo)
tu nombre librarán las escrituras,
malgrado de las aguas del Leteo,
del fugitivo tiempo carcomido,
amigo de la embidia y del olvido.
¿Aora mira pues qual nombre quieres?
ser madre de tus padres y tu gente,
(que tal nombre te quadra, si nos dieres
remedio como puedes suficiente)
o ser la mas cruel de las mugeres,
y con tus mismos padres inclemente:
en una de estas cosas te resuelve,
condenanos, o luego nos absuelve.
Al Rey por cierto tiempo fingir puedes
precisa castidad tener votada,
y que quando del voto libre quedes,
la prenda le darás tan deseada.
En este medio tiende astutas redes,
suspiros, llantos, vistas regaladas,
palabras tiernas, cebo de estas cosas,

y lagrimas, si puedes, amorosas.
Suspenderás del Rey la furia loca
con estas apariencias, Isabela,
bolviendo con el ayre de tu boca
a todas partes su movible bela,
asi nuestra sentencia se revoca,
asi puede fingirse la cautela;
y nosotros tambien en este medio
seguros aprestar nuestro remedio.
No salga sin efecto nuestro lloro,
ni aspide crüel en esto seas,
asi la Magestad del sumo coro
disponga de tus cosas qual deseas,
y tus cabellos, emulos del oro,
en blancas canas convertidos veas,
despues de largos años venerada,
de hijos y de nietos rodeada.
¿Por qué razon te turbas y suspiras?
¿tan duro te parece lo que pido?
con una risa falsa y dos mentiras
tienes este negocio concluido.
Por estas tristes lagrimas que miras,
por este viejo cano y afligido,
por esta triste madre te conjuro,
no muestres a mis ruegos pecho duro.
Si ver la perdicion de los Cristianos
no basta (que bastar solo debia)
ni la muerte cruel de tus hermanos,

la de tu vieja madre, ni la mia;
por el que puesto en cruz las santas manos
Hijo del Padre Eterno y de María
te conjuro, te ruego, pido y mando
que muestres a mis ruegos pecho blando.

Engracia.

Hija, ¿qué digo? lumbre de estos ojos,
que como tú les faltes son ya ciegos,
y un tiempo suspension de mis enojos,
inexorable ya para mis ruegos,
y yo satisfaccion de tus antojos,
en tu niñez y vagamundos juegos,
y en mas crecida edad con mil arreos
complacencia tambien de tus deseos,
¿Por qué dilatas tanto la respuesta?
¿aguardas por ventura que te pida,
besandote los pies y descompuesta,
merced a voces de mi corta vida?
¿o gustas de mirar ante tí puesta
esta mísera gente perseguida?
¿Dí, qué solemnidad del pueblo quieres,
que tanto la respuesta nos difieres?
Por esos pocos años florecientes,
y por la muchedumbre de los mios;
por estos tristes ojos hechos fuentes,
¿qué digo fuentes? caudalosos rios,
te ruego yo, te ruegan tus parientes,
que dejes las escusas y desvíos

que

que contra nuestras justas peticiones,
por ventura, recoges y compones.
Mira que si salimos de los muros
por el segundo Cesar fabricados,
a mas que no saldremos mui seguros
de ser todos o muertos o robados,
porque jamás los Barbaros perjuros
observan ley ni pactos concertados,
la sagrada Ciudad queda desierta,
y nuestra religion en ella muerta.
El templo de la Virgen quedaria,
si no por los cimientos derribado,
a lo menos con vicios cada dia,
de los odiosos Moros profanado;
y todo su tesoro se daria
en manos del sacrílego malvado,
Reliquias y devotos Simulacros,
todos los ornamentos al fin sacros:
El quàl prevaricandoles el uso,
osará coronar su torpe frente
de la corona que a la Virgen puso
(digo a su Imagen) la devota gente,
y con introducion de tal abuso,
trocadas en oficio diferente,
servirán las casullas y frontales
de marlotas al fin, o cosas tales.
Harán de las dalmáticas jaeces
a los fieros caballos Andaluces,

con las borlas pendientes, que mil veces
acompañaron Clerigos y luces;
y para refirmar los pies soeces
el oro servirá de nuestras cruces,
haciendo de él labradas estriveras,
quizá con las historias verdaderas.
Pero dejando aparte los tesoros,
y las vidas por Dios bien empleadas,
buelve a mirar aora nuevos lloros
de las míseras madres lastimadas,
que dejan sus hijuelos a los Moros,
y por el consiguiente condenadas
sus almas, pues serán de su ley misma,
haciendoles dejar la sacra Crisma.
¿Será posible pues que tú permitas
con daño de los tuyos infelices,
que solas permanezcan las Mezquitas,
y que sus ignominias autorices?
Tú, tú, de la Ciudad sagrada quitas
la religion cristiana y sus raices:
tu dura pertinacia nos destierra,
y no la del tirano de la tierra.

Isabela.

No mas, no mas, queridos padres, basta,
si no quereis sin vida verme luego,
que donde la razon asi contrasta,
poca necesidad hay de tal ruego.
Yo pues con intencion sincera y casta,

solo por procurar nuestro sosiego,
al fiero Rey daré de amor señales
fingidas, si fingirse pueden tales.

Lamberto.

La bendicion de Dios omnipotente,
y la nuestra tambien recibe aora:
tu nombre se dilate y acresciente
en quanto mira el cielo, y el Sol dora;
y si es de creer que alguna gente
debajo del ignoto Polo mora,
allá tus alabanzas se dilaten,
y con admiracion todos las traten.

Engracia.

Estos maternos brazos lo primero
recibe por señal de lo que siento:
sirvante de collar, bien qual grosero,
pero lleno de amor y de contento;
que en otro tiempo mas felice espero
con mayor aparato y ornamento
mejorar estos dones, y tu cuello
ceñirlo del metal de tu cabello.

Viejo.

En tanto que el caudal del Ebro vaya
al poderoso mar Mediterraneo,
y en el alto Moncayo nieves haya,
nieves que por renombre le dan cano,
y en tanto que dividan y hagan raya
entre el Aragonés y el Aquitano

los altos y nevados Pirineos,
donde tienen los nuestros sus trofeos,
tus obras cantarémos excelentes,
si bien a la desierta Libia vamos,
o bajo de la Zona los ardientes
y no sufribles rayos padezcamos,
y nuestra sucesion y descendientes
darán las mismas gracias que te damos:
los niños con la lengua ternezuela
repetirán el nombre de Isabela.

Lamberto.

No gastemos el tiempo mas en esto:
¿no veis que la tardanza dañar puede,
y que segun el Rey está dispuesto,
el caso dilaciones no concede?

Isabela.

Dejadme sola pues, porque mas presto
trazada mi intencion astuta quede,
porque la soledad es aparejo
y verdadera madre del consejo.

Lamberto.

El Espiritu santo pues presida
en tus justos designios, Isabela,
y los del enemigo aora impida
con esta nuestra licita cautela.

SCENA II.

Isabela.

Qual suele de los vientos combatida
en el sobervio mar hinchada vela,
los quales a gran furia la relevan
y con alternos soplos se la llevan:
El dudoso Piloto no bien sabe
a qual de los dos vientos seguir deba,
al uno buelve ya la fragil nave,
y luego de seguir al otro prueba,
y en tanto que consulta el hecho grave
este,y aquel a mas andar la lleva,
y sin determinarse llega a puerto,
mucho mas que el dudoso mar incierto:
De tal manera voy confusa el alma
a buscar el remedio de mi gente:
por otra parte mi Muley me llama
de la triste prision con voz doliente:
¿qué debe hacer quien ambas cosas ama?
¿a qual ha de mostrarse mas clemente?
¿a quien he de poner aqui delante:
á la fé, o la patria, o al amante?
Sin saber resolverme voy confusa
a los odiosos pies del Rey tirano,
y con adulacion, como se usa,
le tengo de besar la fiera mano,

juntamente buscar bastante escusa
de refrenar su ciego amor profano.
Incierta voy de todo : tú me guia,
estrella de la mar, dulce Maria.

SCENA III.

ADULCE. SELIN.

Adulce.

TRes veces os he visto, verdes plantas,
de vuestras verdes hojas despojadas,
tres veces descompuestas, y otras tantas
de flores y de frutas adornadas,
despues que la sobervia, sobre quantas
han sido por hermosas celebradas,
Aja cruel, origen de mi pena,
a mi dura cerviz puso cadena.
Dejé los altos muros de Valencia,
Ciudad con lo demás del Reyno mia,
huyendo la tirana competencia
que contra mi poder prevalecia;
y para castigar su resistencia,
atrevido furor, y tirania,
al Rey de Zaragoza mi pariente
amistad demandé, favor, y gente.
Cosa no me negó de las que digo,
pero ninguna de ellas cumplir puede

hasta que dé lugar el enemigo,
y con seguridad el Reyno quede.
En este medio tieneme consigo,
y libertad tan larga me concede
que puedo disponer de su corona,
y casi represento su persona.
¿Pero de qué me fio, pues que tiene
una rabiosa tigre por hermana?
tigre, que de mi llanto se mantiene,
mas antes no lo escucha, ni se humana.
Tres años ha que vivo me entretiene
una esperanza de mi gloria vana,
y tantos ha tambien, ¡ay Aja fiera!
que tu terrible furia persevera.

Selin.

Tiempo vendrá, Señor, en el qual veas
las tierras usurpadas en tu mano,
y que sin sobresalto las poseas,
echando fuera de ellas a tu hermano,
y que goces la dama que deseas,
o vivas de su llaga fiera sano:
cosa facil por cierto la postrera,
si con sagacidad se considera.

Adulce.

Aunque la magestad perdida cobre,
como tú pronostícas, y yo creo,
y mi prosperidad me suba sobre
los montes de venganza que deseo,

no dejaré por eso de ser pobre,
si junto con el cetro no poseo
la dama, que merece dignamente
ser mas que respetada de la gente.
¿Pero dime, si sabes, Aja quiere
salir, como dijeron, oy a caza?
porque quiero seguilla adonde fuere,
y dar a mi dolor alguna traza.

Selin.

De cierto no lo sé, pero quien viere
los hombres que concurren a la plaza,
y cubren del palacio la gran puerta,
su salida tendrá, Señor, por cierta.
Un palafren mas blanco que la nieve;
con guarniciones rojas y doradas,
de la puerta real el polvo mueve,
y deja en él las manos estampadas:
este pienso será para que lleve
a tu dama, Señor, que las preciadas
guarniciones y silla dan indicio
que solo debe ser de su servicio.

Adulce.

Pues yo sin ocasion alguna tardo.

Selin.

Asi me lo parece.

Adulce.

Vamos luego,
que pues en amorosas llamas ardo,

no tengo de tener aqui sosiego.

Selin.

Un caballo te espera tan gallardo,
que dirán que nació de un vivo fuego,
y que de viento solo se mantiene:
tanta velocidad y fuerza tiene.

SCENA IV.

ALBOACEN. AUDALLA. UN PORTERO.

Audalla.

AOra que mostrar contento debes,
pues tienes en prision a tu contrario,
cuyas horas de vida serán breves,
¿por qué tan al revés de lo ordinario
con la dulce venganza te entristeces,
y muestras del principio tu fin vario?
¿Y tú que graves pérdidas mil veces
con los ojos enjutos has mirado,
aora sin razon los humedeces?
Viste morir tu viejo padre al lado,
y negando a su muerte digno llanto,
lo das a la de un perro renegado.

Alboacen.

Es la amistad un nudo firme y santo,
y de todas las cosas de esta vida
alguna no verás que valga tanto:

a todas es de sabios preferida,
en todos los estados importante,
compás de los mortales y medida.
Es la amistad el Mauritano Atlante
que la celeste máquina sostiene,
digo que es a tal monte semejante:
tambien nombre de monte le combiene,
porque por mas que el cielo se rebuelva,
y arroje rayos, y con ira truene,
y puesto que en cenizas se resuelva,
con furia de las llamas y los vientos,
la vieja cumbre de encinosa selva,
jamás mudan los montes sus asientos,
ni los fieles amigos mudar pueden
en las adversidades los intentos.
Asi que con razon mis ojos llueven
estas copiosas lagrimas, pues vemos
que los mas firmes montes ya se mueven:
y es gran razon, Audalla, que lloremos
quando vemos morir la fé sagrada
en los que mas constante la creemos.
No lloro por la muerte desdichada
que a Muley ha de darse; pero lloro
por ver que con razon le será dada.
Dejó nuestra Mezquita siendo Moro:
robóme la Cristiana rigurosa,
olvidando su ley y mi decoro.
Mueveme la venganza sanguinosa,

y

y la sacra corona con que ciño
la cabeza real y poderosa.
Yo mismo juntamente me constriño
a la misericordia que demanda
el amor que le tuve desde niño;
y quando ya parece que me ablanda,
ponese la justicia de por medio,
y que muera Muley a voces manda.

Audalla.

En su muerte consiste tu remedio;
y pues sabes, Señor, lo que se gana,
elige por tu bien del mal el medio.

Portero.

Poderoso Señor: una Cristiana,
que a no dar de sus males apariencia,
la juzgára por diosa soberana,
para besar tus pies pide licencia,
y para relatarte su fatiga,
como tú sueles darles grata audiencia.

Alboacen.

Su peticion y nombre dí qué diga.

Portero.

Isabela se llama, segun dijo.

Alboacen.

Ya su misma dureza la castiga.
Entre; pero yo juro de estar fijo
en mi resolucion, por mas que oya
palabras tiernas, y clamor prolijo.

Audalla.

Los caudillos, Señor, de la gran Troya,
por entrar el caballo como ciegos,
creyendo ser de Palas dón y joya,
vieron de noche los ocultos fuegos
salir de la gran máquina preñada,
de la grave cautela de los Griegos.
Asi, Señor, la gente bautizada
temo, que con el médio de esta dama,
alguna gran traycion tienen trazada.

Alboacen.

Antes pienso cubrir asi mi llama
que pueda descubrir su pensamiento,
y ver qué tan de veras me desama.
¿Qué nueva turbacion es la que siento
con ver esta Cristiana? pero venga,
que no podrá mudarme de mi intento.

SCENA V.

ISABELA. ALBOACEN. AUDALLA.

Isabela.

POderoso Señor: porque no tenga
ocasion de cansarte tu cautiva
con largos ruegos, y prolija arenga,
y porque la pasion es excesiva,
a mi triste semblante me remito,

semi-

semblante de muger apenas viva:
parte de mi dolor verás escrito
en mis humedos ojos, pues con ellos
los duros pechos a llorar incito;
y parte de él verás en los cabellos,
sembrados a los pies, que tienes puesto
sobre rendidos y postrados cuellos:
parte verás en los turbados gestos
de nuestros miserables Ciudadanos,
no sé por qué razon a tí molestos,
parte verás en mis cruzadas manos,
que cautiverio triste significan
de tus vasallos miseros Cristianos:
mas antes estas cosas las publican
hasta los animales sin sentido,
y todos lo que yo, Señor, suplican.
En suma, gran Señor, lo que yo pido
es una general misericordia
con este nuestro pueblo perseguido;
y que con nuevos pactos y concordia
suspendas de tus siervos el tumulto,
nacido de esta subita discordia;
y no lo dudo yo ni dificulto,
pues por ser cosa justa, será tuya
que todos consigamos este indulto.
Tu benigna bondad nos constituya
en nuestras posesiones y descanso,
sin que tu gran castigo se concluya:

y porque con mis voces quizá canso,
proseguiré con lagrimas mi ruego,
hasta que me respondas, Señor, manso.

Alboacen.

Verdad es; pero ser sin causa niego,
que yo con mis edictos y pregones
he querido turbar buestro sosiego:
movieronme justissimas razones,
infaustas y tristisimas señales
de fieras y sangrientas rebeliones;
y para prevenir a tantos males
con un Alfaqui docto me aconsejo,
que sabe los efectos celestiales;
pues hechos sus conjuros, el buen viejo
dióme del vaticinio por respuesta
un duro y asperisimo consejo.
Yo vi con apariencia manifiesta
que no fue la respuesta por él mismo,
mas por algun espiritu compuesta:
como si alguna furia del abismo
al sabio las entrañas le royera,
o como que le toma parasismo
con los mismos efectos: y tal era
la presencia del viejo quando vino
a darme la respuesta verdadera.
Andaba con furioso desatino
torciendose las manos arrugadas,
los ojos bueltos de un color sanguino:

las

las barbas, antes largas y peynadas,
llevaba vedijosas y rebueltas,
como de fieras sierpes enroscadas:
las tocas, que con mil nudosas bueltas
la cabeza prudente le ceñian,
por este y aquel hombro lleva sueltas:
las horrendas palabras parecian
salir por una trompa resonante,
y que los yertos labios no movian.
Si quieres que tu Dios ¡o Rey! levante
la rigurosa diestra, (dijo) mira
el medio que será solo bastante.
Si quieres aplacar tan grande ira
como muestra tener nuestro Profeta,
pues ya de tus estados se retira:
si no quieres tu gente ver sugeta,
y tambien descompuestas ambas sienes
del lucido metal que las aprieta,
conviene que te prives y enagenes
de la persona triste de tu Corte,
a quien mas voluntad y aficion tienes:
aquella que te dá mayor deporte,
aora sea varon, o aora sea
la dama que tomases por consorte.

Audalla.

Segun el Rey lo finge y hermosea,
parece que es verdad esto que dice:
¿habrá quien esta fabula no crea?

Al-

Alboacen.

Divisas diferentes de ello hice,
la gravedad del caso ponderando;
por ver el que será tan infelice:
mis gentes y vasallos numerando,
sus obras y servicios repitiendo,
y cada cosa de ellas ajustando,
mi voluntad dudosa confiriendo
con cada qual, por ver a quien amaba:
¡estraña voluntad, y amor horrendo!
y en tanto que con duda tal estaba,
llegó nuevo dolor a la memoria,
y claro le mostró lo que buscaba:
y vi que de la vida transitoria
eres tú solamente quien podia
darme mas afliccion o mayor gloria.
Creí luego que el hado disponia
que fueses tú la víctima y ofrenda
que pide la confusa profecía;
y que para torcerme de la senda
por donde me despeña mi deseo,
a tí sola su furia comprehenda,
por ser en nuestra secta caso feo
amar a quien a Cristo reverencia,
que ya debe saberlo, segun creo.
Todos interpretamos la sentencia,
aunque con gran dolor de parte mia,
contra lo que merece tu presencia.

Asi para cumplir lo que debia
te quise desterrar ocultamente
con darte tan copiosa compañia;
y mandé pregonar publicamente,
que salga dentro tiempo limitado
fuera de Zaragoza buestra gente.

Isabela.

¡Con qué supersticiones engañado
o poderoso Rey te determinas
a perseguir el pueblo bautizado!
Mira que las sentencias repentinas,
por un solo varon determinadas,
suelen parar en míseras ruïnas;
y que muchas Provincias encumbradas,
por otras novedades semejantes
quedaron abatidas y postradas.

Alboacen.

¡O muger afligida! ¿por qué antes
de saber mi proposito das voces?
Oye, mas ruegote que te levantes.
Ya quiero que goceis, y que tú goces
todo quanto me pides, puesto caso
que mis largas mercedes desconoces.
Verdad es que me mueve nuevo caso,
y no tu triste ruego solamente,
que mui mas adelante en esto paso.
Por el comun descanso de mi gente,
por dar satisfaccion al gran Profeta,

y ser a sus preceptos obedientes;
por ser tú la persona mas aceta,
y que mi voluntad tiene propicia,
y no solo propicia, mas sugeta:
creyendo que del cielo la justicia
con esto me mandaba que dejase
del amor insaciable la codicia,
mandé por mi Ciudad se pregonase
que nadie de la gente bautizada
en los muros augustos habitase.
Quedáras tu con esto condenada;
mas en tu vez hallar pude persona,
por justas ocasiones, mas amada,
tanto, que pospusiera mi corona
por no privarme de ella; mas el hado
sin esta privacion no me perdona.
Al fin es Albenzayde mi criado
quien pudo suspender buestro castigo,
y quien ha de morir por ser amado:
que pues lo quiero tanto, como digo,
con traspasar en él buestra sentencia,
de todo lo demás me desobligo.
Segura párte ya de mi presencia
a consolar tus míseros Cristianos
con dalles tú la nueva, y yo licencia.
¿Por qué con ira tuerces ambas manos,
y con tan tristes lagrimas aora
eclipsas esos ojos soberanos?

In-

Injustamente un hombre su mal llora
despues que ya su furia no le daña,
o quando claro ve que se mejora.

Isabela.

Si quieres aplacar ¡o Rey! la saña
del que llamas Profeta con privarte
del que te da mas gusto, ¡ley estraña!
yo quiero ser aqui contra mí parte,
por ver a la razon de la contraria,
y de tu ceguedad desengañarte.
¿Tú tienes ya por cosa necesaria
privarte del que amares mas?

Alboacen.

Concedo.

Isabela.

Pues mira tu sentencia temeraria.
Injustamente yo sin pena quedo,
pues soy la mas amada.

Alboacen.

¿De qué suerte?

Isabela.

Porque contigo mas que todos puedo.
Esta sola razon puede vencerte:
a mí me desterrabas por castigo,
y das a tus vasallos cruda muerte.

Alboacen.

Pudierame valer eso contigo,
mas no con un varon tan importante,

 el

el qual fuera, viviendo, mi enemigo.

Isabela.

Quiero que esa razon fuera bastante.
¿Pero dime, tubieras amor firme
al Moro si lo vieras inconstante?

Alboacen.

Antes por acertar bien a servirme,
y serme tan leal, su muerte lloro.

Isabela.

Luego ya no podrás contradecirme:
pues yo que no leal como ese Moro,
antes traydora soy a tu grandeza,
la cruz es mi señal, y a Dios adoro.
Con ver en mí tan clara la dureza,
con verme, como digo, bautizada,
no te pude mudar de tu firmeza;
mas antes soy de tí muy respetada,
que tanto quanto yo me muestro dura,
tú muestras voluntad aficionada.
¿Sufrieras tú del Moro por ventura
tan grandes desacatos y desdenes?
ya dijiste que no.

Alboacen.

Fuera locura.

Isabela.

Luego mayor amor a mí me tienes.
¿Por qué condenas pues al menos grato?
a mí será mejor que me condenes.

Con-

¿Consiste, di Señor, en un buen trato,
con la que te desama ser benigno,
y con el que te sirve bien ingrato?
Si sus fieles servicios le hacen digno
del amor que le muestras, ¿es ley justa
pagarle con castigo tan indigno?
Por sentencia tendré menos injusta,
que todos los Cristianos miserables
dejemos la Ciudad Cesaraugusta.

Alboacen.

Ya no son tus palabras tolerables,
ni yo puedo sufrir en mi presencia
que con tal libertad y furor hables.
Con menos artificio y elocuencia
a tu cristiano pueblo defendias
quando me provocabas a clemencia;
porque su proprio daño no tenias
por tan proprio, traydora, como tienes
este que contradices por mil vias.
A solo defender su causa vienes,
segun has olvidado la primera,
y de razones prontas te previenes.
¿Puedo disimular? ¡quién tal creyera,
que la que con un Rey fue rigurosa,
con un vasallo suyo no lo fuera!
La muerte pues que pides animosa,
ó perra! te darán en compañia
del perro que te tiene por esposa.

Isabela.

Ese fiero furor y tiranía
las vidas, quando mucho, quitar puede:
Muley dará la suya, y yo la mia;
pero despues la gloria que sucede
al martirio dichoso, no la quita,
ni tal jurisdiccion se te concede.
En Muley hallarás otro Levíta;
pues para ser Catolico Cristiano,
en su patria dejó buestra Mezquita.
En mí verás tambien, como Daciano,
el pecho que mostró la virgen bella,
honor del apellido Lusitano.
Yo pues te seguiré, casta doncella,
cuyo sangriento clavo resplandece
en tu divina frente como estrella.

Audalla.

Poderoso Señor: ¿no te parece
que todo lo que dije verifica
quien ambas las dos vidas nos ofrece?

Alboacen.

Delitos a delitos multiplica
quien sin arrepentirse de los hechos,
despues con pertinacia los publíca.
En polvos los cadaveres deshechos,
y buestros corazones tan conformes,
arrancados veré de buestros pechos.

Isabela.

Pues aunque de metal un toro formes,
y quieras, como un Fálaris tirano,
inventar los castigos mas enormes,
el pecho que se precia de Cristiano
recibirá gozoso quantas penas
inventes, y procedan de tu mano.
¡O lazos apacibles y cadenas,
temidas de los flacos corazones,
por ser de tales animos agenas!
Ceñidme ya, dulcisimas prisiones,
sereis preciosas arras de mis bodas,
y del esposo dulce gratos dones:
Venid a mí, cargad sobre mí todas;
y tú danos el tálamo dichoso,
que para los dos juntos acomodas.

Alboacen.

En el lugar que sabes tenebroso,
Audalla, mandarás que pongan esta
enemiga cruel de mi reposo;
y despues que la dejes alli puesta,
vendrás a donde dije, porque quiero
solemnizar de veras esta fiesta.
Esto con brevedad, porque te espero.

Audalla.

Asi se hará, Señor. ¡O desdichado,
mas antes venturoso carcelero!
O Rey! en mi poder has oy dejado

la joya que yo precio mas aora
que todo quanto Dios tiene criado.
Desviaos ya vosotros. Tú, Señora,
confia, pues Audalla va contigo,
que la contraria suerte se mejora.

Isabela.

¿Qué dices?

Audalla.

Tú sabrás lo que yo digo
quando los dos estemos donde haya
dejado los que van aqui conmigo.
Ni la traveis de brazo ni de saya:
dejadla, bien podeis seguramente,
que de su voluntad ella se vaya,
y no venga tampoco tanta gente.

SCENA VI.

AJA.

NO somos ambos hijos de una madre,
injusto Rey, por cierto no lo creo:
tanto diferenciamos en los hechos:
mas antes juzgo yo por lo que veo
que algun helado monte fue tu padre,
y tigres te debieron dar los pechos.
Tú los servicios, hechos
por Albenzayde fuerte,

pa-

pagas con triste muerte,
injusto galardon, sentencia dura.
Yo Aja, sin ventura,
del sobervio mancebo desamada,
por mas que me fue duro,
tu rigurosa espada
de esa bella cerviz quitar procuro.
En mi secreto tálamo fundado
sobre los claros baños y jardines,
donde el Rey muchas veces se recrea,
hay un balcon cubierto de jazmines,
lugar para mirar acomodado,
sin que la gente del jardin lo vea:
yo, como quien desea
saber su mal, y acecha,
o porque mi sospecha,
o porque la costumbre me llamaba,
en el balcon estaba,
y vi venir al Rey con rostro fiero,
tan solo con Audalla
su falso Consejero.
¡Mas ay en quien amor ofensa halla!
mis oídos atentos, y sus voces
altas, por ser con ira, me mostraron,
ayudando tambien los movimientos,
gran parte de las cosas que trataron
los indignados animos feroces,
y la revolucion de sus intentos.

Parte de ellos los vientos
y sonoras corrientes
de las heladas fuentes
no dejaron llegar a mis oídos;
y de ellas empedidos,
la causa de sus cóleras ignoro:
al fin dieron sentencia
contra mi dulce Moro
en el secreto tribunal y audiencia.
¿De qué furor movido, duro viejo,
a tal atrocidad, a tan gran furia,
el venenoso pecho solicitas?
¿y quál fue de Muley tan gran injuria,
para que sin proceso ni consejo
la vida, Rey, le quites como quitas?
¡O Cielo no permitas,
pues eres justiciero,
un suceso tan fiero!
y tú tambien, Adulce, llega presto,
otras veces molesto,
aora sumamente deseado:
oye, que tu tardanza
aumenta mi cuidado,
y muere, si tú tardas, mi esperanza.

SCENA VII.

A DULCE. AJA.

Adulce.

SI sobre las almenas de Valencia
hubiese ya fijada mi vandera,
y todos sus rebeldes castigados,
por menos buen suceso lo tubiera
que mandarme venir a tu presencia,
habiendo sido de ella tan odiado;
pero pues he llegado
á la sublime cumbre,
ni mudas de costumbre,
declarame, Señora, qué deseas;
porque quiero que veas
quan bien tus mandamientos obedezco.
Cultivar las arenas
de la Libia me ofrezco,
si para tal trabajo me condenas;
y si con las desnudas plantas quieres
que pase de la Scitia los helados,
no tendré por dificil este hecho;
y si por el camino las espadas
sedientas de mi sangre me pusieres,
no dudaré de dallas este pecho.

Aja.

Con juramento estrecho,

pri-

primero ; pues, te obliga
que de lo que te diga
eternamente guardarás secreto.

Adulce.

Asi te lo prometo,
y por mi ley lo juro.

Aja.

Pues mas quiero.

Adulce.

Juro que quanto mandes
cumpliré si no muero.

Aja.

Mira que son promesas las dos grandes.

Adulce.

A todas me prefiero.

Aja.

Pues aora
has de saber, Adulce, que te llama
Aja, la mas que todas triste Mora:
Aja, que tan sin culpa te desama:
Aja, que ya su mal cercano llora,
enemiga del Rey, y de su fama,
para que la defiendas con tu mano
de la furiosa diestra de su hermano.
No sé por qué razon, pero sé cierto
que Muley Albenzayde, señor mio,
señor ha muchos años encubierto,
aunque siempre conmigo marmol frio,

oy ha de ser injustamente muerto.
Si tú, de cuya diestra me confio,
no lo libras, Señor, del vivo fuego,
con armas, quando no valiere ruego:
Si matan al mancebo de tal suerte,
yo moriré tambien desesperada.
A mí me libra pues de cruda muerte,
si tanto como dices soy amada.
Apïadate pues ¡o varon fuerte!
de esta tierna muchacha enamorada;
no mires a que fui dura contigo,
y tú mando librar a tu enemigo.
si de mis desdenes ofendido
procuras la venganza dignamente,
mi pecho, que del mal autor ha sido,
tus rigurosas manos ensangriente:
mas con fiero suplicio, no debido,
Muley, en mis delitos inocente,
no permitas que muera: viva, viva,
y muera yo, que fui y soy esquiva.
Por esa fuerte diestra, la qual veas
de tus rebeldes Moros vencedora:
por la digna corona que deseas;
y si puedo decir, por esta Mora,
en quien la voluntad tan mal empleas,
y tienes o tubiste por señora,
te suplico, Señor, que a Muley libres,
y luego contra mí tu lanza vibres.

¿Por qué no me respondes? ¿Por ventura
pretendes no cumplirme la promesa?
¿o puedome partir de tí segura?
¿acetas con silencio tal empresa?
En tanto que suspensa mi ventura
tu valor y mi priesa te da priesa,
a tus ya favorables pies me postro,
tendidos los cabellos por el rostro.

Adulce.

¡Hay caso mas atroz ni temerario!
¡O dama rigurosa! qué pretendes?
¿yo tengo de librar a mi contrario,
sabiendo que por él a mí me ofendes?
Pero porque no digas que soy vario,
yo quiero defender al que defiendes:
a lo menos haré con tal oficio,
aunque sin galardon, algun servicio.
¡O vana pretension de los humanos,
que viven de sus cosas confiados!
en la prosperidad del mundo vanos,
sobre las altas ruedas colocados,
y vienen muchas veces a las manos
de aquellos a quien tienen agraviados,
los quales en lugar de hacer venganza
convierten sus miserias en bonanza.

Aja.

¡O pecho sin razon desheredado,
no solo de tu Reyno, mas del mundo!

que

que solo se te debe tal reynado,
solo, sin que conozcas Rey segundo.
Tan cortés y benigno te has mostrado,
que yo misma de verlo me confundo:
conozco quan ingrata fui contigo,
y con esta venganza me castigo.
Y ya que dignamente recompensa
no puede recibir tu cortesía,
pues no puedo pagarte sin ofensa
del Moro cuya soy, pues no soy mia:
aunque fortuna varia que dispensa,
y por su voluntad las cosas guia,
[illegible] nuestras las dispone como pido,
jamás pondré tus obras en olvido.
Y si sucede bien, como lo creo,
pues te llevó, Señor, por mi coluna,
tú solo gozarás de este trofeo,
sin que de él participe la fortuna;
pero si sale vano mi deseo,
culpa no te daré, Señor, ninguna,
mas solo quejaréme de los hados,
contra mis pretensiones conjurados.
Y porque, como sabes, la tardanza
muchos buenos sucesos desbarata,
y por el consiguiente los alcanza
quien con solicitud sus cosas trata,
parte luego, Señor, con esperanza
de que tu pretension ha de ser grata,

que

que yo me voy tambien con harto miedo.

Adulce.

Y yo con las mortales ansias quedo.

SCENA VIII.

ADULCE.

¿HA quedado tormento, por ventura,
sin ser fiero verdugo de mi pecho?
¿Puede llegar a mas mi desventura?
¿Puedes hacer, amor, mas de lo hecho?
Amo sin esperanza, ¡cosa dura!
dejo por el ageno mi provecho;
y no solo mi mal llevo conmigo,
pero tambien el mal de mi enemigo.
No sé como será, porque primero
que me contase Aja su fatiga,
solo por ser Muley tan buen guerrero,
que con razon a todos nos obliga,
al Rey rogué por él; pero severo
al punto respondió que lo castiga
con gran razon; y en esto resoluto,
quedó mi peticion sin algun fruto.
Pues vemos que los ruegos salen vanos,
y tengo tanta gente de mi parte,
será bueno valerme de las manos,
y junto con las fuerzas poner arte:

y con mentido trage de Cristianos,
pasada de la noche la mas parte,
asaltar la prision y carcel fuerte,
para librar al Moro de la muerte.
¡O ciego desatino, qué pretendo!
Veamos, puesto caso que sucedan
mui bien quantas chîmeras voy haciendo,
y defender las guardas no se puedan:
si los contrarios yo del Rey defiendo,
¿mis hechos y mi fama quáles quedan?
mancillados por cierto, pues que trato
de ser con quien me dá favor, ingrato,
pues debo de quebrar la fé debida
al Rey, de cuya mano mi persona
espero que será restituida
en los perdidos Reynos y Corona,
o quebraré la jura prometida
a ésta ferocisima leona.
¡Terrible duda! todo lo rebuelvo,
y no me determino ni resuelvo.
Este con beneficios me detiene,
aquella con su mando me da priesa,
suspenso cada qual mi pecho tiene,
sin decidir qual mas o menos pesa.
¿Mas qué necio furor es el que viene,
y de mis confusiones hace presa?
sigamos ésta furia que me llama,
y viva para siempre nuestra fama.

JORNADA TERCERA.

SCENA I.

AUDALLA. ISABELA. UN ALCAYDE.

Audalla.

HEte querido dar, perra, la vida,
y despréciasla tú de tal manera
que no temes la muerte, tan temida
del hombre mas valiente que la espera;
pues luego se verá si fue fingida
esa severidad, o verdadera,
y si con el principio de las penas
la furia de la cólera refrenas.

Isabela.

¿A donde me llevais?

Audalla.

A donde veas
primero que las llamas encendidas
a los que tanto hablar y ver deseas,
para que te consueles y despidas:
porque puesto que ya tan dura seas,
sin mirar las ofensas recibidas,
el ultimo consuelo te dejamos.

Isa-

Isabela.

Imvencion de tiranos es; mas vamos.

Audalla.

Antes vendran aqui; llamadlos luego;
pero mejor será que yo los llame.

Isabela.

Una sola merced, Señor, te ruego;
y despues de cumplida, muerte dame.
No pido que me libres, no, del fuego,
sentencia reputada por infame,
y para mí dichosa: solo quiero
me dejes con Muley hablar primero.

Audalla.

Yo voy: haced vosotros lo que digo.

Isabela.

¡Ay Dios, si se cumpliese mi deseo!
Temo que con temor de tu castigo
dejes, Muley, tu fé, mas no lo creo:
pero si yo me puedo ver contigo,
bien sé que ganaremos oy trofeo,
y coronas de martires gloriosos,
contentos y purisimos esposos.

Alcayde.

Aora mira pues ¡o triste dama!
estos tan conocidos troncos frios,
troncos, que produgeron esa rama,
y vierten por sus cuellos rojos rios:
oy tienes ocasion de ganar fama.

Isabela.

¡Ay padres desdichados, por ser mios!
¡Ay hermana tambien! ¡qué dura mano!
¡Ay implacable saña de tirano¡
¿A qual de estos tres cuerpos son debidas
estas copiosas lagrimas que vierto?
¿a qual han de laballe las heridas
que los fieros puñales han abierto?
¿sobre qual de las prendas conocidas
ha de caer con tal dolor incierto
este con gran razon dudoso pecho?
¿a qual abrazaré con lazo estrecho?
¡O padres, otro tiempo cuidadosos
de mis infaustas bodas, si llegáran!
¿asi me consolais con los fogosos
tormentos que los Moros me preparan?
¿Y tú, cuyos dos ojos luminosos,
los pechos mas rebeldes ablandáran,
hermana, consejera de mis males,
a ver mis vituperios asi sales?
Asi me consolais a la partida,
y me dais a besar las santas manos.
Asi de buestros brazos detenida
me sacan con violencia los Paganos.
¡O diestra de los nuestros homicida!
Tirano, descendiente de tiranos,
¿por qué las bendiciones de mi padre
me niegas, y los besos de mi madre?

Pe-

Pero yo temeraria ¿por qué lloro,
y las ilustres animas ofendo?
Ellas ocupan ya las sillas de oro,
las celestiales musicas oyendo,
y yo, con imputar al fiero Moro,
la voluntad inmensa reprehendo.
¡O loca! ¿tú no sabes que del cielo
procede lo que miras en el suelo?
Dios quiso colocarlos de tal suerte
entre los que contemplan su grandeza,
y dar a mi paciencia con su muerte
un toque verdadero de firmeza.
Ea pues, Isabela, tú convierte
en alborozo dulce esa tristeza:
de las adversidades gloria saca,
qual suelen de las vivoras triaca.

Alcayde.

Cubrid esos difuntos, no los vea,
ni con ellos le demos ya materia,
que nuestra confusion notoria sea,
en gozo convirtiendo su miseria.
Y no puedo negarte, muger rea,
que quando la famosa Celtiberia
de dignas alabanzas careciera,
por sola tu constancia las tubiera.

SCENA II.

AJA.

POr ser de nuestra casa lo mas alto,
estoy en esta torre congojosa
con un apasionado sobresalto.
Acá y allá la vista codiciosa
me lleva por los campos diligente
el triste corazon, que no reposa.
¡Ay Aja! con cuidado diferente
solias frecuentar estos lugares,
para tender la vista libremente.
¡Mas ay memoria triste! ya no páres
á contemplar el bien que no poseo,
quando vienen los males a millares.
El horrendo lugar de lejos veo,
en el qual suelen dar infame pena
los ministros fierisimos al reo.
De gente la campaña miro llena:
de voces y trompetas discordadas
un confuso clamor en torno suena.
De polvo densas nubes levantadas
escurecen los ayres, y no dejan
discernir bien las cosas apartadas.
Parece que los campos se me alejan,
porque no pueda ver el caso fiero,

y que del riguroso Rey se quejan.
¡Quando veré vislumbres del acero,
y llegar el socorro favorable
que del desheredado Rey espero!
¡Quando veré librar al miserable,
a las ardientes llamas condenado,
con un atrevimiento memorable!
Mas Aja, ¿para qué tienes cuidado
del que no solamente no te quiere,
pero dicen tambien que es bautizado,
y que con pertinaz ánimo muere,
junto con Isabela, tan conforme
que de su ley y pecho no difiere?
Pero por mucho mas que disconforme
el suyo de mi pecho, no por esto
aprobaré castigo tan disforme.
¡O Adulce! no te tardes, llega presto,
que ya deben tener al condenado
en el ignominioso lugar puesto.
¡Qué llamas tan horrendas se han alzado!
el humo negro sube por los vientos,
y de ellos es acá y allá llevado.
¿Qué voces con tristisimos acentos
un cautivo Cristiano viene dando?
¡Ay me! qué lastimosos movimientos!
El rostro con las uñas arañando,
rasgandose tambien el pecho viene,
los brazos a los cielos levantando.

 ¿Có-

¿Cómo no bajo pues? ¿quien me detiene?
¿por qué publicamente no pregunto
si Muley Albenzayde vida tiene?
O si yace su cuerpo ya difunto
acompañarle quiero con el mio.
¡Dichosa si me viere con él junto!

SCENA III.

AJA. NUNCIO.

Nuncio.

¡O Pueblo religioso! pueblo pio!
con largo cautiverio castigado,
debajo de tirano señorío:
hoy eres por el suelo derribado,
hoy dos firmes colunas has perdido;
mas antes hoy dos Santos has ganado.
¡O tirano cruel endurecido!
castiguete la mano poderosa
de Dios, en sus Cristianos ofendido.
De esta casa real y suntuosa,
que vosotros llamais Aljaferia,
y yo cueva de sierpes ponzoñosa,
permita Dios que llegue presto dia
en que caygan sus muros levantados,
absoluto poder y tirania;

y

y los sobervios techos tan dorados,
en vengativas llamas yo los vea,
por manos de los nuestros abrasados.
Y ya que preservada de esto sea,
alcazar se convierta de Cristianos,
y Principe Cristiano la posea:
el qual para los perfidos Paganos
tenga despues en ella carcel fuerte,
y mueran castigados a sus manos.

Aja.

Si vienes ¡o Cristiano! tú por suerte,
aunque bien lo declaras con tus voces,
[illegible] ver egecutar la torpe muerte;
pues que mi voluntad tambien conoces,
declarame de todos el suceso,
asi la libertad perdida goces:
que, puesto que soy Mora, yo confieso
que tengo compasion de buestras cosas,
por ver que son juzgadas con exceso.

Nuncio.

¡O tú que reprobar los malos osas,
quando mas prevalecen sus maldades,
y cortan sus espadas rigurosas!
aora de mi pena te apïades,
aora lo preguntas con cautela,
para saber asi las voluntades.
De nadie ya mi lengua se recela,
antes en altas voces contar quiero

las muertes de Muley y de Isabela;
pero mejor será contar primero
de sus padres, amigos, y parientes
el martirio cruel, el caso fiero.

Aja.

Mas antes yo te digo que no cuentes
sino de los dos solos.

Nuncio.

Pues prepara
de manantiales lagrimas dos fuentes.
Como suele fingir la madre cara
a veces del enojo del marido,
con el hijo que vió que desampara
el padre sin razon endurecido,
colerico la riñe, si defiende
al joven de su casa despedido:
ella muestra que en ello condesciende,
pero llora despues el hijo ausente,
de suerte que el marido ya lo entiende,
tal, y con tal dolor la triste gente,
a bueltas la Cristiana con la Mora,
encubren su pasion dificilmente.
Cada qual de Muley el caso llora,
por ser en la ciudad amado tanto,
y por su conversion mejor aora.
Ni quedas, Isabela, tú sin llanto;
pues Moros y Cristianos afligidos
con lagrimas celebran tu fin santo:

mas

mas por no ser del Rey tambien punidos,
refrenando las lenguas temerosas,
daban indicios de esto conocidos;
y con las voces bajas y llorosas,
llenos de turbacion, se preguntaban
la causa principal de tales cosas:
pero como los más se recelaban,
negando la respuesta sin hablarse,
los hombros y cabezas levantaban;
y como suelen muchos engañarse,
algunos en favor del Rey decian
que con sabios debió de aconsejarse.
En tanto que estas cosas sucedian,
y delante la carcel apiñados
los atonitos hombres concurrian,
sacaron á los tristes condenados,
cuyos brazos, indignos de tal pena,
llevan a las espaldas amarrados,
encima de los quales tambien suena,
dando clara señal de pesadumbre,
de torcido metal una cadena:
cercales, como tiene de costumbre,
asi de los Ministros del Rey fiero,
como de circunstantes, muchedumbre.
La bella dama fue la que primero
maravilló la gente circunstante
con descubrir el rostro tan severo.
Pasmaronse de verla tan constante,

que en animo, lugar, y fortaleza,
al valiente Muley iba delante:
no solo no mostró tener flaqueza;
pero con ser tan triste la salida,
negó las apariencias de tristeza.

Aja.

No deben estimar la corta vida
los que saben quan fragil es su gloria,
y tienen su mudanza conocida.

Nuncio.

No rompas el proceso de mi historia.

Aja.

Prosigue.

Nuncio.

Los cabellos extremados,
tan dignos de quedar en la memoria,
sueltos, sin mas adornos por los lados
con una redecilla contendiendo,
y de ella con el viento libertados,
andaban varias luces despidiendo,
como suelen tal vez las rubias mieses,
con este y aquel viento compitiendo.
¡Cosa digna de lastima!

Aja.

No ceses.

Nuncio.

La gravedad del rostro no dejaba

lle-

llegar a los ministros descorteses:
con los hermosos ojos los turbaba,
que como la virtud se traslucia,
los animos mas barbaros domaba.
Notósele tambien como bolvia
los ojos muchas veces, animando
al valiente Muley, que la seguia.
¡Estraña cosa ver un pecho blando
de una tan muchacha quanto bella
al mas valiente joven consolando!
Topabanse los ojos de él y de ella:
los de Muley llorando por su muerte,
o por la de la huerfana doncella.
Al fin llora Muley con ser tan fuerte,
(¡o virtud quánto puedes!) y la dama
una minima lagrima no vierte.
Todo lo pasa bien quien a Dios ama:
dejemos esos barbaros gentiles,
que trocaron la vida por la fama:
mirad correr en años juveniles
a morir una dama tan contenta,
pospuestas las flaquezas mugeriles,
como suele tal vez correr sedienta
a la vecina fuente veloz cierva,
cuyas hermosas aguas ensangrienta.
Hay un campo rivera de la guerva,
al qual niegan los hombres el arado,
y Dios da en todo tiempo verda yerva;

lugar para dar muerte dedicado,
y por esto que digo tan inculto
que de él huyen las fieras y ganado.
Aqui con grandes voces y tumulto
trajeron a los dos fieles Cristianos,
que ya Muley dejó de serlo oculto;
y luego los ministros inhumanos
espalda con espalda los ataron
por los pies, por los hombros, y las manos.
Todos los circunstantes se pasmaron,
y con silencio triste mui atentos,
quanto les permitieron, se acercaron:
dijeras que tambien los raudos vientos
se paraban a ver el caso fiero,
segun vimos cesar sus movimientos.
El silencio rompió Muley primero,
y con osada voz y fuerte pecho
confesó ser Cristiano verdadero.

Aja.

¡ O fementido Moro, tal has hecho,
y tengote yo lastima!

Nuncio.

La dama
prosigue de Muley el viril hecho,
diciendo: pues el pecho nos inflama
el que por redimir a los humanos
tomó para morir la cruz por cama,
preciemonos de ser sus cortesanos;

y

y ya que qual él hizo no podemos
alargar en la cruz los pies y manos,
a sus graves tormentos imitemos:
tú puedes ser mi cruz, y yo la tuya,
y juntos de esta suerte moriremos;
y pues las almas son hechura suya,
procure cada qual que quando muera,
al mismo que la dió la restituya.
Dijo: pero sin duda mas dijera,
si rompiendo los ayres una flecha,
contra la bella dama no viniera:
entróse por la boca tan derecha,
que le clavó la lengua, que tenia
ya gran predicadora de Dios hecha.
Entró la flecha, pues, quando salia
por la cristiana boca repetido
el nombre del gran hijo de María.
Todos buelven a ver el atrevido,
mas antes el cruel que con tal furia
de tan grande maldad autor ha sido,
el qual fue Bayaceto de Liguria,
un tiempo bautizado, ya precíto,
pues que dejó su ley por la lujuria:
alzan un general y triste grito,
y todos lo señalan con el dedo,
diciendo que merece ser proscrito:
mas él se presentó con gran denuedo,
diciendo que por honra de su seta

el arco disparó sin algun miedo.
Con esto la canalla ya quïeta,
a la dama se buelve, que tenia
inserta por la boca la saeta.
Una fuente de sangre despedia,
que por el blanco pecho discurriendo,
coral sobre marfiles parecia;
y ya del blanco rostro desistiendo,
qual de cortada flor, el color bello,
las gracias se mostraban ir huyendo.
Inclinó con dolor el blanco cuello,
qual con la grande lluvia combatida
la dormidera verde suele hacello.
Asi quedó la virgen adormida:
que la muerte del justo, sueño breve
la llaman, y principio de la vida.

Aja.

A compasion grandisima me mueve
la muerte de esta dama desdichada.

Nuncio.

Es deuda general que se le debe.
Por estar, como dije, tan atada
al valeroso joven, que vivia,
no cayó la difunta desangrada.
El cuerpo de Muley la sostenia,
el qual debió sentir un nuevo peso
quando la bella dama quedó fria:
debióle discurrir por cada hueso

un hielo, quando supo que, con vida,
con la que no la tiene estaba preso.
Asi la vid nudosa, retorcida
por el amado tronco, que la tiene
encima de sus ramos sostenida,
por mas que la pesada segur suene,
y corte la raiz; ella segura
en el amado tronco se sostiene;
pero secase luego su verdura,
y descubre los pámpanos marchitos,
la fruta, ni bien verde, ni madura.

Aja.

¡Ay triste, si pudiese yo dar gritos!
¡Ay honra, que suspendes mi querella,
y doblas mis tormentos infinitos!

Nuncio.

Muley, o que por ver a la doncella
se quisiese bolver forzosamente,
y desatar los lazos de él y de ella,
o que, y es lo mas cierto, del presente
dolor, el corazon se le cubriese
con alguna congoja y accidente:
aora por querer forcejear fuese,
aora por desmayo repentino,
que como dicho tengo le viniese:
al fin sin hablar mas a tierra vino
con el amado peso de la dama,
como yedra cortada con su pino.

al

Al rededor encienden viva llama,
la qual les escondió en humo luego,
y fue su conyugal primera cama.

Aja.

¿Dime tambien, Cristiano, yo te ruego,
hubo quien pretendiese, si lo viste,
libertar a los míseros del fuego?

Nuncio.

¿Tal cosa me preguntas? ¡ay mé triste!
ni quien contradijese la sentencia,
sino con el recato que ya oiste.

Aja.

Ya me faltan las fuerzas y paciencia:
dejame sola, joven desdichado.

Nuncio.

Pues yo me parto ya de tu presencia
a renovar el llanto comenzado.

SCENA IV.

Aja.

SUspiros detenidos,
salid aora ya del triste pecho:
ojos inadvertidos,
puesto que es sin provecho,
llorad pues tanto daño me habeis hecho.
En tanta desventura,

¿de quien me debo yo quejar primero?
¿de mi corta ventura?
¿de Muley por quien muero?
¿del Rey, o de su falso consejero?
¿O solo tendré queja
del fementido Moro Valenciano,
que con su fraude deja
su juramento vano,
quando pensé tener el hecho llano?
A dulce fementido,
mejor fuera negarme claramente
el don por mí pedido,
que mostrar obediente
el corazon, despues tan inclemente.
Menor culpa comete
quien niega lo que justamente puede
cumplir, que quien promete,
y despues no procede
a dar, ni querer dar lo que concede.
Tal es quien disimula,
y muestra buen semblante por defuera,
como quien nos adúla
con lengua lisongera,
y despues en ausencia vitupera.
¿Tú pretendes corona?
¿tú pretendes el cetro que perdiste?
¿por qué? ¿por tú persona?
¿o porque me cumpliste

las prolijas promesas que me diste?
Antes el Rey que falta
en algo que tubiere prometido,
de la Magestad alta
en que se vió subido,
merece ser de todos abatido.
Y tú tambien, tirano,
que tanto tus castigos aceleras,
tan presto, y tan temprano,
nuestras gentes alteras,
y dejaste de ser quien antes eras.
Antes que la corona
esa cabeza barbara ciñese,
jamás hubo persona
que de tí no dijese
que justa con tus meritos viniese.
¡Ay, quántos pretensores
de Reynos y sobervias dignidades,
antes de ser Señores,
ganan las voluntades,
cubriendo con virtudes sus maldades.
¿Pero yo desdichada,
con importunas voces solamente
he de quedar vengada?
¿y de la vulgar gente
no tengo de mostrarme diferente?
Llorar, qualquiera llora:
a mas ha de pasar mi sentimiento.

Sigamos pues aora
ese mortal intento:
no se dilate mas, yo lo consiento.
La noche me combida
con sus vecinas sombras a tal hecho:
yo quitaré la vida
en el ocioso lecho
al hermano cruel contra mi pecho;
Y con osada mano
abrasaré los miembros fraternales;
porque tú y el tirano
¡ó Muley! vais iguales
en estas ceremonias funerales.

SCENA V.

Azan. Zauzala.

Azan.

EN los oidos traygo las querellas
del indignado pueblo, cuyos gritos
hieren con triste son en las estrellas.
Los hombres y los niños pequeñitos,
cubriendose los ojos con las frentes
llevan alli sus animos escritos.
De Muley los amigos y parientes,
puesto que disimulan con cuidado,
procuran la venganza diligentes.

Dicen que fue Muley bien castigado,
pero que la manera del castigo,
de los terminos justos ha pasado.

Zauzala.

¿Y faltales razon?

Azan.

Yo tambien digo
que no fue castigarlo como reo,
sino vengarse de él como enemigo.
El Rey por estas cosas, segun creo,
y por dejar las suyas sepultadas,
como suelen decir, en el Leteo:
por ser, como tú sabes, consultadas
con Audalla las mas, injustamente
por ellos los dos solos sentenciadas;
por atajar el daño ya presente,
queriendo descubrir mejor su pecho,
de privadas pasiones inocente,
y que si con rigor hubiese hecho
alguna cosa de estas, es Audalla
quien el castigo dió contra derecho,
hale mandado dar la muerte.

Zauzala.

Calla,
que no le mandó dar por eso muerte,
sino por Isabela su vasalla.

Azan.

Cosa grave me cuentas.

Zau-

Zauzala.

Pues advierte,
pero bajo la llave del secreto,
aunque solo me basta conocerte.

Azan.

Una, ciento, y mil veces te prometo
que no lo sepa nadie por mi parte,
puesto que tomo cargo de discreto.

Zauzala.

No será necesario, pues, contarte
cómo prendieron oy a la doncella,

Azan.

No, si ya no gustares de cansarte.

Zauzala.

Audalla, pues, quedó solo con ella,
no menos que los otros, segun vimos;
abrasado tambien de su centella;
porque quando nosotros nos salimos,
detrás de ciertas puertas acechando,
Aldujabar y yo nos escondimos;
y los atentos ojos aplicando
a ciertos agujeros, estubimos
con gran facilidad los dos mirando:
al viejo consejero del Rey vimos,
no cierto combatir con los Cristianos,
ni sus despojos pretender opimos;
mas antes con suspiros, pero vanos,
á la bella Cristiana se rendia,

 que-

queriendole besar las blancas manos.
Ella con gran valor le resistia,
haciendo poco caso de la vida,
la qual y mucho mas le prometia.
Ni pienses que por esto se comída
Audalla, pero muda de consejo
contra la dama bella y afligida.

Azan.

Si delante los ojos un espejo
entonces al amante le pusieran,
y si pudiera ver el rostro viejo,
sus arrugas y canas, descubieran
su furia, y a la dama juntamente
con su misma vergüenza defendieran.

Zauzala.

Juróle con acuerdo diferente
de juntar a su muerte rigurosa
la de sus viejos padres, y su gente:
ni por esto la dama valerosa
aflojó la constante resistencia,
ni se quiso mostrar mas amorosa.
Pasáran las palabras a violencia,
si no temiera Audalla ser sentido.

Azan.

Mui tarde se valió de su prudencia.

Zauzala.

Pero de los desdenes ofendido,
o si no por ventura con vergüenza

para cubrir sus culpas con olvido,
o porque muchas veces quien comienza
un pecado, tras él se precipita,
hasta que la maldad del todo venza:
Audalla la sentencia solicita,
y por mejor vengarse de la dama,
las vidas a sus viejos padres quita.
Ella murió despues en viva llama,
y nosotros tambien al Rey nos fuimos,
que yace, como sabes, en la cama:
alli le relatamos lo que vimos,
el qual con tanta saña nos oía,
que con darle el aviso lo temimos.
Prolijo y proligisimo seria
repetir las demandas y respuestas
que el Rey sobre lo dicho nos hacia:
al fin con evidencias manifiestas
el Rey se satisfizo.

Azan.

Mui bien pudo,
y fueron muy bastantes causas estas.

Zauzala.

Asi que por lo dicho yo no dudo,
sino que le mató por su pecado,
y no para tenerle por escudo.

Azan.

No sé si fue por eso castigado;
pero, como te dije, yo sé cierto

que

que yace con infamia deshonrado.

Zauzala.

¿Vistele tú morir?

Azan.

Yo le vi muerto,
y con inumerables puñaladas
el corazon oculto descubierto.
Vile las blancas canas afeadas,
sin honor, polvorosas, y sangrientas,
que fueron otro tiempo veneradas.

Zauzala.

Audalla feneció, segun me cuentas.

Azan.

Esta cabeza suya que yo llevo,
relacion te dará de sus afrentas:
con ella sentiremos horror nuevo,
quando, como la piensa dar, la diere
el Rey a sus lebreles para cebo.
Los divididos miembros tambien quiere
fijar en estos muros, porque sea
egemplo de temor a quien los viere.

Zauzala.

¿Habrá quien los mirase que no crea,
viendo con tal adorno las almenas,
que son estas la casa de Medea,
o las de los hermanos de Micenas?

SCE-

SCENA VI.

AJA. SELIN.

Aja.

¿Yo soy la que rabiaba por venganza?
¿¿pues cómo ya la cólera no arde?
temprano, corazon, haces mudanza:
¿temprano? mui mejor dijera tarde.
Antes de comenzar esta matanza
te debieras mostrar, Aja, cobarde,
antes que con la sangre de tu hermano
su lecho mancillaras, y tu mano.

Selin.

¡O noche tenebrosa! ¡ó noche fiera!
que con anticipar tu sombra tanto,
prodigio quieres ser y mensagera
de la terrible causa de mi llanto:
dilata tus tinieblas de manera
que dejes a los hombres con espanto,
y puedan conocer en las señales
sin que yo los relate, nuestros males.
¿Mas quien es tan osado que procura
con importunas luces ofenderte?
¡O tú, si fueres alma por ventura
de los que recibieron oy la muerte!
Pero ya te conozco, muger dura,
y bien puedo por cierto conocerte

en la tristes insignias y despojos
con que te manifiestas a mis ojos.

Aja.

¿Quien eres desdichado tú que vienes
endechas tan prolijas derramando?

Selin.

Proprio nombre me diste, pues mis bienes
perdidos por tu causa voy llorando:
pero si de Selin memoria tienes,
Selin, que ya se vió felice quando
Adulce su Señor y Rey vivia,
Selin soy yo por la desdicha mia.
Y pues en tal lugar hallarte puedo
sin turba de doncellas ni de gente,
escucha tu maldad.

Aja.

Yo te concedo
que me digas injurias libremente.

Selin.

No pienses que por tí tubiera miedo,
que ya con mis desdichas soy valiente,
y no temo la muerte que pudieras
mandarme dar al punto si quisieras.

Aja.

No dilates el caso.

Selin.

De tus cosas
Adulce con razon desesperado

es-

esta mañana se salió conmigo:
pensé, como lo tubo por costumbre,
que solo por salir a ver los campos,
o por hacer cansar en la carrera
algun veloz caballo. ¡Quántas veces,
ay triste, deseoso de agradarte,
en estos trabajosos egercicios
egercitó su valeroso cuerpo!
Pensé que por ventura pretendia
desenfadar el animo perplejo.
¡Ay me! con gran razon culpar te debo,
Señor, pues encubriste de tu siervo
un hecho tan atroz.

Aja.

Prosigue.

Selin.

Luego,
como de la Ciudad nos apartamos,
el corazon me daba mil latidos,
y con agüeros tristes vi mui claro
el daño de que soy testigo y nuncio.
¿Mas qué valen agüeros y portentos
al que quiere morir y lo procura?
Los ligeros caballos parecia
que como sabidores del suceso
no quisieran seguir aquel camino,
y con las altas crines rebufantes,
las agudas espuelas no temiendo,

du-

dudaron de pasar la larga puente,
por bajo de la qual Gállego corre.

Aja.

No me tengas suspensa mas, prosigue.

Selin.

En unos laberintos intrincados
de retamas amargas, tan espesos
que casi los caballos nos cubrian,
entramos los dos juntos, mas el uno
para quedar alli perpetuamente.
Apeados los dos de los caballos,
Adulce dió la muerte luego al suyo.
Sospeché su proposito furioso,
mas no le pregunté por qué lo hacia.
Luego con profundisimos gemidos,
dijo: sabrás Selin que mi Señora
(no lo puedo negar, por tal la tengo)
me mandó cierta cosa: no la nombro
porque le prometí de no decilla,
como le prometí tambien de hacella.
Quise poner por obra la promesa,
y no me fue posible, puesto caso
que no temiera yo de los peligros
que me pudieran ser incombenientes,
quando tambien la honra no lo fuera.
Vi que sin ser traydor, sin ser ingrato
a las amigas obras de su hermano,
no pudiera cumplir lo prometido.

Así por esta causa pensativo,
he salido confuso, procurando
darle satisfaccion, como lo debo.

Aja.

Inutiles escusas y livianas.

Selin.

El estaba diciendo lo que digo,
y yo ya prevenido, con razones
queriendo consolarlo, quando fiero
dos y tres veces con rabiosa furia
el noble pecho con la daga rompe.
Quisele socorrer, pero fue tarde,
ni le pude quitar la fiera daga
primero que su saña concluyese;
y dando muchas bueltas en el suelo,
con los horrendos ojos ya mortales,
apenas pronunciando las palabras,
me dijo: contarásle mi suceso
a la que fue la causa.

Aja

De mayores
males soy tambien causa.

Selin.

Porque sepa
que quise mas morir que dar la muerte
a los claros renombres de mi fama;
porque no se dijese que mi pecho,
en donde su retrato tube siempre,

cu-

cubrió jamás engaños y trayciones:
pero que pues le di mi fe constante
de morir, o cumplir su mandamiento,
que cumplo mi promesa, pues que muero;
y para testimonio de mi muerte,
tú, Selin, llevarásle mi cabeza.
Estas fueron las ultimas palabras
con que me lastimó, quedando muerto.
Al punto con humilde sepultura
a mi Rey sepulté con zelo pio:
quitéle la cabeza valerosa,
la qual te doy agora por trofeo.

Aja.

A no temer aqui mayores daños,
dierame mas dolor el que me cuentas;
puesto caso que siento sumamente
la muerte de tu Rey.

Selin.

Yo tambien creo
que no sin novedad a media noche
con tantos improperios estás sola
fuera de tus palacios de tal suerte.

Aja.

Pues Adulce calló, como debia,
lo que yo le pedi, quiero callarlo:
solo sabrás que con enojo de ello
hice lo que diré luego.

Selin.

Comienza.

Aja.

En este su real Palacio fuerte,
ceñido de este muro que lo cerca,
en vano tan murado, pues la suerte
enemiga le dió mucho mas cerca,
lejos el pensamiento de la muerte,
evidente señal de que se acerca,
estaba mi cruel hermano, quando
Aja le vá colérica buscando.
El sueño postrimero le tenia
ocupados los ojos a mi hermano:
bien lo pude ver yo, porque tenia
estas ardientes llamas en la mano.
Tube lugar de ver a quien heria:
tube lugar, y vile, mas en vano;
pues con este puñal abri su pecho,
y con las llamas abrasé su lecho.
Abrió los ojos tristes por ventura,
para que mi delito mayor fuese:
hermana, me llamó dos veces, dura;
y como la tercera vez quisiese
repetir este nombre con dulzura,
el aliento faltó, sin que pudiese
proseguir la dicion; pero moviendo
los yertos labios, le quedó diciendo.
Ni la maldad entonces descubierta

en la fraterna sangre que corria:
quise salir huyendo, mas la puerta
atinar de turbada no podia;
pero tube despues salida cierta,
acordandome luego que traía
una llave maestra, cuyo medio
es quien para salir me dió remedio.
¿Pero por qué relato por estenso
el fin de mis maldades tan horrendo?
¡O tú que con dolor estás suspenso,
estos sucesos míseros oyendo!
pues yo con tales daños recompenso
al que quiso morir obedeciendo,
dame la digna muerte de tu mano,
a tu Señor vengando, y a mi hermano.
Y ya que las estrellas y Diana
se cubren por no verme tan sangrienta,
no quieras que la luz de la mañana
a mis ojos renueve tal afrenta:
o que por no mirar de sangre humana
una muger qual yo vivir sedienta,
el Sol cubra su luz contra su uso,
en vez del qual se estienda caos confuso.
Yo soy quien te quitó tu Señor caro,
cuya temprana muerte vengar debes:
yo soy quien te quitó tan buen amparo:
por mí contigo son sus dones breves:
muevete por tu daño sin reparo,

ya que por sus miserias no te mueves:
con esta misma daga fratricida
me puedes acortar la torpe vida,

Selin.

Quando me fuera licito matarte,
cosa de mi valor tan apartada,
lo dejára de hacer por contemplarte
de mi Señor en vida tan amada;
y pues él se mató por contentarte,
(testigo su cabeza destroncada)
para que satisfagas a lo hecho
tú te puedes romper el duro pecho.

Aja.

Pues sigue mis pisadas.

Selin.

Ya te sigo.

Aja.

Verás con la constancia que lo hago.

Selin.

Yo voy, pues he quedado por testigo,
aunque tambien soy parte en el estrago.

Aja dentro.

Mi triste muerte contarás amigo,
y recibeme tú, profundo lago,
porque jamás las gentes no me vean.

Selin dentro.

Las aguas turbias tu sepulcro sean.

SCENA VII.

EL ESPIRITU DE ISABELA.

A Los rayos del Sol opuesta, hace
con olorosos leños una cama
la fenix, y despues con viva llama,
sacudiendo las alas, se deshace:
y luego (que con esto satisface
a la preciosa muerte que la llama,
segun tienen los mas por cierta fama)
con nuevas plumas y color renace.
Yo, pues, en los tormentos y dolores
de las ardientes llamas, cuyo humo
es olor agradable para el cielo,
qual fenix Isabela, me consumo,
pero con vivas alas y colores
renazco para dar eterno vuelo.
Y pues a los del suelo
admiracion os causo,
quando alguno presuma,
aunque con torpe pluma,
escribir mi suceso, dadle aplauso.

ALEJANDRA,
TRAGEDIA
DEL MISMO AUTOR.
INEDITA.

INTERLOCUTORES.

LA TRAGEDIA, *que hace el Prologo o Loa.*
OSTILO.
RÉMULO.
ALEJANDRA.
LUPERCIO.
ORODANTE.
ACORÉO, *Rey.*
SILA, *Princesa.*
ORILO.
NUNCIO,
y otros.

LOA.

TRAGEDIA.

Estas tocas sangrientas, y corona,
y la lucida espada de dos cortes,
os descubre mi nombre, que es Tragedia,
nacida de desgracias de los Principes,
imbentada al principio por los Griegos,
celebrada despues por los Latinos,
y puesta en perfeccion por muchos otros,
como fueron Euripides, y Sófocles,

y buestro celebrado Español Seneca.
Quieren decir que Tespis fue mi padre,
y que nací en las fiesta del dios Baco:
al fin es mui antigua mi prosapia,
y de mas gravedad que la Comedia.
El sabio Estagirita dá liciones
cómo me han de adornar los Escritores:
pero la edad se ha puesto de por medio,
rompiendo los preceptos por él puestos,
y quitandome un acto, que solia
estar en cinco siempre dividida:
me han quitado tambien aquellos coros
que andaban de por medio entre mis scenas;
y a la verdad no siento ya esta falta
por no cobrar el nombre de prolija;
por ver que voy vestida de este luto:
mas es costumbre ya de nuestros tiempos
que forman los vestidos a los hombres,
y muchos son Doctores en los trages;
mas los doctos varones, y que tienen
los altos pensamientos remontados,
con ellos van midiendo y ajustando
la real gravedad de la Tragedia;
pero aqui perderé de mi decoro,
porque habia de estar continuo triste,
y ya no puedo estar sino contenta
de ver la gravedad del auditorio,
y espiritus ilustres que me aguardan,

¡O como es cosa cierta las mas veces
salirnos al revés del pensamiento
las cosas que allá dentro se imaginan!
yo pensé que os hallára alborotados,
impacientes, coléricos, sobervios,
y una masa de vulgo todos hechos;
y al fin os hállo blandos y amorosos,
con un silencio tal, que me parece
que estais aqui la flor de los nacidos.
Tambien imaginabades vosotros
que aqui saliera Plauto con su Anfítruo,
o Terencio quizá con sus marañas,
y os mostrára a su Sosia, o a su Dabo,
a Panfilo, o a Simo con su Cremes,
y al rebés os saldrán los pensamientos,
que todo ha de ser llanto, muertes, guerras,
embidias, inclemencias, y rigores.
Imaginais quizás que estais aora
contentos en la noble y fuerte España,
y en la insigne Ciudad de Zaragoza,
ribera del antigo padre Ibéro,
debajo aquellas leyes tan benignas
que los Reyes famosos os dejaron,
atando la clemencia y la justicia
con tantas y tan grandes libertades.
Pensais que estais en tiempo de Filipo,
Segundo Rey invicto de este nombre?
y estais (¡o desdichados de vosotros!)

?en dónde si pensais? en medio Egipto;
rivera del famoso y ancho Nilo,
en la grande Ciudad llamada Menfis,
en donde reyna y vive un Rey tirano,
cuyo fuerte palacio veis presente,
aqui la casa real tiene su asiento,
aqui se albergan hoy los infernales:
mirad en poco tiempo quántas tierras
os hace atravesar esta Tragedia;
y asi si en ella veis algunas cosas
que os parezcan dificiles y graves,
tenedlas, sin dudar, por verdaderas,
que todo a la Tragedia le es posible,
pues que muda los hombres sin sentido
de unos Reynos en otros, y los lleva,

JORNADA PRIMERA.

SCENA I.

OSTILO. RÉMULO.

Rémulo.

POr la fé que juramos inviolable,
si temeis a los dioses soberanos,
y por el lazo fuerte y amigable
que ciñe para siempre nuestras manos,
te conjuro, Ostilo, seas estable
en la jurada liga, como hermanos,
estando juntamente preparados
a la resolucion de nuestros hados.

Ostilo.

¿Qùé temor vano, Rémulo, te aflige?
¿por qué temes mudanzas en Ostilo?
Primero el que los altos cielos rige
hará bolver atrás su sacro Nilo,
que buelva yo, ni falte a lo que dije,
si acaso, como suele, el vital hilo
la parca inexorable no me corta,
dando a la voluntad la rienda corta.

Rémulo.

Daráme la malicia llana puerta,

que a mas de que son justas mis razones,
a los animos débiles despierta
la dulce libertad y pretensiones.

Ostilo.

La guerra tengo, Rémulo, por cierta,
si tú con diligencia te dispones,
mas por estar capaces en el hecho,
descubre lo que tienes en tu pecho.

Rémulo.

Lupercio, cuyo esfuerzo me podria
torcer el valeroso presupuesto,
porque en sola su astucia y valentia,
el Rey y pueblo tiene su amor puesto,
no podrá ya alcanzar lo que queria,
ni menos ofenderme en algo de esto,
pues los pasos corté de su privanza,
por solo asegurar nuestra esperanza.

Ostilo.

¿A Lupercio?

Rémulo.

A Lupercio.

Ostilo.

Yo me espanto,
porque estaba en los cuernos de la luna.

Rémulo.

Pues qué mayor señal que subir tanto,
para ver la mudanza de fortuna.

Ostilo.

Amabalo el Rey mucho.

Rémulo.

¿Sabes quánto?

que sin él no trataba cosa alguna.

Ostilo.

Al fin.

Rémulo.

Al fin aora lo aborrece.

Ostilo.

Bien le paga el traydor lo que merece.

Rémulo.

No siempre de los Reyes nace el daño,
ni el poner en olvido los servicios,
mas de otros que aconsejan con engaño,
por tenellos afables y propicios.

Ostilo.

Cada paso y momento me es un año:
no me cuentes el caso por indicios,
pues no menos, Señor, que tú deseo
la muerte de Lupercio y Acoréo.
Porque aunque muestre el Rey su rostro afable,
teniendo mis servicios en memoria,
no es caso entre nosotros memorable,
que a Lupercio atribuya nuestra gloria,
y que de él solamente trate y hable,
asentando a su cuenta esta vitoria,
pues por el dios Osiris, que servimos

por

tambien los dos alli lo que pudimos.

Rémulo.

Tambien me mueve a mí contar Lupercio
el ver que ya nos lleva tal ventaja,
habiendo antes servidome en mi tercio
de llevar en los hombros una caja;
y no siento esto tanto, ni aun el tercio,
sino que de prosapia oscura y baja
ha llegado tan presto a ser tan grande,
que no hay despues del Rey quien mas que él (mande.

Ostilo.

¿Has visto quan de mano nos ha dado?

Rémulo.

Tanto que al parecer no nos conoce.

Ostilo.

Continuo un bajo, puesto en alto estado,
a los deudos y amigos desconoce.

Rémulo.

Pues tenga su esperanza en ser privado,
que yo tengo de hacer que no lo goce,
ni el Rey tampoco el Reyno injustamente,
como aora sabrás extensamente.
Estando con el Rey ayer tratando
de aquello que en la guerra ha sucedido,
con discrecion el pecho especulando,
le conoci que estaba desabrido,
y allá medio en secreto suspirando,
andaba en pensamientos divertido:

yo entonces, por saber mejor su intento,
probé con discrecion a darle un tiento.
Entré con la lisonja.

Ostilo.

Buen camino
es ese para Principes tiranos.

Rémulo.

Diciendo: sacro Rey, pues eres dino
de igualarte a los dioses soberanos:::

Ostilo.

¡Quan cierto es dar renombre de divino
al que es escoria y hez de los humanos!

Rémulo.

Pues esta gran vitoria has alcanzado,
no admitas en tu pecho otro cuidado.
La blanca barba asió con la una mano,
y dando un gran suspiro con voz alta,
me dijo: ¡á triste Rey! ¡á viejo cano!

Ostilo.

Suspenso estoy.

Rémulo.

Escucha, que mas falta.
Bolvile a preguntar al Rey tirano:
¿has hallado, Señor, alguna falta
en algun capitan? ¿hay nueva guerra?
¿hay algunos rebeldes en la tierra?
Si la grande Alejandra por ventura
la vana rebelion intentar osa

so-

soberVia, con la antigua sepultura,
a dó el Maudonio Principe reposa,
bien puedes amansarle su locura:
que no te falta gente belicosa,
ni menos capitanes esforzados,
de recientes vitorias inflamados.
¿Por qué, Señor, no estás regocijado
con verte vencedor de tanta gente,
como el fuerte Lupercio te ha postrado,
y puesto bajo el yugo inobediente?
Apenas a Lupercio hube nombrado,
quando arrancó un suspiro tristemente;
y poniendome el brazo sobre el hombro::

Ostilo.

Acaba de contar, que ya me asombro.

Rémulo.

Su enojo le cegó de tal manera,
y yo con tal astucia le incitaba
que al fin su descontento supe que era
de què en zelos rabiosos se abrasaba:
él mismo me dió de ello cuenta entera:
manifestando el fuego que ocultaba:
dijome sospechaba, y aun sabia
que Lupercio en la Reyna le ofendia.

Ostilo.

¡O ciego Rey! tu daño claro veo,
¿de dónde sospechar el caso pudo?

Rémulo.

Pues yo viendo tal puerta a mi deseo,
le dije, habiendo estado un rato mudo:
de la Reyna tal caso no lo creo,
pero de ese Lupercio no lo dudo;
y quiera Dios, Señor, que no suceda
tal mal que remediallo no se pueda.

Ostilo.

¿De dónde supo el Rey su desventura?

Rémulo.

Antes se lo imagina, o lo sospecha.

Ostilo.

El ser ella muger de sangre oscura
hará mas verdadera la sospecha.

Rémulo.

El valor de Lupercio, y la hermosura
de la que fue por ella Reyna hecha,
el verse el Rey ya viejo, y tan cansado,
a cegarle del todo han ayudado.
Quedó con lo que digo de tal suerte,
que sin probanza pública ni oculta,
a los que digo quiere dar la muerte:
ya ves de este suceso qué resulta.
Aora, porque no se desconcierte,
o a lo menos se temple si consulta
con otros este caso, es conveniente
que te vayas al Rey astutamente.
Dirásle que Lupercio ser caudillo

de

de cierta gente oculta has descubierto?
darás grandes suspiros al decillo,
mostrandote turbado, y hombre experto.

Ostilo.

Al cabo estoy del todo: el diferillo
puede solo dañar nuestro concierto,
pues tengo ya la gente apercibida,
y en el puesto que sabes, recogida.

Rémulo.

Con esto pienso, amigo, que concluyo
el dulce fin que pide mi deseo,
si yo a Orodante el Reyno restituyo.

Ostilo.

Bien puedes ya llamarlo Tolomeo.

Rémulo.

El mayor interese ha de ser tuyo:
si en el lugar del barbaro Acoréo,
cobramos un mancebo blando y tierno,
los dos al fin seremos su gobierno.

Ostilo.

El mozo sabe ya lo que tratamos.

Rémulo.

Aun le hago creer que soy su tio.

Ostilo.

Combiene, pues, que ya le descubramos
su nombre, su linage, y señorío.

Rémulo.

Primero, si os parece, a tratar vamos

lo que falta, que al mozo yo confio
lo hallaremos a todo aparejado.

Ostilo.

Dejadme los demas a mi cuidado.

SCENA II.

ALEJANDRA, LUPERCIO.

Lupercio.

NO sirve el importunar
sino de descomponerte,
porque es un negocio fuerte
querer al Rey afrentar,
y a mí buscarme la muerte;
que si bien se considera,
jamás otro bien resulta
de cosas de esta manera.

Alejandra.

Mas esta ha de ser oculta,
como si jamas se hiciera.

Lupercio.

No dejo de hacer tal hecho
de temor de que se sepa,
sino porque en un buen pecho,
no es justo que cosa quepa
si no queda satisfecho.
¿Es bueno que le haga guerra,

debajo de falso belo,
y que con fingido zelo
muestre defender su tierra,
y que le robe su cielo?
Mui mal pagas el amor
que continuo te ha tenido,
pues que pones en olvido,
que siendo el Rey tu Señor,
se quiso hacer tu marido.
Acuerdate de que niegas
a tu marido y señor,
y que a tu siervo te entregas.

Alejandra.

Quantas razones alegas
son todas en mi favor.
Y si olvidar al Rey quieres,
de eso, amigo, no te asombres,
que es justo, si lo entendieres,
que quien no la guarda a hombres,
no le tengan ley mugeres.
¿El no mató a su muger
quando se casó conmigo?

Lupercio.

Y aun eso te habia de ser
claro egemplo del castigo
que en tí puede el Rey hacer.

Alejandra.

Mira ya que un caudal rio

ten-

tengo con mis llantos hecho,
este rompió el alvedrío,
y a tí te ha puesto en mi pecho.

Lupercio.

Yo tengo al Rey en el mio.

Alejandra.

Amor te retrató alli
con tan divinos matices:::

Lupercio.

Mira que el Rey está aqui.

Alejandra.

¿Dónde?

Lupercio.

Retirado en mí,
escuchando lo que dices:

Alejandra.

Pues aunque mas inhumano
te tengo de guardar ley.

Lupercio.

Tendrásla, te juro, en vano,
que antes de romperla al Rey,
me dará muerte esta mano,
Y quedate sola.

Alejandra.

No huyas,
pues que no soy tu enemiga,
antes para mas fatiga,

por esas pisadas tuyas
me manda amor que te siga.

Entrase Alejandra tras Lupercio, y éste buelve a salir.

SCENA III.

LUPERCIO.

¿DE qué sirve, Rey, tener
con mucha gente tu guarda,
si entre tanto que te guarda,
te vende acá tu muger?
Por Isis, que no pensé
salir tan bien de este hecho,
y que ha mostrado mi pecho
grandes aceros de fé.
Mas digno soy de alabanza
en esto que he resistido
que en las batallas que ha sido
bañada en sangre mi lanza:
que en los combates trabados,
si se alcanza gloria alguna,
lleva su parte fortuna,
y su parte los soldados:
en la sangrienta batalla,

sangre de diversos corre,
unos escalan la torre,
otros buelan la muralla:
asi como cada qual
vá comprando la vitoria,
lleva parte de la gloria,
y es el gozo general:
y de aquel comun furor
han formado el apellido
de quedar aun el vencido
con nombre de vencedor:
mas en el encuentro ayrado
de donde alcancé vitoria,
yo solo gano la gloria,
pues yo solo he peleado;
y no pensé tal suceso
de guerra tan peligrosa,
porque Alejandra es hermosa,
y yo de carne y de hueso.
Es muestra de gran bondad,
digna de fama y renombre,
vencerse a sí mismo el hombre,
y enfrenar su voluntad.
Aquel dichoso cosario,
Rey del pueblo Macedonio,
nos dió de esto testimonio
despues que venció al Rey Dário.
Y aunque en esto he resistido,

no sé qual es mas valor,
salir de esto vencedor,
o de mí, si la he vencido.
Ay, Sila, que por tí muero;
mal he dicho, por tí vivo,
por tí con tu padre privo,
por tí a Alejandra no quiero.
Amor, haz que no me aflija
esta Reyna, y ponle ley,
basta que me quiere el Rey,
y yo tambien a su hija.
El gozo de hablar me priva,
y en el alma se atesora:
préciate de mí, señora,
como dice tu cautiva.
Pues tú lo quieres, Princesa;
yo parto contento a verte,
que quiero un rato tenerte
aora en mis brazos presa.

SCENA IV.

ORODANTE.

AQui me manda Rémulo que espere,
porque un negocio grave y importante
a solas consultar conmigo quiere;
pero el nuevo cuidado no es bastante

a torcer de sus pasos y camino
los dulces pensamientos de Orodante.
En Sila estoy, con Sila me imagino,
y asi es imaginado mi contento,
y tomado de veras desatino.
La mano diste, amor, al pensamiento:
hicístele subir, y a mí me dejas
embuelto con las armas del tormento.
¡O mas dura que marmol a mis quejas
¡O tigre transformado en la Princesa!
¿por qué de mi proposito te alejas?

SCENA V.

RÉMULO. OSTILO. ORODANTE.

Rémulo.

ASi que, como digo, nuestra empresa,
Ostilo, nos la impide la tardanza,
y es bien que a la fortuna demos priesa.

Ostilo.

Con ella, amigo Rémulo, se alcanza
la cosa mas dificil.

Rémulo.

Ya yo veo
al dulce egecutor de mi esperanza.

Ostilo.

Aguardando os estaba con deseo.

Rémulo.

¡O mi caro Orodante!

Ostilo.

¡O valeroso
retrato de tu padre Tolomeo!

Orodante.

Pues sabeis que es el llanto infructüoso,
amigos, no lloreis de tal manera,
que me teneis süspenso y congojoso.
Si acaso algun peligro se os espera,
o temeis recibir alguna afrenta,
y quereis que en venganza alguno muera,
dejad el llanto, y dadme de ello cuenta,
que no me falta esfuerzo, amado tio,
y haré que el que os ofende se arrepienta.

Rémulo.

¡Ay, amado sobrino y señor mio!
la lengua se embaraza, el pecho falta,
mis ojos cada qual se buelve un rio.

Ostilo.

El tiempo, fuerte Rémulo, nos falta:
acaba de contarlo.

Orodante.

Estoy suspenso

Rémulo.

¿Cómo podré contar cosa tan alta?
Aora es menester favor inmenso:
un aliento divino es necesario,

pa-

para contar el hecho por extenso?
un pecho de metal, o marmol pário:
un dios habrá de ser el que te habláre,
pasando de este límite ordinario,
y aun no sé, mi Orodante, si bastáre
a poder declararte lo que siento,
aunque el proprio Mercurio me ayudáre.
Suspende, o fuerte mozo, el pensamiento,
que los dioses te llaman de tan cerca
que está de esta deydad quejado el viento:
ya el hado venturoso se te acerca:
Amaltea derrama aqui su cuerno:
Marte fiero te infunde, y de armas cerca.

Ostilo.

No te turbes, ni alteres, joven tierno,
ni estraño te parezca este lenguage,
que el cielo te concede un gozo eterno:
no solo mudarás tu nombre y trage,
que tambien mudarás los pensamientos,
despues que te descubra tu linage.
Verás oy rebolver los elementos
por las manos de Rémulo y Ostilo,
quitando a los tiranos sus asientos.

Rémulo.

Ya sabes que en el tiempo mas tranquílo
le quitaron el cetro a Tolomeo,
tiñendo en roja sangre el ancho Nilo;
y con fuerzas tiranas a Acoréo

las rebeldes vanderas desplegando;
le cumplió la malicia su deseo:
al fin entró el tirano Rey triunfando;
con aquellos caudillos sobornados
que quisieron seguir su injusto vando.
Los palacios reales vi cercados,
y el triste Rey encima resistiendo
el barbaro furor de los soldados:
a la Reyna parida vi corriendo
con el niño llorando entre sus brazos;
el favor de los suyos inquiriendo:
despues la vi amarrar con fuertes lazos,
y el niño arrebatarselo del pecho,
y quererlo sembrar en mil pedazos.

Orodante.

Al cabo estoy, Señor, de todo el hecho:
mil veces me has contado esta mañana
las muertes y castigos que se han hecho:
bien sé que con traycion y astuta maña
se levantó este Principe Acoréo
con todo quanto el sacro Nilo baña;
y siendo capitan de Tolomeo,
(su natural Señor que el cielo encierra)
cometió tal delito enorme y feo:
movió a su proprio Rey sangrienta guerra;
él proprio por su mano le dió muerte,
y usurpó la corona, cetro, y tierra.

Ostilo.

Al cabo estás de todo, mas advierte
que los dos solamente resistimos
al tirano poder con brazo fuerte;
mas ya que muerto al Rey, Tirano vimos,
y el tirano cuchillo embravecido,
tambien a la miseria nos rendimos.

Rémulo.

En esto: : : pero aguarda, que me olvido:
la Reyna, como dije, apasionada,
con el tierno varon recien nacido,
atonita, medrosa, alborotada,
andaba por la casa discurriendo,
de solo el tierno niño acompañada.
Prendieronla, y al fin entonces viendo
el niño arrebatarle, saltó luego
con piedad y lastima, diciendo:
Amigo, si te mueve un blando ruego,
al inocente Principe perdona,
que yo por él, si quieres, te me entrego;
pues no defiende el triste su corona,
ni os impide el gozar su señorío,
ni ocupá la real silla su persona.
El llanto del infante con el mio
movieron a piedad, y a no ofendello:
el duro corazon se buelve frio.
Traìa yo un Mercurio de oro al cuello,
el qual le di por esto a aquel soldado,

y una rica sortija con mi sello.

Orodante.

Al fin murió el infante desdichado.

Ostilo.

Antes vive, Señor.

Orodante.

¿Cómo qué vive,
y no buelve a cobrar su ser y estado?

Rémulo.

¡O principe magnanimo! recibe
esfuerzo contra el barbaro arrogante,
y a la dura venganza te apercibe.
Tú eres, tú, Señor, el tierno infante,
a quien con gran secreto he yo tenido
con este nombre falso de Orodante:
Tolomeo, Señor, es tu apellido,
que aun esto, que del padre has heredado,
estubo casi a punto de perdido.
En Copero del Rey te he transformado,
con el nombre fingido de sobrino,
siendo tú mi Señor, yo tu criado.

Orodante.

¡O Osiris sacro! ¡ó Rey de lo divino!
¡Ay Rémulo! qué dices de mí, amigo?
estoy fuera de mí, no hallo camino.

Rémulo.

En suma la verdad es como digo,
que te puse en servicio de Acoréo,

y de todo es Ostilo buen testigo.

Ostilo.

O dichoso mancebo, en el qual veo
estar resplandecientes las virtudes
de nuestro ya difunto Tolomeo!
Los dioses oy te llaman, no lo dudes;
agora es menester que astutamente
procures de ayudarte, y nos ayudes.
Nosotros dos, en nombre de la gente
a tu bien y servicio congregada,
te juramos por Rey solemnemente.

Orodante.

Amigos, cuya fé tendré guardada
acá dentro del alma, mi persona
en buestras manos pongo asegurada.

Rémulo.

Con ellas te daremos la corona
que ciñe la cabeza del tirano,
cuyo furor a nadie no perdona.
Agora es menester que con la mano
que le diste la copa tantas veces,
el corazon le arranques inhumano;
y lleva en la memoria, que te ofreces
a vengar a tu padre Tolomeo,
a quien en nombre y ánimo pareces.

Orodante.

Yo juro por el cielo y Sol que veo,
que tengo de hacer copa donde beba;

de la cabeza y casco de Acoréo.

Rémulo.

Pues porque mas, Señor, te encienda y mueva
la sangre de tu padre mira agora,
que quiere de tu mano hacernos prueba.
Aqui delante de tu padre mora
esta sangre: venganza pide á voces
de aquella mano barbara y traydora.
Pareceme que dice: ¿no conoces,
ay hijo, que esta sangre te ha engendrado?
castiga ya los animos feroces.

Ostilo.

Tu padre el Rey, tu padre el desdichado
llevaba esta camisa el triste dia
que fue de vida y reyno despojado.

Orodante.

¡Ay sangre derramada! ay sangre fria!
Mui presto ansi vereis la de Acoréo:
si no pudiere ser, será la mia.
Amigos, a cumplir nuestro deseo:
a las armas al punto: no tardemos,
que ya es el detenernos caso feo.

Rémulo.

Aguardate, Señor, que nos perdemos:
primero es menester que los tres vamos,
y en engaño al tirano Rey tratemos.
Si la vida a Lupercio no quitamos,
(digo quitar) hacer que el Rey la quite,

lo mas cierto será que nos perdamos.

Orodante.

Pues vamos, que ya el cielo no permite,
¡ay padre! que dilate yo el vengarte.

Ostilo.

No llores, pues no harás que resucite.

Orodante.

Por vandera real, por estandarte,
llevar quiero continuo esta camisa:
esta será el gobierno en qualquier parte.

Ostilo.

Será conforme al hecho la divisa.

JORNADA SEGUNDA.

SCENA I.

LUPERCIO. SILA. *y otros.*

SEñora, si posible fuera darte
el pago que merecen las mercedes
que queriendo subirme y humillarte,
con manos liberales me concedes:::

Sila.

A dónde vas, Lupercio a remontarte:
bien sé que declarallo más no puedes,
que te turba la lengua ya lo veo,
y el tropel de razones el deseo.

Lupercio.

Amor me ha dado ya lo que dar pudo,
que es, Sila, descubrir mi pensamiento,
de fingidas retóricas desnudo,
diciendo con callarlo lo que siento;
y pues tú me conoces que soy rudo,
y el alma te ha mostrado su aposento,
sin que yo lo relate puedes verte,
y alli de lo que habrá satisfacerte.

Sila.

De verte tan rendido estoy contenta.

Lu-

Lupercio.

Y de verte contenta estoy yo loco.

Sila.

¡Mas, ay de mí, que un miedo me atormenta!
El cielo nos ayude, a quien invoco.
Temor tengo, Lupercio, que nos sienta
(porque al fin un contento dura poco)
mi padre los amores que tratamos,
y en lugar de gozarnos nos perdamos:
Y será cierta cosa, si entendiere
que yo la libertad te tengo dada
aunque a tí por tus meritos te quiere,
y a mí por hija dulce y regalada,
segun la rabia y cólera le hiere,
no podrá detener la fiera espada;
y olvidando servicios que le has hecho,
pondrá en egecucion lo que sospecho.

Lupercio.

No propongas, mi Sila, agüeros vanos,
que se cubre de luto el pensamiento:
cuidado se tendrán los Soberanos
de dar un dulce fin a nuestro intento.

Sila.

Un no sé qué me quita de entre manos
(¡ay mi dulce Lupercio!) este contento:
de algun original es esta sombra:
el pecho tiembla, el alma se me asombra.

Lupercio.

Temor es femenil.

Sila.

De temor pasa:
y ansi porque esta via no me impida,
allá en lo mas oculto de mi casa
haré que lumbre sacra sea encendida;
y encima de la ardiente y viva brasa,
de alguna obeja blanca y escogida,
pondré los palpitantes intestinos,
de las cosas ocultas adivinos.

Lupercio.

Pareceme, mi Sila, que es engaño,
y si no fuere engaño, desatino,
querer egecutar el bien o el daño
que dispone del cielo el Rey divino.
Si el mal ha de venir dentro de un año,
salir a recibirlo en el camino
pareceme locura: ¿qué aprovecha
estar siempre viviendo con sospecha?
Las víctimas ofrece y sacrificios,
suplicando a los dioses soberanos,
te quieran ser afables y propicios,
amparando tu suerte con sus manos;
y no para pronósticos ni indicios
ofrezcas esa obeja y huesos vanos:
allá deja, Señora, a Babilonia
hacer tan falso rito y ceremonia.

A aquel que espera el bien, el bien le viene.

Sila.

Muchas veces el mal, por no temello.

Lupercio.

¿Y qué mayor dolor que aquel que tiene
con la falsa sospecha el lazo al cuello?
Y porque estar aqui no nos combiene,
aunque sabes mi amor, si gusto de ello,
mi Sila, yo me voy.

Sila.

El alto cielo
te guarde, y haga falso mi recelo.

SCENA II.

ACORÈO. OSTILO. ORODANTE.

Acorèo.

NO quiero dilaciones, porque el hecho
me lleva arrebatado a la venganza,
y a ser con tristes muertes satisfecho.
Bien me pagas, rebelde la privanza,
y el hacerte segundo en el gobierno,
fundando en tus razones mi esperanza.
Pues vive la bondad del Rey eterno,
que el que quiso privarme de mi estado,
sin él ha de bajar al triste infierno.
Ostilo, mas que el alma, de mí amado.

yo juro por la vida que poseo
que quedes de tu fe y amor pagado.

Ostilo.

Invictisimo Principe Acoréo,
el verte con salud y paz reynando
es el premio mayor que yo deseo;
y si estamos el hecho dilatando,
y no cierras de presto aquel portillo
al rebelde esquadron y falso vando,
segun es belicoso su caudillo,
podrá ser que si el caso se dilata
nos siegue las cabezas a cuchillo.

Acoréo.

Escucha, que otro mal tambien me mata;
la Reyna en sus trayciones conjurada
de darme dura muerte con él trata:
tambien he descubierto esta celada
por medio de Orodante mi Copero,
aunque yo su traycion tenia pensada.
Relatame de nuevo, porque quiero
que lo sepas Ostilo, porque entiendas
que no sin gran razon de zelos muero.
¡O Reyna fementida, que me vendas!
¡y tú, traydor Lupercio, mal nacido,
que muestres defenderme, y que me ofendas!

Orodante.

Señor, como he contado pues, venido
alli donde la Reyna me esperaba.

Acoréo.

Verás un caso, Ostilo, nunca oido:

Orodante.

Admiréme de ver que me llamaba:
no pude imaginar lo que querria,
y mas quando la vi que sola estaba:
pasóme un no sé qué en la fantasía,
por verla tan alegre y descompuesta
que sierva, y no señora, parecia.
Lo primero, Señor, fue hacerme fiesta,
prometerme riquezas, grandes dones,
y que a todo mi bien estaba presta.
Notaba yo entre tanto sus razones,
pensando que quizá de amor nacian:
(que al fin de carne son los corazones)
mil varios pensamientos me acudian;
pero luego entendi su fin dañado,
y que el tuyo los suyos pretendian.
¡O fiero corazon de tigre ayrado!
¡o sediento furor, brava leona!
no puedo proseguir de desmayado:
traydora a tu marido y real corona.
Cada vez que lo pienso estoy temblando
de ver en lo que estima tu persona.

Ostilo aparte.

¡La atencion con que el Rey está escuchando
la mentira por Rémulo ordenada!
¡y el mozo cómo finge, y va contando!

 Oro-

Orodante.

Pues esta Reyna nuestra, de tí amada,
esa tu saludable compañera,
en vano por tu mal tan respetada,
Alejandra, Señor, la que antes era
tu sierva; y la tomaste por esposa,
y pluguiera a los dioses no lo fuera,
despues de aquella plática engañosa,
me mandaba, Señor, que te matase.

Acoréo.

¿Qué te parece, Ostilo?

Ostilo.

¡Fuerte cosa!

Orodante.

Veneno me mandaba que te echase
en el vino, Señor, y te le diese
al tiempo que la copa te llevase.
Algun dios huvo allí que me tubiese
de no darle la muerte merecida,
y que el fiero puñal su pecho abriese.
Al fin con voz humilde y comedida
le mostraba tu amor, mi fé, su daño,
y la grande importancia de tu vida.

Ostilo.

¡O dañada intencion! ¡ó caso estraño!
¡o traydora muger! Si es verdad esto,
de todas las demás me desengaño.

Orodante.

Mas ella como vió que estaba puesto
en no poner por obra sus trayciones,
(como el cielo será testigo de esto)
dejando las afables persuasiones,
con grandes juramentos me decia,
que echar haria mi cuerpo a los leones.
Pues viendo yo, Señor, que persistia
en aquella intencion determinada,
fingi de acomodarla con la mia.
Dejandola con esto asegurada,
(aunque siempre encargandome el secreto)
te vine a relatar esta embajada.
Y por el Sol y Luna te prometo,
y por los altos dioses celestiales,
a quien todo este suelo está sugeto:::

Acoréo.

No cuentes mas. ¿Has visto quantos males
el triste dia de hoy se han conjurado?
no sé qual es mayor.

Ostilo.

Serán iguales.

Acoréo.

Lupercio, como dices, ha juntado
su rebelde esquadron de vil canalla,
y pretende privarme de mi estado,
y esta Reyna, ¿qué digo? esta vasalla,
por medio del Copero, pretendia

minarme, como dicen, la muralla.
Mas todo lo merece quien confia
su honra de una vil y baja esclava,
y la admite por Reyna y compañia.
Pero dime, Orodante, a dónde estaba
la Reyna?

Orodante.

En el jardin.

Acoréo.

¿Acompañada?

Orodante.

¿No te he dicho que sola me aguardaba?

Acoréo.

Ostilo, la verdad está probada:
mi sospecha, tu aviso, y Orodante,
la dejan en mi pecho confirmada.

Ostilo.

Señor, antes que pases adelante,
me cuenta aquel negocio cómo queda,
porque es en nuestro caso oy importante.
Mira, sacro Señor, que si se enreda
en las manos de aquel esta maraña,
no habrá quien deshacerla despues pueda.

Acoréo.

Bien presto arrancarémos la cizaña,
que ya Rémulo entiende en lo tratado:
mas éste, si me avisa, o si me engaña,
en todo quanto aqui le he preguntado,

no ha mostrado turbarse, ni aun ser vario,
y siempre de una suerte lo ha contado.

Ostilo aparte.

Por cierto que es negocio necesario
que tenga un mentiroso gran memoria,
y no se contradiga en lo contrario.

Acoréo.

Combiene que esta culpa sea notoria,
porque quede en el mundo del castigo
el perdurable egemplo y la memoria. (*a Ostilo*
Antes de todo aquesto, Ostilo amigo, (*aparte.*
prender quiero a Orodante, porque quiero
probar si es verdadero este testigo.

Ostilo.

Si prendes, alto Rey, a tu Copero,
¿no ves que se sabrá la causa de esto?
la traycion de la Reyna lo primero,
su amor desenfrenado presupuesto,
tu deshonra tambien; y asi conviene
hacer la egecucion del caso presto.

Acoréo.

Veamos en qué punto el caso tiene
mi Rémulo, que aora aqui le esperó,
y no puede tardar; mas ved dó viene.

Ostilo.

El fin tendrá el negocio que yo espero.

SCE-

SCENA III.

ACORÉO. OSTILO. ORODANTE. RÉMUL

Rémulo.

TOdo queda apercibido,
digo lo mas importante.

Acoréo.

Mira que está aqui Orodante,
hablame, amigo al oído.

Apartanse a un lado Rémulo y Acoréo, y a otro Ostilo y Orodante.

Ostilo.

Bien van, Señor, nuestras cosas.
¿No ves qual está el tirano?
él nos quita el hacer llano
dos ofensas poderosas.
Muerto Lupercio, Señor,
a nadie en el Reyno temo,
porque es valiente en extremo,
y mui querido el traydor.
La Reyna tambien podia
impedir por cierto modo;
pero ya lo tengo todo,
como igual nos combenía:
ella morirá.

Orodante.

Que muera,

que tambien murió mi madre,
y su marido mi padre,
que ya mi venganza espera.
Pues vosotras, almas santas,
que dejando el mortal belo,
el dorado y claro cielo
pisais con divinas plantas,
bolved a ver la venganza
que por buestros cuerpos hago,
vereis como satisfago
a mi dolor y esperanza.

Ostilo.

Señor, no te aflijas tanto.

Orodante.

Mientras que sangre no saco,
estas animas aplaco
con este amoroso llanto.
Mas Rémulo alli está hablando
a solas con Acoréo,
que mui fundados los véo
mano a mano paseando.

Ostilo.

Señor, el Rey está ciego,
y Rémulo le asegura
con decir que le procura
la paz, descanso, y sosiego.

Orodante.

¿Cómo el Rey creyó tan presto

la traycion de su muger?

Ostilo.

Oy está para creer
que es de mil colores esto.
Está tal con el enojo,
que todo quanto se ofrece
verdadero le parece,
aunque le pase en antojo:
pero en lo de su muger,
él me jura que ha sabido
mui cierto que le ha ofendido.

Orodante.

Es hembra, bien puede ser.

Acoréo.

Ostilo.

Ostilo.

¿Qué mandais?

Acoréo.

Ya lo he sabido.

Orodante aparte.

Cómo abrazan al Rey los dos en vano,
teniendolo en secreto a mí vendido.
Egemplo he de tomar en el tirano
de no tener amor a lisonjeros,
ni dar a gente baja la real mano;
porque estos son al daño los primeros;
al fin un Rey será tirano o justo,
si lo fueren asi sus consejeros.

Las

Las voces está alzando el Rey injusto:
quiero oir lo que Ostilo le aconseja.

Rémulo.

Al fin puedes hacerlo por tu gusto.

Ostilo.

No te estorve la edad helada y vieja;
porque aquel que perdona alguna injuria,
a recibir segunda se apareja.

Orodante aparte.

Aquella no es justicia, sino furia;
porque antes es de Reyes propriamente
perdonar al que yerra y los injuria.

Rémulo.

Irémos pues los dos con nuestra gente;
porque el pueblo, Señor, no se levante,
si acaso tu rigor y enojo siente.

Acoréo.

Asi me lo parece, y al instante
haced lo que os he dicho.

Ostilo.

No habrá falta.

Rémulo.

Tú vente con nosotros, Orodante.

Acoréo.

Tú, traydora Alejandra, a quien tan alta
he puesto, y tú Lupercio, mal nacido,
aguardaos un poco, que mas falta.
¿Pensabades tenello concluido?

¿pen-

¿pensabades alzaros con mi estado?
pues al rebés, traydores, ha salido.
Tú, Sila lo tendrás, y yo el cuidado
de buscarte marido qual mereces,
despues que de estos dos me haya vengado:
que en todo propriamente te pareces
¡ó Sila! a la que yo maté por ésta,
de lo qual me arrepiento muchas veces.
¡Ay hija, y quan amargo que me cuesta
el haberte privado de tu madre,
y darte una madrastra deshonesta!
mas yo te mostraré de oy más ser padre.

SCENA IV.

LUPERCIO. ORILO.

Lupercio.
¿Y Qué quiere el Rey, Orilo?
Orilo.
No lo sé.
Lupercio.
Mucho me espanto,
que dices que ha estado tanto
con Rémulo y con Ostilo.
Orilo.
Señor, los dos han estado
mas de dos horas hablando.

Lu-

Lupercio.

No sé qué voy sospechando.

Orilo.

Yo tambien he sospechado.

SCENA V.

LUPERCIO. ORILO. PORTERO.

Portero.

DEtente un poco.

Lupercio.

No quiero.

Portero.

El Rey me embia a mandar
que no te dejáse entrar
sin avisarle primero.

Lupercio.

A mí?

Portero.

Sí, Señor, a tí.

Lupercio.

¿Qué puede ser esto, Orilo?
entra tú allá dentro, y dilo,
que entre tanto espero aqui.

SCENA VI.

LUPERCIO.

AQui debe haber gran mal
traycion es esta celada:
¿a mí negarme la entrada
en el aposento real?
Quiero entrar: pero no quiero
hasta ver en lo que pára,
que a no ser verdad, no osára
impedirmela el Portero.

SCENA VII.

LUPERCIO. ORILO.

Lupercio.
¿QUé responde el Rey, Orilo?
¿puedo entrar?
Orilo.
Señor, espera,
que el Rey dice saldrá fuera.
Lupercio.
¿Quién está con él?
Orilo.
Ostilo.

Lupercio.

¿Ostilo? ¿de quándo acá
priva con nuestro Rey tanto?
si eso es verdad, no me espanto
de como el negocio vá.
¡O dioses, y que dolor,
que priven mis enemigos,
y tambien que sean testigos
de hacerme el Rey disfavor!

SCENA VIII.

LUPERCIO. OSTILO. ORILO.

Ostilo.

HA, Señor Lupercio, ¿hay algo
en que poderme emplear?

Lupercio.

El Rey me hace aqui esperar.

Ostilo.

Solo está, que de alli salgo.

Lupercio.

Espantame esta tardanza,
y esperando me consumo.

Ostilo.

Abajarsele habrá el humo *aparte.*
aora de su privanza.
Yo me voy, el cielo os guarde

Conforme a buestro deseo:
¿Qué es esto, que triste os veo?
Veamonos esta tarde.

SCENA IX.

LUPERCIO. ORILO. *y otros.*

Lupercio.
¡O Traydor! aunque me adules,
eres causa de mi daño,
que bien entiendo tu engaño
por mas que lo disimules.

Orilo.
Escusar esta embajada,
Señor Lupercio, quisiera.
¡Ingrato Rey! ¿qué se espera
de tu voluntad dañada?

Lupercio.
¿Qué dice el Rey?

Orilo.
Señor, manda:
digo que manda, Señor::

Lupercio aparte.
Este Rémulo traydor,
sin duda con el Rey anda.

Orilo.
Que me dés tu espada luego.

Lu-

Lupercio.

¿Mi espada? ¿pues qué pretende?
¿por ventura se le ofende,
o interrumpe su sosiego?
No lo acabo de entender.

Orilo.

¿A mandamiento de Rey
que no se sugeta a ley,
qué es lo bueno?

Lupercio.

Obedecer.
Llevadle mi espada, amigos,
decidle, que no me afrenta,
pues yo se la doy sangrienta
de sus proprios enemigos:
que con esta le he vencido
al fuerte Rey de Etïopia,
y tambien por esta propria
era de todos temido.

Orilo.

Pues mas te manda el cruel,
y mayor de los tiranos:
que entregues tus fuertes manos
al lazo de este cordél;
y por si te hicieres fuerte,
cada qual con su alabarda
están los hombres de guarda
para atarte, o darte muerte.

Lupercio.

Fueran sus designios vanos,
a no tener la fé dada;
pero quando os di la espada,
propuse de dar las manos:
atad, amigos, atad.

Orilo.

Perdonanos, pues que es ley
la voluntad del que es Rey.

Lupercio.

Cumplase su voluntad.

Orilo.

¿Qué piedra habrá que no llore?
el claro cielo parece
que se enturbia y escurece,
por mas que Febo lo dore.

Lupercio.

¡Ay, mi Sila! si supieses
como tus tristes agüeros
han salido verdaderos,
quizá que me socorrieses.
En los altares sagrados
celebras sus sacrificios,
pidiendo me sean propicios
los dioses, que estan ayrados;
y aqui tu padre cruel,
a quien yo he servido tanto,
me tiene anegado en llanto,

y preso en este cordel.
Y causame mas dolor
el pensar que este castigo
tambien lo usará contigo,
siendo la causa de amor.

SCENA X.

Lupercio. Orilo. Acoréo.

Acoréo.

Con esa humildad fingida
tambien me engañó el rebelde:
andad, amigos, traelde,
pues no hay nadie que lo impida.
¡O Lupercio! ¿tú no eras
aquel á quien tanto amaba;
aquel a quien entregaba
toda mi gente y vanderas?
¿pues cómo atadas las manos
tienes en ese cordel?

Lupercio.

No lo sé.

Acoréo.

Yo sí, cruel,
por tus pensamientos vanos.
¿Cómo, traydor? ¿qué querias
usurparme la corona,

por ver mi fuerte persona
cargada de tantos dias?
¿y que en lo que tú me entiendes
me hayas dado tal deshonra?
¿Traydor, quitasme la honra,
y darme muerte pretendes?
pues tú y ella no vereis
cumplido ese mal deseo.

Lupercio.

Invictisimo Acoréo::::

Acoréo.

Llevadle:.¿ en qué os deteneis?

Lupercio.

Pues que tú mancebo has sido,
las culpas que causa amor
no las juzgues con rigor,
y mas a quien te ha servido;
y considera que soy
el que defendió tus leyes,
y te traje quatro Reyes
de la manera que estoy;
y de esto serán testigos
tantos esclavos y presos,
y las montañas de huesos
que ves de tus enemigos.
Y aunque sé que te ofendi,
mira con benignos ojos
bajo tus pies mil despojos

ganados todos por mí.
Esto sirva por disculpa,
que aunque hay muchos beneficios,
entre tan grandes servicios
no se parece mi culpa.

Acoréo.

No pudo el falso negar,
y dá la culpa al amor:
pues no se piense el traydor
que me podrá ya engañar.
Sabes, traydor, qué he notado?
que en defensa de tus culpas
no entiendo que te disculpas,
sino que te has condenado.
Ya yo entiendo tus hazañas
con falso nombre de fé;
pero lo que yo me sé
me descubren tus entrañas.
Llevadle al traydor asido.

Lupercio.

Señor:::

Acoréo.

Cerradle la boca.

Orilo.

¡O pecho de dura roca!

Acoréo.

Baste ya lo que te he oido.
Yo tengo de mostrar hoy

a todos estos traydores,
de mi cetro pretensores,
quién son ellos, y quién soy,
verán su pretension vana.
¿Pero qué furia me incita,
y al daño me precipita,
sediento de sangre humana?

SCENA XI.

Nuncio. *y otros.*

¿POr qué en los Ríféos montes no he nacido,
o allá en la inhabitable y fiera Hirçania,
fuera leche de tigres mi alimento?
Allá en la seca Libia ponzoñosa,
en medio las serpientes espantables,
dó no pisó jamás humana planta,
fuera mucho mejor pasar la vida
que aqui en la ciega Menfis, que solia
ser del Reyno de Egipto la cabeza;
y aora convertida está en morada
de las furias horrendas infernales:
aqui donde los dioses han cifrado
los pecados y males de este mundo:
aqui donde en los pechos de los hombres
están sedientos lobos escondidos,
El Sol se vá escondiendo buelto en sangre,

la tierra pone horror, y en torno tiembla,
los vientos van llevando las querellas
delante el consistorio de los dioses:
los niños, olvidados de la leche,
los pechos van rasgando de las madres
con las uñas y bocas ternezuelas,
los hombres van atónitos y mudos,
mirandose los unos a los otros:
las doncellas esparcen los cabellos,
y baten con furor las blancas palmas.
¿Qué es esto, Rey tirano? ¿por ventura
quieres que buelva el mundo a su principio?
Amigos, ayudadme a verter lagrimas,
de los de la inocente sangre amigos.
¿Qué lengua ha de bastar a decir esto;
y aunque cada cabello fuese lengua,
no de duro metal, mas de diamante,
no pudiera decir el caso horrible?
¡Ay mundo quan amarga es tu salida!
¡O duro trago, triste nombre, muerte,
comun medida á grandes y pequeños!
Quien vió a Lupercio pobre, pero bueno,
y quien le vió despues subir a tanto,
que era despues del Rey el mas temido,
aunque tambien de todos mas amado;
y quien le vió cargado de despojos
triunfar de mil naciones, ¡o fortuna!
ayer lo vimos, pues, de esta manera,

y oy puesto en las manos del verdugo.
¡O qué triste espectáculo se ordena
con las tristes reliquias que aquí traygo!
Ya sale el Rey, amigos, dejad esto
encima de esta mesa, y salid fuera.
¡O tú, viejo cruel, que estás aora
nadando en la inocente sangre hirbiente!
entiende que las furias de Atamante
harán triste venganza de este caso.

SCENA XII.

NUNCIO. ACORÉO.

Acoréo.

¿MUrió ya el alevoso fementido?
¿cumplióse mi precepto y mandamiento?

Nuncio.

Tu deseo y sus dias se han cumplido.

Acoréo.

Pues tú, porque se aumente mi contento,
relatame su muerte y mi sentencia,
que ya de la venganza el gozo siento.
¿Recibió su castigo con paciencia?

Nuncio.

Mas antes a los dioses inmortales
por testigos llamó de su inocencia.

Aco-

Acoréo.

Costumbre es ordinaria de estos tales
hacer esclamaciones mentirosas,
por dejar con horror a los mortales.
Mas pasando adelante en estas cosas,
acaba de contarnos el suceso
que tubieron sus trazas engañosas.

Nuncio.

De la torre salió, dó estaba preso,
arrastrando, Señor, una cadena,
al parecer de todos de gran peso.
La calle, de tu guardia estaba llena,
armada, porque el pueblo alborotado
no quisiese librarlo de la pena;
y aquel que poco atrás andubo armado
en medio sus vanderas vitoriosas,
lo vimos al verdugo encomendado.
En esto las trompetas lastimosas,
hicieron asomár a las ventanas
la multitud de virgines hermosas.
Alli vi yo arrancar las blancas canas,
y los rubios cabellos a manojos,
y despedir al cielo voces vanas:
alli vi humedecer, Señor, mil ojos;
y alli, si la verdad he de contarte,
decir que eran injustos tus antojos.
Acude gran tropel de cada parte,
atonitos, Señor, de ver atadas

las manos que ensalzaron tu estandarte.

Acoréo.

¡Há flacas voluntades engañadas!
Prosigue tu razon.

Nuncio.

De esta manera.

: :

Egipcios, buestro Rey muy alto, manda
que por traydor rebelde este hombre muera;
porque él y alguna gente de su vanda
formaban rebelion y guerra inicua,
con una injusta y barbara demanda.
Tambien otro delito se le aplica,
mayor que no los otros cometidos,
mas, por honra del Rey, no se publíca.
Llegados a la plaza, y repartidos
a cada esquina de ella mil soldados,
para algun alboroto apercibidos:
los hombres por las calles apiñados,
las mugeres en altos techos puestas,
con los tiernos hijuelos abrazados,
estaban, no qual suelen en las fiestas
y juegos, donde salen las doncellas
hermosas, adrezadas y compuestas,
mas antes derramando mil querellas.
Un grito de diversos fue formado,
bastante a derribar a las estrellas:
tenia ya el verdugo el brazo alzado,

quan-

quando el triste Lupercio, ¡ó caso fuerte!

Acorèo.

Prosigue tu razon, no estés turbado.

Nuncio.

Quejandose el cuitado de su suerte,
comienzó a decir de esta manera,
embueltas las palabras en la muerte:
Ya sabes, pueblo amado, yo quien era,
aunque el Rey riguroso se ha olvidado,
y manda que sin culpa aora muera.
: :
¡Quántas veces por mí fue destruida
la enemiga Nacion! ¡y quántas veces
pospuse por el Rey la triste vida!

Acorèo.

Parece que te turbas y entristeces:
¿de qué lloras, cobarde?

Nuncio.

Al fin llamaba
a los dioses supremos por Jüeces;
y viendo que ya el vulgo comenzaba
a decir viva, viva, el varon fuerte
que no lo libertasen los rogaba,
diciendo: pues el Rey me da la muerte,
¿quién piensa revocarle la sentencia,
y a mí el fin mas precioso de mi suerte?

Acorèo.

¡O qué manso cordero en la apariencia!

y en secreto el rebelde procuraba
usurparme mi cetro y mi potencia.

Nuncio.

Y en tanto que la gente lo miraba,
poniendo sin turbarse el brazo drecho,
encima de un madero que alli estaba:
Egipcios, dijo, el brazo que os ha hecho
de tantos enemigos ir triunfando,
mediante el valeroso y fuerte pecho,
mirad con qué obediencia está aguardando
el golpe :: y en diciendo, Señor, esto,
se le andaba la voz adelgazando:
los ojos le cerraron, y de presto
le fue el valiente brazo destrozado
alli donde lo tubo el triste puesto;
y luego en su lugar con pecho osado
el otro brazo puso, (¡ó caso estraño!)
y asi tambien, Señor, le fue cortado;
al momento despide un rojo caño,
y tal que de las dos heridas fieras
baña toda la tierra de su daño.
Señor, si en este punto tú le vieras,
yo sé que te dobláras a clemencia,
aunque fiero leon o tigre fueras.

Acorto.

Prosigue, no exageres su paciencia,
que no soy yo piadosa mugercilla,
que llora de qualquiera impertinencia.

Nun-

Nuncio.

En esto ante el madero se arrodilla,
tendiendo el triste cuello (¡ay me!) desnudo,
que a compasion movió y a maravilla.
El cuchillo de presto el filo agudo
segó las tristes venas y garganta;
pero no de una vez cortallo pudo.
Un grito lamentable se levanta:
turbabase el sangriento carnicero,
y asi estubo el cuitado en pena tanta.
Dos golpes bolvió a dar, y del postrero
la cabeza saltó del varon fuerte,
y dos veces gritó: sin culpa muero.

Acoréo.

¡O traydor mentiroso hasta la muerte!
Prosigue.

Nuncio.

¿No te cansan mis razones?

Acoréo.

Harto mas me amohina el detenerte.

Nuncio.

La sangre, que brotaba a borbollones,
y lo demás, Señor, se guardó al punto,
para ver lo que mandas y dispones.

Acoréo.

¿Y el crudo corazon?

Nuncio.

Tambien va junto.

Ay que eso me olvidaba: palpitando
lo arrancaron del pecho ya difunto.

Acoréo.

A la Reyna llamad: ¿qué estais llorando?
decid que salga aqui sin compañia:
decidla que sea presto, que lo mando;
verá cesado el fin que pretendia,
su intencion derribada por el suelo
y firme en su lugar tambien la mia.
¡O sumo Plasmador y Rey del cielo,
cuyo Reyno los hijos de la tierra
quisieron usurpar con el del suelo!
¡qué gracias te daré por esta guerra
y fiera rebelion que has estorbado!
mas tuyo es castigar aquel que yerra.

SCENA XIII.

ALEJANDRA. ACOREO. NUNCIO. ORILO.

Alejandra.

De nuevo va creciendo mi cuidado:
parece que los pies me están trabando:
el corazon me salta alborotado:
algun dolor me va pronosticando.

Orilo.

¡Qué tal, si lo supieses, desdichada!
¿No ves que el Rey, Señora, está esperando?

Aco-

Acoréo.

¡O Alejandra!

Alejandra.

Señor.

Acoréo.

Muger amada.

Alejandra.

: :
Temblando estoy, atonita, y turbada.

Acoréo.

Sabrás que habrá dos horas o mas que hice
a los dioses del sueño un sacrificio,
y quiero que de oy más se solemnice;
porque anoche soñé que en mi servicio
estaban un leon y una leona
regalados y puestos en el vicio,
y que asiendo los dos de mi persona,
con las uñas y boca me mataban,
gozandose despues con mi corona.
Yo viendo que los dioses me avisaban
con el sueño cruel, procuré luego
aplacar el furor que me mostraban.
Mandé sobre un altar encender fuego,
y un toro blanco y negro he degollado,
pidiendo por su medio mi sosiego,
cuya sangre guardar aqui he mandado,
para mas aplacar los soberanos,
si en algo les habemos enojado.

Labemonos en ella, pues, las manos,
y suplica, Alejandra, por tu parte,
que los sueños horrendos salgan vanos.
¿Reúsas, Alejandra, dí, el labarte?

Alejandra.

¡Qué nuevos sacrificios!

Acoréo.

Laba presto.

Alejandra.

Por fuerza he, sacro Rey, de contentarte.

Acoréo.

Encima aquella mesa tengo puesto
lo que resta del toro, quita el paño.

Alejandra.

La mano está temblando en tocar esto:
en un sudor helado el cuerpo baño.

Acoréo.

Acaba de quitarlo.

Alejanda.

¡O Soberano!

Acoréo.

Con esto, pues, se remedió mi daño.

Alejandra.

¡Ay me, tirano crudo! ¡ay me, tirano!
¿cómo, lobo sangriento, cómo pudo
verter tán noble sangre tu cruel mano?
¡Ay me, que a la garganta tengo un nudo!
¡O dioses, que mirais lo que aqui veo!

mas

mas pues no dais castigo, no lo dudo.

Acoréo.

Cumplido se ha, Alejandra, tu deseo.
Aqui ves a Lupercio coronado
con la rica corona de Acoréo.

Alejandra.

¿Por qué tan triste cosa me has mostrado?

Acoréo.

Ingrata esclava, ¿miras el contento
que tú y ese rebelde me habeis dado?

Alejandra.

¿No es este, (¡ay me cuitada, que ya siento
acabarse la vida poco a poco!)
no es Lupercio?

Ostilo.

Faltado le ha el aliento.
¡En qué pones las gentes, amor loco! *aparte.*
mira la triste Reyna.

Alejandra.

¡Que es posible
que es este aquel Lupercio, y que lo toco!

Orilo.

¡Espectáculo fiero, caso horrible!

Acoréo.

¿Cómo, Alejandra, no miras
este noble corazon,
dó se forjó la traycion,
cubierto de mil mentiras?

Y pues el tuyo, cruel,
te bolvió conmigo dura,
miralo, que por ventura
está tu retrato en él.
Esos son aquellos brazos,
por los quales me aborreces,
que ciñeron tantas veces
tu cuello con torpes lazos.
Estos son contra mi honra
aquellos brazos valientes,
y estos los pies diligentes
en procurar mi deshonra.
Mira tambien la cabeza,
la boca, los claros ojos:
huelga con tales despojos:
miralos pieza por pieza;
que por quererlos tú tanto,
los he mandado guardar.
¿Piensasle resucitar
aora con ese llanto?

Alejandra.

¿Qué culpa tiene, (¡ay que muero!)
Lupercio, de mi aficion?
Yo le quise, y con razon,
yo le quise bien, y quiero.
Alma, que dejaste aqui
tu cuerpo despedazado,
si tu enojo se ha pasado,

di-

digo el que fue contra mí;
no estés pidiendo venganza
a los dioses soberanos,
que yo con mis proprias manos
pienso hacerla sin tardanza.
Vosotras, fieras, ¿qué haceis
que no os entrais por mis venas?
entrad, y dejadlas llenas
del veneno que teneis.
Lobo sangriento, ¿qué miras?
Cielos, rasgaos con mi llanto:
¿dioses, por qué tardais tanto?
lloved aqui buesttas iras.

Orilo.

¡Con qué gritos la venganza
le pide el fiero dolor!
¡y cómo crece el amor
quando falta la esperanza!

Acorèo.

Rabiosa fiera, ¿qué piensas
que ha cesado mi castigo?
verás pues como prosigo:
prosigue en hacerme ofensas.
Quedate, esclava, rabiando,
pues ya tu daño conoces,
y mira que de tus voces
se están los dioses burlando.

SCENA XIV.

ALEJANDRA.

NO puedo triste vengarme.
¡O vosotros, soberanos!
ya que me faltan las manos,
dadme voz para quejarme.
Cielos, justicia, venganza:
no os atapeis los oidos
dioses sordos adormidos,
si algo con ruegos se alcanza.
Y pues que los celestiales
niegan tambien su favor,
salid del eterno horror,
negros dioses infernales.
¿Por qué no temblaste, suelo?
¿por qué las piedras no saltan?
¿Qué es esto, que todos faltan,
y no llueve sangre el cielo?

SCENA XV.

ALEJANDRA, ORILO.

Orilo.

¡O Casa llena de llanto,
sepultura de las vidas,
llena de muertes y heridas,

de

de fiera crueldad y espanto!
El cielo sabe, Señora,
que mas quisiera la muerte
que presentarte y traerte
esto que verás aora.
Este Rey, a quien destruya
el cielo con brazo fuerte,
en esta reciente muerte
quiere que mires la tuya:
que para fin de tu mal,
dice que más no te aflijas,
sino que tú propria elijas
soga, veneno, o puñal:
mira qual de estos mas quieres,
que aqui te lo traygo todo:
toma la muerte a tu modo,
muere aqui como quisieres.
Y mandóme el Rey tirano,
¡ay que tiemblo de avisarte!
que si no quieres matarte,
que te mate con mi mano.
¡Mira qué triste embajada!
¡mira qué horrendo presente!
¿velo el cielo, y lo consiente?
Themis está desterrada.
¡Qué desmayo le ha tomado!
¡ay que en hielo se convierte!
la embajada de su muerte

puede ser se lo haya dado;

Alejandra.

Orilo.

Orilo.

Señora.

Alejandra.

Muestra
esa rigurosa daga,
que quiero que aora haga
lo que pidiere mi diestra.
Dura punta, que has de entrar
al centro del triste pecho,
y tú tambien, brazo drecho,
daos priesa de acabar.
¿De qué tiemblas, brazo flojo?
rompe ya sin ningun duelo,
y deja este triste suelo
tambien con mi sangre rojo.
Al fin, muerte, eres amarga;
hora vengas brevemente,
hora cojas al doliente
al cabo de vida larga.
No tiene valor mi brazo:
mejor es tomar veneno:
¿mas qué medio en muerte hay bueno?
Mas breve es el duro lazo:
venid acá, pues, cordel,
ceñid este triste cuello:

no le estorbeis vos, cabello,
que un tiempo os amó el cruel.
Pero ya es tiempo que muera:
amigo, toma este cabo,
sube, y ponlo en aquel clavo:
mas detente.

Orilo.

Qué hay?

Alejandra.

Espera.

Orilo.

¿Verdad es esto, o lo sueño?
¿Qué tengo, dioses, delante?
¿Este pecho es de diamante?
¿Soy hijo de alguna peña?
¿Qué ojos pueden mirar
una dama en tal estado,
al cuello el cordel echado,
y no le vaya a quitar?
Mas ay que el pasar la pena
por ella es negocio fuerte:
¡ay que el temor de mi muerte
hace no estorbar la agena!

Alejandra.

¡Ay cuitada, que mas peno
con detenerme en tal paso!
venid acá, pues, vos vaso,
beberé buestro veneno.

Dio-

Dioses, en esta partida
hacedme constante y fuerte
para recibir la muerte,
pues es el fin de la vida.
¡Mas ay qué poco aprovecha
disfrazarla con tal nombre!
al fin no hay quien no se asombre,
triste muerte, de tu flecha.
Muchos te llaman reposo,
y dicen que te desean,
mas quando tus puertas vean
ninguno será animoso.
Esa tu sangrienta toga,
vencedora de la vida,
tienes aora escondida
en este veneno y soga.
¡Qué facil es el decir
a los mortales: ven muerte!
¡mas ay, que es un trago fuerte
el decir has de morir!
¡Mas ay, Alejandra floja,
mira que esta sangre llora!
poco sientes, pues aora
no te acaba la congoja.
Y tú, triste mensagero,
testigo de mi dolor,
dirás al Rey tu Señor,
como mui contenta muero.

Contenta voy de que sé
que aunque me dá muerte así,
no me dará cosa a mí
que el tiempo no se la dé.

Orilo.

Aunque yo fuera de roca,
a llorar me provocára.
¿No veis con qué triste cara
el vaso llega a la boca?
Quanto menos la tardanza
admitas, y el beber oses,
es dar mas causa a los dioses
para la justa venganza.
Esfuerza, Señora, esfuerza
en tan grande adversidad,
y toma con voluntad
lo que se ha de hacer por fuerza:
que quando la muerte fiera
no diera mas con su mano
que apartarte del tirano,
mui bastante ocasion fuera:
quanto mas que quien derrama
su sangre con brazo fuerte,
con la sombra de su muerte
hace perpetua su fama.
Mira que este triste trago,
que aqui te amedrenta aora,
lo eligió la fundadora

de

de la Ciudad de Cartago:
y muchas otras ha habido,
que sin ser, qual tú, forzadas,
con rigurosas espadas
se han a la muerte ofrecido.

Alejandra.

¿Al fin tengo de beberte?
¡ay triste y horrendo paso!
¡Ay dioses, que en este vaso
esté cifrada mi muerte!
¿Que en efecto he de morir?

Orilo.

A las tuyas, o a mis manos.

Alejandra.

¡Altos dioses soberanos, *Aqui bebe del vaso.*
que podais esto sufrir!

Orilo.

Al fin esto está ya hecho:
ella morirá bien presto.

Alejandra.

Inmensos dioses, qué esto?
¡ay que se me abrasa el pecho!

Orilo.

Yo se lo voy a decir
al Rey, que asi lo ha mandado;
porque está tan obstinado
que la quiere ver morir.

SCE-

SCENA XVI.

ALEJANDRA.

¡AY que no reposo un punto!
¡dónde me llevas, furor!
¡ay que me ponen horror
los miembros de este difunto!
¡Qué sed es esta tan fiera,
que me exalo por la boca!
El dolor me tiene loca,
y lleva de esta manera.
Corona dura y pesada,
lazo de mi perdicion,
dejadme, que no ès razon
que muera yo coronada.
En esta mi triste suerte
mui gloriosa estoy por cierto,
acompañada de un muerto,
y luchando con la muerte!

SCENA XVII.

ALEJANDRA. ACORÉO. ORILO.

Alejandra.
¿DOnde salis, Rey tirano?
Acoréo.
A verte por mi contento.

Ale-

Alejandra.

¡O fiero monstruo sediento,
monstruo del generó humano!
Dulce el veneno me fuera,
si despues de su bebida,
esa sangre endurecida
para remedio bebiera.
Mas porque sepan las gentes,
que ya que la fuerza mengua:::

Orilo.

Arrojado le ha la lengua,
y cortado con los dientes.

Alejandra.

A, á, á.

Acoréo.

¿Qué estás llamando?
Yo estoy mui contento aora
de verte sin lengua: llora
y muere, perra, rabiando.
¡Qué lleno estoy de trofeos
de ver esta sangre aqui,
pues les he atajado asi
los ambiciosos deseos!
Llevad estos cuerpos luego:
el de Lupercio pondreis
en la torre dó sabeis,
y el de la Reyna en un fuego.
Vayan luego pregonando,

que muera aquel que quitáre
esta cabeza, y osáre
contravenir a mi mando.
Quede clavado el traydor
donde la gente lo vea,
veremos quien lo desea.
Entendeisme?

Orilo.

Sí Señor.

SCENA XVIII.

Acoréo.

AOra estoy contento, que he quitado
de mi honra la mancha que tenia,
y que en sangre traydora estoy bañado
de quien pensó bañarse con la mia.
Ese furor rebelde alborotado,
que quitarme mi cetro pretendia,
entre aora a mirar a su caudillo,
que le dió la corona mi cuchillo.
Engañase por cierto quien afirma,
que es coluna del cielo la clemencia,
y que el peso real sobre ella afirma,
el cetro, la corona, y la potencia:
antes ella los animos confirma
en negar el tributo y obediencia,

y

y mueve las plebeyas voluntades,
amigas de discordia y novedades.
La mano de los Reyes poderosa,
siempre debe mostrar rigor terrible:
jamas mostrarse afable ni amorosa,
mas siempre justiciera é invencible.
El ser temido un Rey, es facil cosa:
el ser amado sí que es imposible;
y asi por estas cosas le combiene
mostrar, que mas furor que piedad tiene.
El Rey de lo divino y de lo humano,
en su sacra figura nos lo muestra;
pues quando está en el trono soberano,
tiene rayos ardientes en la diestra;
y si acaso los deja de la mano,
y se viste figura y forma nuestra,
aora en blanco cisne, aora en toro,
le pierden la obediencia y el decoro.
Mas, ay, que allá en las calles, me parece
que siento gran estruendo de atambores:
la grita y alboroto ronco crece:
ya suenan en palacio los clamores:
algun nuevo trabajo se me ofrece:
sin duda es rebelion de los traydores,
que viendo su caudillo derribado
alguna empresa vana han intentado.

SCE-

SCENA XIX.

ACORÉO. ORILO.

Orilo.

¿A Dónde estás, Señor? ¡ay cielo, ayuda!

Acoréo.

Orilo.

Orilo.

Oye.

Acoréo.

Qué dices?

Orilo.

¡Ay me triste!

¡O barbaro furor! ó gente cruda!
¡ay tu vida, Señor, en qué consiste!

Acoréo.

Acaba de sacarme de esta duda.

Orilo.

Resiste, ¡ó grande Jupiter! resiste
el furioso esquadron, que ya se acerca,
y la casa real en torno cerca.

Acoréo.

¿Quien es la causa de esto? no respondes?

Orilo.

Señor, que si tu mano no socorre,
y a nuestras peticiones no respondes,
tras la dura venganza el pueblo corre.

¿Qué haces tú, Señor, que no te escondes,
o subes a encerrarte en una torre?

Acoréo.

Acaba de contar lo que dilatas.

Orilo.

¡Ay, cielos!

Acoréo.

¿No prosigues? que me matas.

Orilo.

Las calles van, Señor, de gente hirbiendo,
plebeyos, y del vando ciudadano,
y a todas partes andan reluciendo
los templados aceros de Vulcano:
libertad, libertad, vienen diciendo:
buelva el Rey natural, muera el tirano;
y aun las flacas mugeres con sus voces
les encienden los ánimos feroces.
Tu cabeza real, Señor, pretenden
por premio solamente de la guerra:
que ni casas ni templos nos ofenden,
ni procuran despojos de la tierra.
Los tuyos son, Señor, los que te venden:
en estos el preciso mal se encierra.

Acoréo.

¿Y quien son los caudillos?

Orilo.

¡Ay me!

Acorêo.

Dilo.

Orilo.

Esos traydores, Rémulo y Ostilo.
En medio de la plaza vi que estaban
las rebeldes esquadras animando,
y a todos al asalto despertaban,
prometiendo riquezas y mandando:
las vanderas secretas desplegaban,
y un sangriento pendon enarbolando;
y viene por caudillo y Rey delante
aquel rapáz.

Acorêo.

Quién dices?

Orilo.

Orodante.

Acorêo.

¡Ay dioses, que ya entiendo su maraña:
por eso los traydores me decian
que Lupercio formaba una cizaña,
y a que le diera muerte me inducian!
El Copero tambien con falsa maña,
y los dos alevosos me fingian
que la Reyna forjaba tal engaño:
¡ay dioses, tarde llega el desengaño!
¡Ay Lupercio, mi amparo, que solias
tener el pueblo en paz y sosegado,
y en casos semejantes resistias

con prudente consejo y brazo osado!
Tú mi cetro y corona mantenias,
y yo de los traydores incitado,
pagué tu voluntad con fin sangriento.
(¡ay triste, quan en vano me arrepiento!)
¿Mas qué sirve llorar? Orilo, corre:
dí que toda la gente de mi guarda
se ponga repartida en cada torre:
derriben las canteras, la pez arda,
que si el cielo cruel no nos socorre,
y en darnos su favor inmenso tarda,
rendirémos las vidas torpemente
al barbaro furor y loca gente.
Mas no tengo la sangre yo tan fria
que no venda primero bien la vida.
Venid acá, pues, vos espada mia,
que de estar en la vayna estais asida:
¿no sois aquella misma que solia
de tantos enemigos ser temida?
bolved aora, pues, en mí defensa
el usado rigor y fiera ofensa.

SCENA XX.

ACORÉO. UNA VISION.

Vision.

¿A Dónde vas, tirano endurecido?

Acoréo.

¡O cielos, que vision es la que veo!

Vision.

¿De qué te turbas: hasme conocido?
yo soy el Rey difunto Tolomeo.
¿Pensabas que los dioses en olvido
han puesto tu delito? dí, Acoréo:
¿no vés que estas heridas y señales
dan voces a los dioses inmortales?
¿No ves que esa corona no consiente
estar en la cabeza de tiranos?
pues oy la perderás infamemente,
y dejarás el cetro de las manos.

Acoréo.

Seguidme valerosa y fuerte gente,
que aunque pése a los dioses soberanos,
sacaré mentirosos sus agüeros:
seguidme, que es deshonra el ser postreros.

JORNADA TERCERA.

SCENA I.

ACORÉO, Y UNOS NIÑOS. ORODANTE, RÉMULO, OSTILO, Y SOLDADOS, *que salen marchando con vanderas y cajas.*

Rémulo.

AUnque muestre la gente de esta parte
tener en gran defensa su castillo,
en él has esta noche de alvergarte,
y pasar sus soldados a cuchillo.

Acoréo.

Eres tú, dí, mancebo, el bravo Marte
a quien estos eligen por caudillo?

Orodante.

Yo soy, viejo cruel, el que procura
tu muerte, si me ayuda la ventura.

Acoréo.

Mancebo temerario, envanecido
por vanas persuasiones jactanciosas,
¿qué fuerzas infernales te han movido
a sacar esas armas rigurosas?

Orodante.

¡O lobo en piel de obeja revestido!
¿hablar en mi presencia, traydor osas?

muy

muy presto se verán esas almenas,
de tus miembros infames estar llenas.

Acoréo.

Y vosotros, traydores consejeros,
a quien mueve, no amor, sino codicia,
¿ pensais, ingratos, falsos, jamás veros
llegar a donde os lleva la malicia?
No permiten los dioses justicieros
que asi se pierda y tuerza su justicia,
ni este tan flaco y débil Acoréo
quéde la puerta abierta a tal deseo.
¿No tiene cada qual un hijo amado
en la casa real a mi servicio?
con estos pienso, pues, salvar mi estado,
haciendo al cielo de ellos sacrificio.
¡ Ay niños! buestros padres han dejado
estas tiernas gargantas al suplicio.
De este duro cuchillo, mi esperanza
en vosotros consiste, o la venganza.
Pedid a buestros padres ya clemencia:
juntad las tiernas manos; y llorando,
por escudo poned buestra inocencia,
las vidas a los buestros demandando.

Niños.

¡ Ay padres, que morimos!

Orilo.

¡ Qué paciencia
podrá ver a los hijos suplicando

que los libren de muerte, y que lo nieguen,
por mas que con el llanto se les rueguen!

Niños.

Amados padres, padres rigurosos,
¿en qué, decid, os hemos ofendido?

Rémulo.

¡Ay hijos!

Niños.

Dulces padres amorosos,

Acoréo.

¿Pensais hacer vosotros lo que os pido?
que si no, por los dioses poderosos,
que este fiero cuchillo embravecido,
divida buestros hijos en mil piezas,
y este brazo os arroje sus cabezas.

Orilo.

Vosotros, dulces padres (que por tales
os tengo de tener) tened clemencia
de los tiernos hijuelos naturales:
mirad que a mí me mueve su presencia:
no sufrais por un bien tan graves males,
que desde aqui desisto de la herencia:
librad los que engendrasteis, de la muerte:
rendid las voluntades a la suerte.

Ostilo.

Por la Estigia laguna, juramento
a los hombres y dioses espantoso,
que no me mude un punto de mi intento

el

el llanto de estos niños lastimoso.
Cruel viejo, cruel, si estás sediento
(¡ó tigre, ó lobo fiero y riguroso!)
de beber nuestra sangre, bebe presto,
pues no puede ablandarnos algo de esto.

Rémulo.

¿Pensabais, duro viejo, por tal medio
escapar de las manos de la muerte?
Imposible es, tirano, tu remedio:
no puedes detenernos, ni absconderte:
porque pongas un niño de por medio
¿imaginas torcer mi pecho fuerte?
pues haz lo que pudieres, que no piensa
desistir este brazo de tu ofensa.

Acoréo.

Crueles con la sangre propria buestra,
(*Aqui les corta las cabezas a los niños.*)
tomad esas cabezas inocentes
que os arroja, traydores, esta diestra,
y arrojará los miembros remanentes:
en vano habeis, rebeldes, hecho muestra,
con barbara jactancia, de valientes,
pues ya quedais sin hijos regalados,
y en los mismos peligros engolfados.

Orodante.

Cabezas inocentes, que este suelo
dejais con buestra sangre matizado,
yo juro por los dioses (si en el cielo

hay

hay quien tenga del mundo algun cuidado)
de no tomar reposo ni consuelo
hasta ver por mi brazo degollado
al tirano cruel buestro homicida,
pagando buestras muertes con su vida.

Ostilo.

Prosigase el asalto fieramente:
escalas arrimad a todas partes;
poned en esas puertas fuego ardiente;
mostraos oy, soldados, bravos Martes;
proseguid la venganza virilmente:
alzad esos sangrientos estandartes:
subid, que yo tambien me determino
a allanar con la espada tal camino.

SCENA II.

Aqui se ha de hacer una escaramuza, saliendo por todas partes la gente: el Principe, Rémulo, y Ostilo han de entrar corriendo dentro: despues ha de salir el Principe solo.

ORODANTE.

¡AY promesas inciertas de fortuna!
¡O felices principios lisonjeros,
en quien no suele haber firmeza alguna!
¡Ay padres! ay amigos! ay guerreros!

ay

¡ay Rémulo y Ostilo mis amigos!
a un tiempo fue el ganaros y perderos.
Los dioses y los hombres sean testigos
que prometo vengaros de manera
que vivan poco mas los enemigos.
Ninguno ha de quedar que aqui no muera:
no traten de clemencia ni concierto,
que no se han de librar de muerte fiera.
¡Ay padres! ay amigos! qué os han muerto?
ay ojos! combertíos en turbias fuentes:
llorad el repentino desconcierto.
Las muertes de los hijos inocentes,
de tan ciego furor les encendieron
los pechos lastimados y valientes,
que en medio de las armas se ofrecieron,
bramando por venganza de tal suerte
que las vidas cansadas los dos dieron.
El centro de las vidas es la muerte:
alli páran los cetros y coronas,
el pobre, el principal, el flaco, y fuerte.
¡O muerte! (ya que a nadie no perdonas)
buscáras ocasion menos dañosa,
o hicieras diferencia de personas.
Estaba la batalla rigurosa
en el herbor mayor y resistencia,
cada parte arrogante y animosa,
quando Rémulo, falto de paciencia,
con un ánimo fuerte, qual tubiera

con la robusta y fuerte adolescencia,
allí donde el tumulto mayor era,
como fiero leon asi se arroja
que el mas fuerte mancebo lo temiera.
De arriba cada qual con furia arroja
aquello que la mano alcanzar pudo,
procurando teñirlo en sangre roja:
mas todo lo resiste el viejo crudo.
Trepando por la escala mas inhiesta,
cubierto y amparado de su escudo,
fortuna rebolvió su rueda presta,
guiando unasaeta al pecho duro,
por quien la gente estaba en temor presta.
Estaba ya el cuitado sobre el muro,
y cargando los golpes mas espesos,
batió con la cabeza el suelo duro,
dejólo rociado con sus sesos.
Ostilo de otro golpe dió la vida:
mirad qué miserables dos sucesos.
¿No es esta de la gente endurecida
que defienden su Rey? Prendedles luego:
prendedlos, sin que escusa les sea oida.

SCENA III.

ORODANTE. ORILO. FABIO, *y otros.*

Orilo.

SEñor, si no te mueve un blando ruego,
ablandete mirar que procuramos
tu Reyno, tu quietud, y tu sosiego:
de nuestra voluntad nos entregamos,
y venimos a darte cierta cosa,...
por medio de la qual te suplicamos:::

Orodante.

¡O gente fementida y mentirosa!
acabad ya, soldados, de llevarlos.

Orilo.

Señor, oye a tu gente dolorosa:
¿qué se puede perder en escucharlos?

Orodante.

Decid con brevedad; mas mi deseo
solo se paga con hacer matarlos.

Fabio.

Por verte en tal peligro, Tolomeo,
sin esos dos caudillos que has perdido,
y tan contento el barbaro Acoréo,
qualquiera de nosotros atrevido
estaba procurando tu venganza,
y el cetro tan en vano defendido.
Este brazo, Señor, con su pujanza

cor-

cortó la triste vida al Rey tirano,
sus bajos pensamientos y esperanza.

Orilo.

Andaban con orgullo y furor vano
jactandose, Señor, de ver vencidos
a muchos de los tuyos por su mano.
Nosotros dos entonces, encendidos
en verdadero amor de tu obediencia,
y por ella incitados y movidos,
dejando la tirana resistencia,
en que estabamos ciegos ocupados,
bolvimos contra el Rey nuestra violencia.
Quisieran defendello sus soldados,
a quien con grandes voces él llamaba,
y a nosotros, traydores sobornados.
Qualquiera de nosotros procuraba
con manos diligentes y razones
a la gente ablandar, que dura estaba.
Al fin los obstinados corazones
reducimos, Señor, a tu servicio,
con harta sangre nuestra, y persuasiones:
y yo, para tenerte mas propicio,
al Rey quité la vida y la corona,
poniendo paz con este sacrificio.
Por Rey el pueblo Egipcio te corona,
y el palacio real te está pidiendo
le elijas por descanso a tu persona.
A tus pies nos postramos, proponiendo

amor y lealtad perpetuamente,
tu sacra voluntad obedeciendo.

Fabio.

Recibe la corona, Rey clemente,
que ciñó de tu padre la cabeza,
despues la del tirano injustamente:
en ella hay engastada cierta pieza,
que aunque es falsa la piedra, por ventura
te dará gran contento su belleza,
pues tu Reyno con ella se asegura.

Orodante.

Al fin llegaste a mis manos,
cabeza de aquel traydor,
(aunque embuelta en mi dolor
egemplo de los tiranos.
¿Pensabas que el cielo eterno
estaba ya descuidado
de darnos a mí mi estado,
y a tí el merecido infierno?
¡Há desventurado loco,
miserable, y avariento!
¿no ves que lo que es violento,
es cierto que dura poco?
¿No mirabas, Acoréo,
tu totable perdicion?
pero ciega la traycion
un ambicioso deseo.
¿Eres tú, traydor, aquel

que

que dió la muerte a mi padre,
y a la miserable madre
suspendiste de un cordel?
Y vosotros, inhumanos,
(que al fin, aunque fue traydor,
fue buestro proprio Señor
el que poneis en mis manos)
¿cómo os puedo perdonar,
pues sé que traydores fuisteis
con el Señor que seguisteis
mientras que pudo reynar?
Bien sé que no os ha movido
el velle que fue traydor,
pues le amasteis vencedor,
y le aborreceis vencido.
No merece algun reposo,
ni que se le guarden leyes,
al que quiere de los Reyes
solamente lo dichoso.
Desamparais las almenas
quando las veis combatir,
pretendiendo de vivir
con las fortunas agenas.
Pues no tubisteis pie quedo
en el tiempo del furor,
no os ha movido mi amor,
sino solo buestro miedo.
Y pues este torpe espanto

os dobla las voluntades,
si estoy en adversidades,
tambien hareis otro tanto.
Quanto más que yo he jurado
de pasaros a cuchillo,
y dejar este castillo
de tal gente despoblado.
Y vosotros, pues, que veis
que lo que piden les niego,
¿por qué no los prendeis luego?
Prendedlos: ¿qué os deteneis?

Orilo.

¿Señor, por qué nos condenas?
Misericordia, Señor.

Orodante.

Mui bién parece un traydor
colgado de unas almenas.

Fabio.

Señor, mira que nosotros
no quisimos ofenderte.

Orodante.

Acabad, dadles la muerte,
si no la quereis vosotros.
Padre difunto y amado,
dime en qué rigor estás:
declara si falta mas,
para que quedes vengado.
Oid sos amargos llantos...

que suben a las estrellas,
pues huelgas de esas querellas
mas que de los dulces cantos.
Mira que la sangre roja
por todas las calles corre.
¿Mas quién encima la torre
se queja con tal congoja?

SCENA IV.

ORODANTE. SILA *en una torre.*

Sila.

¿Mancebo crudo, no estás
de verter sangre cansado?
baste la que has derramado,
no quieras derramar mas.
Aplica ya los oidos
a la ciudad dolorosa,
donde no se oye otra cosa
sino llantos y gemidos.
¿No eres tú, mancebo, aquel
que con fingidas razones
me contabas tus pasiones,
llamandome a mí cruel?
¿Eres tú, mancebo fiero,
el que con mil juramentos
mostrabas tus pensamientos

na-

nacer de amor verdadero?
Pues si es verdad, (como creo
que eres el mismo Orodante)
¿cómo te tengo delante
con tan sangriento troféo?
Traydor, si por no quererte
has causado tanto daño,
de nuevo te desengaño
que quiero mas triste muerte.
No pienses que porque vienes
tan sangriento vencedor..
has conquistado mi amor,
que mas perdido le tienes.
Y pues por gloria tubiste
esas sangrientas hazañas,
ven, arranca estas entrañas,
y aqueste corazon triste.
Acabame de sacar
de esta vida trabajada,
entrando tu fiera espada
donde no pudiste entrar.

Orodante.

¡O Sila rigurosa! bien pareces
ser hija de este barbaro obstinado.
(aunque padre mas bueno que él mereces)
No pienses, dura Sila, que ha mudado
mi pecho el amoroso y firme intento,
aunque mudo de nombre, ser, y estado:

la propria pena ¡ó Sila! por tí siento;
porque aunque mi fortuna me ha subido,
no pudo subir mas mi pensamiento.
Hermosa y dura Sila, lo que pido
es que quieras mostrar entrañas pias,
queriendo recibirme por marido.
Las riquezas y Reyno que tenias,
fortuna te las quita de las manos,
porque yo te las dé con estas mias:
miseria es natural de los humanos:
recibe con paciencia la caida:
no ofendas a los dioses soberanos:
no siempre está en un ser la humana vida,
sugeta a peligrosos sobresaltos:
no siempre va la gloria de subida:
los míseros y bajos vemos altos;
los altos y sobervios poderosos
dar con grande miseria tristes saltos.
¿De qué sirven los llantos dolorosos?
¿de qué sirve el quejarse de los hados,
y llamar a los cielos rigurosos?
¿No ves los altos muros derribados,
y cubiertas de sangre las paredes,
y todos los rebeldes castigados?
¡O tú, Sila dichosa, pues que puedes
cobrar de la fortuna lo perdido,
y hacer que en ese mismo lugar quedes.
Tú sola podrás mas que no han podido

las

las armas de tu padre rigurosas,
con solo complacerme en lo que pido.

Sila.

¡Ay bodas infernales y espantosas!
tristes bodas, mancebo, me publícas,
en medio de las armas sanguinosas:
ni aqui pondrán las mesas de oro ricas,
ni las hachas sagradas encendidas,
sino lanzas, espadas, yelmos, picas:
los unos llorarán por las heridas;
los otros cantarán. (¡ó caso triste!
(¡ó bodas en el mundo nunca oidas!)
Mancebo riguroso, pues tubiste
tan prospera fortuna en tu batalla,
que a todos tus contrarios abatiste;
no quieras con mis lagrimas manchalla:
no me quieras a mi por compañera,
la que el cielo te ha dado por vasalla:
acaba de teñir tu espada fiera,
que mas la triste muerte que a tí quiero:
no te páres al fin de la carrera.

Orodante.

Qualquiera es suficiente marinero
en tanto que está el mar tranquilo y llano;
y no se ensobervece el viento fiero;
pero quando el peligro está cercano,
y crece de los vientos la violencia,
haciendo rebramar el Occeano,

alli muestra el Piloto su prudencia
en resistir al viento y olas bravas,
y todos los demás su diligencia.
Asi, Sila, tambien quando tú estabas
en tu Reyno, mui poco o nada hacias
si prudente doncella te mostrabas:
aora muestra pues que no tenias
el pecho solamente reservado
para dulces sucesos y alegrias:
haz ancho corazon a tu cuidado:
respondeme si quieres lo que quiero.

Sila.

Aunque no quiera hacerlo, me es forzado.

Orodante.

Yo subo, pues, mi Sila.

SCENA V.

SILA.

Aqui te espero:
mas (o traydor!) los ultimos abrazos
habrás de recibir con el primero.
¡Ay amada cabeza! ay fuertes brazos!
que el fiero cazador os tiene puestos
para dulces despojos de sus lazos.
Jamás los de Orodante deshonestos
ceñirán este cuello que fue buestro,

ni

ni el suyo tocarán con amor estos.
Esfuerzate en tal paso, brazo diestro:
tú, cuchillo, tambien mi compañero,
mostremos a la par el valor nuestro.
Y tú, mi dulce esposo, por quien muero,
recibe esta venganza de tu esposa,
que vengar a mi padre no lo quiero.

SCENA VI.

ORODANTE. Y SILA *en la torre.*

Orodante.

Agora tengo yo por cierta cosa
(ó Sila!) que soy Rey, pues has querido
mostrarte mas afable y amorosa.
Perdoname, si en algo te he ofendido;
y mira que tu padre riguroso
tubo bien su castigo merecido.

Sila.

Por Señor te recibo y por esposo,
y en señal de esta fé te doy la mano.

Orodante.

Pues vamos a gozarnos con reposo.

Sila. *dale de puñaladas.*

¡O Principe furioso é inhumano!

Orodante.

¡Ay dioses, que me matan! ay, mi gente!

Sila.

No será solo un golpe, Rey tirano.

Orodante.

¡Ay traydora cruel!

Sila.

Agora siento
la muerte de Lupercio.

Orodante.

¡Ay fementida!
Acudid, mis Soldados prestamente.

Sila.

Tú recibes la pena merecida:
con este golpe acabo de abrir puerta
por dó pueda salir tu torpe vida.

SCENA VII.

SILA.

No salió tu esperanza, traydor, cierta,
que este fiero puñal ensangrentado,
a la muerte mostró la entrada abierta.
Agora tú, Lupercio desdichado,
(que al fin de tus vitorias y privanzas
estás como traydor aqui clavado)
recibe de tu Sila esta venganza,
y esta sangre tambien de aquel tirano
que quiso rebolver nuestra bonanza:

yo le he dado la muerte por mi mano,
y la diera tambien al padre duro,
no padre, sino fiero tigre Hircano.
Espiritu divino, que seguro
del mundo, de la gloria estás gozando,
dejando el cuerpo triste en este muro,
si acaso por el ayre rebolcando
has venido, ayudando a mi lamento;
y esta furia y esfuerzo me estás dando,
espera mi partida, que ya siento
que me ciñe la muerte con sus manos,
y al cuello va faltando el flaco aliento.
¡O Sol, que das tu luz a los humanos!
no calientes a Menfis la maldita,
ni goce de tus rayos soberanos.
¡O furias infernales! ya me incita
el dolor a morir: pues Sila, muere,
que de gran sugecion la muerte quita.
El cielo riguroso ya no quiere
que Sila alegre viva en esta vida;
y asi no será bien que mas espere:
no quiero que esta daga humedecida
me rompa el amoroso pecho blando,
porque en sangre traydora está teñida.
Mas ay que ya la gente está gritando:
ya suenan en la torre pasos prestos:
las puertas van rompiendo y quebrantando:

¿pues

¿pues cómo he de aguardar que suban estos?
¿acaso he de librarme de sus manos
con bajos pensamientos deshonestos?
Primero dejarán los Soberanos
de ser quien son, que Sila un paso tuerza,
ni deje torpe fama a los humanos.
Esfuerza, triste Sila, esfuerza, esfuerza:
en tanto que esta vida es tuya, dála,
que si no, la darás despues por fuerza.
Aqui por esta parte hay una escala,
y la gente a gran priesa vá subiendo,
y el fuego de esta parte llama exala:
aqui quiero arrojarme, pues cayendo
encima de la gente fementida,
yo moriré a lo menos ofendiendo.
Dejadme, tristes lazos de la vida.

SCENA VIII.

Tragedia.

MOrtales, rebolved en la memoria
quan ciertas han salido mis palabras:
mirad quantos despojos me han rendido
los vicios arraygados en los Principes:
mirad de la codicia de Acoréo

los daños y las muertes que redundan:
mirad todos los hechos de Lupercio
manchados con romper la fé debida
a la casa real y al valor proprio:
la Reyna ya habeis visto en lo que pára,
por no guardar la ley del matrimonio,
aunque solo pecó con los deseos:
pues Rémulo y Ostilo tambien tienen
los premios y castigos que merecen;
que aunque es cierto que amor los incitaba
a bolver en su estado al triste mozo,
embidia les movió contra Lupercio,
que es comun maldicion entre privados:
ellos vieron morir sus caros hijos;
y con la sangre justa é inocente,
el cielo permitió que se vengáse
la que ellos derramaron por sus gustos:
los otros dos traydores, que pensaban
ser libres por matar el Señor proprio,
y entregarlo despues al enemigo,
la pena merecida les dió el cielo:
y el Principe imprudente, que olvidado
de la justa venganza de su padre,
en tratos amorosos se ocupaba,
tambien paró en los brazos de la muerte:
y Sila juntamente porque puso
en tan bajo lugar sus pensamientos.

Mirad, ciegos, los lazos de este mundo:
mirad que de estas cosas me alimento,
y con tales despojos me hago rica:
mas la mayor riqueza que yo quiero
es que todos batais asi las palmas,
en señal que os dió gusto nuestra fabula.

INDICE
DE LAS TRAGEDIAS
QUE COMPONEN ESTE TOMO VI.
con una breve noticia y juicio de ellas.

ARTICULO I. *PRIMERAS* TRAGEDIAS ESPAñOLAS: NISE LASTIMOSA, *y* NISE LAUREADA: *DOñA INES DE CASTRO y VALLADARES, Princesa de Portugal, compuestas por* Fr. GERONIMO BERMUDEZ, *y publicadas a nombre de ANTONIO DE SILVA.* NISE LASTIMOSA: TRAGEDIA I. *pag.* 2.

Por muchas causas les conviene a las presentes el titulo de *Primeras Tragedias Españolas* que las dió su Autor; porque aunque es cierto que no fueron las primeras Tragedias que se escrivieron en España, pues muchos años antes que ellas eran ya conocidas y familiares en nuestra Lengua: pero ademas de que esto lo ignoraba nuestro *BERMUDEZ*, sus *Tragedias* fueron las *primeras* que vieron la luz pública en España; y esta razon puede disculparle el titulo de *inventor* de este genero de Poemas que inocentemente se atribuyó. Añadese a esta notable circunstancia la de ser sus Tragedias originales, y partos de su proprio ingenio, pues las anteriores que conocemos, por la mayor parte fueron traducciones, o a lo menos tomado el argumento de los antiguos Trágicos Griegos y Latinos; y ultimamente se agrega la particularidad de contener la mas elegante Poesía que habia conocido hasta entonces el Poema Drama-

matico Español, ni conoció despues: cuyas causas concurren en nuestro Autor para el justo titulo que las adapta, pues fue el primero que rompió la balla a dar a conocer por medio de la estampa este gusto, para desterrar las barbaridades y abusos que en aquel tiempo se habian ya introducido en nuestro teatro, como con tan elegantes razones lo explica en su *Carta Dedicatoria* a *Don Fernando Ruiz de Castro y Andrade*, cuyo principio dice asi: ,,Bien veo, Illmo. Señor, que el mundo ,, no llevará bien lo que no es suyo, ni admitirá ,, los desengaños de su vanidad en cosa que tanto ,, la suele sustentar como es la Poesía: pero yo ,, que voy haciendo la cuenta de la poca que se debe tener con él, y mucha con poner las cosas en ,, su lugar, he querido entablar en la Lengua Castellana, aunque agena de la mia natural, la magestad del estilo trágico, con tan alto y tan verdadero sugeto, que estoy seguro que esta mi ,, invencion me será bien contada de todos los nobles pensamientos, porque con ella hemos de ,, pagar las primicias a mi patria, y dar a entender lo que siento del mundo, celebrando con ,, vituperio de él una de las mas célebres y lastimeras historias que en él han acontecido. Pondré ánimo a muchos ilustres ingenios, que dejando de seguir el gusto de quien se le tiene estragado, escrivirán de aqui adelante cosas que ,, destierren de España las barbaridades y burlerías de los mas Poetas de ogaño, que con solos quatro versos mal entendidos de Virgilio, ,, de Homero, de Horacio, o de Pindaro, o lo ,, que mas es, del Dolce, del Petrarca, o del ,, Ariosto, se nos quieren vender por Apolos, y por Anaxarcos, jueces inapelables de ,, la discrecion humana.“ Para el logro de tan uti-

lisimo efecto se imprimieron estas dos *Tragedias* en *Madrid* por *Francisco Sanchez* año de 1577. bajo el supuesto nombre de *ANTONIO DE SILVA*, que no obstante este artificio, lo descubrió *Diego Gonzalez Durán* en un *Soneto* que las precede. Esta edicion se habia hecho tan rara, como habian sido ignoradas las *Tragedias*, hasta que las dió a conocer y a estimar *Don Agustin de Montiano y Luyando* en su *primer Discurso sobre las Tragedias Españolas*, impreso en 1750. En cuya virtud, y para satisfacer el deseo de los curiosos, se publican oy las *primeras* por todos titulos en el presente Tomo; pero para satisfacer igualmente el derecho de la verdad, que debe reynar en el juicio de todas las piezas que forman esta *COLECCION*, se hace preciso notar los primores y los defectos, que no obstante el credito que justamente han adquirido, y les dió la referida noticia, se encuentran en estas dos *Tragedias*. Intitulólas su Autor con el nombre de NISE, como anagrama del de *INES*, por mas poético y extraordinario: bien es verdad que este titulo le conviene mas a la primera que a la segunda, como se advertirá adelante. En la presente Tragedia se hallan desempeñadas con acierto las precisas reglas de este grave y dificil Poema, que se ponderan en el citado *Discurso*, en quanto a las tres unidades, menos la del lugar que no está observada. El sugeto de la Tragedia no puede ser mas oportuno por la grandeza y dignidad del argumento; pero no lo es tanto por lo que mira al caracter de la persona fatal; porque los héroes adornados de una eminente bondad de costumbres no pueden excitar con su muerte o ruina los afectos proprios de la Tragedia, que son la compasion y el terror, que produzcan los efectos principales de la correccion y el es-

escarmiento, antes por el contrario excitarán la lastima infructuosa, el horror, la confusion, y el despecho de ver desgraciada la virtud, triunfante la malignidad, y sacrificada una inocente, tal como se pinta la ilustre heroína que da asunto a la obra. Pero sin embargo de este defecto, si el artificio de la composicion hubiera correspondido a la bondad del argumento, y a las demas partes, fuera una Tragedia perfecta. La formacion del plan de una fabula es la mayor obra, y la primera dificultad de las composiciones Dramaticas, pues de su buena construccion resulta el enredo y solucion, cuyo artificio hace la fabula maravillosa y verosimil, y desempeña el logro de los fines de la Tragedia y Comedia. En esta parte del enredo y solucion hemos sido tan felices como incomparables con todos los antiguos y modernos en nuestras Comedias Españolas: ojalá lo hubieramos sido igualmente en las demas partes y requisitos; pero no alcanzaron estos tiempos los de nuestro Autor; y asi, no obstante que tambien siguió en este punto el método de los antiguos, en esta Tragedia es mui poco artificioso y enmarañado el enredo, y por eso carece de accion toda la obra, asimilandose mas a un Dialogo representado, que a una composicion teatral, y por esta causa la solucion no tiene toda la vehemencia y vigor de que era capaz. En medio de las faltas insinuadas, los afectos son tan tiernos, naturales y vivos, y su expresion de tanta eficacia, intension, y dulzura, que suscíta y mueve sin resistencia las pasiones hasta el mayor punto a que pueden subir, experimentandose la mocion con solo su simple lectura. Contribuye a este efecto la puntualidad con que guarda nuestro Autor el decoro de las personas: requisito sin el qual se desluce toda fabula, y se desvane-

ne-

nece la ilusion; y ultimamente perfecciona este requisito, y realza el merito de esta Tragedia la energía, espiritu, magestad, y belleza del estilo, que expresado en una versificacion tan dulce, armoniosa, y corriente, puede no solo ofrecerse como se ofrece por modelo de estilo de Tragedias, sino por egemplar y texto de la Lengua y de la mas acendrada Poesía Castellana: a que contribuye la variedad y diferencia de metros con que enriquece una y otra, usando de los versos *Falecucios*, *Sáficos*, *Adonicos*, y otros; pues aunque esta variedad es algo impropria de la representacion, por ser opuesta a la verosimilitud, como no la práctica en el cuerpo de ella, sino en los Coros que introduce con mucha oportunidad para llenar los Entreactos, a imitacion de los antiguos, es de todas suertes mas plausible: particularmente las Odas por su elegancia, concepto, y dulzura pueden competir con las mejores de los Griegos y Latinos. Finalmente se encuentran en esta Tragedia pasages y Scenas felicísimas y mui trágicas, como lo son en particular la II. y III. del tercer *Acto*, en las quales estan tan viva y eficazmente animados los afectos, que no dejan que apetecer para la mocion, y el mayor primor y desempeño del fin de estas obras.

2. NISE LAUREADA. *TRAGEDIA II. pag. 87.*

Repartió nuestro Autor el contexto de esta Historia en sus dos *TRAGEDIAS*, formando el Argumento de la primera de la muerte de *DOÑA INES*, y reservando para el de la segunda el castigo de los matadores. A entrambas dió el titulo de NISE, a la una con el dictado de LASTIMOSA, y a la otra con el de LAUREADA; y tanto como conviene al orden y disposicion de la primera,

desconforma con el Argumento de esta segunda, pues aunque parece que le corrobora el epiteto de *laureada*, y puede justificar la *Scena* 5. del *Acto* 3. donde se representa el de su lauro y coronacion, sin embargo le convendria un titulo mas adaptado a la muerte que sufrieron los que se la causaron. Pero no es esta sola la circunstancia que constituye inferior esta Tragedia a la antecedente: son otras muchas que dependen de su misma construccion y naturaleza. Carece absolutamente de enredo, y por consequencia de solucion, o nudo que desatar; pues como el Argumento de esta fabula es una forzosa consecuencia del de la Tragedia antecedente, y ademas desde las primeras Scenas se hallan ya enterados los Espectadores de la desdichada suerte y paradero que han de tener las personas, falta el artificio principal que produce el necesario efecto de estas obras, y la suspension en que debe tener al auditorio la incertidumbre del éxito de la fabula, pues no les puede causar efecto de mocion experimentar lo que ya se sabian, por cuyas causas parece con mas verdad que la antecedente un continuado Dialogo. Como carece de materia y de caudal en la fabula, se emplea toda su cantidad material en prolijos e impertinentes coloquios, aunque adornados de nobles sentencias y conceptos, muy distantes e improprios del movimiento activo que debe tener: que nada interesan a la accion ni a su inteligencia; y solo constituyen unas Scenas difusas, impertinentes, y despropositadas. El caracter de las personas, no tan solo está apropriado con el primor que en la antecedente, sino que el de algunas es sumamente improprio e indecedente, y en particular el del Rey no puede ser mas indecoroso ni mas bajo en muchas de sus acciones y expresiones, ma-

manifestando tan desordenadamente la violencia de su pasion, que mas bien parece un hombre comun poseido de la fiereza y de la venganza, que un Rey governado por la severidad y la justicia. Sobre todo la mezcla de personas de tan distantes gerarquías como son el Rey, Obispo, Condestable, y Carcelero, Portero, y Verdugo, despues de no ser a proposito ni decentes muchas de ellas al decoro de la Tragedia, produce unas Scenas mui distantes de su gravedad y sus fines; y asi, no se podrá ofrecer Scena mas ridicula que la 3. del Acto 5. en que se representa el suplicio de los agresores, donde hablan alternativamente el Rey, los Reos, y el Verdugo con expresiones y frases groseras, burlescas, ultrajantes, irónicas, populares, y del todo indignas de la magestad que debe reynar en estas composiciones. Ultimamente el castigo representado a presencia del Rey es una impropriedad y absurdo intolerable, y egecutado a la vista del público, por mas que tenga apoyo de verdad histórica, y egemplo en los antiguos, está mui lejos de convenir a la naturaleza y al fin de la Tragedia, pues siempre repugna la egecucion de catastrofes tan horribles, e inhumanos. Asi que esta Tragedia, olvidando en ella nuestro Autor la moderacion y decoro que observó en la antecedente, lejos de engendrar los proprios y naturales efectos de compasion y terror, producirán sus mayores contrarios, como son la indiferencia y la incredulidad; y además siendo los héroes ó personas principales de tan perversas costumbres como se pintan, se añade aquella especie de satisfaccion o complacencia de ver que reciben el castigo de sus maldades. El estilo como tan uniforme con el de la obra antecedenre, es el que constituye todo el merito de esta Tragedia, animado de

su armoniosa, dulce, y elegante versificacion, particularmente en los Coros: bien que en esta composicion no guardó nuestro Autor la regularidad y economía que en la primera, mezclandolos e ingiriendolos en el cuerpo de la accion, y formando con esto algunas Scenas algo ridiculas, a que se agregan otras impropriedades, como las de recitar alternativamente las personas de la accion y del Coro, los ecos, y sobre todas la variedad y artificio de versos Sáficos, Adónicos, Encadenados, Sestinas, Octavas, Canciones, Tercetos, &c. que todo se opone expresamente a lo natural y verosimil, y conspira solo a destruir la ilusion en que se debe tener al auditorio, para que no se malogre el fin de la obra. En medio de esta evidencia, la bondad de los versos es tanta que no solo se debe reputar esta pieza como la antecedente por modelo de estilo y de lenguage, sino por testimonio de la antiguedad, y abundancia de metros en la Lengua Castellana.

3. LA VENGANZA DE AGAMENON. *TRAGEDIA de* SOFOCLES, *traducida por el MAESTRO* FERNAN PEREZ DE OLIVA, *pag.* 191.

Damos a esta *TRAGEDIA* y a la siguiente el titulo de *traducidas*, porque en realidad el Argumento y construccion de ellas es tomado de las que compusieron en Griego los dos célebres Oráculos de la Tragedia *Sofocles* y *Euripides*; pero en medio de esta verdad se deben considerar en cierto modo como originales, pues nuestro Autor las vistió, mudó, y reformó, sacando dos Poemas arreglados y excelentes. Compusolas en prosa, sin embargo de estar en verso los dos excelentes modelos, no porque a nuestro OLIVA le fuese ageno

y

y estraño el talento poético, sino porque se persuadiria a que las composiciones Dramaticas tal vez pueden admitir la prosa como el verso, pues este accidente ni altera ni muda el caracter y naturaleza del Drama; pero lo cierto es que esta facultad se limita a solo la Comedia, pero no en la Tragedia, en que no se encontrará Autor famoso entre los antiguos ni modernos que lo autorice con su práctica: sin embargo, este capitulo no es bastante para reputarlas por impropias de la presente COLECCION, aun dado el caso que pueda ocurrir dificultad sobre este punto. Igualmente que no se ató a las leyes del verso, se manejó con igual libertad en los demas particulares, suprimiendo algunas personas, y aumentando otras, y sobre todo acomodando sus expresiones y afectos a las ideas comunes de los tiempos presentes, segun le parecia conveniente a la nueva forma que pensaba dar a sus obras; pero con aquella destreza y tino que correspondia para que siempre resaltasen las costumbres y genios mas apropriados a aquellos héroes, y aquellos siglos. Siguió en ambas la costumbre de los Griegos de no dividir sus Dramas en Actos y Scenas, que despues introdugeron los Latinos. Esta primera *Tragedia*, que es la segunda en el orden de las siete de *Sofocles*, está sin duda mui arreglada, porque sobre ser el asunto mas proprio que el de la siguiente, la fabula es mas ingeniosa y verosimil, y por consequencia el enredo y la solucion mas artificioso y mas natural para producir como produce en esta pieza la mocion de los afectos que le corresponde. La accion es simple y única, y todas las partes están ingeniosamente eslabonadas, y dirigidas a formar esta unidad con toda la perfeccion que pide la fabula implexa, hasta que con mucha naturalidad y no

poco artificio se verifica la *agnicion* ó reconocimiento en *Orestes* y *Electra* con la *peripecia* o improvisa mudanza de fortuna que da toda la perfeccion a la fabula. Añadese a esto la circunstancia sin la qual se desgracian todas las demas calidades por mas bien desempeñadas que estén, y es la puntualidad con que guarda el decoro de las personas y de los sucesos; y aunque las costumbres de las mas principales se suponen en los extremos de malas, o de buenas, y esto se opone a la legitima constitucion y fines de la Tragedia, pues solo puede producir efecto de satisfaccion y complacencia el ver que los malos, pasando del estado feliz al infeliz, reciban el castigo de sus maldades, y mucho mas fraguando su desgracia por tan feos y enormes delitos, y que los buenos pasen de la infelicidad a la felicidad, y reciben el premio de sus virtudes, como ya antecedentemente hemos expuesto, por ser la regla mas segura para el desempeño de dichos fines que las personas destinadas a la compasion y al escarmiento no declinen en ninguno de los dos extremos de buenas o perversas; pero de esta nulidad o defecto nunca se le debe capitular a nuestro Autor, habiendo de seguir con fidelidad el Argumento de su original, asi como aunque pueden dimanarse de este los primores arriba insinuados no deja de ser mui plausible haberlos sabido conservar, y aun mejorar en su elegante copia, en medio de la notable alteracion y reforma que sufrió. Parte mui principal de ella es el titulo, pues constando en el original el solo y simple de *Electra*, nuestro Autor lo conmutó y amplificó, por parecerle sin duda que asi abrazaba mejor las partes del Argumento. Por ultimo el estilo de esta *Tragedia* es tan excelente que por todas sus partes de

ar-

armonía, elevacion, pureza, dulzura, y magestad, no solo puede disculpar a nuestro Autor de la falta del verso, sino aun competir con la mas acendrada poesía; y ojalá en muchas de las infinitas composiciones Dramaticas de los tiempos posteriores se hubiera conmutado el metro en una prosa tan sublime y tan elegante que con razon es estimada por uno de los modelos de la Lengua Castellana: por cuya causa, y siguiendo la justa idea de que ya está informado el Público, se ha dejado intacto el estilo en sus frases, modos, idiotismos, &c. y solo se ha introducido la reforma en los meros límites de la Ortografía, y en el de señalar las Scenas que omitió nuestro OLIVA, para mayor distincion y claridad de la representacion.

4. HECUBA TRISTE. *TRAGEDIA de* EURIPIDES, *traducida por* EL MISMO AUTOR, *pag.* 251.

Esta segunda *Tragedia*, que lo es tambien en el orden de las de *Euripides*, sin embargo de haber sufrido la misma alteracion y reforma que la antecedente, no pudo llegar a la perfeccion que ella, por defecto en casi todas las partes y requisitos que constituyen este Poema. Lo primero es notablemente inferior en la construccion de la fabula, porque le falta unidad de accion, duplicandola con otras acciones que cada una se debe reputar por una Tragedia, como son el encuentro del cuerpo muerto de *Polidoro* en el mar, y el sacrificio de *Policena*, pues aunque estas solo se representan por la via de la narracion, y solo la ultima y principal que es la venganza de *Hecuba* en *Polimnestor*, y muerte de sus hijos, se demuestra y egecuta sensiblemente, sin embargo, como aquellas no son partes esenciales de esta, ni se di-

rigen a este mismo objeto, destruyen la unidad de accion: a que se añade que ofreciendose desde los principios *Hecuba* en tan lastimosa constitucion y en tan baja miseria, se empieza mui luego a excitar la compasion de los Espectadores con doblados y distintos objetos, empleando y divirtiendo sus ánimos, y debilitandoles las fuerzas que se les debieran conservar y aun aumentar con impulsos contrarios. Asi que al titulo absoluto y general de *Hecuba* que conservó nuestro Autor del original, añadió el de *TRISTE*, pues asi queda menos dislocada la accion y abraza mejor los varios y distantes objetos lastimosos que la multiplican. Y aunque en la conclusion de ella está mui bien desempeñada y con mucho arte e ingeniosidad la peripecia, o improvisa mudanza de fortuna, no obstante esto, no llegan ya los ánimos de los Expectadores ocupados de compasion inoportuna, en estado de que les produzca todo el efecto necesario que se pudiera prometer de su artificiosa construccion. Usa, siguiendo el original de *Euripides*, el *Prologo* separado en persona del *Alma* de *Polidoro*, y es de aquella clase que llamaban los antiguos *Relativo*, y pudiera mui bien haber introducido en él la reforma que en lo restante de la *Tragedia*, purificandole de las muchas impropriedades que contiene, o suprimirle del todo, mediante a que la introduccion de estas *máquinas* o personas alegóricas, ademas de que no logran en los siglos modernos el séquito y credulidad que en lo antiguo, no convienen á la existencia física de las personas que requiere el hecho verosimil o histórico de la Tragedia; aunque por otra parte hubiera sido sensible privar al Público de tan excelente traduccion. Las costumbres de las principales personas pecan tambien en

los

los dos extremos que en la Tragedia antecedente, aunque están demostradas con mas suavidad y moderacion, como igualmente apropriado y seguido su caracter, y observadas con rigor las unidades del tiempo y del lugar de la representacion. En las calidades de la sentencia y locucion compite con el primor y excelencia de la anterior, por lo que igualmente que ella se puede ofrecer por modelo del mas noble estilo y puro lenguage Castellano, que tambien se ha procurado conservar intacto, salvo la corta reforma ya insinuada. En prosecucion de ella se ha suprimido en esta edicion la *Sentencia* que da *Agamenon* al fin de la *Tragedia*, segun lo expuesto por los dos demandantes *Hecuba* y *Polimnestor* que se halla en la edicion de las obras de nuestro Autor, y compuso *Gerónimo de Morales*, hermano de *Ambrosio*, por la misma razon que este da, de ser mas propria para pronunciada en juicio que para fin de Tragedia, y porque ni es obra del original, ni de nuestro Autor, que habiendo diferido tanto de él en la conclusion, no la hubiera omitido, a tener por oportuna otra que la que él la dió.

5. ISABELA. *TRAGEDIA de* LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA. *INEDITA. pag.*312.

Las tres *Tragedias*, la ISABELA, la FILIS, y la ALEJANDRA han merecido hasta aqui el mayor concepto de los curiosos, aun sin haberlas examinado, ni aun visto, por solo la noticia y el encarecido elogio de ellas que hizo el célebre *Miguel de Cervantes* en la primera parte de la *Historia de Don Quijote*, donde en boca del *Cura* hablando con el *Canonigo de Toledo* sobre el estado de nuestras Comedias, y refiriendo la conversacion que

que habia tenido con un Actor o Representante, dice asi: *¿No os acordais que ha pocos años que se representaron en España tres Tragedias que compuso un famoso Poeta de estos Reynos, las quales fueron tales que admiraron, alegraron, y suspendieron a quantos las oyeron, asi simples como prudentes, asi del vulgo como de los escogidos, y dieron mas dinero a los Representantes ellas tres solas que treinta de las mejores que despues acá se han hecho? Sin duda (respondió el Autor que digo) que debe de decir vuesa-merced por* LA ISABELA, LA FILIS, *y* LA ALEJANDRA. *Por esas digo (le repliqué yo) y mirad si guardaban bien los preceptos del arte, y si por guardarlos dejaron de parecer bien a todo el mundo.* Por este solo informe, elogio, y cita de *Cervantes* cobraron credito y fama estas piezas, pues existieron siempre oscurecidas, junto con el nombre de su Autor, y lo estaban al tiempo que *Don Agustin de Montiano y Luyando* publicó su ya referido *primer Discurso sobre las Tragedias Españslas*, que fue por los años de 1750. como lo enuncia en él: dando ocasion esta incertidumbre a creerlas por algunos con poco fundamento por obras del mismo *Cervantes*, hasta que una felíz casualidad, no ha muchos años, trajo a las manos de algunos curiosos las dos primera y ultima, con la noticia y justificacion de su verdadero Autor LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA, de que antes de esto havia ya algunos indicios, menos la segunda que es la FILIS, que de esta ni se pudo entonces, ni se ha podido despues averiguar la existencia. En esta virtud se ofrecen al Público para satisfacer el deseo de los aficionados, aunque con el sentimiento de no poder publicar completa la coleccion de estas obras, y de no presentar aun las que se ofrecen con toda la inte-

tegridad y perfeccion con que saldrian de la mano de su Autor, a causa de la variedad, faltas, y defectos del original y de las copias que se difundieron despues entre varias personas erudítas: cuyos defectos se han procurado enmendar en lo posible a costa de no poca dificultad, supliendo, o señalando con puntos las faltas que contenian, y otros versos y oraciones que carecian de sentido; arreglando las Scenas, y formalizando otras menudencias para ordenarlas en la disposicion que se publican. Se ha seguido el numero de los tres Actos en que las dividió nuestro Autor, y a que dió el titulo de *Jornadas*, nombre que ya habia dado a los *Actos Bartolomé de Torres Nabarro*, segun constaba por los egemplares que se han tenido presentes; pero afirmativamente no sabemos si fue este el numero, y titulo que verdaderamente usó, porque hay sospechas de que la pudo dividir en quatro, que solía tambien ser costumbre en aquel tiempo, hasta que *Miguel de Cervantes* redujo a tres el numero de los *Actos* de la Tragedia y Comedia, como él mismo asegura; porque en una de las copias que se han seguido tenia en la segunda *Tragedia* una jornada el nombre de *quarta*, y faltaba el de la tercera, cuyo numero se siguió por mas regular, a falta de otra comprobacion; pero con el defecto de que se hablará en su lugar mas adelante. Compuso nuestro *Autor* estas *Tragedias* en *Madrid* por los años de 1585. y se representaron en los teatros de esta Corte y de la Ciudad de *Zaragoza* con el aplauso que pondera *Cervantes*, aunque si se atiende a lo que expresa el mismo ARGENSOLA en el *Prologo* de la ALEJANDRA, parece que esta solo se hizo para representarse en *Zaragoza*, pero tambien es cierto que en el *Prologo* de la ISABELA afirma se repre-

sen-

sentó por la Compañia de *Salcedo*; y este famoso Autor y Actor de aquel tiempo representó igualmente en *Zaragoza* que en *Madrid*. De qualquiera suerte que sea, el elogio que las da *Cervantes* las califica por las mejores Tragedias que se habian visto y representado hasta entonces; no precisamente por lo que asienta del aplauso que habian merecido al Público, *dandoles mas dinero a los Representantes estas tres solas, que treinta de las mejores que despues se hicieron*, pues esto se ha visto muchas veces en todos tiempos con los mayores disparates, recomendados de alguna invencion o novedad, sino por lo que añade despues, de lo *bien que guardaban los preceptos del arte*. Estos preceptos no los ignoraba *Cervantes*, ni menos su rigurosa estrechez, y la dificultad de su observancia con toda exactitud; y no siendo la que se encuentra en las presentes *Tragedias*, ni con mucha distancia, tanta como pondera, es preciso deducir y confesar con él mismo la decadencia en que se hallaba el teatro en aquel tiempo en punto de Tragedias, pues puso estas por egemplares de perfeccion. No se puede negar que comparadas con otras de su misma edad y naturaleza, las hacen tanta ventaja como hacia su Autor en linea de Poeta a todos quantos las componian; y es tambien cierto que a nuestro ARGENSOLA a la corta edad de veinte años le eran mui familiares los famosos modelos de la Tragedia Griegos y Latinos, por las imitaciones de ellos que se encuentran en estas obras; pero no alcanzó, o no se acomodó a seguir las reglas y preceptos que nos dejaron, si ya no es que la cortedad y viveza de sus años, o los demas vicios que se habian ya hecho costumbre en nuestros teatros, y refiere *Cervantes*, no le consintieron pararse a observar menudamente dichas reglas,

y

y pueda servirle de algun genero de disculpa. Esta primera *Tragedia*, aunque no padece sus mayores vicios en el plan de la fabula, carece de enredo, y de aqui resulta que es floja y débil la solucion, y por consequencia el efecto que produce. Usó en ella a imitacion de los antiguos el Prologo *manifiesto*, o separado, personalizando la figura de la *Fama* de aquella clase de Prologos que llamaban los antiguos *Comendaticios*. La Accion está tan dislocada que no se le encuentra unidad; porque siendo esta la muerte de *Isabela* y *Lupercio* su amante, se le juntan otras acciones lastimosas, como son la muerte de sus padres y su hermana, que aunque no dejan de tener alguna conexion con ella, se llevan anticipada una gran parte de la compasion y el terror de los Espectadores, que debe guardarse toda para emplearle en las personas destinadas a ella, que son las dos principales. Asi las muertes de *Alboacen*, *Audalla*, *Aja*, y *Adulce*, aunque son precisas consecuencias de la Accion, conspiran a destruir su unidad y la justa grandeza de la fabula. Añadese que la pasion del amor es la que subministra todo el material del asunto a esta *Tragedia*, sin haber ninguna de las personas que no se mueva, o sufra su ruina sino por este impulso o causa, la qual no es la mas a proposito para llenar los fines de este Poema. En el decoro de las personas no hay vicio notable, pero se encuentran algunas vulgaridades que desdicen de la gravedad de la Tragedia. Las costumbres padecen la nulidad mas comun, de que pocos Trágicos han tenido la felicidad de libertarse, a causa de la eleccion de sus asuntos, y es que declinan en uno de los dos extremos de buenas o malas, como con particularidad ocurre en las principales personas de esta *Tragedia*, y constituye su asunto poco adecua-

cuado y proprio de ella; porque aquellos héroes, cuyas desgracias, muertes, o tormentos, hayan sido, o deban considerarse en la clase de martirios, no son los mas a propósito para los fines de la Tragedia, por las razones ya expresadas, que se esfuerzan mucho mas quando la calidad de bondad sube a tan eminente grado de inocencia. No hay duda que se encuentran algunos, aunque pocos, egemplares de esta práctica, y esto mismo prueba la dificultad de tales asuntos, pues de ningunos debiera haber mas abundancia, por no haber otros mas fecundos que las historias de los Martires, y algunas llenas de toda la heroycidad y grandeza que se pudiera apetecer; pero habrá retraido a los Poetas sensatos asi la reserva con que se debe tratar lo delicado de estos asuntos para presentarlos en el teatro (sin contar aqui el abuso, é insolente profanacion en que nuestros Cómicos no se han detenido para presentar en sus Comedias toda suerte de milagros, aparecimientos, raptos, y demas hechos de los Mártires y Santos, verdaderos o falsos, que tampoco en esto se han parado mucho) como que verdaderamente no pueden producir otros efectos que una compasion llena de ternura y piedad, pero distante del terror propriamente trágico, y mucho mas de la correccion y el escarmiento. Tambien es intolerable que de diez y siete personas que introduce, (numero igualmente excesivo) mueran las diez, pues ademas de ser ya demasiado el terror que produce tanto derramamiento de sangre, se hace increible y violenta la Accion. Las unidades de tiempo y de lugar no tienen infraccion mui sensible, ni monstruosa, pero a la verdad no estan observadas con exactitud. Todos los defectos hasta aqui insinuados puede recompensar en parte la

her-

hermosura, pureza, y elegancia del estilo, que es por su excelencia el que da el mayor merito a la obra; pero en medio de su hermosa locucion tiene algunas vulgaridades y bajezas que desdicen de la magestad y elevacion que pide la Tragedia, a que ayuda la diferencia y variedad de metros, cuyo artificio destruye la verosimilitud; porque se hace increible que personas que hablan de repente, y agitadas de tan violentas pasiones, se expliquen con tan elegante numero y medida; y por esto los repugna la poesía Dramatica, dejandolos en su propria jurisdiccion de la poesía Lírica: defecto que se hace tanto mas visible, quanto es mas dulce, sonóra, y elevada la versificacion. Usa finalmente nuestro *Autor* la que llamaban *máquina* los antiguos, personalizando el espiritu de *Isabela* en el fin de la *Tragedia*, pero no para el fin que la solian introducir y destinar estos, que era para desatar el nudo o enredo de la fabula, sino para captar el aplauso del auditorio; y aunque tiene egemplo esta costumbre en algunos Poetas antiguos cómicos y trágicos, no mereceria por esto el aplauso que se merece la sentencia y hermosura poetica con que está desempeñado.

6. ALEJANDRA, *TRAGEDIA* DEL MISMO AUTOR. *INEDITA. pag.* 421.

Concurren en esta segunda *Tragedia* los mismos defectos y ventajas que en la antecedente, pero la excede en el numero y calidad de los primeros; porque aunque el asunto sea al parecer mas acomodado a sus fines, padece muchas nulidades en la fabula, en las costumbres, en las unidades, en la locucion, y en otros muchos requisitos en que no se puede dar parvidad de materia. La Accion prin-

principal, que es la muerte de *Alejandra*, *Acoréo*, y *Lupercio*, por industria y sagacidad de los dos magnates *Rémulo* y *Ostilo*, para destruir al Tirano, y restituir el Reyno a *Orodante*, hijo de Tolomeo, está no solo duplicada con otras acciones lastimosas, que aunque tienen alguna conexion y dependencia con ella, suprimidas no perjudicarian a su integridad, sino que está dividida entre sí en diferentes tiempos, con lo que se destruye la armonía de su unidad; pues como tiene su cumplimiento en la segunda Jornada con la muerte de *Alejandra* y *Lupercio*, queda pendiente hasta el fin de la tercera, en que se verifica la de *Acoréo*: de suerte, que aunque ocurra despues la de *Orodante* y *Sila*, no estan ya los ánimos de los Espectadores en disposicion de percibir el fruto que lo artificioso de la peripecia les pudiera causar, y asi es imposible reunir los efectos que mueven los dos sucesos al punto final a que se les debiera conducir. Las costumbres de los principales personages tocan en los extremos de buenas, como en *Lupercio*, *Sila* y *Orodante*, o de abominables, como en *Alejandra* y *Acoreo*, y estos dos extremos ya se ha dicho quan repugnantes son para producir los efectos de la Tragedia, sin que los salve las de los que se les atribuyen indiferentes, como *Rémulo*, *Ostilo*, y *Fabio*. Cuyas calidades unidas a las de su propria constitucion hacen tan inverosimil e impropio el asunto de esta *Tragedia*, y condugeron a nuestro Autor al escollo de aquellos que por no apartarse de la verdad (aun suponiendo que la tenga este suceso, que de lo contrario fuera el error mas imperdonable) descuidaron de la verosimilitud. La Historia pide lo verdadero: la Poesía lo verosimil; y suele haber tanta distancia de lo uno a lo otro, que en tal caso se debe

pre-

preferir para el teatro lo verosimil a lo cierto, porque hay verdades horribles y monstruosas, y por lo tanto increibles, que aunque son de la jurisdicion del Historiador, no lo son de la del Poeta, pues a aquel toca referir la verdad, y a éste mejorar la naturaleza. Por eso los asuntos como el presente, por lo poco que tiene de heroyco y de trágico, y lo mucho de cruel y de sangriento, se deben desterrar del teatro, por bien del Público, para no presentar a sus ojos espectáculos tan indecorosos, y tan inhumanos y bárbaros que exceden los límites de la crueldad y de la fiereza. Esto, ademas de que lo encargan los maestros del arte, que debia tener bien estudiados nuestro Autor, lo dictan las leyes de la razon y de la humanidad; porque en vez de conseguirse el fruto de la representacion, se pierde todo con la diversidad de contrarios afectos que tan horrorosos actos pueden solo egendrar, que son un terror espantoso y excesivo, o una fria incredulidad, o indiferencia, que uno y otro se oponen diametralmente al fin que debe llevar por norte el Poeta, si pretende sacar el fruto de su trabajo. Tales son las Scenas en que hace alarde *Acoréo* de mostrar a *Alejandra* los miembros divididos de *Lupercio*, y en la que aquel deguella intempestiva e inhumanamente a los *Niños* a vista de sus padres y del pueblo. Y aunque de esta práctica le sobrasen a nuestro Autor los egemplos de los Trágicos antiguos, y los tenga en algunos modernos, de qualquiera suerte las costumbres que decian bien con la ferocidad o barbarie de ciertos siglos, repugnan a la templanza y cultura de otras edades. Confirmase mejor esta verdad con el caracter o genio de algunas personas, singularmente la de *Alejan-*

dra, que queriendo nuestro Autor no separarse de la verdad, y sin embargo de la reforma que se ha hecho en este particular, es el mas indigno e improprio; pues aunque se la suponga de tan baja y oscura estirpe, y casada con un Tirano de no mucho mas recomendables principios, se la coloca ya en un estado mui superior, para que admita y publíque unos afectos tan indecentes, e impropios de su dignidad, que aun serian repreensibles en la mas baja prostituta del pueblo, y mucho mas siendo una de las principales personas, y que da nombre a la Tragedia. Asi el caracter de *Acoréo* y *Alejandra*, que debiera ser el mas atendido y elevado, es el mas bajo e indecoroso que se habrá puesto en Tragedia alguna, como se evidencia singularmente en la Scena 13. de la *II. Jornada*, donde presenta aquel a esta los miembros destrozados de *Lupercio*, y la hace lavar en su sangre: y en la 15. de la misma, donde muere *Alejandra*, pues ambos en sus pensamientos, en sus acciones, en sus palabras, en sus temores, en sus afectos, en su destemplanza, y en la vulgaridad de todas sus expresiones mas bien parece que representan una ruin venganza acontecida entre las personas mas oscuras del pueblo, que un hecho digno de la heroycidad que ocupaen los personages trágicos. Como el caracter de las personas se manifiesta por medio de sus pensamientos y sus expresiones, de aqui es que la sentencia y locucion de esta *Tragedia*, señaladamente en los dos referidos personages, no tiene el decoro y elevacion que la correspondia, a que contribuye la misma variedad y diferencia de metros que en la antecedente, y algunos por su contexto y su calidad mas propios de Comedia que de Tragedia; y así hay

Ter-

Tercetos, Canciones, Octavas, Redondillas, y otras especies de versos que dicen mui mal con la gravedad de estas Composiciones, y conspiran por su parte a destruir la ilusion teatral, que debe siempre ser el primer empeño del Autor. Tambien, como en la antecedente, es excesivo el numero de los que mueren, pues de once personas físicas que introduce en la fabula, perecen las nueve, sin contar los niños, que no tienen numero determinado; pues no contribuye a otra cosa que a aumentar el horror del auditorio, y a engendrar por fruto la incredulidad, o la indiferencia. En la unidad del lugar no hay transgresion manifiesta, pero en la del ti mpo hay algunos absurdos que no se pueden disimular. Sirva de egemplo el mas monstruoso, que se encuentra en la *Scena* 10. de la segunda *Jornada*, al fin de la qual se le conduce preso a *Lupercio*, y sin mediar mas tiempo que el que tarda *Acoréo* en recitar ocho versos; con que se concluye la dicha *Scena*, da principio a la siguiente 11. el *Nuncio*, trayendo ya la cabeza, el corazon, y demas miembros despedazados del mismo *Lupercio*, no consistiendo en esto solo la impropriedad, sino en que en la Scena siguiente le cuenta el *Nuncio* a *Acoréo* los trámites, el modo, y la egecucion del cast[illegible] de *Lupercio*, desde que salió de la torre hasta que fue destrozado en el suplicio: para cuyos hechos, segun lo circunstanciado y menudo de su relacion, no solo no bastaba el breve plazo que tarda en decorar *Acoréo* los ocho versos, pero ni aun sería suficiente todo el que se tarda en representar la Tragedia: y aqui es presumible que falte alguna dilatada Scena que llenase este gran vacio, o tal vez seria este el Entreacto que debia

bia mediar entre tercera y quarta Jornada, si como nos presumimos, la dividió nuestro Autor en quatro, con lo que quedaria mas disimulado el defecto, porque en su grán talento, no parece que pudo caber tan formidable descuido. La sombra organizada, o figura de *Tolomeo*, a que llama *Vision*, y introduce nuestro Autor para pronosticar su ruina a *Acoréo*, es una de aquellas debilidades de la fantasía de un Poeta, que aunque alegue algunos egemplares entre los antiguos, tenia esta práctica, como se ha advertido ya de otras, diversa cabida en la vana credulidad de aquellos siglos; pero en los presentes solo se miran como ficciones pueriles y despreciables, y está tan lejos de convenir al decoro de la fabula trágica, que antes bien la enerban, y disipan su fuerza estos inverosimiles y despropositos. En los nombres de ciertas personas hay tambien alguna impropriedad, porque los de *Lupercio*, *Rémulo*, *Osilio*, y *Fabio*, tienen mas de Romanos que de Egipcios. Finalmente, el estilo de esta *Tragedia* es idéntico en todo con el de la antecedente, y en la hermosura, armonía, y elegancia de la versificacion, compite con ella, y aun la aventajára en el espíritu y grandeza de los versos largos, si no los hubiera desproporcionado con el demasiado artificio de la rima, y afeado con la importuna mezcla de los versos cortos, que ademas de el mismo artificio, no se hicieron para este Poema. Usa tambien, como en la antecedente, el *Prologo* separado, personalizando la figura de la *Tragedia*, y es de aquella clase que llamaban *mixto*; y en prueba de lo que dejamos supuesto al principio de que muchos de los defectos e irregularidades que se notan en estas

Tra-

Tragedias, provendrian de los abusos que se habian ya apoderado de nuestro teatro, como pondera *Cervantes*, y a los que la poca edad, y menos resolucion de nuestro ARGENSOLA no le permitirian oponerse absolutamente con la práctica, se encuentra al fin de la presente *Tragedia* una de aquellas *máquinas* o tramoyas, que introduce como parte del mismo *Prologo* en persona de la *Tragedia*, en que sale por lo hueco del tablado la figura, o *Vision*, como dice nuestro Autor, *en forma de viejo, con una camisa sangrienta, y una hacha encendida, y han de estar echando fuego de pez a sus lados*; y añade que *todo esto es de importancia, porque se finge ser el Sepulcro de Toloméo, a quien Acoréo mató con traycion.* Este es el juicio que nos ha parecido mas arreglado acerca de estas dos *Tragedias*, regulando por ellas el de la FILIS, que como tomado su asunto, a lo que parece, de la Mitologia, contendria iguales o mayores defectos en quanto a su construccion, y las mismas ventajas en quanto al estilo; en inteligencia de que aunque en su *noticia* nos hemos detenido algo mas, por no haverse dado al público hasta aqui: asi de ellas como de todas las demas que comprende el presente Tomo, no se ha egecutado una menuda analisis y crítica, que esto requeria mas tiempo, extension, y oportunidad que lo que pide una *breve noticia y juicio de las obras*, que es lo que segun la institucion del proyecto se establece en la cabeza de este *INDICE.*

ERRATAS Y ADVERTENCIAS.

Pag. 41. *linea* 25. monstrar, *debe decir* mostrar.
Pag. 42. *linea* 2. buesttos, *debe decir* buestros.
Pag. 95. *linea* 17. sozobra, *debe decir* zozobra.
Pag. 97. *linea* 28. Rey eterno, *debe decir* Rey terreno.
Pag. 107. *linea* 15. sozobra, *debe decir* zozobra.
Pag. 104. *linea* 18. quales nubes, *debe decir* qual nubes.
Pag. 124. *linea* 15. sirvió, *debe decir* sorbió.
Pag. 159. *linea* 12. Cuardia, *debe decir* Guardia.
Pag. 180. *linea* 13. Atio *por* Atéo.
Pag. 322. *linea* 24. No sé por que por qué? *lease con esta Ortografía* No sé por qué. ¿Por qué?
Pag. 366. *linea* 8. tristissimas, *debe decir* tristísimas.
Pag. 368. *linea* 25. que ya debe, *debe decir* que ya debes.
Pag. 374. *linea* 7. jurisdiccion, *lease* jurisdicion.
Pag. 379. *linea* 5. fijada, *debe decir* fijado.
Dicha pag. *linea* 6. castigados, *debe decir* castigado.
Pag. 388. *linea* 15. con los, *debe decir* en los.
Pag. 412. *linea* 17. yo te conccdo, *debe decir* yo te concedo.
Pag. 476. *linea* 17. inicua, *debe leerse* inica.
Pag. 508. *linea* 9. inhiesta, *debe decir* enhiesta.

COR-

CORRECCIONES Y ADVERTENCIAS que se deben hacer en la *Noticia* e *Indice* del Tomo V.

En la *Noticia* pag. 21. linea 15. despues de las palabras DECIAMOS AYER, se ha de borrar toda la clausula que sigue hasta la linea 23. donde dice: *en lo qual*, por haberse supuesto equivocadamente como escrito y dictado desde la Cátedra por el *Maestro Fr. Luis de Leon*: como asimismo todo el texto Latino que se pone al pie, despues de las palabras DICEBAMUS HESTERNE DIE, pues ni uno ni otro es de nuestro Autor, sino de *Fr. Agustin Elsio* en su *Encomiaston Augustinianum*, quando hablando de la prision, y del modo con que fue restituido a sus honores, trae aquellas palabras que se le atribuyeron, por hallarse trabucadas en la relacion que se tubo presente: lo que se advierte, segun se expresó en el *Prologo*, por honor de la verdad, y de este Autor, a quien no hacia ninguno lo desconcertado y defectuoso del Latin.

En la pag. 21. se afirma que el mismo *Maestro Fr. Luis de Leon* compuso en la carcel la *Exposicion Latina de los Cantares*, lo que no egecutó hasta que estubo fuera de ella.

En la pag. 32. Noticia del *Con. de Rebolledo*, linea 36. donde dice *con Vanda e insignia de la Amaranta*, debe decir *y del Real de la Amaranta.*

En la pag. 40. linea 23. y dicha Noticia, hablando de lo mucho que le estimó la Reyna Cristina de Suecia, faltó decir despues de la palabra *de su tiempo*: *y concediendole y embiandole la Vanda e insignias del Orden de la Amaranta.*

En

En la misma Noticia, pag. [illegible]. linea 32. dice *continuamente alternando*, debe decir *alternando continuamente.*

En la pag. 52. linea [illegible] verso [illegible] que dice, *Jamás si tú tus alabanzas dejas*, debe decir *Jamás si tú sus alabanzas dejas.*

En el Indice pag. 1. linea [illegible]. *y se pone*, debe decir *y se ponen.*

Pag. 2. linea 27. *que efectuó*, debe decir *que trabajó.*

Pag. 23. linea 6. *de le Lengua*, debe decir *de la Lengua.*

00100085

Digitized with financial assistance from the
Government of Maharashtra
on 02 July, 2018